

ARTURO MORGADO GARCIA



**IGLESIA E ILUSTRACION
EN EL CADIZ DEL SIGLO XVIII:
CAYETANO HUARTE (1741 – 1806)**



© Arturo Morgado García

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

I.S.B.N.: 84 - 7786 - 063 - 7

Depósito Legal: CA - 673/91

Imprime: INGRASA. Polígono Industrial "El Trocadero." Puerto Real (Cádiz)

ARTURO MORGADO GARCIA

**IGLESIA E ILUSTRACION
EN EL CADIZ DEL SIGLO XVIII:
CAYETANO HUARTE (1741 – 1806)**



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
AREA DE HISTORIA MODERNA
CADIZ



INTRODUCCION

Si nos atenemos a las "Memorias para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz" de Cambiaso, observaremos cómo uno de los grupos sociales que ha alcanzado una mayor proyección en la vida de nuestra ciudad ha sido el cabildo catedralicio, dado sus fuertes vinculaciones con las élites locales y su gran importancia en el organigrama de la Iglesia gadicense. Durante las postrimerías del Antiguo Régimen, de hecho, el capítulo gaditano ofrece una serie de personalidades, algunas de ellas de bastante interés, y de las que lamentablemente muy poco o nada sabemos, tales Alejandro Pavía, Francisco Melitón y Memige, Antonio Cabrera, Antonio Trianes, Cayetano Huarte...

Este último hombre es el objeto de nuestra obra. Huarte desarrolla su acción en un período clave de la historia eclesiástica gaditana, puesto que su vida de canónigo conoce los últimos años de la existencia de un prelado típicamente postridentino como fue Fray Tomás del Valle (1730-1776), los intentos reformistas, muchos de ellos frustrados, de Fray Juan Bautista Servera (1777-1782) y José Escalzo (1783-1790), y los episcopados de Antonio Martínez de la Plaza (1790-1800) y Francisco de Utrera (1801-1808), que transcurren bajo el telón de fondo de la crisis económica y la quiebra de los proyectos reformadores.

No podemos olvidar además que Huarte se caracteriza por jugar un papel muy activo en la vida del cuerpo capitular gaditano, y que no permanece ajeno a ninguno de los grandes problemas del período, tales los enfrentamientos con el deán Manuel Félix de Gorrichategui, los conflictos por la administración de los patronatos de obras pías (punto éste fundamental, ya que a través de su generosidad por medio de este arbitrio

el cabildo contaba con la posibilidad de crear unas redes de patronazgo y clientela en el seno de la sociedad gaditana), o las pequeñas lacras y corruptelas existentes en el interior del capítulo, tales el escaso interés manifestado por los prebendados en el cumplimiento de la residencia y demás obligaciones litúrgicas.

Amén de todo ello, Huarte es el fautor de una interesante obra literaria, no tanto por su valor meramente estilístico, sino porque en la misma refleja muchos aspectos que preocuparon a buena parte de los ilustrados españoles, tales la nueva concepción de la pobreza, la actitud hacia los espectáculos más populares tales las corridas de toros, la crítica de la Iglesia, la formulación de las normas del "buen gusto" en la literatura, la intención de realizar una historia eclesiástica depurada de cualquier tipo de contaminación legendaria... sus "Poesías", inéditas durante casi dos siglos, reflejan muchos de estos aspectos, sin olvidar tampoco una nutrida producción en el terreno de la oratoria sagrada, ni su "Discurso sobre los santos del obispado de Cádiz", también inédito, y que supone una interesante contribución a la hagiografía gadicense.

Bien tristes debieron ser los últimos años de la existencia de Cayetano Huarte, que conocieron tanto el olvido y la relegación de las buenas intenciones reformadoras, como el principio del fin de la prosperidad comercial de un Cádiz que siempre es citado con cariño a lo largo de su obra. Huarte será una de las últimas personalidades señeras del "Emporio del Orbe", que, todavía hoy, sigue pesando en la vida de nuestra soñolienta ciudad como añorado punto de referencia.

Cádiz, junio de 1991

ABREVIATURAS

ACC	Archivo Catedralicio de Cádiz.
ADC	Archivo Diocesano de Cádiz.
AGDC	Archivo General de la Diputación de Cádiz.
AHN	Archivo Histórico Nacional de Madrid.
AHPC	Archivo Histórico Provincial de Cádiz.
AMC	Archivo Municipal de Cádiz.
APSC	Archivo de la Parroquia de Sta. Cruz de Cádiz.
BEG	Biblioteca de Estudios Gaditanos.
BMC	Biblioteca Municipal de Cádiz.
BPE	Biblioteca Pública del Estado de Cádiz.

CAPITULO I
PRIMEROS AÑOS (1741-1773)



1. LA FAMILIA HUARTE

El 23 de julio de 1741 el canónigo doctoral Juan Félix de Arjona (1) administraba el agua del bautismo a un niño que dos días antes había venido al mundo en la gaditana parroquia de Santa Cruz. Debía ser de ilustre cuna, dado la identidad del agente del sacramento (que normalmente lo era uno de los siete curas del Sagrario de la Iglesia Catedral) y de los testigos, D. Andrés Martínez y D. Joseph de Hermosilla, este último regidor perpetuo de la ciudad y conde de Ríomolino, actuando como padrino de la ceremonia el religioso mercedario fray Juan de la Concepción (2).

No podía ser menos. Cayetano María de los Dolores Joseph Antonio Ramón Liberato de Santa María Práxedes Ruiz de Briviesca era el segundo retoño de D. Juan Antonio Joseph de Huarte, regidor perpetuo del cabildo municipal gaditano, y de doña Josefa María Gertrudis de Briviesca. Los cuatro costados de su familia estaban llenos de lo que en la terminología de la época se denominaba "gente noble y principal", y ello contribuiría a abrirle en el futuro puertas que para muchos otros habrían permanecido cerradas a perpetuidad.

Los Huarte eran una más de las numerosas familias de origen vasconavarro existentes en el Cádiz de la Modernidad. Desde inicios del siglo XV se detecta la presencia de estas gentes, y cien años más tarde comienzan a intervenir activamente en la vida de la urbe, accediendo a las prebendas del poderoso cabildo catedralicio, participando en la administración local, y copando varias de las regidurías del capítulo municipal. La trayectoria seguida por linajes como los Aguirre, los Iriberri, los Iparaguirre, los Elizondo, los Jáuregui, los Munárriz, los Casadevante, los Larramendi, los Zuloaga, los Retegui... da fe de cuanto decimos (3).

Originarios del navarro valle de Egües, en el cual, como linaje de solar conocido, poseían su propio "escudo de plata con un grifo de gules con una orlatura encarada de plata y azul", encontramos a los Huarte en Cádiz ya a inicios del siglo XVII, figurando desde un principio entre el personal dirigente de la ciudad: la Real Cédula del 21 de mayo de 1632 nombraba como regidor de la urbe gaditana a un tal Juan de Huarte, "con voz y voto en el referido su ayuntamiento con preeminencia y privilegio de poder rondar de noche como lo hacía el alguacil mayor... y con facultad de que pueda entrar en el predicho ayuntamiento con armas de espada y daga". Ello supondría el inicio de una saga que durante más de cien años estaría representada en el exclusivista cabildo municipal gaditano (4): la Real Cédula del 2 de septiembre de 1664 menciona como regidor a Martín Huarte, al cual se le otorgaba en aquella ocasión el inmenso privilegio de tener un esclavo moro en su casa, a pesar de "las órdenes que tengo dadas para que en conformidad de las leyes de estos reinos no se consintiese ningún moro ni berberisco dentro de las quince leguas de las costas de la mar" (5). Tres años más tarde accedía al regimiento Miguel Ventura de Huarte, en 1697 le llegaría el turno a Francisco Paula de Huarte, en 1699 a Francisco Gordiano de Huarte, abuelo de Cayetano, y en 1728 a su padre Juan Antonio, que había venido al mundo en 1699 (6).

Juan Antonio Joseph de Huarte se había desposado en 1736 con Josefa María Gertrudis de Briviesca, nacida en 1713, en tanto que su flamante esposo contaba por entonces con treinta y siete años de edad. Tal diferencia nos indica que es poco probable que se tratase de una boda por amor, lo cual, al menos en el seno de las clases altas, era poco menos que excepcional en el siglo XVIII, pero lo cierto es que tal evento constituyó una operación muy bien planeada al vincular a unos linajes que, sin ser de los más conspicuos de la sociedad gaditana, sí tenían un peso específico relativamente importante, puesto que a la presencia de los Huarte en el cabildo municipal gaditano había que añadir las vinculaciones familiares de Josefa, cuyo progenitor, Francisco Ruiz de Briviesca, en varias ocasiones había sido regidor y alcalde de la Santa Hermandad en Córdoba, amén de haber desempeñado los cargos de caballero mayor de Mariana de Neoburgo, viuda del desdichado Carlos II (1703), y de teniente coronel de los regimientos de Montilla y Vergara (1708), procediendo, cómo no, de una familia que desde 1537 ostentaba la ejecuto-

ria de hidalguía. No acabarían aquí las relaciones familiares de Cayetano: su bisabuela paterna, doña Leonor Marrufo Fernández de Córdoba, gozaba del mayorazgo de los Marrufo, que en 1751 era detentado por la condesa de Ríomolino, en tanto que su bisabuelo materno, Juan Ruiz de Ahumada, procedente de un rancio linaje cordobés que desde 1646 disfrutaba de la hidalguía de ejecutoria, era citado en 1696 como el familiar más antiguo del Santo Oficio en Cádiz y la Isla de León.

En ningún caso, no obstante, nos encontramos con importantes linajes aristocráticos, sino con esa clase media de caballeros, tan abundantes en las ciudades andaluzas, que merced a su riqueza acabarían copando las regidurías de sus respectivos cabildos municipales (7). Linajes y clanes de este tenor fueron muy numerosos en el Cádiz de la Modernidad, pudiendo citar entre ellos a los Marrufo, los Rufo, los Negrón, los Colarte, los Fantoni, los Sopranis, los Ravaschiero, los Villavicencio... de orígenes geográficos muy variopintos, puesto que entre ellos encontramos a genoveses, flamencos, vasconavarros y portugueses; todos han seguido una trayectoria muy similar: llegan a la regiduría por medio de compra, en muchas ocasiones precedida de una larga actividad comercial (8), fortalecen la posición de su linaje por medio de unos compromisos matrimoniales muy bien estudiados, llevan una existencia confortable y ostentosa, constituyendo la posesión de esclavos un modo más de "mostrar el nivel social alcanzado", y destinan a sus segundones a la Iglesia, siempre con la mirada puesta en el acceso al cabildo catedralicio, como acabará siendo el caso de Cayetano (9).

Si no privilegiado, el status económico de la familia Huarte era relativamente acomodado, puesto que al salario de Juan Huarte como regidor y procurador mayor de la ciudad había que añadir las propiedades de la familia, que en 1760 consistían en una casa en la gaditana calle de Juan de Andas arrendada en 2.592,30 reales de vellón, una segunda en la calle de los Blancos alquilada en la misma suma, un censo redimible impuesto sobre una finca situada en el Campo de Capuchinos pagado por don Pedro Galván y cuyo importe ascendía a 77,17 reales, y una renta impuesta por Juan de Huarte sobre los Propios de la urbe gaditana, que al 8% de interés proporcionaba anualmente 4.985,10 reales (10). Todo ello ascendía a un total de 10.122,19 reales anuales, si bien no parece que esta suma fuese excesivamente elevada. Ciertamente que era muy superior al salario percibido por un jornalero en aquella época (11),

pero en modo alguno se puede comparar con las fortunas de los grandes mercaderes de la ciudad, puesto que en 1762 193 comerciantes de un total de 371 percibían unos ingresos anuales superiores a los 15.000 reales de vellón (12). Ello nos sitúa a los Huarte en el seno de una clase media alta, con una existencia material confortable y sin que su vida cotidiana se viese amenazada por problemas económicos, pero sin poder incluirse en modo alguno en la élite económica de la ciudad.

No era Cayetano el único retoño de Juan Huarte y Josefa Ruiz de Briviesca. Francisco, nacido el 24 de enero de 1739, era el primogénito de la familia, y, al igual que su padre, llegaría a formar con el tiempo parte del cabildo municipal de la urbe, del que llegaría a ser regidor perpetuo preeminente, ornando el lustre de su apellido con la pertenencia a la Real Maestranza de Sevilla y el hábito de la Orden de Santiago. Acabaría vinculándose muy estrechamente a los círculos ilustrados gaditanos, desempeñando una labor muy activa en la fundación de la Academia de Bellas Artes (13). Todo ello debió granjearle una cierta fama de afrancesado, lo que se puso de relieve en 1808, cuando tras el asesinato del general Solano al sospecharse su connivencia con los "gabachos", la furia de las masas le obligó a huir a Jerez de la Frontera, tomando asilo durante algún tiempo en la Cartuja (14). Poco es, por el contrario, lo que sabemos de su hermana Dolores, tan sólo que debió nacer hacia 1746, por cuanto en el testamento de Juan de Huarte, redactado en 1759, se dice que tenía trece años de edad (15). Posteriormente, sus pasos se pierden: en 1773, año en que Francisco y Cayetano seguían viviendo juntos en el número 108 de la gaditana calle de Santo Domingo, Dolores no es mencionada (16).

La primera noticia que tenemos de la existencia de Cayetano tras su nacimiento es la de su confirmación, que tuvo lugar el 26 de marzo de 1744 en el Palacio Episcopal de Cádiz, siendo su padrino el presbítero de la Orden de San Juan de Dios fray Joseph de Cueto. Fue una ceremonia masiva, en la que junto a Cayetano y su hermano Francisco treinta y ocho niños más recibieron este sacramento (17), como no podía ser menos en una época en que el mismo no estaba acompañado de una catequesis previa (18).

Ignoramos cómo se desarrollaron los primeros años de su trayectoria académica, aunque podemos suponer que asistiría a cualquiera de las nueve escuelas de Primeras Letras existentes en aquellos momentos

en la ciudad, en las que se enseñaba no sólo lectura, escritura y aritmética, sino también los deberes para con Dios, la Iglesia y los progenitores (19). Huarte completaría su formación asistiendo durante tres años al Convento de Mercedarios Descalzos de Cádiz para recibir lecciones de Filosofía (20), siendo curioso que un hombre con tan conspicuas relaciones familiares estudiara en un monasterio que tan escasa trascendencia educativa tuvo en el Cádiz de la Modernidad.

Más importante era el estudio existente en el convento de Santo Domingo, en el que Cayetano permanecería durante seis largos años, cuatro dedicados a la Teología Escolástica y otros dos a la Teología Moral, "habiendo sido muchas veces destinado a diferentes conclusiones privadas y dos veces públicas en las que defendió toda la materia de gracia" (21). En dicho convento se habían creado en 1681, gracias a la generosidad del capitán Domingo de Munárriz (22), estudios de Gramática, Artes y Teología, estando enfocado especialmente para quienes fueran a ingresar en el estamento eclesiástico. Esta institución debió alcanzar cierto prestigio, puesto que en 1722 el capítulo de la Provincia Bética acordaba equiparar la escuela gaditana al rango de las restantes universidades de la *Ordo Praedicatorum*, y seis años más tarde nos consta que contaba con 150 estudiantes (23). De hecho, hasta las grandes reformas sufridas por el Seminario de San Bartolomé en los años setenta, el convento de Santo Domingo sería la principal institución educativa del clero gaditano (24).

La carrera intelectual de Huarte culminaría con su asistencia a la Universidad de Osuna, en la cual se doctoraría de Teología (25). Había sido fundada por el cuarto conde de Ureña, Juan Téllez Girón, en 1548, y siempre estuvo muy controlada por los que posteriormente serían duques de Osuna, ya que los Estatutos de 1549 disponían que el fundador se reservaba el derecho de nombrar a los profesores y efectuar las reformas pertinentes en el futuro. Al igual que en todas las universidades menores castellanas, muy pronto se introdujo el abuso de conceder los grados a cambio del simple pago de los derechos de matrícula, estando monopolizadas las cátedras por los frailes dominicos, agustinos, franciscanos y carmelitas de los conventos ursonaenses. A lo largo del siglo XVIII se formaron en Osuna numerosos obispos y canónigos de las iglesias andaluzas (26), pero el número de alumnos siempre fue bastante reducido: en 1770 se matriculaban 19 estudiantes en Artes, 8 en Derecho

Civil, 2 en Teología, 7 en Medicina y 3 en Latín, aunque en años posteriores habría un gran incremento de la población estudiantil (27) como consecuencia de la reforma de los Planes de Estudio: en 1786 había Facultad de Teología en la que se estudiaba la obra de Lamy, y Facultad de Cánones en la que se impartían las *Instituciones* de Selvagio, amén de otras facultades de Derecho Civil, Medicina y Filosofía (28): los grandes poetas de la escuela sevillana finidieciochesca estudiarían en dicha Universidad.

La formación intelectual recibida por Cayetano Huarte era profundamente tradicionalista, haciendo un gran hincapié en la Teología Escolástica, y permaneciendo completamente al margen de las numerosas novedades culturales que el siglo XVIII depararía. Cuando abordemos su obra literaria comprobaremos cómo, si bien está relativamente informado acerca de las grandes corrientes teológicas existentes, no hace apenas alusión a autores pertenecientes a otras ramas del saber. Su educación, siguiendo la opinión del viajero francés Laborde, se caracterizaría por ser "lenta, fastidiosa, cargada de sutilezas y de prejuicios, donde se consagra por una transmisión perpetua la barbarie de las escuelas antiguas" (29).

El 4 de noviembre de 1767, "habiendo recibido los Santos Sacramentos haciendo muchos actos de amor de Dios y de resignación con su santísima voluntad", fallecía Juan de Huarte, que sería sepultado en el convento de mercedarios descalzos de Cádiz con oficio de Honras Enteras y acompañamiento de la Hermandad de San Pedro, celebrándose 456 misas por su alma. En su testamento, redactado mancomunadamente con su esposa ocho años antes, ambos se nombraban mutuamente albaceas, disponiendo que sus tres hijos heredasen sus bienes con plena igualdad de derechos (30). Por aquel entonces, ya hacía mucho tiempo que Cayetano había dado sobradas muestras de cuál era su auténtica vocación.

2. LOS INICIOS DE LA CARRERA CLERICAL

Huarte sería uno más de los 669 gaditanos que a lo largo del siglo XVIII recibieron la primera tonsura (31), debiendo cumplimentar al igual que todos ellos una serie de requisitos de los que ya hemos hecho alusión en otro lugar (32). De este modo, el 11 de marzo de 1758, el prelado fray Tomás del Valle le imponía la primera tonsura y las órdenes menores en su Palacio Episcopal de Cádiz (33). No se le realizó en aque-

llos momentos información "*de vita, genere et moribus*", pero sí cuando en 1762 pretendió acceder al subdiaconado, corriendo la misma a cargo de Gerónimo de Herrera y Egües, cura del Sagrario de la Iglesia Catedral de Cádiz. Comparecieron sucesivamente el diácono Baltasar Yungh, el clérigo de menores Joseph de Ariza, el presbítero Antonio Claveran y, como testigos de oficio nombrados por el responsable de la información, los mercedarios descalzos fray Sebastián de San Joseph, fray Cristóbal del Espíritu Santo, fray Antonio de San Sebastián y fray Juan de Jesús. Todos ellos, como era costumbre, describieron con términos sumamente elogiosos a la persona de Huarte, y de sus respuestas podemos inferir cuál era el modelo sacerdotal que imperaba a mediados del siglo XVIII:

"Inclinado a las cosas eclesiásticas, honesto, modesto y recogido, de buena vida, fama y costumbres, que no ha sido religioso ni ha dado palabra de casamiento ni está excomulgado, suspenso ni irregular, ni tiene deformidad en su persona ni padece enfermedad contagiosa ni otra que le prive de sentido ni menos es tratante ni contratante porque únicamente se ejercita en los estudios de que se halla adelantado y aprovechado por la especial inclinación que tiene a las letras sin que le conozca vicio ni defecto... ha sido y es muy asistente a la Iglesia parroquial de donde es feligrés a las horas y demás funciones que ocurren y muy frecuente en recibir los santos sacramentos de penitencia y comunión con mucha edificación de los fieles... siempre ha traído hábito clerical talar decente desde que empezó a estudiar años antes que se le confiriesen los primeros órdenes instado del deseo e inclinación al estado eclesiástico por lo cual nunca ha usado de otro traje secular ni profano trayendo corona abierta a proporción del orden que obtiene" (34).

El 18 de septiembre de 1762 fray Tomás del Valle imponía a Cayetano Huarte el orden del subdiaconado en el Palacio Episcopal de Puerto Real (35), ejerciendo las funciones inherentes al mismo en la iglesia de Santa María (36), consistiendo aquéllas en cuidar que en el altar estuviesen presentes los objetos necesarios para la celebración de la misa, dar agua al sacerdote cuando éste se lavase las manos durante dicho sacrificio, cantar la epístola y velar porque nadie perturbase el orden que había

de reinar durante dicho evento (37). Culminaría su carrera clerical recibiendo el 24 de septiembre de 1763 el diaconado (38) y el 24 de junio de 1764 el presbiteriado (39), a manos asimismo de fray Tomás del Valle, con la ceremonia que la ocasión requería (40). A partir de este momento Huarte ya estaría capacitado para administrar los sacramentos, enseñar al pueblo los misterios de la fe cristiana, celebrar la misa y ejercer las funciones de párroco (41), si superaba la correspondiente oposición.

A la vez que seguía la carrera clerical, Huarte también procuró asegurarse una base económica relativamente estable. Sabemos que en 1771 era propietario de una casa en la gaditana calle de la Carne arrendada en 4.521 reales anuales (42), contando además con las rentas de dos capellanías: el 14 de febrero de 1759 el provisor y vicario general del Obispado le hacía colación de la fundada en 1755 por María Martínez en Chicla-na, cuyas rentas estaban aseguradas por una casa en la gaditana calle de la Carne, estando obligado Huarte a cambio a rezar 22 misas anuales por el alma de la fundadora. En tanto Huarte no fuese presbítero, debía nombrar a un capellán que dijera dichas misas a razón de una limosna de cuatro reales por cada una (43).

Huarte también era beneficiario de una segunda capellanía fundada por María Martínez en su testamento de 1664, que proporcionaba unas rentas de 333 reales anuales procedentes de un censo de 11.000 reales de principal impuesto sobre unas casas sitas en el gaditano barrio del Maestre de Armas. Huarte disfrutaría de dicha capellanía desde su colación el 3 de diciembre de 1759 hasta que el 12 de diciembre de 1793 se desistiera de la misma (44).

Todo ello no bastaba a un hombre con tan buenas relaciones familiares, y durante los años posteriores a la recepción del presbiteriado veremos cómo Huarte intentará acceder a más altos destinos: en 1764 opositaba a la canonjía penitenciaria de la catedral de Jaén, que, por supuesto, no obtuvo, si bien el prelado fray Benito Marín (1750-1769), impresionado por sus méritos, le nombraba examinador sinodal y visitador de dicho obispado (45). Al año siguiente opositaba a la canonjía lectoral del cabildo gaditano, vacante tras el fallecimiento de Ignacio Caveró (46), si bien sus esperanzas se vieron frustradas al obtener Andrés del Barco la ansiada prebenda (47). No obstante, en 1766 fray Tomás del Valle le nombraba examinador sinodal de la diócesis de Cádiz (48), estando obligado, en función de su cargo, a comprobar la suficiencia de

todos aquellos que desearan les fuesen concedidas licencias de celebrar la misa, confesar y predicar (49). Debió realizar por aquel entonces una serie de viajes a la Corte, como prueba la concesión de testimoniales para tal efecto en 1761, 1767 y 1769 (50), compaginando todo ello con la celebración de la misa, la administración del sacramento de la confesión a religiosas y seglares de ambos sexos, y la predicación, merced a las licencias obtenidas y renovadas en 1764, 1766, 1769 y 1773 (51).

Huarte, no obstante, se encontraba a la altura de 1770 en una encrucijada vital. Contaba por entonces con casi treinta años de edad y un futuro incierto en la Iglesia gadicense al ver frustradas sus ambiciones de acceder al cabildo catedralicio. No es por ello extraño que, dado sus vinculaciones familiares, el capítulo municipal gaditano le apoyase insistentemente cada vez que una prebenda quedaba vacante: el 1 de diciembre de 1763 sugería su nombre para una canonjía, el 12 de marzo de 1766 para una prebenda, el 22 de diciembre de 1768 para la dignidad de chantre (52)... siempre sin éxito.

No obstante, en 1773 fallecía el racionero Francisco Remondino, y con ello llegaba la gran oportunidad de Cayetano María de Huarte.



NOTAS

- (1) El granadino Juan Félix de Arjona, que llegó a desempeñar el oficio de abogado de presos de la Inquisición en dicha ciudad, accedió a la prebenda doctoral del cabildo gaditano en 1737, ostentando dicho cargo hasta 1766 (ACC, Sección 1, Serie IX, leg. 82, Expediente de limpieza de sangre de Juan Félix de Arjona).
- (2) ADC, Ordenes, leg. 59, exp. 69, "Información de subdiácono de Cayetano Huarte".
- (3) Sobre los vascos en Cádiz, vid. GARMENDIA ARRUEBARRENA, J., *Vascos en Cádiz (siglo XVII-XVIII)*. Bastante información en CARO BAROJA, J., *La hora navarra del siglo XVIII*, Pamplona, 1969.
- (4) Hasta tal punto que en 1732 el cabildo acordaba que los futuros regidores de la ciudad debían probar nobleza y limpieza de sangre (DOMINGUEZ ORTIZ, A., *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, reimp., Barcelona, 1981, p. 439).
- (5) Una orden de 1662 disponía que todos aquellos moros a quienes se encontrase a menos de quince leguas de la costa fuesen enviados a galeras (RAVINA MARTIN, M., "Un padrón de contribuyentes de Cádiz a mediados del siglo XVII", *Archivo Hispalense*, 181, 1976, p. 136).
- (6) Para los antecedentes familiares de Cayetano Huarte, vid. ADC, Ordenes, leg. 59, exp. 69, que contiene la "Información hecha a favor de don Francisco María de Huarte Ruiz de Briviesca para que sentase plaza en el Real Cuerpo de Caballería Guardia Marinas que en efecto sentó el 3 de octubre de 1751".
- (7) DOMINGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, 2ª edición, Madrid, 1979, p. 57.
- (8) Causa extrañeza, sin embargo, que el único Huarte que accedió al Consulado gaditano fuese el navarro Francisco de Huarte, natural de Goizueta y matriculado en 1767 (RUIZ RIVERA, J., *El Consulado de Cádiz. Matrícula de comerciantes 1730-1823*, Cádiz, 1988, p. 170). Es muy probable que en el siglo XVIII la familia hubiese abandonado las actividades mercantiles.
- (9) Vid. sobre estas cuestiones BUSTOS RODRIGUEZ, M., "Oligarquía urbana y negocio mercantil en el Cádiz de la Edad Moderna: el clan de los Villavicencio", *Anales de la Universidad de Cádiz*, II, Cádiz, 1985; y "Poder económico y poder político en el Cádiz de la Edad Moderna", *Gades*, 14, 1986.

- (10) AMC, lib. 6.945, fols. 1.158v-1.160. Juan de Huarte concedió asimismo un préstamo a la ciudad por valor de 439.448,18 reales de vellón (BUSTOS RODRIGUEZ, M., "La Hacienda municipal gaditana en el reinado de Carlos III", *Gades*, 9, 1982, p. 56). ¿Cómo obtuvo dicha suma? Es muy posible que las bases económicas de la familia raducaseb eb ek "hinterland" gaditano: nos consta, de hecho, que Juan Huarte prestó una sustanciosa suma al municipio de Villamartín (BUSTOS RODRIGUEZ, M., *Burguesía de negocios y capitalismo en Cádiz; Los colarte (1650-1750)*, Cádiz, 1991. Pág. 183.
- (11) Solía oscilar entre tres y seis reales de vellón diarios, calculándose que en el caso más favorable trabajaría entre ciento cincuenta y doscientos días al año.
- (12) GARCIA-BAQUERO GONZALEZ, A., *Cádiz y el Atlántico 1717-1778*, vol. 1, reed., Cádiz, 1988, p. 495.
- (13) Vid. GASCON HEREDIA, M.T., *La Academia de Bellas Artes de Cádiz*, Cádiz, 1989, Tesis Doctoral inédita.
- (14) CAMBIASO Y VERDES, N.M., *Memorias históricas para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, Cádiz, 1986, pp. 67 y 112.
- (15) AHPC, Protocolos Cádiz, lib. 1.859, not. 10, fol. 121.
- (16) AMC, lib. 1.007, fol. 95v.
- (17) ADC; Manuscritos, lib. 47, fol. 279v.
- (18) Vid. MORGADO GARCIA, A., *Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz, 1989, pp. 194-195.
- (19) MORGADO GARCIA, A., *El clero gaditano a fines del Antiguo Régimen. Estudio de las órdenes sacerdotales (1700-1834)*. Cádiz, 1989, pp. 64-67.
- (20) ADC, Secretaría, leg. 33, "Informe de Rodrigo Caballero y Vicente Moreno y Roca. Cádiz 25 de octubre de 1782".
- (21) *Ibidem*.
- (22) Sobre este personaje vid. GARMENDIA ARRUEBARRENA; J., op. cit.
- (23) MORGADO GARCIA, A., *El clero...*, p. 69.
- (24) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 42.
- (25) ACC, Sección 1, Serie 2, Oposición a la canonjía lectoral (1765). En aquella ocasión Cayetano Huarte es mencionado como doctor en Teología por la citada Universidad.
- (26) AGUILAR PIÑAL, F., "Las instituciones culturales", *Historia de Andalucía, volumen V: la cultura andaluza*, Barcelona, 1981, p. 328.
- (27) KAGAN, R.L., *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid, 1981, p. 300.
- (28) AJO GONZALEZ DE RAPARIEGOS, C.M., *Historia de las universidades hispánicas. Orígenes y desarrollo desde su aparición a nuestros días*, vol. V, Madrid, 1966, pp. 527-528.
- (29) Cit. por SARRAILH, J., *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, 1957, p. 232.
- (30) AHPC, Protocolos Cádiz, lib. 1.859, not. 10, fols. 120-124v.
- (31) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 129.
- (32) Vid. *Ibidem*, pp. 72-74, y *El clero...*, pp. 108-110.
- (33) ADC, Manuscritos, lib. 479, fol. 7.
- (34) ADC, Ordenes, leg. 59, exp. 69, Información de subdiácono de Cayetano Huarte.

- (35) ADC, Manuscritos, lib. 479, fol. 32.
- (36) ADC, Ordenes, leg. 57, exp. 47, Información de diácono de Cayetano Huarte.
- (37) *Catecismo del Santo Concilio de Trento para los párrocos*, Madrid, 1860, p. 329.
- (38) ADC, Manuscritos, lib. 479, fol. 36.
- (39) *Ibidem*, fol. 39.
- (40) *Catecismo...*, p. 333.
- (41) *Ibidem*, pp. 333 y 337.
- (42) AMC, lib. 6.955.
- (43) ADC, Ordenes, leg. 59, exp. 69, "Información de subdiácono...".
- (44) ADC, Manuscritos, lib. 421.
- (45) ADC, Secretaría, leg. 33, "Informe de Rodrigo Cavallero...".
- (46) Gerónimo Ignacio Caveró, nacido en León y licenciado por la Universidad de Avila, había obtenido en 1745 la canonjía lectoral.
- (47) ACC, Sección 1, serie 2, lib. 3.
- (48) ADC, Manuscritos, lib. 1.046, fol. 48v.
- (49) ANTON SOLE, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, p. 43.
- (50) ADC, Manuscritos, lib. 1.045, fols. 8, 54 v. y 66v.
- (51) ADC, Manuscritos, lib. 1.044, fol. 207, y lib. 1.045, fols. 105, 123 y 149.
- (52) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 92.



CAPITULO II

APRENDIZ DE PREBENDADO (1773-1787)



1. EL CABILDO CATEDRALICIO GADITANO

Los cabildos catedralicios fueron creados con la finalidad de conformar el núcleo de gobierno de la diócesis (de ahí su papel de senado del obispo), amén de la exaltación del culto católico (de lo que se sigue la obligación que tienen todos los prebendados de servir en el coro de la catedral) y constituir el embrión de una serie de instituciones para el mejor gobierno y administración de la diócesis (1).

Por lo que se refiere al capítulo gaditano, había sido creado al mismo tiempo que la diócesis, en el ya lejano siglo XIII, estando constituido durante este período por seis dignidades (deán, arcediano de Cádiz, arcediano de Cádiz, arcediano de Medina, tesorero, chantre y maestrescuela), cuatro canonjías de oficio (doctoral, lectoral, penitenciario y magistral), seis canonjías simples (unas de ellas aplicada al Santo Oficio), cuatro raciones y ocho medias raciones.

El deán era la máxima autoridad del cuerpo capitular, ocupando este cargo por entonces el panameño Manuel Félix de Gorrichátegui (1 bis) (1758-1779). Los arcedianos eran en un principio simples diáconos con numerosas funciones administrativas a su cargo (archi-diaconus), aunque desde finales del siglo VII se delinea su figura como vicarios del obispo y se les empieza a encomendar la visita de la diócesis. Su autonomía aumentó entre los siglos IX y XII, en muchas ocasiones a costa de los prelados, encargándose de juzgar los pleitos criminales y de corregir los excesos cometidos por los clérigos (2). En la diócesis de Cádiz muchas de estas funciones correspondían al provisor y vicario general, y tanto el arcedianazgo de Cádiz como el de Medina eran cargos con una simple significación honorífica. Era arcediano de Cádiz por aquel entonces

Domingo de Villanueva (1765-1790), de origen vizcaíno y que iniciaba su carrera capitular cuando en 1744 el Papa le nombraba coadjutor del entonces arcediano de Cádiz Bernardo Ortiz de Zárate (3). Por lo que se refiere al arcedianazgo de Medina, era detentado por Francisco Acedo del Olmo (1746-1778), nacido en Jimena de la Frontera y que, al igual que el anterior, inició su estancia en el capítulo gaditano al obtener en 1739 la coadjutoría de su tío Francisco del Olmo Pajares (4).

El tesorero tenía como obligación la custodia del tesoro y de las llaves y arcas que contenían los vasos sagrados, libros, ropas y demás utensilios para el servicio del culto en la Iglesia catedral (5). Dicha prebenda estaba en manos de Miguel Ramón González del Camino, que fallecía en 1773.

El chantre ordenaba el servicio del coro y todo lo que se refería a las procesiones litúrgicas (6), siendo Nicolás de la Rosa Chacón (1768-1812) quien ostentase tal dignidad gracias a la protección de Fray Tomás del Valle, de quien fue familiar, y de sus conspicuos orígenes familiares, puesto que era hijo del conde de Vega Florida. En 1757, cuando contaba con veinte y seis años de edad, era nombrado medio racionero, y a partir de ahí se iniciaba su ascenso en la jerarquía capitular (7).

El maestrescuela era en un principio el encargado de buscar a un preceptor que enseñase la Gramática a los capellanes de coro, debiendo además componer y corregir las lecciones del mismo y los documentos del cabildo (8). Pedro Manuel Sánchez Bernal (1760-1800) desempeñaba estas funciones. Nacido en Cádiz en 1724, estudió en el colegio de los Irlandeses de Sevilla y fue poseedor del beneficio simple de la iglesia de Santa María la Mayor de Carmona, permutándolo por la dignidad de maestrescuela del cabildo gadicense. Posteriormente, en 1769 era nombrado comisario del Santo Oficio de la urbe gaditana, desempeñando una activa labor en el control de la difusión de libros prohibidos (9).

El capítulo gaditano contaba por estos años con un magnífico elenco de canónigos de oficio. El doctoral Joseph Muñoz y Raso (1767-1810), a cuyo cargo estaba el asesorar al cabildo en todas las cuestiones jurídicas y la defensa del mismo en todos sus pleitos y litigios (10), había nacido en la localidad de Carmona en 1723 en el seno de una familia de hidalgos (11), desarrollando una fecunda labor literaria (12). Andrés Joseph del Barco (1766-1784) desempeñaba el oficio de lectoral, en su origen unido al de maestro de Gramática (13). El penitenciario, en un principio,

estaba encargado de ayudar a los prelados a oír las confesiones de los prebendados, teniendo consideración de canonjía a partir de Trento (14). Lo era por entonces Miguel Benito de Ortega, descendiente de una familia de regidores de la localidad sevillana de Osuna (15). Por último, el magistral Joseph Martín y Guzmán (1757-1781) era el predicador del cabildo (16). Nacido en Córdoba en 1726 y doctorado por la Universidad de Osuna, su intensa labor oratoria ha quedado plasmada en una amplia obra literaria (17).

Canonjías simples eran detentadas por Diego Felipe Vigo (1728-1783), nacido en Cádiz en 1702 y estudiante en el cordobés colegio de la Asunción (18); Vicente Moreno y Roca (1767-1793), nacido en Valencia en 1743 e hijo de un miembro del Consejo de Castilla (19); Rodrigo Cavaleiro y Solórzano (1766-1791), también de ilustre linaje, puesto que su progenitor era intendente de Jaén y caballero de Santiago, nació en Cádiz en 1727 y llegó a desempeñar el cargo de provisor y vicario general (20); y Alejandro Pavía y Pedecina (1740-1776), el más destacado de todos ellos. Nacido en Cádiz en 1708, tras doctorarse en Teología en la Universidad de Sevilla fue protegido por el prelado Lorenzo Armengual de la Mota (1715-1730), quien lo hizo viajar por Francia e Italia para que cultivase su inclinación a las Bellas Artes, llegando a ser miembro de la Academia de Nobles Artes de Madrid, siendo además el fautor de la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad y del Hospital de Mujeres de Nuestra Señora del Carmen, ambos sitios en la urbe gaditana (21).

El capítulo gadicense se completaba con las raciones y medias raciones, prebendas que estaban en manos de Pedro de Arteaga, Francisco de Luarca y Coget, Joseph Felipe Vidal, Pedro Ximénez Montalvo, Pedro Guerzi, Agustín Herque, Cristóbal Grosso, Juan Manuel Sánchez Bernal, Joseph Domínguez de Rivas, Pedro Espinosa Blanqueto y Pedro Chaves de la Rosa.

La provisión de las medias raciones, desde la concordia de 1654, correspondía al prelado gaditano cuando las mismas vacaban en febrero, abril y agosto, en tanto que cuando quedaban libres en junio, octubre y diciembre, los nombramientos eran competencia del cabildo catedralicio (22). En la asamblea que el capítulo gaditano celebraba el 3 de abril de 1773 se disponía otorgar a Juan Sánchez Bernal la media ración vacante por el fallecimiento de Francisco Remondino, en tanto que para proveer la media ración que detentara aquél se designaba a Cayetano María de Huarte (23).

Un auto promulgado por el canónigo doctoral Joseph Muñoz y Raso el 6 de abril de dicho año ordenaba se despachara el mandamieto correspondiente a fin de que el deán y cabildo gadicenses dieran posesión a Huarte de la dicha prebenda con todos los frutos, rentas y emolumentos que le correspondieran (24). Cuatro días más tarde, el notario mayor Juan Ruiz Moreno entraba en la sala capitular y presentaba el citado mandamiento, disponiendo el canónigo penitenciario Miguel Benito de Ortega Cobo se le hiciera entrega del mismo a fin de comprobar si venía redactado en los términos regulares, dándose comisión al canónigo Vicente Moreno y Roca para realizar las pertinentes pruebas de limpieza (25).

Finalmente, el 17 de abril de 1773 se procedía a la ansiada toma de posesión. Huarte, tras prestar el acostumbrado juramento de fidelidad al cabildo y a sus estatutos, salió de la sala capitular acompañado por el canónigo lectoral Andrés del Barco y por el racionero Pedro Chaves de la Rosa para dirigirse al coro de la catedral, sentándose en la silla correspondiente a su prebenda, y arrojando varias monedas en señal de la quieta y pacífica toma de posesión que había realizado a la multitud que se encontraba presente (26).

2. LOS ENFRENTAMIENTOS CON EL DEAN

Durante los primeros meses del desempeño de su nuevo oficio, Huarte asistió con regularidad a todas las asambleas celebradas por el cuerpo capitular gaditano, el cual se hallaba en aquellos momentos inmerso en una sorda lucha entre el deán Manuel Félix de Gorrichátegui y los restantes miembros del cuerpo capitular, acaudillando dicha contes-tación el canónigo magistral Joseph Martín y Guzmán.

Las causas de dicho enfrentamiento aparecen sintetizadas en la correspondencia intercambiada entre el cabildo catedralicio y el Consejo de Castilla durante aquellos años. En una misiva escrita por el deán el 14 de enero de 1774 se aludía al sistemático boicot del que era objeto por parte del cabildo gaditano, puesto que no se le permitía intervenir en los asuntos de la contaduría, denunciando además que cuando examinó el estado de cuentas de los patronatos de obras pías, comprobó que en la caja debía haber 800.771 reales, y solamente encontró 399.815, argumentando los contadores (en aquellos momentos el arcediano de Cádiz

Domingo de Villanueva, y el magistral Joseph Martín y Guzmán) como razones el atraso en el cumplimiento de algunas dotes, el hecho de que no se podía atender a todas las atenciones del cabildo al mismo tiempo, las obras realizadas en la cilla del pan decimal y en la nueva catedral, los pleitos sostenidos con la Iglesia catedral de Sevilla, y la retirada del anterior contador.

El magistral Joseph Martín y Guzmán, por su parte, contraatacaba escribiendo el 27 de diciembre de 1775 una carta dirigida al conde de Campomanes en la que manifestaba cómo:

"Desde que entró en esta Iglesia ha manifestado su poco amor a la residencia de suerte que aún en la primera y más estrecha que dura seis meses faltó una crecida porción de horas y consiguiientemente componen días de que creo no habrá ejemplar en la Iglesia y después ha seguido en los seis o siete años que lleva de prebenda excediendo notablemente los tres meses de ausencia... su práctica de subirse a la contaduría luego que entraba en el coro y con la genial perturbación que es propia en sus países alterarlo todo, cortar la serie de los trabajos de aquella oficina, cada día traer un proyecto nuevo..." (26 bis).

¿Cuál fue la postura de Huarte en este conflicto? Martín y Guzmán reconocía en dicha misiva cómo el prelado fray Tomás del Valle estaba al lado del deán, y es probable que Huarte siguiese los dictados del obispo: en el cabildo celebrado el 16 de octubre de 1773 Gorrichátegui exponía cómo el canónigo doctoral Joseph Muñoz y Raso se oponía a concederle voto en los asuntos de contaduría, protestando por ser dicha exclusión contraria a su dignidad. El cabildo hizo caso omiso de sus lamentos, y fue Huarte el único prebendado que apoyó las pretensiones de Gorrichátegui (27). Varios meses más tarde, el 16 de diciembre de 1773, el magistral Joseph Martín y Guzmán revelaba que el deán estaba formando un expediente en el que pretendía demostrar cómo no estaban satisfechas las últimas voluntades de los fundadores de los patronatos de obras pías, acordando el cabildo se le interpusiera una demanda de jactancia por sostener tales afirmaciones. Huarte argumentó que dicha demanda no podía ser formulada hasta pasado un mes de plazo, si bien fue silenciado fulminantemente al respondersele que *"en el cabildo de juribus se había*

citado éste para resolver lo conveniente... y consiguientemente para cuanto condujera a conservar los derechos y honor del cabildo por lo que no tenía lugar la citación del estatuto" (28).

Huarte nunca más volvería a levantar su voz a favor del deán. El asunto se resolvió en parte cuando el 10 de noviembre de 1775 el magistral Joseph Martín y Guzmán proponía una concordia según la cual el deán acudiría a la contaduría siempre que los contadores le llamasen expresamente para algún asunto de consideración, pero en ninguna otra circunstancia, decisión que sería ratificada con posterioridad por la Real Audiencia de Sevilla (29).

Es posible que los continuos pleitos habidos entre Gorrichátegui y el cabildo gaditano influyesen en la decisión de la Real Cámara de nombrarle en 1778 tesorero de la Santa Iglesia Catedral de Málaga. De este modo, el 10 de noviembre de dicho año Gorrichátegui se despedía del cabildo, al que manifestaba su amor y pedía perdón por cualquier ofensa que pudiese haber cometido, contestándole Martín y Guzmán que le deseó toda suerte de parabienes y le pedía perdón a su vez (30), aunque ello no le impediría aludir varios meses más tarde a los abusos introducidos por Gorrichátegui durante su deanato, manifestando el peligro de que "pudieran alegarse por los sucesores como prerrogativas de su silla o como costumbres introducidas y toleradas" (31).

3. SECRETARIO DEL CABILDO

La primera asamblea celebrada anualmente por el capítulo gaditano constituía lo que se denominaba *cabildo de oficios*, en el cual se designaban todos los cargos que estaban a cargo de los prebendados, algunos de ellos relacionados, con la administración de las propiedades del cabildo, otros, de carácter burocrático, algunos más, referidos a las actividades realizadas por el capítulo gadicense de cara a los fieles: administración de los Patronatos de Obras Pías, dirección del colegio de Santa Cruz, diputación de la Casa de Viudas, etc.

Durante los primeros años de su pertenencia al cuerpo capitula Huarte no obtuvo oficio alguno, y tan sólo el 2 de enero de 1776 sería nombrado secretario (31 bis), cargo que le dio algunas preocupaciones: varios meses más tarde exponía al cabildo cómo, pretendiendo entrar en la contaduría, donde se encontraban presentes el deán Gorrichátegui, el

arcediano de Cádiz Domingo de Villanueva, y el maestrescuela, Pedro Manuel Sánchez Bernal, fue expulsado de la sala por este último, reconociendo que aunque "no faltó en sus expresiones a la atención con que debe ser tratado un capitular", no por ello podía "dejar de hacer presente que como secretario debe asistir a los actos de contaduría y a las conferencias de ellas y que pedía se llamase a cabildo para que en él se resolviese este punto" (32). Algunos días después, el 10 de mayo de 1776, Huarte conseguía que el cabildo le reconociera el derecho de estar presente en todos los acuerdos de contaduría y no ser excluido de ninguna de las conferencias que allí tenían lugar (33).

Como tal secretario, en 1779 se le encargaba el arreglo del archivo catedralicio y la confección de un índice del mismo, tarea que compartiría con el canónigo Rodrigo Cavallero (34).

Huarte desempeñaría ininterrumpidamente el oficio de secretario hasta que el 4 de abril de 1788 se desistiera del mismo, eligiendo el cabildo en su lugar al racionero Joseph Belloni (35).

4. EL COLEGIO DE ACOLITOS DE SANTA CRUZ

El 19 de febrero de 1776 fallecía el prelado fray Tomás del Valle, corriendo a cargo del cabildo de canónigos *in sacris* (es decir, el deán y los canónigos, con exclusión de dignidades y racioneros) el gobierno de la diócesis (36). Los prebendados, en claro contraste con la relativa dejación de Vale (37), realizaron una intensa labor reformadora en la que el control de la moralidad de los eclesiásticos forasteros, los intentos de desterrar los abusos cometidos en las procesiones de Semana Santa, y los inicios de la reforma del Seminario de San Bartolomé, constituyeron los ejes fundamentales. En este último caso, el gran problema radicaba en la excesiva asistencia de los colegiales al coro de la catedral, lo que les distraía notablemente de sus estudios, por lo que se encargó al rector de dicha institución, el canónigo Rodrigo Cavallero, la confección de un nuevo Plan de Estudios que sería aprobado el 13 de mayo de 1777, disponiéndose la creación del colegio de San Cruz para que sus pupilos relevasen a los seminaristas del cumplimiento de los oficios de coro (38).

En el cabildo celebrado el 1 de enero de 1777, el canónigo penitenciarario Miguel Benito de Ortega y los racioneros Gerónimo de Herrera y Pedro Joseph Chaves de la Rosa, comunicaron que, en uso de las faculta-

des concedidas por el cabildo, habían elegido a diez muchachos para servir en el altar y coro de la Iglesia catedral a los que se agregarían los seises de la capilla de música, vistiendo los primeros un manto de paño azul y una beca encarnada, bordándose en el lado izquierdo de ésta la Santa Cruz, emblema de la catedral gaditana (39). El 19 de abril se aprobaban las constituciones de dicho centro, acordándose que los colegiales fuesen naturales de la diócesis, lo que sólo podría dispensarse "con una particularísima ventaja en la voz", siendo Huarte nombrado director de dicha institución por un período de tres años (40).

La gestión de Huarte, en líneas generales, fue bastante digna. Su primera preocupación fue asegurar al colegio una solida dotación económica, y por tal motivo protestó por la exiguidad de la asignación prevista por el cabildo, cuyo monto ascendía a 1.200 ducados anuales (41), por lo que el 10 de noviembre de 1777 los prebendados acordaban aumentar las rentas del colegio a 3.000 ducados al año, 1.200 procederían de la fábrica de la Iglesia catedral, y el resto de la asistencia de los colegiales a los entierros de Honras Enteras, Medias Honras y Cruz Alta, proporcionando el patronato de obras pías fundado por el deán Lorenzo Ibáñez Porcio las cantidades que faltaran (42).

Tres años después, el 5 de junio de 1780, Huarte hacía saber que finalizaba su mandato como director, comunicando sus deseos de que se nombrase una comisión que tomara conocimiento de las cuentas y examinase la labor por él realizada al frente del colegio. Fueron nombrados como visitadores los canónigos Joseph Martín y Guzmán y Vicente Moreno y Roca, solicitándose a Huarte que mientras tanto continuase al frente de dicha institución (43). El informe presentado por ambos visitadores el 7 de julio constituía una clara alabanza de la labor desarrollada por nuestro prebendado, puesto que no habían encontrado nada digno de reforma, y el colegio ni siquiera gravaba en exceso las rentas de fábrica, ya que aunque ésta desembolsaba la cantidad de 3.000 ducados anuales, teniendo en cuenta lo que en el pasado se gastaba en mantener a los seises y lo percibido por los colegiales por su asistencia a los entierros, el gasto efectivo ascendía solamente a 1.500 reales de vellón, y con todo ello se mantenía a veinte y un personas y se pagaban los salarios de los empleados del centro. Huarte informó además que había contratado a un catedrático de latín y que pretendía instruir a los seises en el cultivo de algún instrumento musical, intercediendo ante el nuevo prelado, fray

Juan Bautista Servera (1777-1782), para que las vacantes existentes en el seminario de San Bartolomé fuesen adjudicadas a los alumnos de Santa Cruz, ya que cuando éstos cambiaban de voz con la pubertad eran expulsados del centro y carecían de arbitrios con los que mantenerse. El cabildo acordó aprobar las cuentas y agradecer a Huarte el celo con que había afrontado sus obligaciones (44)).

En años sucesivos, la institución habría de atravesar algunas dificultades derivadas de la escasez de medios económicos y la preocupación de los colegiales por sus futuros destinos: en 1783 dos de ellos exponían al cabildo cómo por estar próximos al cambio de voz, muy pronto tendría fin su estancia en el colegio, solicitando se les instruyera en algún instrumento musical (45). Cuatro años más tarde, Huarte hacía presente que los 140 reales mensuales pagados por la fábrica al maestro de clave debían quedar a su disposición para gastarlos en lo que tuviera por conveniente, ora en enseñar a los colegiales a tocar algún instrumento, ora en instruirlos en el canto (46).

El 20 de junio de 1788, Huarte solicitaba que el cabildo le exonerase de la dirección del colegio de Santa Cruz, gracia que le fue concedida, reconociéndosele "el esmero y cuidado" que había desempeñado su cargo (47). Fue sustituido por el canónigo lectoral Antonio Manuel Trianes (48).

5. LA EXCAVACION EN LA ERMITA DE NUESTRA SEÑORA DE LA OLIVA (48 bis)

En 1617, y a instancias del regidor Francisco Lamadrid, el cabildo municipal gaditano acordaba que San Servando y San Germán fuesen nombrados patronos de la ciudad, ordenándose colocar sus imágenes en la capilla de San Pedro del Hospital de la Misericordia. En todo ello jugó un importante papel el racionero Juan Bautista Suárez de Salazar, que en su obra *Grandezas y Antigüedades de la Isla de Cádiz*, publicada en 1610, reprendía el olvido en que había caído el culto de estos santos en la urbe gadicense (49). Paulo V aprobó la decisión de la ciudad, y se celebraron grandes fiestas por tal evento (50), pero a finales del siglo XVIII el culto de ambos santos parecía haber caído en un relativo olvido, ya que, como reconocía Francisco Melitón y Memige (51), "como la devoción y el fervor de los pueblos no suele siempre conservarse, la del

común de los fieles hacia los santos Servando y Germán aunque no se había apagado del todo parecía un tanto disminuida y como olvidada" (52).

El 14 de abril de 1779 Huarte escribía al cabildo catedralicio dando cuenta de cómo el día 12 había pasado a la vejería ermita de Nuestra Señora de la Oliva por haber sabido que al demolerse un antiguo altar de mampostería se había hallado una piedra, que resultó ser un cipo, con una inscripción en la que estaban grabados los caracteres "IN NOMINE DOMINI NOSTRI JESU() DIE SUNT RELIQUIE S.C.() SEI SERBANDI GERMANI FR() RUFINE MARTIRUM SUB D. XVIII KLDS FEBRUARS ANNO VII DOMINI THEODERACIS EPISCOPI". Para Huarte se trataba del obispo de Asidonia Theoderato, que aparecía citado en el XII Concilio de Toledo celebrado en 681. Según nuestro prebendado, al ser conducidos prisioneros ambos santos de Mérida a Tingis (Tánger), al seguir por el *Itinerario Marítimo* de Antonino, debieron haber recorrido el curso del río Belon (Barbate), y era probable que el obispo Theoderato hubiese querido depositar sus reliquias en el lugar por donde habían pasado, ya que la ermita de la Oliva se encontraba junto a dicho río. Huarte ordenó realizar una excavación en el lugar donde se encontró el cipo, y tras aparecer unos huesos humanos suspendió toda diligencia, mandando depositar los restos en poder del vicario de Vejer. El doctoral Joseph Muñoz y Raso propuso escribir al obispo fray Juan Bautista Servera para que diese comisión a Huarte en todo este asunto, lo que se aprobó, así como que el cabildo sufragara todos los gastos (53). Varios días más tarde, el 27 de mayo, el canónigo penitenciario Miguel Benito de Ortega Cobo exponía que, no obstante la suficiencia y capacidad de Cayetano, era preciso que, al poder derivar el asunto en el establecimiento de un culto público de dichas reliquias, se ampliase la comisión a dos o más jueces, acordándose se solicitara al prelado que se incluyera en la misma al doctoral (54), lo que así se hizo (55).

El arquitecto Torcuato Cayón dibujó los restos encontrados (56), y todo ello sirvió para relanzar en cierta medida el decaído culto de los patronos de la urbe gaditana: durante estos años se predicaron algunos sermones en su honor y en 1797 se fundaba una congregación para fomentar su culto (57).

6. OTRAS ACTIVIDADES

No acaba aquí la relación de las tareas emprendidas por Cayetano Huarte durante los febriles años en que ostentó la media ración, sino que sus intervenciones, por el contrario, se extendieron a otros campos: el 22 de agosto de 1774, el racionero Cristóbal Grosso protestaba ante el cabildo catedralicio su negativa a concederle *patitur* (58), al no haber hecho constar aquél su enfermedad con certificación médica, por lo que el cuerpo capitular le obligó a seguir yendo al coro y a los divinos oficios, Grosso se plegó y envió una certificación en la que constaba padecer una grave enfermedad, acordando el capítulo concederle dos meses de *patitur*, si bien Huarte expuso que dicha gracia debía ser otorgada a condición de que durante dicho tiempo no pudiese ganar aniversarios ni dotaciones (59).

Un año más tarde, el 11 de octubre de 1776, el arcediano de Cádiz, Bernardo Ortiz de Zárate exponía la difícil situación económica padecida por las medias raciones con motivo de la escasa cosecha recogida en dicho año y la baja calidad del grano al estar mezclado con malas hierbas. El arcediano proponía que, a fin de que ningún prebendado fuese perjudicado, "tomando su prebenda donde fuera de peor calidad que así como se hace el repartimiento en las villas tocando a todos los señores en cada una de ellas a correspondencia de lo que le pertenece, se practicara lo mismo con los granos de Mayordomía, distribuyéndose el ha de haber de cada uno de todos los señores en todos los pueblos a proporción de su prebenda". El deán expuso que este arbitrio perjudicaría a los racioneros y a las medias raciones, ya que, al recibir partidas de cereal de distinta calidad, se verían más afectados al tocarles una parte inferior del producto decimal, siendo del parecer de que los granos recogidos en la cilla de Jerez de la Frontera se destinaran a aquéllos. La postura del arcediano de Cádiz, no obstante, fue compartida por el maestrescuela, Pedro Manuel Sánchez Bernal, el doctoral, Joseph Muñoz y Raso, el penitenciario, Miguel Benito de Ortega Cobo, los canónigos, Rodrigo Cavallero y Francisco Antonio Tomati, y los racioneros, Pedro Ximénez Montalvo y Pedro Guerzi, en tanto que Domingo Costa, Juan Antonio Ortiz de Zárate, Francisco de Lúcar y Coget, Joseph Domínguez de Rivas, Pedro Espinosa Blanqueto y Agustín Herque, significativamente racioneros o medias raciones todos ellos, se inclinaron a favor del deán. Cayetano

Huarte se sumó a esta última postura, ya que, en su opinión, "lo que se juzgaba un repartimiento equitativo a todos igual era una conocida ventaja a las prebendas mayores y un daño manifiesto a las menores, pues además de el que puntó el señor deán se seguía también que subdividido en tantas pequeñas porciones el trigo de las prebendas menores en tantas distintas calidades y pueblos sería muy difícil la venta y los precios menos ventajosos, cuando en las prebendas mayores no puede haber este perjuicio, pues cualquiera de sus porciones ha de exceder tres cuartas partes a las otras..." (60). El cabildo celebrado el 14 de diciembre, no obstante, desestimó todas estas argumentaciones (61).

El 2 de enero de 1779, Huarte era elegido diputado de la fábrica de la nueva catedral (61 bis) que en aquellos momentos se estaba edificando (62). Reelegido el 5 de enero de 1782 (73), su actuación se centró en la construcción de un nuevo retablo, para lo cual existían ciertas dificultades económicas (64), que serían subsanadas con posterioridad (65). Huarte presentaba el 13 de agosto las cuentas del nuevo monumento y, aunque el cabildo las aprobó sin examinarlas, insistió en que fuesen revisadas (66). Poco después, el 3 de septiembre, expuso que había decidido que el nuevo retablo fuese pintado por los mejores artistas de la ciudad, contratando a Nicolás Ruiz y Joseph de Sala, este último pintor de cámara del infante D. Antonio, a quien encargó la pintura "de varios relieves de perspectiva" por la suma de 6.000 reales de vellón (67). En 1782 (68) y 1783 (69), Huarte era reelegido en estas funciones. Asimismo, el 2 de enero de 1777 era nombrado hacedor de rentas (70) y diputado de la Casa de Viudas (70 bis) fundada por Juan Clat Fragela (71), tarea esta última que volvió a desempeñar en 1780 (72). Todo ello se completaba con su nombramiento de examinador sinodal conferido por el cabildo de canónigos in sacris el 6 de octubre de 1777 (73).

Huarte desempeñaría todas estas tareas con seriedad y eficacia. Debió causar una impresión bastante buena entre los miembros del capítulo gaditano, ya que en una carta que el 25 de octubre de 1782 escribirían los canónigos Rodrigo Cavallero y Solórzano y Vicente Moreno y Roca al monarca, exponían cómo

"se ha ejercitado incesantemente en el confesionario y púlpito, asistiendo en los hospitales, cárceles y en los conventos de religiosas de esta ciudad y diócesis con particular aplicación, por

este cabildo se le ha tenido siempre ocupado en comisiones... en cuyos empleos se le ha notado siempre un tesón constante de justificación y probidad... constando... la continuada observación de su conducta, su aplicación al cumplimiento de las obligaciones de su estado, amor y celo al Real Servicio y al bien de la religión y amor y celo al Real Servicio y al bien de la religión y estado como asimismo que es de buena vida y loables costumbres de un espíritu religioso y amante de la paz sin que contra su persona haya habido motivo alguno de queja... antes bien merece la general aceptación de todo este pueblo" (74).

7. ASCENSO A RACIONERO

Movido o no por las elogiosas palabras dictadas en dicho informe, lo cierto es que Carlos III, haciendo uso de los derechos conferidos a la monarquía por el Concordato de 1753, y en virtud de la Real Presentación del 20 de julio de 1783, disponía nombrar racionero a Cayetano María de Huarte, ordenando que el cabildo le hiciera colación de dicha prebenda en el plazo de treinta días junto con todos los frutos, rentas y emolumentos anejos a la misma. Por el auto promulgado el 29 de julio de dicho año el canónigo doctoral Joseph Muñoz y Raso manifestaba su acatamiento a la disposición regia (75), y el 1 de agosto Huarte tomaba posesión de su nueva prebenda, siendo su primera actuación manifestar su agradecimiento al cabildo y exponer cómo el nuevo deán, Antonio Guerrero y Aranda (76), no había cumplido con los seis meses de residencia de una canonjía que se unió a la prebenda del deanato, y que solicitaba acogerse a idéntica gracia por haber cumplido ya con la residencia cuando le fue otorgada la media ración. El cabildo desestimó todas estas razones, pero el canónigo penitenciario Miguel Benito de Ortega argumentó que, para evitar futuros conflictos, lo más oportuno era que el deán cumpliera con la residencia debida a su canonjía, a lo que éste se avino. Huarte, con un fino sentido de la ironía, expuso "que no era su ánimo perjudicar a el señor deán en la posesión en que estaba y que tenía por justicia sino no ser perjudicado en hacerla" (77).

El nombramiento de Huarte como racionero motivó poco después un pequeño conflicto con las autoridades de Madrid. Los beneficiados gaditanos argumentaron el derecho que les asistía de proveer la media

ración vacante tras el ascenso de Cayetano en virtud del indulto apostólico concedido por el papa Alejandro VI en 1502, que otorgaba al cabildo la gracia de hacer provisión de las medias raciones en cualquier forma y modo que se produjera la vacante, si bien la Real Cámara, siguiendo el dictamen de una sentencia del juez apostólico, Gabriel Martínez, que determinaba que el capítulo gadicense solamente podía cubrir las medias raciones vacantes en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre, decidió nombrar para la prebenda que otrora ocupara Huarte a Joseph Belloni (77 bis).

La labor de Huarte como racionero fue mucho menos intensa de lo que había sido anteriormente, pero no creamos por ello que nuestro prebendado se durmió en la inacción. De hecho, durante este período nos sigue mostrando su temperamento sobrio, austero y enemigo de frivolidades y su solidaridad con las dificultades de los feligreses.

Ello se refleja continuamente en su acción como diputado de la Casa de Viudas: así, el 2 de mayo de 1783 hacía presente cómo las dotes establecidas por Juan Clat Fragela no se otorgaban según lo dispuesto, pues "manda que todos los años se dé una dote o para casada o para monja alternativamente a una de las educadas en la Casa de Viudas que él fundó y no habiendo en aquel año en ella quien esté para tomar el estado... pase a las educadas en el Hospicio y no habiéndola aquí libremente provea el cabildo en la hija de Cádiz huérfana que tenga por conveniente... que desde la fundación no se ha hecho otra cosa (a excepción de dos dotes) que dejar en arcaslo que van cayendo hasta que se presenta alguna de la Casa de Viudas de esta ciudad". El canónigo doctoral Joseph Muñoz y Raso expresó que había que poner remedio a esta inobservancia, acordándose que éste, en unión del canónigo penitenciario Miguel Benito de Ortega Cobo, dispusieran el remedio pertinente (78). Huarte debió tener cierto éxito en estas pretensiones, ya que el 7 de noviembre de 1785 se discutía la distribución de siete dotes de la fundación de Juan Fragela entre futuras religiosas, acordándose que, al no haber en la misma ninguna interesada, Huarte, como miembro de la Junta de Gobierno del Hospicio, viese si había alguna niña en dicha institución que deseara ser monja, y que, por lo que se refería a las restantes dotes para doncellas pobres, cada capitular propusiera un nombre para que aquéllas fuesen otorgadas por sorteo (79). Dos años más tarde se acordaba que, en calidad de diputado de la Casa de Viudas, debía distribuir dos dotes de 11.000 reales a mujeres acogidas por la fundación que desearan abrazar la vida religiosa (80).

También exhortaría Huarte a que los prebendados cumplieren con la residencia, cuya inobservancia constituyó fuente continua de lamentaciones a lo largo del siglo XVIII (81): en unión del deán Antonio Guerrero y Aranda elaboró un plan expuesto en el cabildo celebrado el 19 de enero de 1787 según el cual "todos los cabildos se celebren después de concluido el coro y que en los días que haya dos misas... haya obligación de asistir a una y otra en tal disposición que el que faltare a una pierde una hora canónica aunque haya asistido a la otra misa, así como a el que pierde horas completas no le aprovecha haber asistido a las vísperas y las pierde" (82).

En 1786, la diócesis se vio afectada por una cruenta epidemia de tercianas o paludismo, como consecuencia de la que se extendió en dicho año por Andalucía y Castilla la Nueva, que afectó a un millón de personas y provocó 1000.000 muertos (83). El gobierno tomó como medidas la canalización y desagüe de aguas pantanosas, la desecación y terraplénado de lugares pantanosos y la utilización de la quina, a partir de la cual el médico, José de Masdevall, había empezado en 1783 a fabricar la opiata, eficaz antipalúdico y antitérmico (84). Huarte debió tomar conocimiento de la utilización de estos remedios, ya que el 4 de septiembre propuso la compra de algunas libras de quinina, sugerencia aprobada por el cabildo, que resolvió se costeara su adquisición con los fondos del patronato de obras pías fundado por Lorenzo Ibáñez Porcio (85). Varios días después exponía haber recibido un memorial remitido por el vicario de Alcalá de los Gazules en el que éste comunicaba que, aunque la quinina había producido buenos resultados, la convalecencia de los enfermos era sumamente difícil por falta de alimentos, acordándose obviar estos males distribuyendo la suma de 1.200 pesos procedentes del citado patronato entre todas las poblaciones de la diócesis, excluyendo las localidades de Medina Sidonia (a la que ya se le había concedido la cantidad de 200 pesos), San Fernando y Chiclana (estas dos últimas eran socorridas por los vecinos de la urbe gaditana) (86).

La labor realizada por Huarte durante estos años culminaría cuando el 4 de enero de 1788 era nombrado, junto al canónigo Rodrigo Cavallero, miembro de la diputación que, en unión del prelado José Escalzo y Miguel (1783-1790), acordaría el arreglo de la congrua beneficiar de los curas de la diócesis (87), cuyos resultados ya hemos abordado en otro lugar (88).



NOTAS

- (1) VAZQUEZ LESMES, J.R., *Córdoba y su cabildo catedralicio*. Córdoba, 1987, p. 12.
- (1 bis) Vid. MORGADO GARCIA A. "El panameño Manuel Félix de Gorrichátegui, deán de la iglesia gaditana", *Cádiz e Iberoamérica*, 8, 1990, pp. 11-12.
- (2) LOPEZ AREVALO, J.R., *Un cabildo catedral de la Vieja Castilla. Avila: estudio histórico-jurídico, siglos XII-XX*. Madrid, 1966, pp. 91-92.
- (3) ACC, Sección 1, Serie IX, leg. 83, expediente de limpieza de sangre de Bernardo Ortiz de Zárate.
- (4) Ibídem, leg. 82, expediente de limpieza de Francisco del Olmo Pajares.
- (5) LOPEZ AREVALO, J.R., op. cit., p. 87.
- (6) Ibídem, p. 85.
- (7) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 83, expediente de limpieza de Nicolás de la Rosa Chacón.
- (8) LOPEZ AREVALO J.R., op. cit., pp. 88-89.
- (9) ANTON SOLE, P., *Situación económica y asistencia social en la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1985, pp. 103-105, DEFURNEAUX, M., *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1973.
- (10) LOPEZ AREVALO, J.R., op. cit., p. 101.
- (11) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 83, expediente de limpieza de Joseph Muñoz Raso.
- (12) Vid. "Bibliografía relativa a Cádiz y su provincia existente en la Biblioteca Pública del Estado (Fondos antiguos)", *Boletín Bibliográfico de Historia*, número 6, Cádiz, Fundación Municipal de Cultural, 1988, p. 69.
- (13) LOPEZ AREVALO, J.R., op. cit., p. 100.
- (14) Ibídem.
- (15) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 83, expediente de limpieza de Miguel Benito de Ortega Cobo.
- (16) LOPEZ AREVALO, J.R., op. cit., p. 101.
- (17) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 83, expediente de limpieza de Joseph Martín y Guzmán. Vid. "Bibliografía...", pp. 62-64.
- (18) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 82, expediente de limpieza de Diego Felipe Vigo.

- (19) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 82, expediente de limpieza de Vicente Moreno y Roca.
- (20) ACC, Sección 1, serie IX, leg. 82, expediente de limpieza de Rodrigo Cavallero y Solórzano.
- (21) CAMBIASO Y VERDES, N.M., *Memorias históricas para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, Cádiz, 1986, pp. 16-17.
- (22) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz, 1989, p. 92.
- (23) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 37, fol. 235.
- (24) ADC Secretaría, leg. 394, exp. 76.
- (25) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 37, fol. 235v.
- (26) *Ibidem*, fol. 237.
- (26 bis) AHN, Consejos, leg. 15.647, exp. 2, "D. Manuel de Gorrichátegui, deán de aquella catedral con el cabildo de la misma por haberle privado de varias facultades y de la llave del arca de caudales".
- (27) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 37, fols. 268v-269.
- (28) *Ibidem*, fol. 279v.
- (29) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 38, fols. 170v y 177v.
- (30) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fols. 141-142.
- (31) *Ibidem*, fol. 175v.
- (31 bis) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 38.
- (32) *Ibidem*, fols. 244v.
- (33) *Ibidem*, fols. 245v-248.
- (34) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 183v.
- (35) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fol. 194.
- (36) ANTON SOLE, P., op. cit., pp. 79-81.
- (37) La mejor visión de conjunto sobre este prelado en *Ibidem*, pp. 67-68. Una valoración no tan positiva en MORGADO GARCIA, A., op. cit., pp. 74-75.
- (38) ANTON SOLE, P., op. cit., pp. 83ss.
- (39) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 1.
- (40) *Ibidem*, fols. 23v-24.
- (41) *Ibidem*, fol. 55v.
- (42) *Ibidem*, fol. 65.
- (43) *Ibidem*, fol. 257.
- (44) *Ibidem*, fols. 263-265v.
- (45) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 40, fol. 135.
- (46) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fol. 180v.
- (47) *Ibidem*, fol. 241.
- (48) Nacido en Cádiz en 1759, tras cursar sus estudios en el colegio del Sacromonte de Granada, en cuya colegiata obtuvo una canonjía, accedió a la prebenda lectoral del cabildo gaditano en 1785, desarrollan una activa labor durante la Guerra de Independencia (CAMBIASO Y VERDES, N.M., op. cit., pp. 349-351).
- (48 bis) El contexto de la investigación arqueológica en el Cádiz moderno está bien reflejado en CORZO, R., "Historia de la arqueología gaditana", publ. *Cádiz en su historia. V Jornadas de Historia de Cádiz*, Cádiz, 1986, pp. 7-29.

- (49) MELITON Y MEMIGE, F., *Historia de los santos mártires Servando y Guzmán patronos de Cádiz*, Cádiz, 1798, pp. 36-37.
- (50) HOROZCO, A. de, *Historia de la vida de los santos Servando y Germán patronos de Cádiz*, Madrid, 1856, pp. 34-35.
- (51) Nacido en Cádiz en 1763, estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, desempeñando desde 1797 hasta su muerte en 1800 la canonjía magistral gaditana (CAMBIA-SO Y VERDES, N.M., op. cit., pp. 115-116).
- (52) MELITON Y MEMIGE, F., op. cit., pp. 39-40.
- (53) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fols. 175-176v.
- (54) Ibídem, fols. 177v.
- (55) Ibídem, fol. 178.
- (56) MELITON Y MEMIGE, F., op. cit., p. 42.
- (57) MORGADO GARCIA, A., op. cit., p. 200.
- (58) Licencia que solicitaba un prebendado para no cumplir con la asistencia al coro y a los divinos oficios por padecer alguna enfermedad.
- (59) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 38, fols. 62v-64v.
- (60) Ibídem, fols. 270v-271v.
- (61) Ibídem, fol. 274.
- (61 bis) Sobre la catedral gaditana vid. ANTON SOLE, P., *La Catedral de Cádiz. Estudio histórico-artístico de su arquitectura*, Cádiz, 1976.
- (62) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 151.
- (63) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 40, fol. 2.
- (64) Ibídem, fol. 7v.
- (65) Ibídem, fols. 19v-20.
- (66) Ibídem, fol. 40.
- (67) Ibídem, fol. 42v.
- (68) Ibídem, fol. 69v.
- (69) Ibídem, fol. 131.
- (70) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39, fol. 2v.
- (70 bis) Sobre esta institución, vid. PASCUA SANCHEZ, M.J., "La fundación de la Casa de Viudas de Cádiz: un gesto caritativo de Juan Clat (Fragela), un comerciante de Damasco", *Comercio y Burguesía de Negocios en la Andalucía de la Ilustración*, Cádiz, 1988.
- (71) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 39.
- (72) Ibídem, fol. 231.
- (73) ADC, Manuscritos, lib. 1.046, fol. 9.
- (74) ADC, Secretaría, leg. 33, "Informe de Rodrigo Cavallero y Vicente Moreno y Roca sobre Huarte a Carlos III. Cádiz 25 de octubre de 1782".
- (75) ADC Secretaría, leg. 394, exp. 92.
- (76) Nacido en el arzobispado de Toledo en 1733, se doctoró en el colegio de San Clemente o de los Españoles de Bolonia, llegando a ser magistral de Málaga. Desempeñó el deanato en el cabildo gaditano entre 1779 y 1800, año en que fallecía (ACC, Sección 1, serie IX, leg. 84, expediente de limpieza de Antonio Guerrero y Aranda).
- (77) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 40, fols. 171-172.

- (77 bis) AHN, Consejos, leg. 15.649, exp. 1, "El Cabildo de Cádiz sobre pertenecerle privativamente la provisión de las medias raciones y sobre si se han de proveer en los clérigos naturales de la misma".
- (78) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 40, fol. 155.
- (79) *Ibídem*, fol. 341v.
- (80) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 134-135.
- (81) MORGADO GARCIA, A., op. cit., pp. 100-101.
- (82) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 110v-112.
- (83) PEREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*, Madrid, 1980, pp. 339-342.
- (84) *Ibídem*, pp. 344 y 347.
- (85) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fol. 72v.
- (86) *Ibídem*, fol. 76v.
- (87) *Ibídem*, fol. 189.
- (88) Vid. MORGADO GARCIA, A., "Provisión de beneficios en la diócesis de Cádiz durante el Antiguo Régimen (1700-1836)", *Chronica Nova*, 18, 1991.

CAPITULO III

CANONIGO PENITENCIARIO (1788-1806)



1. NOMBRAMIENTO

Fuera cual fuese la opinión que el obispo José Escalzo y Miguel suscitara entre los distintos componentes de la Iglesia gaditana, lo cierto es que los años de su prelatura, especialmente los comprendidos entre 1786 y 1788, suponen el culmen del reformismo en el obispado gadicense (1). No obstante, durante el gobierno de sus sucesores Antonio Martínez de la Plaza (1791-1800) y Francisco Javier de Utrera (1801-1808) tendría lugar la *detente* de todas estas tendencias reformadoras, no tanto por un talante más inmovilista, sino porque las circunstancias ya no eran propicias para ello: si el primero hubo de hacer frente a la crítica situación económica que durante los años noventa afectara a la diócesis, el segundo verá cómo las bases económicas de la Iglesia gaditana comienzan a ser socavadas por las crecientes negativas campesinas al pago del diezmo y por las urgentes necesidades de la Real Hacienda, que por medio de las desamortizaciones y los donativos gratuitos pretendía resolver sus graves problemas financieros (1 bis). Será en estas críticas circunstancias cuando Huarte culmine su carrera en el cabildo catedralicio gaditano.

En el capítulo celebrado el 23 de septiembre de 1787 se daba cuenta del fallecimiento acaecido ese mismo día del canónigo penitenciario Miguel Benito de Ortega Cobo, disponiéndose que al día siguiente se celebrase la correspondiente misa de funeral y que por la tarde tuviese lugar el entierro (2). Amén de proveer todo lo necesario para que el finado recibiera cristiana sepultura, se hacía de todo punto imprescindible proceder cuanto antes a la provisión de la vacante, y así, el 6 de octubre se declaraba libre la canonjía, disponiéndose se fijaran edictos llamando a oposición que tendría lugar en el plazo de sesenta días contados desde

el 1 de noviembre, corriendo todos los gastos ocasionados por tal evento a cuenta del vencedor en los exámenes. Rodrigo Cavallero y Antonio Ladero fueron designados diputados de dicho concurso (2 bis).

Desde la bula promulgada por el papa Gregorio XIV el 5 de noviembre de 1622, la provisión de las canonjías penitenciarias se realizaba por medio de oposición. Todos los edictos convocatorios expedidos por el cabildo gaditano se limitaban a repetir los requisitos exigidos en la misma: los candidatos debían leer durante una hora con puntos de veinte y cuatro el tema que les tocara, que en el caso de los teólogos sería extraído del Libro cuarto del Maestro de las Sentencias, y en el de los canonistas de las *Decretales* de Graciano, habiendo de argüir por espacio de una hora con puntos de cuarenta y ocho acerca del fragmento de los evangelios que les tocara en el sorteo. Se exigía tener cuarenta años cumplidos, no haber sido religioso ni miembro de la Compañía de Jesús, y ser doctor o licenciado por cualquier universidad hispana o por el Colegio de San Clemente o de los Españoles de Bolonia (3).

El 5 de enero de 1788 se iniciaba la presentación de los candidatos, que fueron Sebastián Sánchez de Bustamante, canónigo de Ceuta y doctor en Derecho Canónico por la Universidad de Salamanca; Pedro Vicente Yáñez, canónigo de la colegiata del Sacromonte de Granada y doctor en Teología por la Universidad de dicha ciudad; y Nicolás Vélez, doctor por la Universidad de Osuna (4). Cayetano Huarte se presentaría el día 19, declarando, como era preceptivo, "que no hacía esta oposición por vicio ni malicia como en fuerza del derecho que le compete". El 22 de enero daban comienzo las pruebas, de modo que tras entrar uno de los seis, Antonio Ladero picó por tres veces con un cuchillo el Libro cuarto del Maestro de las Sentencias, eligiendo Huarte las distinciones *De peccatis quae post hanc vitam demittuntur*, y *An peccata donissa redeant*, nombrándose como examinadores al magistral Juan de Santa Cruz y al presbítero Bustamante, leyendo el día 23 y respondiendo con brillantez a los argumentos planteados por ambos. El día 27 tomaba puntos para el sermón, optando por el capítulo 4 del evangelio de Juan (5).

El día 30 de enero daba término la oposición, de la que Huarte salía triunfante, y en el cabildo del 5 de febrero se acordó otorgarle la posesión de la canonjía penitenciaria, disponiéndose que los canónigos Rodrigo Cavallero y Francisco Antonio Tomati (5 bis) le hicieran entrega de la misma, por lo que, conducido por ellos, Huarte entró en la sala capitular,

hizo el juramento acostumbrado y se sentó en la silla de su prebenda, "esparciendo diferentes monedas de plata en señal de la pacífica posesión que había tomado lo que igualmente practicó en el confesionario" (6), en clara alusión a la principal obligación de su oficio.

2. LOS INFORMES DEL ESTADO DE LA DIOCESIS DE 1791 Y 1793

Dos años más tarde fallecía el prelado José Escalzo y Miguel. Tal como era costumbre en estos casos, inmediatamente se tomaron las medidas de rigor para proceder al gobierno de la diócesis durante la vacante, de tal manera que el 20 de marzo de 1790 el cabildo de canónigos in sacris procedía al nombramiento de oficios: Joseph Muñoz y Raso era nombrado provisor y vicario general; Antonio Guerrero y Aranda, visitador de la ciudad de Cádiz y de los conventos de religiosas de Chiclana y San Fernando; Rodrigo Cavallero y Solórzano, visitador de capellanías y juez de testamentos; Antonio Tomati, visitador de oratorios; Antonio Trianes, juez sinodal; el deán y Rodrigo Cavallero, visitadores del seminario de San Bartolomé; y Huarte, visitador del obispado y de los conventos de monjas de Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules (7).

Huarte tomó muy en serio las obligaciones inherentes a su nuevo cargo, y ya el 22 de abril remitía una carta al cabildo de canónigos in sacris anunciando su paso por Chiclana (8), recorriendo en días sucesivos todas las localidades de la diócesis, a saber, Medina Sidonia, San Fernando, Los Barrios, San Roque, Alcalá de los Gazules, Jimena de la Frontera, Puerto Real, Vejer de la Frontera, Algeciras, Chiclana, Tarifa y Conil, siendo acompañado en su periplo por el notario de visita Josef María Muñoz Roa y Coca. En todas ellas inspeccionaría los libros sacramentales, las cuentas de fábrica parroquiales, los conventos de religiosas y el estado de los templos, promulgando los mandatos de rigor. Las providencias por él tomadas fueron muy variadas: actuó en Alcalá de los Gazules contra el presbítero Francisco de Casas por frecuentar éste una casa de mujeres de mal vivir, disponiendo que fuera recluido durante dos meses en el convento de Capuchinos de Cádiz (9); presidió la elección de priora en el convento de religiosas agustinas de Chiclana; propuso al cura Francisco García de la Torre para la vicaría vacante de Conil, e hizo saber las quejas existentes acerca de la actuación del cura de Medina García Garrucho, resolviendo el cabildo el 22 de abril nombrar como vicario al

propuesto por Huarte y exhortar a Garrucho a que cumplierse con sus obligaciones (10); intentó sin éxito reconciliar al vicario de Alcalá con el corregidor, al denunciar éste cómo aquél había proferido palabras poco decorosas acerca de la persona del monarca (11); remitió al capítulo gadicense las constituciones de un beaterio fundado en Alcalá de los Gazules para enseñanza de niñas y curación de mujeres enfermas, a fin de que éste las aprobara (12); suspendió al presbítero de San Roque Andrés Méndez las licencias de confesar (13)...

Esta febril actividad despertó algunas protestas: los beneficiados de Alcalá de los Gazules (14) se quejaron por habérseles ordenado que se aplicaran al ministerio sacerdotal y que ayudaran a los curas en sus tareas, a lo que les replicó Huarte remitiéndose al III Concilio Lateranense, que disponía la obligación de los beneficiados de confesar y predicar, según lo recogía en su obra "Wanspen" (¿Van Espen?). Asimismo, el 2 de octubre de 1790 el cabildo de canónigos in sacris recogía las protestas del vicario de Castellar por los mandatos de visita promulgados por Huarte. Los prebendados consideraron infundadas tales lamentaciones, si bien recomendaron a nuestro canónigo que moderase un poco "las expresiones fuertes y las reprensiones" (15). Ello no impediría que el 13 de enero de 1793, una vez concluida la visita, el cabildo le diera las gracias por "el celo, trabajo, atención y caridad y cuidado" (16) que había manifestado en todo momento.

Fruto de dicha visita pastoral sería la redacción de sendos informes en 1791 y 1793 (17) que constituyen una fuente preciosa para el conocimiento del estamento eclesiástico de la diócesis en las postrimerías del siglo XVIII.

Huarte apenas habla del estado de las iglesias, cementerios y libros sacramentales. Existen varias alusiones que nos ilustran acerca del mal estado de éstos como consecuencia del desinterés de algunos curas por mantenerlos en buenas condiciones: en Conil y Medina Sidonia, por ejemplo, se vio obligado a mandar que un escribano anotara las partidas correspondientes, ya que debido a la pésima letra de los curas los libros eran completamente ininteligibles.

Escasas son también las referencias al estado material de iglesias y ermitas: en Vejer estaba totalmente derruida la de Nuestra Señora de los Remedios, y la de San Ambrosio amenazaba ruina, ordenando Huarte que se eliminase un altar muy deteriorado que se encontraba en la igle-

sia de San Juan de Letrán de la misma localidad. Tampoco falta una alusión a la inexistencia de cementerio en la localidad de Paterna, carencia que provocaba que los cadáveres se quedasen casi insepultos, y que en la iglesia parroquial se careciera de espacio para nuevas tumbas.

En muchas ocasiones el visitador precede o concluye su análisis de cada localidad emitiendo un juicio sobre la situación del clero de la misma: los eclesiásticos conileños, por ejemplo, eran "bastantemente arreglados y juiciosos", en tanto que el estamento eclesiástico de San Roque y Vejer se caracterizaba por su escasa instrucción, el de Jimena era "juicioso, aplicado y de buen porte"... la campiña presentaba en este sentido un panorama muy poco esperanzador: del clero de Medina Sidonia, Huarte llega a decir que "verifica el dicho de Isaías *multiplicasti gentis sed non magnificasti latitiam*, no hay en él muchos sujetos de mérito literario", en tanto que los clérigos alcalaínos se caracterizaban por un talante "indisciplinado, rústico y nada aplicado". Algo parecido le sucedía al clero de Chiclana, localidad en la cual "no hay que buscar aplicación a el estudio ni a el trabajo ni que usen de día y noche los hábitos talarés". Nuestro canónigo no pensaba que la situación mejorase a corto plazo, a juzgar por la negativa opinión que le merecían los clérigos de menores.

El nivel de instrucción debía ser bastante bajo, apareciendo numerosas alusiones a una situación generalizada de ignorancia, si bien había algunos eclesiásticos, como el vicario de Chiclana Alonso Gil de Arriaza, que estudiaban las obras de Natal Alejandro, Concina y el papa Benedicto XIV. No tan negativa era la situación en lo que se refería al cumplimiento de las tareas pastorales, siendo muy escasos los presbíteros que no guardaban sus obligaciones, y encontrando numerosos ejemplos de eclesiásticos que desempeñaban sus tareas con mucho más celo del que era estrictamente indispensable: muchos de ellos, amén de asistir al confesionario y predicar a los fieles, tuvieron un destacado papel en la organización de la estructura benéfica de sus respectivas localidades, como el vicario de San Fernando Francisco Castañedo, que desempeñó una activa labor en la puesta en marcha del Hospital de dicha población, en tanto que en la misma localidad Juan Evangelista Jiménez fomentaba numerosas obras piadosas y creaba un recogimiento para huérfanas.

Era también relativamente aceptable el nivel moral de los clérigos de la diócesis, siendo considerados la mayoría de ellos como sujetos virtuosos: de más de 120 eclesiásticos mencionados por nuestro visitador, sola-

mente cuatro son acusados de concubinato, y otros tantos de embriaguez, desfalco, tráfico con los diezmos o compra-venta de caballos. No siempre, sin embargo, se podía luchar con eficacia contra las lacras que aquejaban al estamento, ante la negativa, en algunos casos, de los propios fieles: el presbítero Marcos de la O y Ocaña fue acusado de seducir a una joven de Chiclana, pero la madre de ésta se negó a proceder judicialmente contra aquél por temor a que el honor de su hija quedase en entredicho.

Las relaciones existentes entre los eclesiásticos no siempre eran todo lo buenas que cabía desear, y muchas veces eran los propios vicarios los sujetos más conflictivos: el de Tarifa, Joseph de Castro y Aragón, era hombre "de genio soberbio y dominante, aspira a el despotismo con el que efectivamente manda, tiranizando a todo aquel que no se le rinde". Los vicarios de Algeciras y Los Barrios protestaban por la situación privilegiada de la fábrica de San Roque, que en otro tiempo había obtenido la mitad de las rentas correspondientes otrora a la de Gibraltar. No encontramos conflictos doctrinales, si bien en Algeciras una serie de clérigos se separaron del cuerpo sacerdotal de dicha localidad "desde los cuentos locos de un religioso capuchino".

Huarte tampoco dedica demasiada atención a las relaciones con los fieles, y los escasos datos que nuestro canónigo ofrece sobre estos aspectos se centran en la descripción de los intentos realizados por algunos clérigos de desterrar prácticas consideradas inmorales: en Los Barrios, el vicario Luis Meléndez reformó unas costumbres que se habían relajado un tanto durante el asedio de Gibraltar; en Chiclana, la acción del clero se centró en perseguir la costumbre de que los novios hablasen con sus prometidas en las puertas de sus casas por la noche, práctica que Huarte definía como "infame"; en Alcalá de los Gazules, el vicario se opuso a la celebración de las corridas de toros, y ello le valió la animadversión de todos los habitantes de la localidad.

El visitador también recorrería los conventos de agustinas calzadas de San Cristóbal y de agustinas recoletas de Jesús, María y José de Medina Sidonia, de agustinas recoletas de Jesús Nazareno de Chiclana y de Religiosas de la Enseñanza o de la Compañía de María de San Fernando. La situación interna de estos institutos era muy variada: en la misma localidad de Medina el convento de agustinas recoletas era muy observante, en tanto que el de San Cristóbal estaba completamente derruido, "tanto

en su observancia como en sus paredes materiales". En este último tuvieron lugar acontecimientos bastante graves cuando el vicario Juan Gil del Valle pretendió aumentar el rigor de la clausura, lo que provocó las protestas de las monjas, viéndose Huarte obligado a instruir a aquél sobre cómo debía portarse con "unas monjas que no lo querían, las más de ellas inobservantes y de la prudencia y dulzura con que había de atraer a éstas y conservarse con las observantes y buenas". Parecida era la situación reinante en el convento de religiosas agustinas de Chiclana, donde la mayoría de las monjas no asistía a los actos de comunidad, se hablaba por las sacristías, los oficios estaban detentados por las religiosas más ancianas, y la priora carecía de carácter para remediar este estado de cosas, a lo que se añadía una precaria situación económica. Más halagüeño era el panorama ofrecido por las Religiosas de la Enseñanza, reconociendo Huarte el elevado grado de observancia en que vivía la comunidad, si bien "reina en el carácter de este instituto cierta soberbia o amor propio"...

De los informes de Huarte se desprende que se ha desterrado casi por completo el concubinato, que salvo excepciones los eclesiásticos cumplen con sus obligaciones, pero que la formación intelectual del cuerpo sacerdotal es muy deficiente, uniéndosele a todo ello la precaria situación en la que se encontraban muchos conventos de monjas. Todo ello no hacía más que reflejar las numerosas lacras que aquejaban al conjunto del estamento eclesiástico en la España de finales del Antiguo Régimen, y por tal motivo, de visita en visita se seguirían manteniendo los mismos problemas: de hecho, cuando en 1801 Cayetano María de Huarte volvía a visitar la diócesis, se encontraría con que muchas cuestiones denunciadas diez años atrás aún no habían sido resueltas.

3. LOS AÑOS NOVENTA

A partir de 1793 la salud de Huarte se resiente, siendo muy posible que ello fuese consecuencia de la febril actividad impuesta por la Visita Pastoral realizada en 1790. Su ritmo de trabajo experimenta desde entonces una considerable disminución, enrareciéndose su asistencia a las juntas capitulares: ya el 27 de octubre de 1793 solicitaba *patitur* para recobrase de una enfermedad, concediéndosele la licencia que pedía hasta fines de año (18). El 2 de enero del año siguiente escribía desde Chiclana

solicitando se le dispensara la asistencia del coro en el primer día del nuevo año a causa de persistir sus dolencias, según constaba por certificación médica, otorgándosele otros dos meses de *patitur* (19). El 9 de mayo rogaba se le permitiera ir a Granada a tomar las aguas medicinales durante dos meses (20), y el 6 de septiembre de 1794 (21), el 8 de mayo de 1795 (22), el 3 de junio de 1796 (23) y el 7 de mayo de 1797 (24), volvía a concedérsele licencia por el mismo lapso de tiempo, períodos todos en los que estuvo tomando baños medicinales en la localidad granadina de Lanjarón.

Huarte estaría prácticamente ausente del cabildo durante los años en los que se desarrolló la Guerra contra la Convención, por lo que no tendría parte alguna en las medidas que allí se tomaron. Como ya hemos indicado en otra ocasión (25), el apoyo prestado por el capítulo gadicense a la monarquía fue total y sin reservas, lo que se plasmó tanto en la concesión de donativos en metálico como en la periódica celebración de triduos y rogativas por el triunfo de las armas españolas. Es muy probable, sin embargo, que el apoyo de Huarte a esta causa no fuese tan incondicional: en algunos poemas escritos por nuestro canónigo durante estos años vemos cómo se resiste a aprobar la guerra santa, en claro contraste con la actitud mantenida por la mayoría de los predicadores gaditanos (26): en *Silvano a su hijo que iba voluntario de campaña*, escrito en 1795, condenará la matanza de franceses perpetrada en nombre de la religión, y expondrá la necesidad de que el Evangelio se imponga por medio de la persuasión pacífica, considerando que las guerras de religión han sido establecidas únicamente por "el fanatismo" (27). Un soneto escrito en los mismos años satirizará la fobia antifrancesa extendida por todos los sectores sociales (28).

Dadas sus dolencias, durante los años iniciales de la década de los noventa escasas serán las tareas que se encomienden al nuevo penitenciario: el 22 de agosto de 1791 era nombrado nuevamente examinado sinodal (29), el 13 de marzo de 1792 juez sinodal (30), y como tal tenía a su cargo las causas eclesiásticas que la Santa Sede y el nuncio en la corte española desearan subdelegar en las autoridades eclesiásticas gaditanas (31). Un año antes comunicaba al cabildo la concesión de la cruz de la orden de Carlos III (32).

Desde 1797, empero, la actividad de Cayetano vuelve al ritmo que mantuviera durante los ya lejanos años setenta: el 2 de enero de 1796 se

le nombraba hacedor de rentas (33), cargo que ya estuviera en sus manos seis años antes (34), el 14 de marzo de 1799 visitador del Hospital de Nuestra Señora del Carmen de Cádiz (35)... también volverían a serle encargadas nuevas comisiones, donde desplegaría nuevamente su acostumbrado celo.

El 22 de mayo de 1797 era elegido delegado del cabildo a fin de ir a Madrid para tratar sobre el pleito mantenido con el arzobispado de Sevilla acerca de la erección de la diócesis de Jerez de la Frontera (36), si bien varios días más tarde rechazaba este oficio alegando como excusa lo nocivos que podían resultar para su salud los aires de la urbe madrileña (37).

Varios días más tarde, el 20 de octubre, se le nombraba diputado para que fuese a Sevilla, en virtud de una Real Provisión dictada por la Real Audiencia de dicha ciudad el 22 de agosto de 1797, según la cual se ordenaba la presentación de las cuentas de algunos patronatos de obras pías administrados por el cabildo catedralicio (38), concediéndosele a nuestro canónigo la facultad de iniciar el viaje cuando quisiera y de llevar consigo el oficial de contaduría que deseara (39). Huarte comunicó al capítulo celebrado el 9 de noviembre su llegada a la urbe hispalense (40), y acto seguido iniciaría sus gestiones. La raíz del problema radicaba en la mala administración de las rentas de dichas fundaciones (tal como exponía en 1798 el magistral Francisco Melitón y Memige (41), era continuas "las protestas que otras veces había hecho sobre el descuido y negligencia que advertía en la administración, celo y buen orden de las rentas de patronatos y obras pías, concluyendo que a su tiempo haría ver a el cabildo que su manejo no estaba tan exento de defectos como se creía" (42).

Ello no sería obstáculo para que la habilidad de Huarte acabara imponiéndose, y en un segundo viaje a Sevilla emprendido en noviembre de 1798 (43) conseguiría que el fiscal de la Real Audiencia aprobase las cuentas de los patronatos y el método seguido por el capítulo en la administración de sus rentas, acordando los prebendados agradecer a Huarte "su celo, eficacia y esmero en defender los derechos del cabildo y hacer ver su integridad en el manejo de los intereses de los pobres que estan a su cuidado" (44).

La Desamortización de 1798 brindaría a Huarte una nueva ocasión de mostrar su eficacia y su celo en defensa de los intereses del cabildo

catedralicio. El decreto del 25 de septiembre de 1798 (45) sería remitido por el gobernador de la ciudad, conde de Cumbre Hermosa, varios días más tarde (46), y desde un primer momento el cabildo se opuso a estas disposiciones, solicitando al gobernador se eximieran de las mismas los patronatos y obras pías a sus cargos, si bien aquél hizo oídos sordos, y las pretensiones de los capitulares se vieron además seriamente dañadas por la promulgación de un decreto del ministro de Hacienda que ordenaba no se excluyeran dichos patronatos. La táctica del capítulo consistió a partir de este momento en dilatar en la medida de lo posible la presentación de la relación de las obras pías a su cargo, lo que le costó la reprensión del gobernador de la ciudad. Varios meses más tarde, el 12 de abril de 1799, Huarte protestaba por la subasta que se estaba realizando de las propiedades que dotaban las capellanías de coro, alegando que las mismas no estaban incluidas en las disposiciones gubernamentales, la decadencia que experimentarían sus rentas y el ser el decreto invitativo y no preceptivo, solicitando al prelado Antonio Martínez de la Plaza intercediera para evitar estas enajenaciones (47). Nuestro canónigo, junto a los también canónigos Joseph Muñoz y Raso y Antonio Trianes, fue electo el 14 de agosto como miembro de una comisión encargada de escribir una representación al gobernador, exponiendo los motivos que asistían al cabildo para solicitar la suspensión de tales enajenaciones (48), respondiendo aquél que no había lugar a ello por no haber llegado las pertinentes órdenes de Madrid (49). La tenacidad de los prebendados, no obstante, lograría los frutos esperados, ya que el 30 de septiembre de 1799 llegaba un oficio remitido por el secretario de Hacienda, Cayetano Soler, disponiendo se detuviera la venta de fincas en tanto que el monarca no resolviera lo más conveniente (50). Tres días más tarde Huarte proponía escribir a la marquesa de la Victoria instruyéndola en todo lo sucedido a fin de que informase de ello al ministro de Hacienda, dada la parcialidad que en su opinión había demostrado en todo momento el gobernador (51).

Huarte estaría ausente de Cádiz durante el verano de 1800, por lo que se libraría de los estragos ocasionados por la epidemia de fiebre amarilla acaecida en dicho año y que golpearía con suma dureza las poblaciones de la Baja Andalucía, provocando según Alfonso de María un total de 61.000 víctimas, 14.600 de ellas en Sevilla y unas 10.900 en Cádiz (52). En este contexto, el cabildo celebrado el 8 de septiembre

acordaba dispensarle de la vuelta a la urbe gaditana en razón de "los ataques que padecía en el pecho con riesgo de muerte" (53). Ello no le impediría seguir centrando sus preocupaciones en la situación de los pobres del obispado, solicitando al capítulo varios días después la venta del trigo procedente de los diezmos recogidos en la villa de Chiclana, a petición del pósito de dicha localidad (54). El 29 de septiembre, ya reincorporado al cabildo gaditano, pedía se socorriera al Hospital de Mujeres de Nuestra Señora del Carmen en virtud de su precaria situación económica, negándose los prebendados a ello por encontrarse exhaustas las rentas de sus patronatos de obras pías y haber otorgado a Huarte la suma de 8.000 reales procedentes de los ingresos del patronato fundado por Nicolás Fernández del Castillo (55).

Víctima de la fiebre amarilla, el 11 de octubre de 1800 fallecía el prelado Antonio Martínez de la Plaza (56), que durante su gobierno episcopal había centrado su labor en las tareas benéficas ante la crítica situación económica padecida por la urbe gaditana (57). Nuevamente el cabildo catedralicio volvía a hacerse cargo del gobierno de la sede vacante, procediéndose el 17 al nombramiento de los distintos oficios, según lo cual Antonio Trianes era electo secretario; Joseph Muñoz y Raso, provisor y vicario general; el canónigo Francisco Carasa, visitador de la ciudad de Cádiz y sus conventos de religiosas; Antonio Ladero, colector; Francisco Melitón y Memige, visitador de oratorios; Huarte, Trianes y Memige, jueces sinodales; el canónigo Francisco de la Plaza, sobrino del difunto prelado, visitador de Capellanías y juez de testamentos, en tanto que a Huarte, tal como sucediera durante la vacante de Escalzo, se le asignaba el cargo de visitador del obispado y sus conventos de monjas (58). Ello supondría el inicio de la última comisión importante de Cayetano María de Huarte.

4. LA VISITA PASTORAL DE 1801

Las visitas pastorales constituyen los documentos más idóneos para informarnos acerca de la práctica religiosa de otras épocas, siendo el medio de control por excelencia del comportamiento de los clérigos y de la vida espiritual de los fieles durante los Tiempos Modernos (59). En el caso gaditano, el título 30 de las *Constituciones sinodales* de 1591 está dedicado al oficio del visitador, que debía estar desempeñado por el

obispo u otro individuo comisionado expresamente por éste, y su extensión nos indica la importancia que se daba a esta figura (60).

La visita pastoral realizada por Huarte se prolongaría desde el 16 de marzo hasta el 30 de noviembre de 1801 (61). Recorrería una diócesis azotada por la reciente epidemia de fiebre amarilla y por una crisis económica que solamente estaba en sus inicios y que ya comenzaba a golpear con fuerza a algunas de las comunidades religiosas del obispado. La gigantesca labor realizada por Cayetano durante estos largos meses se vería plasmada por los Mandatos Generales por él promulgados, que, más que remitirnos al estado de la diócesis (como sucedía en los informes de 1791 y 1793), nos informan acerca de las preocupaciones particulares de nuestro canónigo.

Huarte dedica, al igual que diez años atrás, muy poca importancia a los libros sacramentales: ciertamente que en todas las parroquias visitadas revisa cuidadosamente su estado de conservación, su grado de limpieza y la existencia de los márgenes de rigor entre las diferentes partidas, pero muy pocas veces dispone alguna providencia que nos ofrezca alguna información interesante. En el libro de bautismos de la parroquia de San Sebastián de Chiclana, aparece un mandato suyo según el cual los curas debían exigir que los padres de los niños bautizados, especialmente si eran forasteros, certificaran su estado matrimonial, en tanto que en el libro de entierros de la parroquia de San Juan Bautista de dicha localidad constataba cómo desde septiembre hasta diciembre de 1800, los meses de la epidemia de fiebre amarilla, el estado de las partidas era sumamente confuso, puesto que "en la multitud de los que morían en la precipitación con que eran conducidos los cadáveres al cementerio común en la general consternación y aflicción a todos nadie cuidaba de dar los avisos que debía".

Centrará su atención, como es obvio, en el análisis del clero secular. No denunciará nunca grandes inmoralidades, pero sí algunas muestras de comportamiento frívolo: prohibirá el consumo del tabaco en la sacristía en San Fernando y Medina Sidonia; a los eclesiásticos de Tarifa, la asistencia a la "casa pública de juego de truco y naipes"; y a los de Algeciras, que acudiesen a las representaciones teatrales; descubrirá que en algunas poblaciones los clérigos no usan las vestimentas debidas: en Chiclana constatará cómo "se ha introducido el intolerable abuso de usar unos chupas de otro color que el negro, ya morado, ya azul, ya oscuro,

habiendo llegado a tanto la relajación que hemos visto a alguno con sólo el balandrán y chaqueta de un color propio de seglares"; en Alcalá de los Gazules exhortará a que "todos usen siempre el hábito clerical del cuello, sotana, manteo o sobrerropa... prohibimos se traigan chaquetas de un color que no sea negro bajo los hábitos y de un corte tan escaso que van manifestando un chaleco de color aseglarado a la vista de todos"; ordenará al vicario de Tarifa no permita "usen los eclesiásticos por la mañana o tarde el traje corto como no propio del estado que tiene prescrito el traje talar y sólo podrá disimularlo por las noches con tal que se use un traje modesto y serio".

Descubrirá asimismo cómo los eclesiásticos cumplen con sus obligaciones con muy escaso celo: en Medina Sidonia constatará que los curas transfieren aquéllas a sus tenientes; comprobará cómo los beneficiados incumplen con la asistencia al coro en Chiclana y Jimena; exhortará a los beneficiados de Alcalá de los Gazules a que asistan al confesionario; descubrirá horrorizado cómo en Chiclana "ha habido día en la Cuaresma presente que se han ido las gentes a otras iglesias por no hallar confesores en la matriz", y que "el cura semanero abandona la guardia fiado en dejar dicho dónde va o que el toque de campana le avisará para acudir", exhortando al cura y los tenientes de San Roque se presentasen diariamente en los confesionarios, y a los capellanes de Medina Sidonia que celasen por el estado de las fincas que garantizaban las rentas de sus capellanías a fin de no causar perjuicios a la Iglesia. En alguna localidad, como San Fernando, dada su enorme feligresía, animará a los eclesiásticos a multiplicar sus esfuerzos en pro de una mejor asistencia espiritual de la población.

El visitador dedica una gran importancia a la formación intelectual del clero que, al igual que diez años atrás, debía ser muy deficiente. El remedio justo para ello eran las Conferencias Morales, juntas en las cuales los clérigos de una determinada localidad tratarían puntos doctrinales o de liturgia, y que fueron restablecidas por el prelado fray Juan Bautista Servera (62); así, ordenará en Chiclana, San Fernando, Tarifa, Algeciras, San Roque y Jimena que las mismas tengan lugar al menos una vez por semana, cuidando el vicario en todo momento "que en ella no se sostengan doctrinas bajas sino el sano moral del Evangelio", si bien "si alguno o replicando o sosteniendo la conferencia errase en alguna cosa, por un modo indirecto y atento se le hará ver que yerra, pero no se le dirá ni la

menor expresión que pueda ofenderle, o abochornarlo, pues no es la conferencia del clero una escuela de niños en que el maestro pueda corregir con aspereza, sino una junta respetable de sacerdotes en la que debe brillar la modestia del que sabe más para con el que sabe menos o nada".

Este fomento de la formación intelectual ha de hacerse extensivo a los fieles, encargando a los curas les instruyan periódicamente en la doctrina cristiana: en Alcalá de los Gazules dispondrá "que todos los domingos se explique sencillamente la doctrina no sólo en la parroquia sino en las ermitas... que se exhorte al tiempo de la misa mayor al pueblo asista en la ermita que más le acomode y que los padres de familia envíen a sus hijos"; en Paterna, que el vicario "trabaje en todos los días de fiesta en enseñar la doctrina a los párvulos, haciendo concurran a la Iglesia un día los niños y otro las niñas"; en Tarifa, que "por las tardes se haga una plática explicando sencillamente y de un modo catequístico algunos puntos de doctrina cristiana"; en San Roque, que "todos los domingos se leerá al pueblo el Catecismo de San Pío Quinto esforzándose el cura y los tenientes a procurar aclarar más y más al pueblo los puntos de doctrina"; en Jimena, que "los curas y tenientes en los domingos y días festivos explicarán la doctrina en sus parroquias y les encargamos que dejando las de pláticas morales se ciñan a una explicación catequística y pregunten la doctrina a los niños que concurran pues éste y no otro es el medio de enseñarles"; en Los Barrios, que "pues no hay escuela pública en esta población haga (el vicario) que los padres de familia manden a ella a sus hijos y que los domingos y días de fiesta acudan por la tarde a la Iglesia y allí les pregunte el párroco la doctrina y luego la explique".

Con un fino sentido del futuro, Huarte se preocupa sobremanera del estado de los acólitos, puesto que ellos serán los futuros presbíteros, constatando en muchas ocasiones su lamentable situación: en Chiclana exhorta al sacristán mayor disponga su asistencia a la escuela parroquial; en Alcalá de los Gazules descubrirá lleno de tristeza cómo "después de tres años y medio de iglesia unos, y otros dos y medio, sólo saben la primera instrucción de la doctrina", por lo que manda que el mayordomo de fábrica cele porque vayan diariamente a clase y no consienta se les distraiga de sus estudios, disponiendo providencias semejantes en Medina, y denunciando asimismo el estado de los acólitos de Tarifa, ya que los mismos "hacen la guardia fuera de la iglesia jugando y alborotando en la calle con otros muchachos".

Los demás aspectos merecen menor consideración e interés por parte del visitador. En alguna ocasión aconsejará a los vicarios hagan imponer su autoridad, ya que "ni la humildad y moderación debe ser tanta que los súbditos abusen de ella para relajar la disciplina en que deben vivir contando con la tolerancia del superior", exhortará a que desaparezcan las diferencias internas y a que todos guarden "la santidad de vida que corresponde", de manera que "si alguno cayese en los defectos particularmente en aquéllos que pueden servir de escándalo o mal ejemplo mandamos a el vicario lo corrija caritativamente".

Los conventos masculinos, al depender de las autoridades supremas de sus respectivas órdenes religiosas, no se vieron afectados por la visita de Huarte, pero no ocurrió así con los de monjas, sujetos a la jurisdicción de los prelados, recorriendo de este modo los conventos de agustinas recoletas de Jesús Nazareno en Chiclana, de religiosas de la enseñanza o de la Compañía de María en San Fernando, de religiosas de Santa Clara en Alcalá de los Gazules, de agustinas calzadas de San Cristóbal en Medina Sidonia, y de agustinas recoletas de Jesús, María y José en esta última localidad.

El estado económico de muchas de estas comunidades era muy precario: en el convento de agustinas de Chiclana reconocerá cómo "estas religiosas aún reducidas a la mayor pobreza en que yacen y viven, pueden decir a su Sagrado Esposo, que olvidándose de sí propias han procurado con preferencia el decoro de la casa del Señor y del lugar de su habitación"; aludirá a las penurias del convento de Santa Clara, a cuyas monjas otorgará la gracia de que "mientras en el convento haya tanta escasez bastará que en el culto haya sólo lo preciso para que no sea indecente, que el Esposo prefiere la misericordia y socorro de las necesidades al culto". El mismo "estado de atraso" caracterizaría la situación del convento de agustinas recoletas de Medina.

Las providencias tomadas por Huarte solamente podían constituir remedios parciales a esta situación: ordenará que en esta última comunidad no se admitan religiosas, "pues de admitirlas cuando no pueden mantenerse cómodamente las que hay no se conseguirá otra cosa que aumentar los atrasos y caer en la inobservancia"; celará a la prelada del convento de San Cristóbal economice cuanto pueda, y aconsejará a las religiosas se dediquen al trabajo manual a fin de vender su producto, recomendación que contrasta con anteriores actitudes hacia esta misma cuestión (63).

Esta decadencia, sin embargo, en ningún caso provocó una relajación moral, y el visitador constató cómo en todas estas comunidades el grado de cumplimiento de las respectivas reglas era bastante elevado, si bien observando algunas pequeñas anomalías al respecto: en el convento de agustinas calzadas de San Cristóbal se vio obligado a ordenar "que la ropa con que anden las religiosas por la casa cuando se les permita no usar el hábito (que debían usar siempre) en el género y en el color sean propios de una pobre esposa de Cristo"; dispondrá que no se permitiera en el torno conversación alguna ni que se hablase por la reja del coro, y que los confesores no podrían "mientras estén en la clausura ni a la salida pisar más que el tránsito más leve y preciso para llegar a la celda de la enfermería", si bien consideraba que la religiosa debía cumplir las reglas de la comunidad con moderación y sin caer en excesos, puesto que "esta singularidad puede excitar el amor propio", encargando a las preladas "celen que todas sean santas y perfectas", si bien "el celo debe hacer la guerra a los defectos hasta destruirlos, pero debe combatirlos con mansedumbre y benignidad y la suavidad no ha de ser tan extrema-da que tomen los súbditos fundamentos para continuar en sus imperfecciones".

Huarte también dedicará algún espacio a la vida espiritual de las monjas, exhortando a las del convento de agustinas recoletas de Medina a la práctica de la oración mental (establecida por el prelado Martínez de la Plaza en 1797) y, sobre todo, manifestando su opinión contraria a una comunión frecuente, puesto que "el mayor peligro que puede resultar de esa permisión cual es que las que comulguen diariamente lleguen a creerse por una sugestión al amor propio más perfectas que las que no comulgan todos los días", aconsejando a la Religiosas de la Enseñanza de San Fernando "se apliquen con el mayor empeño a estudiar la religión a fondo y su moral de modo que puedan formar en la moral y en la religión a sus alumnas para que se santifiquen en su estado y se preserven de los vicios", animándolas a la lectura de los catecismos de Trento y de Pouget, así como "de todos aquellos libros ascéticos que instruyen", y "la lección de las Santas Escrituras". Prevedrá a estas últimas de los peligros de la vida activa, admirable en sí misma, pero sin perder nunca de vista que "como su santo y piadosísimo instituto las obligue a cuidar de la santificación de su prójimo, necesitan santificarse a sí propias... la misma vida activa que necesitan unir a la contemplativa hace más perfecto su

estado, pero las reduce y obliga al continuo trato con sus discípulas internas y externas, con sus padres y sus familiares, y este trato puede distraer algún tanto a las que no están sumamente solidadas en la perfección".

Menor atención dedicará Huarte a los fieles. Ciertamente que en alguna ocasión centrará sus providencias en la moralidad de las costumbres, promulgando un edicto en el cual ordena a las mujeres "se presenten en la iglesia con mantillas modestas que las cubran hasta la cintura echadas a la cara de modo que ésta y la cabeza queden cubiertas modestamente" (64), y celando a los curas a que vigilen el comportamiento de sus feligreses: en Algeciras les exhortará a "reformular las costumbres del pueblo, unir los matrimonios indebidamente separados, separar las amistades escandalosas... averiguar de las gentes forasteras que vienen a establecerse en esta ciudad y dicen ser casados si lo son o no... hagan ver a los pecadores de costumbre, a los abandonados a los vicios, a los que viven de asiento en los placeres, en el lujo, en las modas profanas e indecentes... que una vida sin mortificación ni observancia de la ley los hace indignos a la participación de los sacramentos"; y en Los Barrios, a que eviten las amistades ilícitas. El medio para asegurar un mejor seguimiento de los cánones de vida cristianos radicaba para el visitador en la frecuencia del sacramento de la confesión, llegando a ordenar que se negase la absolución a los pecadores impenitentes en San Fernando, Alcalá de los Gazules y Los Barrios.

Aquí acaban las providencias dictadas por Huarte. Solamente hay una referencia a las cofradías, cuando ordena a las de Jimena pasen anualmente sus cuentas al vicario; en esta última localidad dispone se ponga un torno para recoger los expósitos y que la fábrica contribuya con dos pesos mensuales para su lactancia; previene a los curas de Tarifa que la devoción hacia la Virgen de la Luz no debe ir en detrimento del culto al único Dios... y exhorta a los fieles a que, aunque deban enterrarse en los cementerios, no por ello están exentos de privar a los difuntos de los debidos sufragios (65), intento de defender los intereses económicos de unas fábricas parroquiales que han sufrido mucho desde que se dispusiera la creación de cementerios (66).

Ello no impediría que Huarte intercediera ante las autoridades para que se permitiera a las religiosas de Medina Sidonia seguir enterrándose en el cementerio conventual, transmitiéndonos algunas noticias interesan-

tes acerca de la situación de los cementerios en algunas localidades de la diócesis: "el de la Isla es un sitio pantanoso que en las grandes mareas se inunda de agua del mar, los cadáveres por lo malo del terreno no pueden quedar cubiertos con seguridad y solidez y las muchas sales de la tierra y yerbas marinas que la cubren y que se corrompen impedirán que en muchos años lleguen los cadáveres a reducirse a polvo"; en Alcalá de los Gazules, "la pared que lo rodea... está ya tan demolida en obra llenas de boquetes por los que entran los mastines a comerse los cadáveres... habiendo sido preciso pagar hombres que se apostaran con escopetas sobre el cementerio a matar los perros". En esta última población, unos reclusos comisionados para proceder al entierro de los difuntos "desnudaban a los cadáveres y particularmente a los del otro sexo antes de sepultarlos, los manejaban y jugaban con ellos con indecencia... desnudaban el cadáver de una hermosa y virtuosa doncella... y lo unieron en la disposición más torpe con el cadáver también desnudo de un hombre", para concluir manifestando su comprensión hacia el hecho de que "estas vírgenes inocentes estén consternadas, llenas de horror y sentimiento, penetradas de un profundo dolor de sólo contemplar que sus cuerpos han de ser extraídos después de la muerte".

Apenas nos consta que las providencias dictadas por Huarte hubiesen suscitado alguna contestación. El 23 de abril de 1801 recogía (67) el cabildo de canónigos in sacris unas quejas del cura de Chiclana, si bien Huarte replicaría a sus acusaciones manifestando haber aumentado el número de tenientes de cura en virtud del ejemplar comportamiento manifestado por algunos sacerdotes durante la epidemia de 1800 y a causa de la incapacidad de dicho cura, Cristóbal Campón, para servir su curato. Este protestó alegando la escasez de sus rentas, que "solamente" ascendían a 26.000 reales, si bien Huarte contestaría "que su caridad se extendía a mantener en un todo a las casas de todos sus parientes y que aunque esto era muy laudable era preferente mantener los ministros que el pueblo necesitaba". Dos años más tarde, el presbítero de la misma localidad Diego Jiménez Valverde protestaba por el hecho de que sus licencias de confesar y predicar cumplieron en octubre de 1800, y que nuestro visitador le prometió renovarlas a su vuelta a Cádiz, lo que nunca tuvo lugar (68).

5. EL DISCURSO SOBRE LOS SANTOS DEL OBISPADO DE CADIZ

Durante la Ilustración española, siguiendo en ello a los bolandistas, hubo un gran esfuerzo por parte de los escritores católicos hispanos de depurar a la hagiografía de todas las contaminaciones derivadas de la persistencia de tradiciones piadosas sin fundamento histórico alguno, y no es extraño que dicha tendencia dejase sentir su influjo sobre los eclesiásticos gaditanos. Ya en 1795, Cayetano Huarte exponía "haber notado en la calenda del día anterior darse un elogio a San Fulgencio impropio suyo pues siendo éste santo de España por no hacerse memoria de él en dicha calenda se pone otro elogio de otro San Fulgencio obispo de Africa que se anuncia el día primero de enero", acordando los prebendados escribir a la Iglesia Metropolitana de Toledo para poner remedio a esta situación (69).

Pero el fruto más acabado de esta actitud sería la exposición *Sobre los santos que se dicen del obispado* que Huarte pronunciara en el cabildo del 11 de octubre de 1802 (70). Magnífico discurso, en el que Cayetano demuestra un conocimiento muy profundo de la hagiografía de la época; no parece corresponder a ningún encargo previo, sino a una iniciativa particular de nuestro prebendado. Sea como fuere, no parece que el mismo despertara el eco deseado: su contenido sería analizado por algunos prebendados entre septiembre y noviembre de 1803, y muy pronto se reflejaron dos posturas muy definidas, ya que si el magistral Antonio Cabrera (71) y el racionero Josef María Belloni hallaban preferibles "la credulidad reverente" a la "tenacidad en la crítica", el lectoral Antonio Manuel Trianes opinaba que "podría ser muy compatible la continuación del rezo con la verdad histórica", en tanto que el racionero Manuel de Cos y el maestrescuela Gerónimo de Luque expusieron la incompatibilidad de ambas cosas, aludiendo este último al hecho de que "¿Podrá Dios que es la suma verdad agradarse que en los cánticos de su alabanza se mezclen sucesos o hechos apócrifos y fabulosos? ¿Se podrá decir que los fieles se instruyen y edifican en la memoria de unos santos inciertos o en la narración de unas historias falsas?" (72).

Ambas tendencias se pondrían de relieve en el cabildo celebrado el 19 de noviembre de 1803: si el doctoral Joseph Muñoz y Raso, el lectoral Antonio Trianes y el magistral Antonio Cabrera eran enemigos de innovaciones por no dar escándalo al pueblo, el maestrescuela Gerónimo de

Luque, el racionero Manuel de Cos y Cayetano Huarte eran partidarios de eliminar a dichos santos del calendario, "por ser por la falsedad y el error por el que en él existen" (73). Se acordó, empero, enviar al obispo Francisco Javier de Utrera la exposición de Huarte, si bien el prelado prefirió dar largas al asunto, por cuanto en el cabildo del 16 de enero de 1804 se leía una carta suya acusando recibo del informe de Cayetano, expresando resolver "cuanto sus ocupaciones y males y la necesidad de reflejar la materia le diesen lugar" (74).

6. ULTIMOS AÑOS

A partir de este momento, la trayectoria vital de Huarte se precipita hacia la muerte. Muy escasas serán las labores realizadas por nuestro canónigo durante los últimos años de su vida, y muy reducido el fruto de las mismas: el 27 de enero de 1802 presentaba en la Secretaría Episcopal el título de examinador sinodal, otorgándosele uso de él (75); el 20 de febrero de 1804 era nombrado por el cabildo archivero y diputado de sagradas ceremonias (76); el 2 de junio, hacedor de Rentas (77), siendo reelegido para el desempeño de estos tres cargos el 2 de enero de 1805 (78), en tanto que el 2 de enero de 1806, pocos días antes de su muerte, era vuelto a nombrar archivero y diputado de sagradas ceremonias (79).

Muy pocas serán también las intervenciones realizadas por Huarte en el cabildo gaditano, especialmente tras el escaso eco obtenido por su exposición *Sobre los santos que se dicen del obispado de Cádiz*. El 18 de marzo de 1802 exponía cómo la fundación de Escuelas Pías en los extramuros de Cádiz era un destino muy apropiado para emplear las rentas del patronato fundado por Lorenzo Ibáñez Porcio, acordando el cabildo que Huarte y el magistral Cabrera expusieran un plan para ello (80); el 3 de octubre de 1803 se le daba comisión para que fuese a Sevilla a analizar la situación de los pleitos pendientes (81), viaje que suspendió hasta la primavera a causa de "los achaques que experimenta en el pecho" (82), motivo que sería nuevamente esgrimido por el canónigo en abril de 1804 (83).

En 1805 el viejo león plantearía sus últimas batallas. El 5 de febrero de ese mismo año exponía los abusos cometidos en la distribución de las dotes de los patronatos de obras pías, ya que la práctica reinante era que "no las haya para religiosas las que podían reunir cuando necesiten para

verificar su vocación y las casadas sólo se les permitía juntar dos no siendo de un mismo patronato". Huarte consideraba que esta incompatibilidad no se fundaba en derecho, puesto que la misma no afectaba a "las parientas de los señores capitulares que verosíblemente y por lo común son menos pobres que las necesitadas del pueblo" (84).

Varios meses más tarde volvía a protestar por la violación de la residencia, cuestión que siempre había sido uno de sus grandes caballos de batalla: recordemos su actitud en este sentido cuando en 1783 fue nombrado racionero, y cómo el 5 de diciembre de 1800 se oponía a la unión de una canonjía a la prebenda del deán Antonio Guerrero y Aranda al no establecerse la residencia de aquélla, desestimando el cabildo sus razones (85). Nuevamente sin éxito, el 5 de marzo de 1805 protestaba por la dispensa de residencia realizada a favor del nuevo arcediano de Cádiz Manuel Valentín de Nicolás, en atención a que éste era provisor, visitador y gobernador del obispado, ya que "se habían cometido muchos abusos fundándose en la utilidad de la Iglesia", argumento esgrimido por el arcediano (86). El 6 de diciembre de dicho año, Huarte expondría la necesidad de ganar los aniversarios asistiendo al confesionario (87). Sería su postrera intervención registrada en las actas del capítulo gaditano.

El cabildo celebrado el 2 de enero de 1806 sería el último en el que Huarte hiciese acto de presencia. Tres días más tarde fallecía, noticia de la que se hacía eco el capítulo del 5 de enero, proponiendo el deán se celebraran las nueve misas de costumbre, acordándose que el funeral tuviese lugar el día 7 y las honras fúnebres el 8, efectuándose la conducción del cadáver el día 6 a las ocho y media de la mañana, siendo elegidos para acompañar al mismo el canónigo Félix Isidro de Hevia y el racionero Francisco de Paula Arroyo (88). No obstante, las honras serían retrasadas hasta el día 14, al no poder decirse el día 8 misa de réquiem por tener lugar la octava de Epifanía (89).

Tras la muerte de Huarte se iniciaron de nuevo las providencias de rigor necesarias para cubrir su prebenda: el 10 de mayo de 1806 se acordaba que las oposiciones para la canonjía penitenciaria se iniciasen el 18 (90), tomando posesión de la misma Nicolás Madera y Mora, vencedor de dichas pruebas, el 11 de junio (91). Los cargos ostentados por Huarte, a saber, archivero y diputado de sagradas ceremonias, serían asignados al racionero Matías de Elejaburu y al canónigo Félix Isidro de Hevia y Arroyo, respectivamente (92).

No consta que Huarte redactase testamento (93). Su epitafio, que según Cambiaso fue escrito por José Joaquín de Mora y mandado colocar por orden del hermano del difunto, rezaba lo siguiente:

"Al señor Don Cayetano María de Huarte
de la distinguida Orden de Carlos III
canónigo penitenciario de la Santa Iglesia
catedral de esta ciudad:
el amor fraternal.

Aquí yace un mortal, a quien un día
ciñó virtud la venerable frente
fue el consuelo del mísero indigente,
contrario fuerte a la maldad impía.

Al triste golpe de esta losa fría,
que guarda su ceniza eternamente,
la virtud ocultó su faz doliente,
y triunfador el vicio sonreía.

Las ciencias lloran el acerbo caso,
y la ternura en fúnebre lamento
al blando pecho que le fue su abrigo.

Llora su lustre el español Parnaso,
la patria su delicia y su ornamento,
la humanidad su fervoroso amigo.

Año de MDCCCVI" (94).

NOTAS

- (1) Vid. MORGADO GARCIA, A., *Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz, 1989; "La reforma del Seminario de San Bartolomé (Cádiz) a fines del siglo XVIII", *Anales de la Universidad de Cádiz*, V-VI, Cádiz, 1988-1989; "Provisión de beneficios eclesiásticos en la diócesis de Cádiz durante el Antiguo Régimen", *Chronica Nova*, 11, 1991.
- (1 bis) Vid. MORGADO GARCIA, A., "La crisis de la Iglesia gaditana durante el reinado de Carlos IV (1788-1808)", *La España de Carlos IV. Primera Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Madrid, 1989.
- (2) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 168-v.
- (2 bis) ACC, Sección 2, lib. 4 fols. 142v-143.
- (3) ACC, Sección 1, Serie 8, leg. 68.
- (4) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 4
- (5) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 4, fols. 145v-150v.
- (5 bis) Francisco Antonio Tomati fue canónigo entre 1774 y 1792.
- (6) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 40, fols. 193v-194.
- (6 bis) Antonio Ladero, nacido en Ceuta en 1731, tras ejercer una canonjía en Buenos Aires, será canónigo en la catedral gaditana entre 1784 y 1809 (ACC, Sección 1, Serie IX, leg. 84, expediente de limpieza de Antonio Ladero).
- (7) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 7, fol. 2v.
- (8) *Ibidem*, fol. 5.
- (9) ADC, Secretaría, leg. 509 y 510.
- (10) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 7, fol. 5.
- (11) *Ibidem*, fols. 16 y 17.
- (12) *Ibidem*, s.f. Quizás se trate del Beaterio de Jesús, María y José fundado por el presbítero Diego Viera, cuyas constituciones fueron aprobadas en 1793 (TOSCANO, F., "Viera, Diego", *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Volumen IV, Madrid, 1975, p. 2.756).
- (13) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 7, s.f.
- (14) ADC, Secretaría, leg. 509, "Medina 5 de julio de 1790".

- (15) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 7, s.f.
- (16) Ibídem.
- (17) Vid. ADC, Secretaría, leg. 505, Visitas pastorales de Huarte de 1791 y 1793.
- (18) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 42, fol. 22.
- (19) Ibídem, fol. 235.
- (20) Ibídem, fol. 260v.
- (21) Ibídem, fol. 282v.
- (22) Ibídem, fol. 332v.
- (23) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 42.
- (24) Ibídem, fols. 183-v.
- (25) MORGADO GARCIA, A., "El clero gaditano y la Guerra contra la Convención 1793-1795", *V Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1989.
- (26) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, pp. 61-62.
- (27) Vid. Capítulo V.
- (28) Ibídem.
- (29) ADC, Manuscritos, lib. 1.049, fol. 5.
- (30) Ibídem, fols. 2-v.
- (31) *Sínodo diocesano de 1882*, "Constituciones antiguas del obispado de Cádiz", tit. 31, "De los Jueces Sinodales".
- (32) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 42, fol. 53.
- (33) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 76v.
- (34) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 42, fol. 1v.
- (35) ADC, Manuscritos, lib. 1.049, fol. 70v. Vid. sobre esta institución GOENECHIEA Y ALCALA ZAMORA, L., *Una hospitalización singular en la medicina ilustrada española: el Hospital de Mujeres de Cádiz 1733-1919*, Cádiz, Facultad de Medicina, 1986, Tesis doctoral inédita.
- (36) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 193v.
- (37) Ibídem, fol. 204.
- (38) Ibídem, fols. 268-v.
- (39) Ibídem, fol. 271v.
- (40) Ibídem, fol. 280v.
- (41) Francisco Melitón y Memige, nacido en Cádiz en 1763, tras graduarse de Teología en la Universidad de Alcalá desempeñó la canonjía magistral en su ciudad natal entre 1796 y 1800. Su obra fundamental es "Historia de los santos mártires Servando y Germán", publicada en Cádiz en 1798. Vid. CAMBIASO Y VERDES, N.M., *Memorias históricas para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, Cádiz, 1986, pp. 115-116.
- (42) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 297.
- (43) Ibídem, fol. 349v.
- (44) Ibídem, fol. 369v.
- (45) Vid. HERR, R., "Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y Desamortización bajo Carlos IV", *Moneda y Crédito*, 118, 1971, pp. 47-48.
- (46) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 347.
- (47) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 33.

- (48) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fols. 398-v.
- (49) Ibídem, fol. 399v.
- (50) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 33.
- (51) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 43, fol. 407v.
- (52) Cit. por IGLESIAS RODRIGUEZ, J., *La epidemia gaditana de fiebre amarilla de 1800*, Cádiz, 1987, p. 54.
- (53) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 44, fol. 61v.
- (54) Ibídem, fol. 63.
- (55) Ibídem, fol. 65.
- (56) Vid. sobre este prelado MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, pp. 77-79.
- (57) Una buena síntesis sobre la crisis gaditana de los noventa en PEREZ SERRANO, J., *La población de Cádiz a fines del Antiguo Régimen. Su estructura y mecanismos de renovación (1775-1800)*, Cádiz, 1989, pp. 49-68.
- (58) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 6.
- (59) Sobre las visitas pastorales, vid. MORGADO GARCIA, A., *El clero gaditano a fines del Antiguo Régimen. Estudio de las órdenes sacerdotales 1700-1834*, Cádiz, 1989, pp. 117-121.
- (60) "Constituciones antiguas", tit. 30, "Del Oficio del Visitador".
- (61) Para esto y lo que sigue, ADC, Manuscritos, lib. 1.234, Visita pastoral de Cayetano Huarte (1801).
- (62) MORGADO GARCIA, A., *El clero...*, pp. 75-76.
- (63) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, p. 176.
- (64) ADC, Secretaría, edictos impresos, número 108.
- (65) ADC, Secretaría, edictos impresos, número 107.
- (66) Vid. PASCUA SANCHEZ, M.J., "El cumplimiento de las disposiciones carolinas sobre enterramientos extramuros en la diócesis de Cádiz (1787-1810)", *IV Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1988.
- (67) ACC, Sección 1, Serie 2, lib. 6.
- (68) ADC, Secretaría, leg. 63.
- (69) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 42, fol. 300v.
- (70) Incluido en ACC, Sección 1, lib. 42, cabildo del 11-10-1802.
- (71) Antonio Cabrera, nacido en Chiclana en 1763 y fallecido en Cádiz en 1827, obtuvo la canonjía magistral en 1801. Doctor por la Universidad de Osuna, realizó numerosas investigaciones botánicas, desempeñando un activo papel en la Sociedad Económica Gaditana (TOSCANO, F., "Cabrera", *Diccionario...*, vol. 1, Madrid, 1972, p. 301).
- (72) ACC, "Sobre los santos de esta diócesis de Cádiz. Representación del Sr. Cayetano Huarte del cabildo de esta ciudad (1803)".
- (73) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 44, fols. 408-v.
- (74) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 45, fol. 112.
- (75) ADC, Manuscritos, lib. 1.049, fol. 81v.
- (76) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 45, fol. 24.
- (77) Ibídem, fol. 55v.
- (78) Ibídem, fol. 150v.

- (79) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 46, fol. 2.
- (80) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 44, s.f.
- (81) *Ibidem*, fol. 386.
- (82) *Ibidem*, fol. 403v.
- (83) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 45, fol. 38.
- (84) *Ibidem*, fols. 187v-189.
- (85) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 44, fol. 78v.
- (86) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 45, fols. 199 ss.
- (87) *Ibidem*, fol. 322.
- (88) ACC, Sección 1, Serie 1, lib. 46, fol. 3.
- (89) *Ibidem*, fol. 4.
- (90) *Ibidem*, fol. 63v.
- (91) *Ibidem*, fol. 71.
- (92) *Ibidem*, fol. 7v.
- (93) La partida de defunción de Huarte en APSC, Defunciones, lib. 25, fol. 75, partida del 5 de enero de 1806. No se menciona que Huarte hiciera testamento, quizás porque su muerte fue repentina.
- (94) CAMBIASO, N.M., op. cit., p. 67.

CAPITULO IV

LA VIDA COTIDIANA DE UN CANONIGO



1. LOS DEBERES DE UN PREBENDADO

El centro de la vida capitular radicaba en la asistencia a los cabildos, asambleas celebradas periódicamente en las que se trataban todos aquellos asuntos que de alguna manera pudiesen afectar la vida de dicho estamento. Eran presididos por el deán y, en su defecto, por el canónigo más antiguo, y todos los canónigos, dignidades, racioneros y medias raciones tenían derecho a asistir, gozando de voz y voto todos ellos. Su tipología era muy variada: los cabildos extraordinarios eran aquellos en los cuales se estudiaban cuestiones de especial importancia o gravedad que requerían una solución urgente. En los cabildos de oficios, que tenían lugar el primer capítulo celebrado cada año, se realizaba la provisión de los cargos que el cabildo encomendaba a los electos durante un lapso de tiempo que normalmente era de un año. Los cabildos de palabra eran meras reuniones preparatorias del capítulo en las cuáles se trataban asuntos de escasa trascendencia (1).

En los Estatutos de 1493 se determinaba la celebración de estas reuniones tres veces por semana (lunes, miércoles y viernes) siempre que no fuesen días festivos, aunque cabía la posibilidad de convocar cabildo extraordinario en cualquier momento que fuese preciso (2). Mucho más reglamentados aparecen en los Estatutos de 1589: se disponía que bastaba un quorum de cinco capitulares para que dichas reuniones tuviesen lugar, el primer viernes de cada mes se celebraría cabildo *circa spiritualis* en los cuales se abordarían todos aquellos asuntos relacionados con la Iglesia catedral y la observancia de las ceremonias litúrgicas, estando obligados a asistir a los mismos todos los prebendados a no ser que estuviesen enfermos o legítimamente impedidos. Los lunes tendrían lugar los

cabildos *circa temporalis*, también llamados *de juribus et redditionibus*, cuya finalidad era informar sobre el estado de los pleitos en que se viese envuelto el cuerpo capitular y las diligencias concretas que se estuvieran llevando a cabo. Estaba prevista la posibilidad de convocar cabildos extraordinarios por el deán, pero en ellos solamente se trataría del tema específico por cuyo motivo se hubiese llamado a la reunión. La víspera de la misma, los capitulares recibirían una cédula firmada por el secretario en la que se especificarían los asuntos concretos a tratar.

Se regulaba minuciosamente la conducta que debían guardar los beneficiados en estas asambleas, exhortándose a un comportamiento decente y respetuoso, y se indicaba también la forma en que debían tener lugar las votaciones, estando obligados todos los presentes a expresar su voto sin poder excusarse de ello por motivo alguno (3).

La asistencia de Huarte a los cabildos siempre fue bastante regular. De los 32 años que duró su vida activa como prebendado, en 19 de ellos estuvo presente en más del 75 por ciento de los capítulos celebrados, correspondiendo las excepciones a 1776, 1777, 1790 (visita pastoral) y al período comprendido entre 1792 y 1801: entre 1792 y 1797 se debe a su larga enfermedad, en 1798 a su viaje a Sevilla, en 1801 a su visita pastoral... Huarte, como vemos, fue sumamente consciente de sus deberes como prebendado.

La segunda obligación de los capitulares radicaba en el cumplimiento de la residencia o asistencia a las horas y funciones canónicas. Los Estatutos de 1493 determinaban que debían rezarse en la Iglesia catedral las horas canónicas diurnas y nocturnas y la misa de tercia en el altar mayor, y los semaneros debían dedicarse al coro con reverencia y devoción durante el tiempo que les tocare y permanecer en la iglesia durante dichas horas (4). En 1741 se volvía a incidir en estos deberes: los capitulares debían guardar seis meses continuos de residencia sin poder faltar día alguno. Si dejaban de asistir un día entero perdían la residencia, comenzando a contarse los seis meses desde el principio. Si solamente faltaban algunas horas perderían una "cruz" por cada una de ellas: se anotaba así el número de "cruces" que tenía cada capitular y ello se traducía en la pérdida de diezmos en proporción al número de faltas acumuladas. Estaban además obligados a asistir a las horas canónicas diurnas y nocturnas, a los maitines solemnes en los cuales el cabildo estuviese presente en pleno (que tenían lugar en Epifanía, Resurrección, Pente-

costés, Corpus, Octava, Inmaculada Concepción y Navidad), se turnaban en las misas que tenían lugar cada semana, debían comulgar cuatro veces al año y asistir a las siete procesiones en las cuales participaba en pleno el cuerpo capitular (5). La residencia solamente quedaba disculpada cuando la ciudad estuviese azotada por la peste o cuando los prebendados se vieses envueltos en algún pleito en el que defendiesen los intereses del cabildo, pero siempre se necesitaba la autorización previa del cuerpo capitular (6).

2. LAS RENTAS DE HUARTE

Las propiedades particulares de Cayetano, como ya vimos anteriormente, no eran de excesiva entidad, a lo que habría que añadir las capellanías a su cargo. Como miembro del cabildo catedralicio, además, percibía una serie de ingresos derivados del beneficio gozado (el diezmo) y del oficio que ejercía (su asistencia a los aniversarios, dotaciones y demás ceremonias litúrgicas celebradas por el cabildo). No es nuestra intención aquí abordar la problemática del diezmo gaditano, punto éste que ya ha sido estudiado (7), sino solamente señalar que el cabildo catedralicio gadicense era el mayor beneficiario del mismo de toda la diócesis, percibiendo algo más de la sexta parte de la recaudación total (8). Su reparto dependía de dos factores: el lugar ocupado en la jerarquía (así, dignidades y canónigos recibía cuatro partes, los racioneros dos y las medias solamente una) y el cumplimiento de la residencia. Si a ello añadimos las fluctuaciones de la producción agraria, nos será fácil concluir que las rentas decimales percibidas por Cayetano variaban mucho de un año a otro, si bien podemos decir que ascendieron a una media de 2.600 reales anuales en concepto de diezmo de maravedises en 1774-1778, unos 13.000 en 1791-1798 (recordemos que ya era canónigo penitenciario, en tanto que durante el período anterior gozaba de una media ración) y unos 7.000 en 1800-1805, época en la que ya se ha iniciado el desplome de la producción agrícola y la negativa campesina a pagar esta contribución.

Huarte gozaba además de otras rentas derivadas de su asistencia a las funciones canónicas, que, en su conjunto, recibían el nombre de "aniversarios y dotaciones", si bien se pueden distinguir diversos conceptos. El aniversario de carneros consistía en el reparto de 54 animales (cuyo

producto era entregado en metálico) a partes iguales entre los prebendados que asistieran a la comunión del Jueves Santo. El aniversario de gallinas se pagaba a los capitulares que estuviesen presentes en las procesiones realizadas los días de la Purificación (2 de febrero), la Asunción (15 de agosto) y la Expectación (18 de diciembre) de Nuestra Señora, rigiendo en este caso la norma según la cual una dignidad o canónigo percibía cuatro partes, un racionero dos y una media ración una. Los aniversarios y dotaciones propiamente dichos tenían su origen en la piedad de los fieles, que a cambio de donar una serie de rentas a la iglesia con carácter de perpetuidad, pretendían el rezo anual de una serie de misas por su alma (aniversarios) o la celebración de festividades litúrgicas en el día del santo o advocación mariana de su particular devoción (dotaciones), estando muy gravados los beneficiados por el cumplimiento de estas obligaciones, ya que existían casi un centenar de aniversarios o dotaciones, celebrándose según los casos misa, vigilia, procesión, sermón o exposición del Santísimo. El reparto de estos ingresos se regía según los mismos criterios que se empleaban en el aniversario de gallinas, teniendo en cuenta el cumplimiento de la residencia, de modo que a los prebendados absentistas se les descontaba el producto que les correspondía, que era repartido a partes iguales entre los restantes capitulares.

Las rentas obtenidas por Huarte por este concepto también variaban mucho de un año a otro. Durante el período que fue medio racionero solían oscilar en torno a los 600 reales anuales, cuando obtuvo la ración estos ingresos se elevaron a una media anual de 800 reales y en su época de penitenciario sus rentas ascendían por término medio a 2.000 reales anuales. Nuestro canónigo debió cumplir relativamente bien con la residencia, ya que no se observan fluctuaciones bruscas de sus ingresos exceptuando los años de 1777, 1790 (visita pastoral), 1794, 1797 (en ambos casos debido a su enfermedad) y 1801 (nueva visita pastoral) (8 bis).

Es difícil decir con seguridad a cuánto ascendían los ingresos anuales de Huarte, puesto que ignoramos si la casa de la calle de la Carne siguió siendo suya con posterioridad a 1771, conociendo además fuertes variaciones anuales los ingresos derivados del diezmo en función de la coyuntura agraria, y de los aniversarios y dotaciones, en razón del cumplimiento de la residencia. Podemos calcular, no obstante, que en los postreros años de su existencia Huarte ganaría anualmente unos 10.000

reales anuales en concepto de diezmo de trigo y cebada, unos 7.000 de diezmo de maravedises, 2.500 por aniversarios y dotaciones, 4.500 por la casa de su propiedad, y 2.000 por la capellanía de María Martínez, a la que no nos consta renunciara nunca, lo que elevaría el total a 26.000 reales anuales. En teoría, su status de vida sería muy confortable, y su existencia cotidiana no se vería en absoluto amenazada por problemas económicos, aunque sin llegar al lujo y a la fastuosidad de la que hicieron gala los comerciantes de la urbe gaditana.

3. HUARTE Y EL HOSPICIO

La actividad realizada por Huarte de cara a la sociedad gaditana se plasma esencialmente en su labor en el Hospicio (9). Ya en 1775 comunicaba al cabildo su nombramiento como vocal de la Junta encargada del gobierno de dicha institución (10), formando parte de la misma hasta su muerte en 1806. El 22 de agosto de 1791 era nombrado por el prelado Antonio Martínez de la Plaza, director espiritual (11), y como tal debía comprobar si los dos capellanes de la casa cuidaban de la instrucción en la doctrina cristiana, la administración de los sacramentos y la organización de ejercicios espirituales (11 bis). Esta decisión fue muy bien acogida en razón de "la piedad y amor a los pobres que en el tiempo de su residencia en esta casa ha manifestado" (12).

Los Libros de Actas de la Junta de Gobierno reflejan en muy escasa medida la actividad de Huarte como responsable del Departamento de Niñas, labor que tenía a su cargo desde 1785 (13). En 1786 se le daba, junto a D. Josef Antonio Gutiérrez de la Huerta, comisión ante el obispo a fin de que se informara sobre el estado de las diligencias practicadas para la aplicación en beneficio de la casa de las rentas de los patronatos de obras pías (14). El capítulo gaditano debía ser un tanto reacio a otorgar fondos procedentes de los mismos a esta institución, lo que se reflejó en el cabildo del 2 de abril de 1787, donde se trató lo que debía contestarse al Consejo de Castilla acerca de la aplicación de las obras pías destinadas a limosnas en favor de la Casa de Misericordia.

Los prebendados, a excepción de Huarte, manifestaron su más rotunda negativa, argumentándose que ya se concedían al Hospicio 50.000 reales anuales, y que los fundadores de los patronatos de obras pías habían especificado muy claramente el destino de sus rentas. Huarte

quedaría completamente aislado, pero tuvo el valor de defender la concesión de tales asignaciones exponiendo cómo "aplicadas o conmutadas a favor de aquella casa las limosnas de que somos patronos, aseguramos cuanto es posible que se apliquen bien, no perjudicamos a tercero alguno que tenga conocido derecho y fomentamos al estado, preferible siempre a cualquier particular... puedo añadir cuanto fomentamos al Estado fomentamos al Hospicio... las limosnas que se apliquen a esto, no serán unas limosnas infinitamente más aceptas a Dios, más conformes con el espíritu de la Iglesia... aunque de todo esto debía concluir que se apliquen a la Casa Hospicio todos los patronatos con destino a limosnas me conformo con que se aplique una tercera parte dividida entre el Hospicio y la Casa de Expósitos" (15).

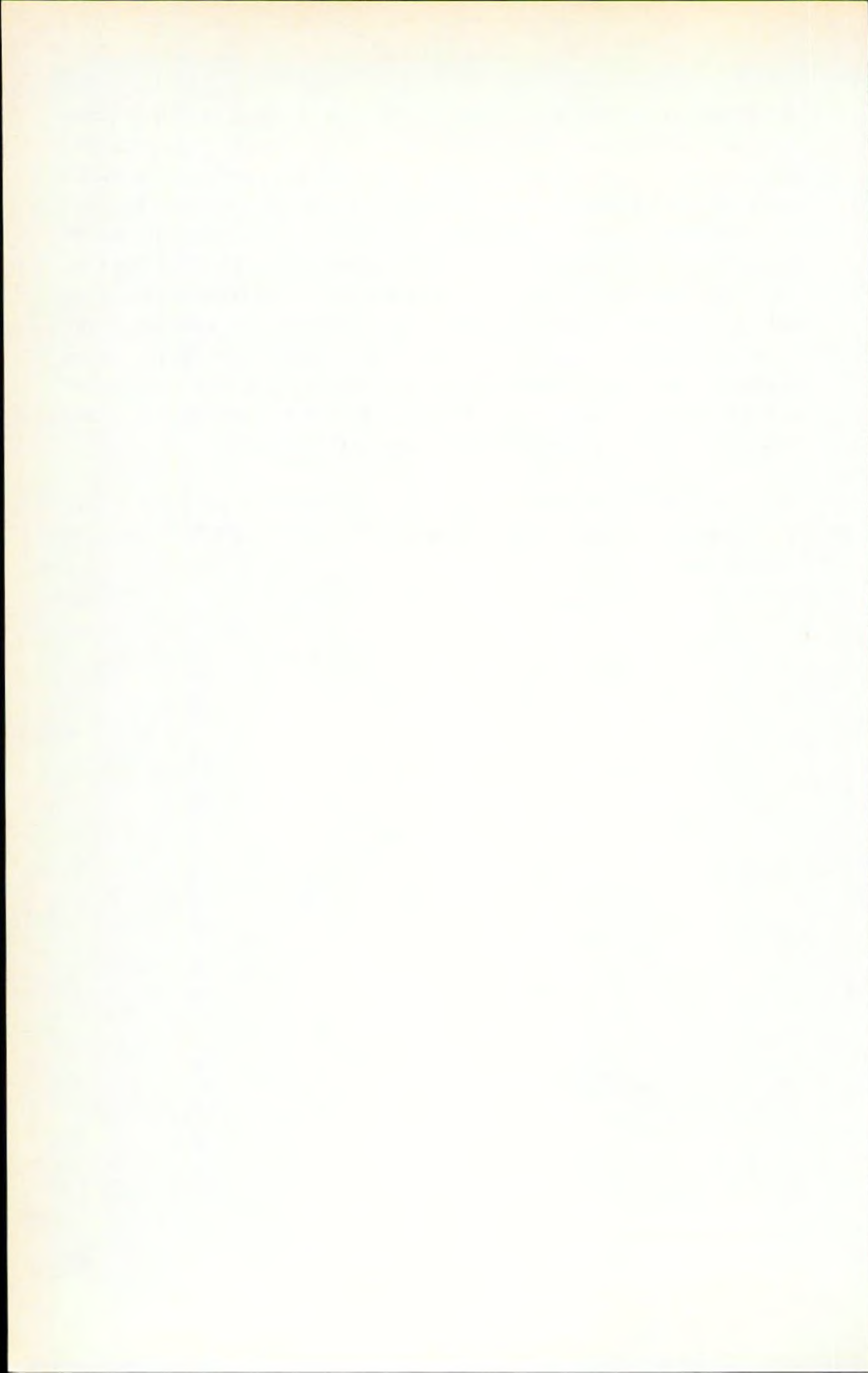
La actividad realizada por Huarte en el Hospicio fue poco brillante, tratándose más bien de una labor oscura pero incansable y realizada con entrega, si bien en alguna ocasión los Libros de Actas de la Junta de Gobierno se hacen eco de sus propuestas: en 1798 proponía junto al cura Pedro Gómez Bueno como diputados respectivamente de los departamentos de corrigendas y dementes la mejora del primero "con respecto al ningún fruto que se experimenta en la mudanza de costumbres por el corto tiempo que están en corrección", acordándose que el período de estancia de las corrigendas no fuese inferior a cuatro meses y que durante el mismo se dedicaran a coser e hilar y a lavar la ropa de los pobres (16). En 1804 exponía que la niña María del Rosario Vela, que había salido para ser contratada como maestra por el colegio de la Santa Victoria de Córdoba, había regresado a la casa tras establecer las labores para las cuales aquella institución solicitó su presencia, proponiendo Cayetano se le concediese el oficio de maestra de bordados, a lo que la Junta accedió (17). En 1805 manifestaba cómo el capellán Diego Castellanos estaba ciego e indigente, acordando la Junta su jubilación (18).

Buen recuerdo debió dejar Huarte en el Hospicio, ya que poco después de su muerte, la Junta celebrada el 29 de enero de 1806 expuso cómo

"se dedicó al servicio de los pobres desde el tiempo que la Hermandad de la Caridad dirigía esta casa... dio a los pobres pruebas de su caridad y amor empleándose con interés en su servicio, el Departamento de Niñas de cuya diputación estaba encargado fue donde más

desahogó su caridad, pues haciéndose cargo de que la mayor parte de estas infelices son huérfanas y otras por su desgraciada suerte ni aún conocen a sus padres se propuso ejercitar con ellas este oficio amoroso: las trataba como tal, no omitía medio alguno para mejorar sus costumbres y darles una instrucción sólida en la religión. No se limitaba su caridad al tiempo que estaban estas jóvenes bajo su dirección pues las socorría y auxiliaba en todas ocasiones... a su celo y limosnas deben muchas la conservación de su vida, otras haberse librado de la prostitución y varias hallarse de religiosas en distintos conventos, puede decirse con verdad que dio sus últimos alientos por los pobres, pues hasta pocas horas antes de su muerte estuvo entre ellos, empleado en su servicio" (19).

Tras la muerte de Huarte, el canónigo Félix Isidro de Hevia ocuparía su lugar como vocal de la Junta Directiva (20) y como director espiritual del hospicio (21).



NOTAS

- (1) VILLACORTA RODRIGUEZ, T., *El cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico, siglos XII-XX*, León, 1974, pp. 277-299.
- (2) ADC, *Erección de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz y estatutos del cabildo de dicha Iglesia...*, "Traslado bien y fielmente sacado de los estatutos de los muy reverendos y muy magníficos señores del deán y cabildo de las Iglesias de Cádiz y Algeciras (1493)", tit. tercero, p. 29.
- (3) Ibídem, "Estatutos modernos de los sres. Deán y Cabildo (1589)", tit. primero, pp. 1-8, 11 y 13.
- (4) Ibídem, "Traslado", tit. primero, pp. 1, 2, 3 y 10.
- (5) BEG, *Cuaderno nuevo assi de mysterio santos y requiem como las demás fiestas y dotaciones...*, Cádiz, s.a., pp. 43-52.
- (6) "Traslado", tit. undécimo y duodécimo.
- (7) TRAVERSO RUIZ, F., *Riqueza y producción agraria en Cádiz durante los siglos XVI y XVII*, Cádiz, 1987, pp. 39-56.
- (8) Vid. ANTON SOLE, P., *Situación económica y asistencia social de la diócesis de Cádiz en la segunda mitad del siglo XVIII*, Cádiz, 1982, pp. 217-228.
- (8 bis) Vid. ACC, Sección 8, serie 4 y 5 (libros de repartimiento de pan y maravedises) y sección 4, serie 1 (libros de repartimiento de maravedises).
- (9) Vid. sobre esta institución MORGADO GARCIA, A., "La reforma de la beneficencia en el Cádiz del siglo XVIII: el Hospicio (1785-1808)", *Trocadero*, 3, en prensa.
- (10) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 38, fol. 100v.
- (11) ADC, Manuscritos, lib. 1.049, fol. 5.
- (11 bis) ADC, Secretaría, leg. 506, "Año de 1790. Visita general".
- (12) AGDO, Libros de Actas de la Junta de Gobierno del Hospicio, 512, fol. 8v.
- (13) AGDC, Libros, 507, fol. 51v.
- (14) Ibídem, fol. 112v.
- (15) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 41, fols. 119-126v.
- (16) AGDC, Libros, 513, fol. 53.
- (17) AGDC, Libros, 515, fol. 139.
- (18) Ibídem, fol. 192.
- (19) AGDC, Libros, 516, fols. 12v-13.
- (20) Ibídem, fol. 13v.
- (21) ADC, Manuscritos, lib. 10.432, fol. 108.



CAPITULO 5

LA VISION DEL MUNDO



1. LA OBRA LITERARIA

1.1. Sermones

Durante el siglo XVIII la oratoria sagrada española conoce una importante renovación (1). Los predicadores de la época, guiados de un claro afán pedagógico, establecen incluso una división tripartita del sermón a fin de adecuar mejor sus contenidos a los oyentes, distinguiendo entre un exordio, cuyo objetivo es atraer la atención de los mismos, una proposición en la cual se desarrolla la idea principal, y una confirmación que ratifica los argumentos utilizados a lo largo de todo el discurso (2). Las fuentes de esta renovación serían los grandes oradores del Siglo de Oro español (Fray Luis de Granada), los representantes de la literatura espiritual francesa del siglo XVII (Bossuet, Arnauld, Fénelon, La Bruyère y especialmente Fleury, que en su *Catechisme historique* invitaba a imitar el estilo de Jesucristo y los Apóstoles) y algunas figuras de la Patrística antaño relativamente olvidadas, como San Agustín, San Juan Crisóstomo y San Gregorio Nacianceno (3).

Huarte también se vería afectado por estos vientos de reforma. Ciertamente que casi nunca citará en sus sermones autores modernos, y solamente en *La fe de la Iglesia en orden de la Sacrosanta Eucaristía* mostrará su conocimiento de los mismos (4). El Huarte de los sermones es, ante todo, un hombre que conoce muy bien la Biblia (de la que le interesan sobre todo los Salmos, los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel, los Evangelios y algunas epístolas paulinas) y, especialmente, la Patrística: en todos sus sermones citará algún representante de la primitiva literatura cristiana, siendo sus grandes estrellas San Agustín, San Ambrosio y San

Juan Crisóstomo, y ello es lo que nos permite engarzar a Cayetano en esta corriente de renovación de la oratoria sagrada que se observa en la España dieciochesca.

Por el contrario, a excepción de sus frecuentes referencias a San Bernardo, no le interesa en absoluto la literatura religiosa medieval, y solamente en un sermón citará al gran representante de la Escolástica, Santo Tomás de Aquino. Idéntica indiferencia manifiesta por los clásicos grecolatinos, salvo alguna mención aislada de Virgilio. Huarte, y ello es fundamental para comprender su pensamiento, es un hombre que se siente ligado ante todo a los primitivos escritores cristianos, y esta Iglesia primigenia es la que siempre recordará con añoranza y admiración a lo largo de toda su obra.

La actividad oratoria de Huarte fue bastante intensa, y siempre va dirigida al mismo público: la élite de la ciudad. Todos sus sermones fueron predicados en funciones organizadas por los cabildos municipal o catedralicio, la Hermandad de la Santa Caridad, la Real Audiencia de Contratación a Indias, o los conventos de franciscanas concepcionistas descalzas de Cádiz y de Religiosas de la Enseñanza de San Fernando. Siempre se trata de renombradas instituciones civiles o eclesiásticas, y en alguna ocasión incluso fue el mismísimo prelado el presidente de la celebración litúrgica. En modo alguno fue Huarte un predicador cuyo auditorio estuviese compuesto por las clases populares, y nunca podremos perder de vista este hecho si queremos entender el sentido y la ideología que se desprende del análisis de su obra oratoria, compuesta por los siguientes títulos:

—“Sermón de Santa María Magdalena predicado en la fiesta que le hace anualmente la Nobilísima ciudad de Cádiz, en cumplimiento de su voto por haber la intercesión de dicha santa libertado a este pueblo de la peste” (Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1765).

—“ Sermón que en la festividad de Todos los Santos, en primero de noviembre de 1775, dixo en la SIC de esta ciudad de Cádiz” (Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1775), recordatorio del maremoto acaecido veinte años antes.

—“Oración fúnebre que en las solemnes exequias que celebró la Hermandad de la Santa Caridad de Cádiz en la Iglesia del Hospicio el día 30 de marzo de 1776 por el alma de Ilmo. Sr. D. Fr. Thomas del Valle obispo de esta ciudad, su Hermano, protector y singular bienhechor dixo...”, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1776.

—“Sermón que en 19 de febrero de 1777, después de la primera dominica de Quaresma, predicó a la Real Audiencia de Contratación a Indias, en la iglesia de los RR.PP. Carmelitas Descalzos”...Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1777.

—“Oración panegyrica del S.P.S. Francisco de Assis, que en el día de su anual festividad de este año de 1778, que celebró el Ilmo. Cabildo de la S.I.C. de Cádiz en la de RR.PP. Observantes, dixo...”, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1778.

—“Sermón moral que en la solemne profesión que hizo la hermana Michaela Mosti y de Arrambide para religiosa de María Sma. de la Enseñanza de la Real Isla de León, en el día 2 de diciembre de 1778, dixo...”, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1778.

—“Oración fúnebre que en las solemnes exequias que hicieron los señores Deán y Cabildo de la Santa iglesia Catedral de Cádiz... a la amable memoria de su Ilmo. prelado el señor Don Fr. Juan Baptista Servera (que de Dios goce) dixo en dicha Santa Iglesia el día 28 de febrero de 1872”, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1782.

—“La fe de la Iglesia en orden a la Sacrosanta Eucaristía... Sermón dogmático, que en la solemne fiesta, que anualmente consagra a este adorable Mysterio su esclavitud, en la Parroquia Auxiliar de San Antonio, dixo el día 29 de junio del presente año...”, Cádiz, Real Imprenta de Marina, s.a. Dado que Huarte es citado como racionero, debió ser predicado entre 1784 y 1787.

—“Oración fúnebre por la fundadora del convento de la Enseñanza” (1784). Citado por Cambiaso (5), no ha sido localizado. Ni siquiera es recogido por Aguilar Piñal (6), por lo que debe haberse perdido.

—“Santa Disciplina de la Iglesia, sobre el modo más perfecto de distribuir la limosna... Oración moral, que predicó en la Santa Iglesia Catedral de Cádiz el día 21 de marzo de 1784...”, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1784.

—“Sermón en honor de los santos mártires San Servando y San Germán, patronos de Cádiz. Predicado en su Santa Iglesia Catedral en 23 de octubre de 1787”, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1787.

—“Sermón moral, que en la solemne profesión de Sor María Juana de la Asunción, en el siglo Doña Juana Caters, en el convento de RR.MM. Descalzas de la ciudad de Cádiz, día 7 de diciembre de 1787, predicó...”, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1788.

—“Oración fúnebre, que en las Reales Exequias que la M.A.M.N. y M.L. ciudad de Cádiz, dedicó en la Santa Iglesia Catedral el día 5 de marzo de este presente año... a la piadosa memoria de el Sr. D. Carlos III, Rey de las Españas, dixo...”, Cádiz, Manuel y Juan Jiménez Carreño, 1789.

1.2. Crítica histórica

Los aspectos relacionados con la historia de la Iglesia tuvieron una gran importancia en los orígenes del criticismo histórico, por cuanto había que superar las falsedades que el Barroco, movido de su aprecio a lo maravilloso, había introducido no sólo en las formas religiosas externas, sino también en la interpretación del pasado. Iniciada esta tendencia por el cardenal César Baronio y continuada por autores como el maurino Mabillon y los jesuitas Bolland y Pepebroch, autores de las *Actas sanctorum*, en España dicha corriente estuvo representada por el cardenal Sáenz de Aguirre, el canónigo sevillano Nicolás Antonio, y el marqués de Mondéjar, que iniciaron su labor a fines del siglo XVII, y, ya en el Siglo de las Luces, por Mayáns, Enrique Flórez y Burriel, entre otros (7). Huarte continuará la labor de estos hombres en su *Discurso sobre los santos del Obispado de Cádiz*, al que ya nos hemos referido anteriormente, en el que citará la *España Sagrada* de Flórez, las obras de Aguirre, Nicolás Antonio y Baronio, y la *Historia sanctorum vitae martirum in ecclesiastica officia invecita* de Don Agustín Calmet (1672-1757), máxima figura de la historia francesa de este período.

Domina en nuestro canónigo la preocupación de que “los santos que decimos ser de nuestro obispado, ni lo son por naturaleza, ni han padecido en él, y así debería reflexionarse mucho si habíamos de seguir dándoles este culto al que no tienen derecho alguno” (8). Según Huarte, los males comenzaron con un decreto promulgado por el prelado Fray Francisco Guerra el 5 de abril de 1652, merced al cual se disponía el rezo de San Félix y San Juanuario, San Hiscio, San Epitacio y San Basileo, San Firmo, Santa Lucía y compañeros mártires de Gibraltar, Santa María, Santa Susana y su madre Santa Marta, y San Eutiquio. Varios años más tarde, en 1673, el chantre Bartolomé Escoto y Bohórquez publicaba un cuaderno del rezo de los santos de la diócesis de Cádiz, en el cual, amén de los ya mencionados, se incluía a San Aquila. Por último, en 1686 el obispo

Antonio Ibarra imprimía un calendario de las fiestas de la Iglesia gaditana en el que se citaba además a Santa Teodora, San Telesforo, San Dátivo, San Severino, San Próspero, San Honorato, San Rómulo, Santa Vitima, San Giobino y San Herculano, aunque ninguno de ellos aparecía en las cartillas del rezo publicadas en 1730.

Todo ello contrastaba con el hecho de que cuando en 1610 el racionero Juan Bautista Suárez de Salazar publicaba sus *Grandezas y Antigüedades de la Isla de Cádiz*, solamente mencionaba como mártires de la diócesis gaditana a San Servando y San Germán, y los santos anteriormente mencionados no serían conocidos hasta la publicación de los falsos cronicones de Román de la Higuera, Flavio Dextro, Marco Máximo, Luitprando, Heleca, Julián Pérez y el *Martirologio Hispano* de Juan Tamayo Salazar. A partir de entonces, y citando con profusión el *Martirologio romano* de César Baronio y el *Menologio griego*, demostrará cómo ninguno de ellos es propio de la diócesis de Cádiz, y que por tal motivo no se les debe seguir prestando culto.

1.3. Poesías

La vena poética de Huarte ha quedado plasmada en las *Poesías inéditas del Sr. Dn. Cayetano María de Huarte canónigo penitenciario de esta Santa Iglesia Catedral de Cádiz*, manuscrito con una caligrafía de inicios del siglo XIX conservado en la Biblioteca Municipal de Cádiz, hallándose en la Biblioteca de Estudios Gaditanos dos copias mecanografiadas del mismo. Ninguno de estos poemas, salvo *La Dulciada* (9), ha visto jamás la luz. Unas anotaciones de Adolfo de Castro consignadas en su primera página rezan así: "Este es el manuscrito más curioso para la bibliografía gaditana que ha podido adquirir para este establecimiento el amor de Cádiz que anima a su director. Este manuscrito fue donado años ha al Marqués de Valmar (10) por si le convenía utilizarlo en su tomo sobre los poetas del siglo XVIII que ordenó aquél para la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira. Consérvanse algunos apuntes trazados con lápiz por mano del anciano y docto marqués".

El gran problema ofrecido por este manuscrito es dilucidar si los poemas contenidos en el mismo se deben a la pluma de Cayetano María de Huarte. Ya Cambiaso y Verdes aludía a la existencia de los mismos, mencionando las siguientes composiciones:

—“Egloga en elogio de Andalucía” (1772).

—“Versión del cántico de Moisés” (¿1797?) (11).

—“Silvano a su hijo que iba voluntario de campaña” (1795).

—“Soneto con motivo de cantarse en la Iglesia del Pópulo de Cádiz en la cuaresma de 1793 el Miserere con música muy teatral, a la que había una concurrencia escandalosa” (1793).

—“Soneto cuando con motivo de la guerra a la República Francesa se maldecía públicamente a los franceses aún en los púlpitos” (¿1793-1795?).

—“Habiendo visto un sujeto el decreto que prohíbe la obra *Liga de la Teología Moderna con la filosofía*, y la que le impugna con el título de *El pájaro en la Liga*: soneto” (¿1799?) (12).

—“A Don Antero Benito Núñez escrita en Lanjarón el 4 de agosto de 1794. Anacreóntica” (1794).

—“Llanto de Delio por su patria Cádiz” (¿1797?).

—“Habiéndose quemado los dedos Gelmira al cerrar con lacre una carta” (1793).

—“Sueño de Delio a Albana” (13).

—“Epitafio en un soneto a la muerte de María del Amparo Morales”.

—Las fábulas “La retama y el romero” (1797), “Las abejas” (1798), “El vaquero”, y “La dicha por una educanda en la Casa de Misericordia de Cádiz” (1800).

—Las sátiras “El familiar del Obispo”, “Contra la diversión de corridas de toros”, “Contra los errores en las doctrinas morales y devociones falsas y supersticiosas”, “A la obra del jesuita Bonola *La liga de la Teología*” (¿1798?).

—“Himno a la Giralda”.

—Las “Cartas satíricas a la comedia Sancho Ortiz de la Roelas” (1800) en prosa (14).

Todos estos poemas son los mismos que contiene el manuscrito en cuestión, que añade además “La Dulcíada”.

Cambiaso comenzó a escribir su obra incluso antes de la Guerra de la Independencia, y dado el escaso tiempo transcurrido entre el fallecimiento de nuestro canónigo y la aparición de la obra de Cambiaso en 1829, es muy poco probable que el erudito atribuyera a Huarte unos poemas que no hubiesen salido de su pluma, siendo citado alguno de ellos en la obra del marqués de Valmar (15), que ya hemos visto cómo, según el historiador gaditano decimonónico Adolfo de Castro, fue el anterior propietario del manuscrito en cuestión.

Si analizamos el mismo veremos además cómo la unidad de estilo nos revela que todos estos poemas se deben a la mano de una misma persona, que en numerosas ocasiones se refiere a Cádiz como “nuestra patria” (16), y cuyo conocimiento de los intrínquilis internos del estamento eclesiástico (como revela la sátira *El familiar del obispo*) y su preocupación por los aspectos teológicos nos indican que debió tratarse de un clérigo, lo que no es un hecho precisamente excepcional en la poesía española finidieciochesca (17).

Las *Poesías inéditas* hacen asimismo alusión a numerosas referencias de la vida de nuestro canónigo (18): la *Egloga en elogio de Andalucía* fue escrita en Madrid en 1772, y Huarte pidió testimoniales para la Corte en 1761, 1767 y 1769 (19), lo que nos indica que con cierta frecuencia visitaba la misma; el *Llanto de Gelmira* fue escrito en Chiclana el 19 de mayo de 1793, lo que muy bien puede ser posible por cuanto sabemos que Huarte no asistió a los cabildos celebrados entre el 15 de abril y el 2 de septiembre de 1793; la *Anacreóntica a don Antero Benito Núñez* fue escrita en Lanjarón en 1794, año en que Huarte estuvo en dicha localidad tomando baños termales (20); el *Llanto de Delio por su patria Cádiz* fue redactado en Granada en 1797, y nos consta que por entonces Huarte residió en dicha ciudad recuperándose de su larga enfermedad (21); las *Cartas satíricas a la comedia Sancho Ortiz de las Roelas* fueron escritas en Chiclana el 14 de julio de 1800, y a este respecto sabemos que Huarte

no acudió a las reuniones del cabildo que tuvieron lugar entre el 4 de julio y el 5 de diciembre de 1800, que el 8 de septiembre se recibía en el mismo una certificación médica manifestando que no podía regresar a Cádiz por motivos de salud (lo que nos corrobora su ausencia) (22) y que el 15 de septiembre llegaba a los prebendados una carta escrita por nuestro canónigo desde Chiclana (23), lo que nos muestra su estancia en dicha localidad durante un cierto lapso de tiempo.

Asimismo, el contenido de algunos de estos poemas refleja algunas preocupaciones continuas de Huarte: la *Fábula dicha por una educanda de la Casa de Misericordia* revela su interés por los aspectos benéficos y asistenciales (y no será necesario insistir de nuevo en esta faceta de la personalidad de Cayetano Huarte), y las poesías *Habiendo visto un sujeto el decreto...*, y *Contra los errores en las doctrinas morales...* su rechazo de las ideas probabilistas, aspecto éste que no pasó desapercibido a los contemporáneos, por cuanto el mismo Cambiaso manifestaba que Huarte "combatió siempre que pudo las opiniones inmorales de los casuistas" (24).

Es posible que Huarte estuviese influido por la escuela salmantina, como revela el hecho de que en algunos poemas utiliza el sobrenombre "Delio" (25), que sería el empleado por Fray Diego González (1732-1794), fundador de la misma; la redacción de alguna anacreóntica, género tan caro a Meléndez Valdés, y la utilización de algún tema típico de la poesía de Quintana, como se refleja en el *Sueño de Delio a Albana*. Sería interesante averiguar las posibles vinculaciones de Huarte con los hombres de la escuela sevillana, como Arjona, Reinoso, Blanco White o Lista, pero no contamos con prueba documental de ello.

2. LOS GRANDES TEMAS

2.1. La cuestión social

Una de las cuestiones más abordadas por la Ilustración española sería la actitud hacia la pobreza, difundándose durante este período la visión que en siglos anteriores había triunfado en el resto de Europa, caracterizada por la actitud represiva y negativa hacia la figura del pobre (26). No podían faltar referencias de ello en la obra de Huarte, que ya en 1776 alababa la acción caritativa del prelado Fray Tomás del Valle, consi-

derando que "como el obispo se ve en la precisión de dar limosna pública, de no desatender a los que se presentan con carácter de pobres y mendigos, aunque conoce que bajo tan santo velo pueden ocultar el engaño, la ociosidad, los vicios, la irreligión en grave daño de la República... dejando al magistrado que descubra estos pobres, que los evite o los castigue" (27). Pero será en *Santa Disciplina de la Iglesia sobre el modo de dar limosna* donde nuestro canónigo desarrolle una visión más completa de esta cuestión. Obra con un marcado sentido coyuntural, puesto que este sermón fue predicado precisamente para obtener el apoyo de los gaditanos al Hospicio, todo él constituye una clara defensa de los planteamientos benéficos ilustrados: así, se considera que la mendicidad solamente conduce "a la infame prostitución... a los vicios más detestables" (28), señalándose la necesidad de discernir quiénes son los verdaderos pobres, lo que en opinión de Huarte solamente puede aplicarse "al anciano inhábil, el mísero pupilo, la desamparada viuda, el triste enfermo, el preso por la fé, el que estaba en destierro en una palabra, no otros que los que se hallaban por algún motivo en verdadera necesidad" (29), previniendo contra los "pobres válidos, capaces de adquirirse el sustento, que mendigan porque quieren vagar, e intentan de este modo consumir lo que está consagrado al verdadero pobre" (30), puesto que en su seno solamente se encuentran "abominaciones y delitos" (31), tales "la maldición, la blasfemia, las palabras de ira... los dichos deshonestos, la embriaguez, el robo" (32), pidiendo para ellos "dura reclusión" (33).

El verdadero pobre, por el contrario, "tiene un sagrado incontestable derecho que le dan la Religión y la Humanidad para ser socorrido en cuanto necesite" (34), y la Iglesia siempre ha cumplido con esta obligación, edificando ya en el lejano siglo IV "Casas de Misericordia, Hospicios públicos en que se recojan todos los pobres, donde el anciano, el peregrino, el enfermo, el niño, el incapaz de trabajar, el demente, la viuda, la huérfana, la doncella que peligraba tengan el preciso mantenimiento y sean socorridos en cuanto necesiten" (35). Estas instituciones no sólo atienden a las necesidades materiales de los pobres, sino que también cuidan de su asistencia espiritual (y no olvidemos que Huarte fue director espiritual del Hospicio gaditano), puesto que "los instruye, los forma, les da un ser civil y cristiano, que no tenían, corrige su costumbres, los retira de los infames vicios y los preserva de que se pierdan" (36), exhortando así a los fieles a ejercitar en el Hospicio "toda la caridad que podáis, que exige de vosotros la religión" (37).

En claro contraste con las actitudes ilustradas, no se observa en Huarte rechazo alguno de la pobreza voluntaria: es más, la *Oración panegírica a San Francisco de Asís*, predicada en 1778, constituye una clara defensa de la misma, desarrollando además los eternos lugares comunes sobre la vanidad de las riquezas, puesto que "todas las ventajas que proporcionan... no ponen a cubierto al corazón del hombre de la aflicción y la amargura, las riquezas mismas tal vez son el principio de la infelicidad de muchos. Registrad el corazón del rico, lo hallaréis todo inquieto y turbado, no le satisface lo que posee, los cuidados lo oprimen, el éxito de sus negocios lo aflige" (38).

También se encontrará en la obra de Huarte alguna referencia a la esclavitud, especialmente en el *Sueño de Delio a Albana* (39). En este pequeño poema el autor se hace eco de los sentimientos antiesclavistas que comienzan a penetrar en la España de finales del siglo XVIII (40), condenando las atrocidades practicadas por las naciones europeas contra los africanos, tanto más execrables por cuanto solamente se persigue la "vil ganancia", y no su cristianización ni su civilización, denunciando la explotación sexual padecida por las esclavas y el abandono sufrido por los esclavos cuando llegan a la vejez y son incapaces de seguir trabajando para sus amos.

2.2. La acción de los gobernantes

En alguna ocasión Huarte criticará la labor de los magistrados, reflejando así uno de los temas más repetidos en la oratoria sagrada dieciochesca (41): en 1765, por ejemplo, se referirá al espíritu de partido reinante entre las autoridades, para las cuales "no es el amor de Dios y el prójimo quien anima entonces las determinaciones" (42). Su ideal de perfecto gobernante lo desarrollará en la *Oración fúnebre por Carlos III*, predicada en 1789, en la cual se manifiesta además el asentimiento casi universal que suscitó en toda la nación su obra de gobierno (43).

Según Huarte, el difunto monarca era un dechado de virtudes cristianas, ya que no solamente "estudia la Santa Religión, la medita continuamente, adora sus decretos" (44), sino que además la practica, subrayando ante todo su estricta moralidad, puesto que "abominaba los placeres, huía el trato con las personas de otro sexo, detestaba los teatros, no usó sino de diversiones inocentes" (45), y su continua labor en pro del bien

de la Iglesia católica al extender el patronato de la Inmaculada Concepción a todos los dominios de la corona española, al limitar el derecho de asilo por constituir indirectamente "fomento de delitos" (46), y al seleccionar escrupulosamente a los obispos. Es posible que Huarte se refiera veladamente a la expulsión de los jesuitas, ya que en uno de los párrafos de este sermón afirma textualmente que "si arrojó de la nave que él gobernaba a un profeta... no fue cuando el profeta ejercía su ministerio, sino todo al contrario, cuando se separaba de sus funciones: lo arroja, no para serenar la tormenta, sino porque lo contempla preciso, porque lo cree justo" (47).

Hasta aquí hemos visto los eternos lugares comunes de los *Specula principum*, pero lo que da una mayor nota de originalidad a este sermón es la descripción de las medidas de gobierno del monarca, manifestando nuestro canónigo su simpatía por las acciones del Despotismo Ilustrado: el fomento de las ciencias, la reforma de las Universidades y Colegios Mayores, la creación de Hospicios, el auge del comercio y la industria... culminando todo ello en la impresionante serie de victorias obtenidas por España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (48). Todo ello contribuye a la mayor gloria de un monarca "que poseyó las virtudes del hombre, del hombre religioso, del hombre rey" (48 bis).

Ignoramos cuál fue la opinión que mereció a Huarte Carlos IV, pero no faltan en sus escritos referencias a los acontecimientos acaecidos durante su reinado: llama sobre todo la atención la postura del canónigo ante la guerra contra la Convención (1793-1795), ya que, a diferencia del entusiasmo con que en nuestro país se acogió un conflicto que sería considerado por muchos como una nueva guerra de religión (49), Huarte manifestará continuamente su rechazo de estas actitudes: en *Silvano a su hijo que iba voluntario de campaña*, poema escrito en 1795, llegará a decir nada menos que "ese impío, ese ateo, ese inhumano, ese hombre feroz, es tu hermano" (50), diciendo además cómo "el error se convence iluminando la razón, mas no hiriendo, no matando... la humilde persuasión, no la pujanza, blandamente cual un suave rocío, fue las verdades santas propagando, y aún Dios triunfó muriendo, no matando" (51), mostrando su repulsa por esta pretendida "guerra de religión", ya que es el Fanatismo quien "ha inventado esa voz, desconocida en la más pura edad del cristianismo" (52).

En la *Anacreóntica a Don Antero Benito Núñez*, redactada un año antes, condenará nuevamente la guerra contra Francia, ya que "Dios justo abomina vuestro falso cielo, Religión sagrada, tú aborreces eso, no esta doctrina de nuestro Maestro, a los enemigos manda los amemos, y ahora es un pecado el no aborrecerlos" (53).

En el *Llanto de Delio por su patria Cádiz*, escrito en Granada en 1797 con motivo del bombardeo sufrido por la urbe gaditana ante la escuadra de Nelson los días 3 y 5 de julio de dicho año, Huarte revela una actitud muy diferente, condenando continuamente la crueldad de los hijos de la pérvida Albión, pidiendo que sobre ellos caiga la furia divina (54).

2.3. La crítica de la Iglesia y de los fieles

No faltará en la obra de Huarte la crítica de las lacras del estamento eclesiástico: ya hemos visto en capítulos anteriores sus sistemáticas denuncias a los prebendados por el incumplimiento de sus obligaciones, y los mandatos de visita que promulgara en 1801, y todas estas pequeñas miserias saldrán nuevamente a colación en la sátira *El familiar del obispo*. El furor de aquél, motivado por no haber obtenido la tan ansiada canonjía (de hecho, Huarte se limita a reflejar acontecimientos históricos, por cuanto casi todos los prelados gaditanos del siglo XVIII instalaron a alguno de sus parientes o familiares en el cabildo catedralicio, y el mismísimo Fray Tomás del Valle lo hizo de modo sistemático) (55), le lleva a hacer gala de sus pretendidos méritos: enamorar a las sobrinas de los vicarios contrayendo con ellas esponsales que nunca pretendió cumplir, ejercer empleos sin estar preparado para su desempeño, servir con fidelidad al prelado hasta el punto de que "yo jamás en los cabildos voté lo que juzgaba en mi conciencia, sí, lo que su Ilustrísima me dijo... de la menor especie que yo oía, aunque dicha con ánimo sencillo, como interesase algo a mi amo, iba volando para darle aviso" (56), haber descuidado siempre, como consecuencia de los "buenos" consejos paternos, su formación intelectual ("estudia la Gramática hasta tanto que entiendas del Breviario lo preciso, no te apures si acaso no pudieres entender bien los salmos y los himnos, toma de la moral una tintura, y si tú quieres que te elija libro, Lárraga (57) el inmortal será el que leas, que ha dado confesores infinitos, este estudio te basta y aún te sobra para ordenarte, pues

tendrás sabido que jamás en exámenes o mesas entran los familiares del obispo") (58), y, a cambio de todo ello, haber obtenido un mísero beneficio de "tan sólo" diez o doce mil reales anuales y una prebenda en el cabildo que proporcionaba la misma suma, frustrándose así todas las ansias de ascenso social (59). Las pequeñas corrupciones existentes en el interior del estamento, el nepotismo, la ignorancia, el servilismo... le llevarán a Huarte a afirmar, no sin cierta tristeza: "Ojalá, mi Fileno, yo mintiera, pero sabe que cuanto aquí te pinto, es un corto borrón, aún no es bosquejo, de mil originales que yo he visto" (60).

No se encuentra, por el contrario, a diferencia de lo que sucede en otros ilustrados españoles (61), la crítica del clero regular, del que Huarte debió tener una buena opinión: en la *Oración fúnebre por Fray Juan Bautista Servera* llegará incluso a alabar "esas casas de oración y retiro, donde se conserva la pureza, donde se ha guarecido la penitencia, donde se ha refugiado la pobreza evangélica que el mundo no conoce, donde vive el espíritu de Jesucristo" (62).

Huarte reservará sus dardos más afilados a las ideas probabilistas, y ello, como a muchos otros (63), le llevará a rechazar por completo a la Compañía y a todo lo que ella supone, atribuyéndole buena parte de los males que aquejan a la Iglesia. En su sátira tercera, *Contra los errores en las doctrinas morales y devociones falsas y supersticiosas*, quizás el mejor de todos sus poemas, fustigará sin piedad las lacras existentes en el seno de la Iglesia española: el laxismo de los confesores y de los teólogos ("si te dicen que están arrepentidos, tú debes absolverlos cuantas veces vengan... dirás que el Evangelio es sólo uno, pero autores muy graves han escrito, que hemos de ser severos predicando, y confesando siempre muy benignos, haz que comulguen cuantas veces quieran, aunque recaigan en los mismos vicios... ese imponer tan duras penitencias, ese excusar al malo el pan divino, me huele al execrable jansenismo, basta por penitencia que tú impongas a un pecador común, el que contrito rece cinco o seis salves y el Rosario, todo entera él de asiento entre los vicios") (64); las opiniones teológicas de algunos jesuitas ("en la obra de la Corte Santa, dice el jesuita Nicolás Causino (65) que en materia de gracia han de leerse con cautela Pablo y Augustino") (66); y la pereza mental de la mayoría de los teólogos, refiriéndose seguidamente a la *Biblioteca Janseniana* del jesuita Colonia (67), a los "alumnos y secuaces" de la Compañía que "siguen infamando a los que no son sus partidarios" (68)

y a las obras que dicen que "cuanto ha sucedido en la Francia, es obra de los que se llaman jansenistas" (69), clara referencia a libros como el de Rocco Bonola.

Volverá a incidir en todas estas ideas en la sátira cuarta *A la obra del exjesuita Bonola, Liga de la Teología Moderna con la Filosofía en daño de la Religión de Nuestro Señor Jesucristo*, en la que alude a quienes "relajan la moral santa y austera a que los sujetó su anciano padre" (70), y carga continuamente las tintas en contra de los jesuitas, que "fomentaron la falsa devoción" (71), que "en ellos... Bonola lleva su demencia hasta decir que Antonio Arnould (72) quiso negar la Eucaristía, siendo él quien escribió la incomparable obra *Perpetuité de la foi* (73), y contra "las devociones puramente exteriores, las penitencias sacramentales no proporcionadas a los pecados, la facilidad de absolver y dar por bien confesado y justificado a el pecador que al instante recae" (74), práctica tradicional de la Compañía en opinión de nuestro canónigo.

Tampoco los fieles salen bien librados de todas estas diatribas. Huarte condenará continuamente, lo que por otro lado es uno de los lugares comunes de la oratoria sagrada dieciochesca (75), su frivolidad y sus inmoralidades, refiriéndose en muchas ocasiones al ambiente de corrupción reinante en Cádiz, ya que no hay "otro pueblo del mundo... más expuesto a abandonar la fe," dado los peculiares caracteres de la urbe gaditana, "situada bajo un clima el más templado y benigno, en una provincia la más amena, la más abundante y deliciosa... donde habitaron de continuo gentes de todas las naciones" (76). Las lamentaciones de Huarte serán constantes: en 1775 ofrece un cuadro bastante negativo de la situación moral de los gaditanos, ya que "ahora son más sus vicios y desórdenes... el lujo ha crecido visiblemente... no bastando un antiguo teatro son ya varios los que fomentan las pasiones, un juego profusísimo es aborto infeliz de nuestros días" (77); al año siguiente presenta la perpetua licenciosidad de los gadicenses reflejada en la celebración de unos carnavales "cuyas iniquidades justificarán a Sodoma" (78); en 1777 mostrará cómo el lujo, la prostitución, la impudicia y el fraude se extienden por doquier, siendo lo más grave de todo ello que en cualquier momento puede aparecer "un hombre hábil y artificioso que, aprovechándose de lo flaco de vuestro corazón, os anunciara un nuevo plan de religión más agradable a los sentidos, más compatible con los vicios" (78 bis). Hasta los dogmas se ven en peligro, y no es casual que en uno de los sermones de Huarte se aluda a numerosos fieles que "o niegan la presencia real o no creen el

dogma de la transustanciación o afirman que no hay sacramento sino en el acto de recibirlo" (79), y que en otro de ellos se viese obligado a recordar el papel intercesor de los santos (80).

Dado el rigorismo moral de nuestro canónigo, no debe extrañarnos que su repulsa se extendiera también a los festejos taurinos, tema desarrollado en la sátira segunda *Contra la diversión de corridas de toros*, donde condenará las deudas contraídas por el pueblo para asistir a estos espectáculos, la violencia y brutalidad propias de estos festejos, la indecente mezcla de sexo y la costumbre de celebrar corridas so pretexto de festejar acontecimientos (81), ideas todas ellas muy comunes entre los ilustrados españoles (82).

2.4. Las alternativas

Gran parte de los males que afectan al estamento eclesiástico se podrían resolver si se fomentase su formación intelectual: en la visita pastoral de 1801 Huarte incide continuamente en la celebración de las conferencias morales como medio más indicado, pero es necesario además una nueva Teología y una nueva estructuración de los estudios eclesiásticos: sus ideas al respecto las encontramos en la *Oración fúnebre por Fray Juan Bautista Servera*, prelado que "sin abandonar el útil y prudente método escolástico, buscó la verdadera teología no en las cavilaciones filosóficas, sino en las verdaderas fuentes de la Santa Escritura, de la Tradición, de los Concilios, de los Padres, del Derecho Canónico... no puede adoptar aquellas opiniones que se conforman menos con la verdad, aquellas opiniones que favorecen las pasiones del hombre, aquellas opiniones que ensanchan el camino estrecho del cielo, aquellas opiniones que enseñan una Teología rigurosa clamar desde este sitio, y otra más suave y blanda para decidir en el tribunal de la penitencia" (83). El regreso a las primitivas fuentes de la Iglesia y el rechazo del probabilismo son, como vemos, los puntos clave. Y será en la sátira tercera, *Contra los errores en las doctrinas morales*, donde, de modo más claro, nos revele cuáles son sus preferencias: el Derecho Natural, las obras de Filangieri (84) y "de las penas y delitos" (clara alusión a Beccaria), Van Espen (85) y los estudiosos de los concilios y la Patrística, los historiadores de la Iglesia como Juenin (86), y los teólogos "que enseñan el fiero rigorismo", tales Natal Alejandro (87), Guillaume de Contenson (88), Joseph Zola (89) y Daniel Concina (90).

Todo ello deberá ir encaminado a erradicar la superstición y a buscar ante todo la verdad: en la obra anteriormente citada se referirá a quienes "no creen de fe sino es lo revelado, en lo demás todo es un pirronismo, sobre que hay quien no crea que la Virgen dictó a la Madre Agreda sus escritos, sobre que hay filósofos que duden de algunos de los hechos referidos por Mateo Alemán de San Antonio, por el padre Bozal de San Francisco" (91), y en su *Discurso sobre los santos*, en términos muy semejantes a los empleados otrora por Nicolás Antonio (92), llegará a decir:

"A Dios no se le da culto con la falsedad y la ficción: ante bien es sacrilegio el querer glorificar a Dios por un motivo falso... nadie dude ni ligeramente de mi ortodoxia o catolicidad: aquí hice de todo corazón la profesión de la fe, bajo la que deseo y espero en Dios morir... he jurado creer y profesar, poniendo mi mano sobre la santa cruz y los sagrados evangelios... pero la Iglesia que me ha mandado creer esto, no me ha prohibido que niegue que estos santos pertenecen a nuestra diócesis. La Iglesia nuestra madre jamás me mandará que crea de fe unos hechos históricos, unos puros hechos que no estriban sobre la Escritura, la Revelación o Tradición, sino sobre las opiniones de los hombres, sobre los juicios de éstos o sobre monumentos de la historia que escribieron hombres falibles dispuestos a engañarse y engañar... las verdades del dogma que como tales declara la Iglesia, los errores que condena, como opuestos a la fe, se fundan sobre la Escritura, la Revelación o Tradición, y aquí la decisión de la Iglesia es infalible; pero en la aprobación de hechos históricos en que no puede fundarse sobre la Revelación o la Escritura y ha de seguir las opiniones de los hombres, no tiene más fuerza la decisión que las razones sobre las que se apoya" (93).

Rigorismo teológico, pero también moral. En su *Sermón de Santa María Magdalena*, Huarte tomará partido en las grandes disputas teológicas que enfrentaban en el seno de la Iglesia católica a atricionistas y contricionistas (94), decantándose por esta última postura: tras remitirse a la autoridad de San Agustín, para el cual "el que por miedo del infierno no teme el pecar, sino el arder" (95), reconoce que "el temor de las penas

del infierno es útil, pues dispone el alma para la caridad", si bien "ese temor... por útil y sobrenatural que sea sin el amor de Dios y por sí sólo no hubiera sido capaz de convertir a Magdalena" (96). Huarte concederá aquí una gran importancia al amor de Dios, ya que por este medio "lograremos ser absueltos" (97).

Será quizás en la visita pastoral de 1801 donde Huarte refleje de modo más explícito su rigorismo, manifestado aquí en el terreno sacramental. En los Mandatos de Visita promulgados en el convento de agustinas recoletas de Chiclana advertirá sobre los peligros de recibir la comunión diariamente, y, remitiéndose a Santo Tomás, dirá que "la persona que conozca por una experiencia cierta que de la comunión cotidiana se aumente su fervor y amor a Dios y que no se disminuye este amor y reverencia a tan adorable sacramento debe comulgar diariamente pero que si vé que se disminuye el respeto y reverencia, que no se aumenta mucho su fervor, debe abstenerse de la comunión cotidiana para más bien disponerse" (98), en tanto que exhortará a los confesores de Alcalá de los Gazules para que "se use con los pecadores reincidentes de todo el rigor que se le niegue o difiriera la absolución" (99).

También se encuentran en la obra de Huarte modelos de comportamiento, especialmente en los sermones predicados con motivo de la profesión de alguna religiosa. En *Sermón pronunciado en la profesión de Micaela Mosti* pretenderá indicar a la nueva profesa cuáles son sus obligaciones: ante todo, centrar su existencia en la persona de Jesucristo, renunciando "a tus padres y hermanos, las conveniencias de tu casa, los honores, las diversiones, que te olvides aún de ti misma" (100), cumplir escrupulosamente con sus votos y borrar de sí el amor propio, uno de los principales enemigos de la vida monástica (101). Volverá a incidir en estas cuestiones en el *Sermón pronunciado en la profesión de Juana Caters*, donde hará especial hincapié en la necesidad de guardar el voto de obediencia, único medio de evitar caer en el amor propio, considerando como tal "el demasiado apego a un ejercicio de devoción con el cumplimiento de las obligaciones... el no gustar sino de las virtudes que dicen cierta analogía con el genio, y abandonar las propias del estado... quedarse en las delicias de la contemplación, cuando debe acudirse al trabajo... un tesón imprudente en las penitencias... el celo de muchos superiores" (102). Se declarará así contrario a cualquier exceso, y exhortará a la nueva religiosa a seguir el camino de la obediencia, "camino

llano, porque no tienes otra cosa que hacer, que seguir por donde te llevarán. Ya no tienes propia voluntad para nada, debes querer lo que quieren tus superiores, debes rendirles tu juicio, sacrificarles tu entendimiento" (103). Tampoco faltarán, como es lógico, referencias a la pobreza y a la castidad, finalizando su sermón refiriéndose a los peligros que pueden amenazar la vida espiritual de la nueva profesita: la nostalgia por los placeres del mundo, el dejar de aspirar a una mayor perfección y la vanagloria de la propia virtud, enemigos que serán conjurados si la religiosa deposita su confianza en Cristo, "el principio de tu eterna felicidad" (104).

3. SINTESIS IDEOLOGICA DE CAYETANO HUARTE

En ciertas ocasiones Huarte muestra su rechazo hacia los ilustrados: en 1775 hablará de "los falsos filósofos", cuya "detestable crítica, su ilustración toda horror y tinieblas, no llevando otro objeto que destruir la religión, intenta sofocar sus virtudes" (105), y dos años más tarde aludirá a los filósofos que, ante la imposibilidad de que la razón resuelva los misterios de la fe, pretenden abandonarse a "la libertad de opinar" (106), lo que constituye un tremendo dislate: los filósofos afirman "que no es propio de un padre dar un castigo eterno... que debe ser libre a cualquiera arreglar la creencia a su razón, que el sujetar el entendimiento a determinados artículos es una esclavitud que repugna, que no se debe exigir más de un hombre que el que viva sin hacer daño a otro, que estando todos obligados a fomentar la sociedad, un gobierno ilustrado debería prohibir la santa continencia... que las prácticas virtuosas, son un medio para infatuarse" (107), pero, en realidad, ¿qué han aportado de positivo? "¿De qué es deudora a ella la República de las Letras? ¿Han adelantado la física con algunos nuevos descubrimientos? ¿Han fijado la cronología en los puntos inciertos y confusos? ¿Nos han dado una historia completa trabajada con imparcialidad y exacta crítica? ¿Su ética no es una moral más corrompida?" (108). Sería injusto, sin embargo, tacharle de oscurantista: recomienda, por el contrario, instruirse en las verdades de la religión y esforzarse por saber más, pero sin perder nunca de vista que las verdaderas autoridades son "vuestro padres y mayores, no vuestro entendimiento" (109). No obstante, como ya hemos tenido ocasión de comprobar al tratar su postura ante la Guerra contra la Convención, Huarte siempre será partidario de hacer uso de la persuasión pacífica.

¿Huarte, jansenista? Todo depende de qué entendamos por tal, ya que este término fue muy empleado en el siglo XVIII como arma arrojadiza: ya el cardenal Sáenz de Aguirre manifestaba que eran así llamados quienes sostenían las cinco proposiciones condenadas por la Iglesia, los celosos de la buena moral y las rígidas normas de disciplina, y los que de cualquier manera se oponían a la Compañía, que a su entender eran infinitos (110). Andrés Orbe se haría eco de una visión, exponiendo cómo "a cualquiera que sea un poco ajustado, o se oponga a los negros (jesuitas) le califican de jansenista, con lo que pierden a los hombres de letras y nadie estudia en la disciplina antigua, ni los libros originales, que no le califiquen de tal, con lo que ellos sólo son los que saben más que todo el resto en esta materia y en Santos Padres" (111).

En cualquier caso, la naturaleza del jansenismo español ha sido muy debatida (112). Hay quienes niegan su identificación con el movimiento ilustrado, siendo éste el caso de Codignola (113), si bien la opinión más extendida vincula jansenismo y *Aufklärung* católica. Sería Merkle quien acuñara en 1910 el término *catolicismo ilustrado*, caracterizado por la continuación de algunos aspectos propios de la reforma tridentina (cultura bíblica, importancia de la catequesis) y la aparición de nuevos temas más relacionados con la cultura de los siglos XVII y XVIII: interés por la liturgia, rechazo de las formas de la religiosidad popular, sentido histórico, espíritu crítico, gusto por la historia de la Iglesia, oposición al escolasticismo, austeridad moral y rechazo del probabilismo, fidelidad a las lenguas vulgares, crítica de la oratoria barroca, actitud comprensiva hacia los protestantes (114). Otros, como Mario Góngora, creen que el jansenismo fue una de las fuentes del catolicismo ilustrado en unión de la filosofía cartesiana, la crítica maurina y el galicanismo, definiendo todo este movimiento por su criticismo frente a la constitución actual de la Iglesia, biblismo, apologética contra los filósofos del siglo XVIII, moralismo (con lo que conlleva de oposición al laxismo, atricionismo y probabilismo), repulsa del barroquismo en el culto y reforma de la oratoria sagrada (115). E. Appolis opina que entre los que aceptan la bula *Unigenitus* (zelanti) y los apelantes, se sitúa un grupo de hombres moderados que forman un partido criptojansenista (*tiers parti*) enemigo de las sutilezas escolásticas, que busca volver a la disciplina primitiva de la Iglesia, predica el retorno a la Biblia, la Patrística y los decretos del concilio y una moral rigurosa (116), sistematizando además todos los elementos que

confluyen en el jansenismo español: la lucha teológica contra el molinismo, la aversión por la moral relajada (muchos espíritus religiosos se indignan ante la penitencia no inspirada por el amor de Dios sino por el temor de las penas del Infierno, deplorando que se prodiguen los sacramentos a pecadores impenitentes que no desean realmente cambiar de vida), el catolicismo ilustrado (religión purificada de cualquier superstición, deseo de no confundir los intercesores, útiles pero no necesarios, con el verdadero Mediador que es Cristo, crítica de leyendas y milagros discutibles, hincapié en las auténticas fuentes que son la Biblia, la Patrística, los Concilios y las enseñanzas de los papas), regalismo y lucha contra los jesuitas, a los que se reprocha su probabilismo (117).

Comprenderemos mejor el fenómeno jansenista si aceptamos las opiniones de Ceyssens, que distingue entre jansenismo teológico (el que defiende las cinco proposiciones condenadas en la bula *Unigenitus*) e histórico (que responde a unas formas de religiosidad definidas) (118). El mismo Huarte se hace eco de esta idea: en alguna ocasión manifestará cómo "el que escribe esta sátira condena muy de corazón las cinco proposiciones de Jansenio en cualquier sentido en que la Iglesia las tenga por heréticas, sólo se burla aquí de los que imponen la nota de jansenistas a cualquiera que defienden el sano moral o el sistema de la gracia de San Agustín" (119); pero numerosos rasgos de su pensamiento nos inclinan a incluirle entre los jansenistas históricos, cristianos ilustrados, *tiers parti* o como mejor nos parezca oportuno: su gran cultura bíblica y patristica, su interés por la historia de la Iglesia (120), su rechazo de las supersticiones y leyendas sin fundamento histórico, su espíritu crítico, la repulsa del probabilismo y el laxismo a los que identifica como doctrinas jesuitas, su rigorismo moral (contricionismo, rigorismo sacramental)... por encima de todo, Huarte será un enamorado de la Iglesia primitiva, y serán esos primeros tiempos del cristianismo recordados con añoranza y tristeza a lo largo de toda su obra.

No pensemos que Huarte constituye una excepción en el panorama intelectual del clero gaditano. En la segunda mitad del siglo XVIII se detecta en algunas bibliotecas eclesiásticas la presencia de autores como Quesnel, Fleury, Juenin, Febronio, Van Espen o Bossuet, y cuando en 1787 el prelado José Escalzo y Miguel reformaba el Plan de Estudios del Seminario de San Bartolomé, en el mismo se daba cabida a las obras de Fleury, Berti, Juenin, Selvagio, Muratori y Natal Alejandro (121). Ignora-

mos, sin embargo, si estas actitudes eran o no minoritarias, lo que no será posible dilucidar en tanto no se acometa un estudio en profundidad de la literatura religiosa gaditana dieciochesca, pero todo ello nos muestra la vitalidad, el aperturismo cultural y la renovación que constituirán lo mejor del Cádiz en que vivió Cayetano María de Huarte.



NOTAS

- (1) Vid. GARCIA OLMEDO, J., "Restauración de la oratoria sagrada en el siglo XVIII", *Razón y Fe*, 46, 1916.
- (2) FERNANDEZ RODRIGUEZ, C. et. al., "La sociedad del siglo XVIII a través del sermulario. Una aproximación a su estudio", *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, 1982, pp. 35-36.
- (3) SAUGNIEUX, J., *Les jansenistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Lyon, 1976, pp. 39-77.
- (4) Así, citará *La perpetuidad de la fe de la Iglesia en orden a la sacrosanta eucaristía escrita contra el calvinista Claudio*, *De hodierno ecclesiarum Anglicanarum statu* de Honorio Regio, publicada en Danzing en 1647; la *Carta a los alemanes* de Teodoro Beza; *De festo santissimo corporis Christi* del papa Benedicto XIV; el *Tratado de la exposición del Santísimo Sacramento* de Thiers; la *Historia de los sacramentos* de Chardon, y las *Instituciones* de Calvino.
- (5) CAMBIASO Y VERDES, N.M., *Memorias históricas para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, Cádiz, 1986, p. 69.
- (6) AGUILAR PIÑAL, F., *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, tomo 4, letras G-K, Madrid, 1986, pp. 491-492.
- (7) Vid. sobre esta cuestión MESTRE, A., *Ilustración y Reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de Don Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781)*, Valencia, 1968, pp. 105-206; "Religión y cultura en el siglo XVIII español", *Historia de la Iglesia en España*, vol. IV, Madrid, 1979, pp. 695-702; *Humanismo y crítica histórica en los ilustrados alicantinos*, Alicante, 1980; e "Ilustración e historia. Sobre los orígenes del criticismo histórico en España", *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayáns y la Ilustración valenciana*, Valencia, 1987, pp. 299-322.
- (8) ACC, *Representación que hizo al Cabildo de la Santa Iglesia Cathedral su canónigo penitenciario el Dr. D. Cayetano María de Huarte (Cádiz 22 de octubre de 1802)*, fol. 1.
- (9) Fue impresa por el marqués de Méritos en 1807 (CAMBIASO Y VERDES, N.M., op. cit., p. 69).

- (10) Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, fue autor de *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII* y de la recopilación *Poetas líricos del siglo XVIII*, que constituyen los tomos LXI, LXIII y LXVIII de la Biblioteca de Autores Españoles.
- (11) Según Valmar, fue escrito para implorar el favor del cielo con motivo de la salida de la bahía de Cádiz de la escuadra que fue a combatir contra la armada inglesa en la batalla del cabo de San Vicente en 1797 (CUETO, L.A. de, marqués de Valmar, *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, 2.^a edición, tomo 2, Madrid, 1893, p. 52).
- (12) En 1798 se publicaba la traducción al castellano de la obra de Rocco Bonola *La liga de la Teología Moderna con la filosofía en daño de la Iglesia de Jesucristo*, cuya versión italiana databa de 1798; en la cual se atacaban los puntos básicos del movimiento jansenista, la vuelta a los ideales de la Iglesia primitiva, la lectura de la biblia en lengua vulgar y el episcopalismo. Sería el agustino Fernández de Rojas, poeta de la escuela salmantina, el encargado de la réplica, y ese mismo año aparecía *El páxaro en la Liga. Epístola gratulatoria al traductor de Liga de la Teología moderna con la Filosofía*, escrita bajo el nombre fingido de Cornelio Suárez de Molina. En ella se acusaba a la Compañía de Jesús de laxismo y moral acomodaticia, regicidio y afán de poder, y se tomaba partido por los jansenistas, ya que "si por jansenistas se entienden los que combaten nuestras doctrinas relajadas, predicán el amor de Dios y del prójimo, pretenden ahuyentar de la Iglesia las relajaciones que se han introducido, dan a la gracia de Jesucristo el valor y la fuerza que la adquirió a su preciosa sangre y solicitan que todo el pueblo cristiano ame la virtud y deteste los placeres y el vicio, le confieso a Vmd. que en este sentido tengo por jansenistas a todos los padres, a todos los concilios, a todos los santos y aún al mismo Jesucristo". Ambas obras serían prohibidas en 1799 por el secretario de Gracia y Justicia, Luis Mariano de Urquijo. Vid. MESTRE, A., "Religión y cultura...", pp. 737-738.
- (13) En este poema Huarte se refiere a la adopción por la duquesa de Alba de una negrita, tema que aparece reflejado en un poema de Manuel José Quintana escrito, según Albert Derozier, antes de 1802 (DEROZIER, A., *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, 1978, p. 235).
- (14) En 1800 se estrenaba en Madrid con gran éxito la obra teatral *Sancho Ortiz de las Roelas*, paráfrasis que de *La estrella de Sevilla* de Lope de Vega realizara Cándido María Trigueros (1736-1801), uno de los principales refundidores de dramas españoles del Siglo de Oro que desarrollaron su actividad durante el siglo XVIII. Un amigo de Huarte le proporcionaría esta obra, cuya lectura le inspiró estas *Cartas satíricas*. La primera de ellas, escrita en Chiclana el 14 de julio de 1800, satiriza la obra de Trigueros, y acto seguido se inserta una carta de Manuel José Quintana como director del periódico *Variedades de ciencias, literatura y artes* que se publicara bajo su dirección en Madrid entre 1803 y 1805 (vid. DEROZIER, A., op. cit., pp. 265 ss) fechada el 15 de septiembre de 1803, excusándose de su publicación en dicha revista, y una nueva epístola escrita por Huarte poco después de que le llegara la contestación de Quintana.
- (15) Vid. CUETO, L.A., op. cit, pp. 52-53.
- (16) Vid. *Llanto de Delio por su patria Cádiz*, *La Dulciada* y A. D. Antero Benito Núñez.

- (17) Fray Diego González, fundador de la escuela salmantina, y los principales representantes de la escuela sevillana, como Arjona, Lista, Blanco White o el abate Marchena, fueron eclesiásticos.
- (18) Algunas veces de la mano de Adolfo de Castro.
- (19) ADC, Manuscritos, lib. 1.045, fols. 8, 54v y 66v.
- (20) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 42, fols. 235, 260v y 282v.
- (21) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 43, fol. 183v.
- (22) ACC, Sección 1, serie 1, lib. 44, fol. 61v.
- (23) *Ibidem*, fol. 63.
- (24) CAMBIASO Y VERDES, N.M., op., cit., p. 66.
- (25) Así, en *Sueño de Delio a Albana y Llanto de Delio por su patria Cádiz*.
- (26) Vid. GUTTON, J.P., *La société et les pauvres en Europe 16e-18e siècles*, París, 1974; y para el caso español, MAZA ZORRILLA, E., *Pobreza y asistencia social en España siglos XVI al XX*, Valladolid, 1987; RUMEU DE ARMAS, A., *Historia de la previsión social en España*, Barcelona, 1981; y PEREZ, R.M., *el problema de los vagos en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1976.
- (27) BMC, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre... por el alma de Ilmo. Sr. D. Fr. Thomas del Valle...*, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1776, pp. 29-30.
- (28) BEG, HUARTE, C.M. de, *Santa Disciplina...*, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1784, p.3.
- (29) *Ibidem*, pp. 9-10.
- (30) *Ibidem*, p. 15.
- (31) *Ibidem*.
- (32) *Ibidem*.
- (33) *Ibidem*, p. 22.
- (34) *Ibidem*, p. 24.
- (35) *Ibidem*, p. 31.
- (36) *Ibidem*, p. 38.
- (37) *Ibidem*, p. 43.
- (38) BEG, HUARTE, C.M. de, *Oración panegyrica del S.P.S. Francisco de Asis...*, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1778, p. 17.
- (39) BMC, *Poesías inéditas del Sr. d. Cayetano María de Huarte canónigo penitenciario de esta santa Iglesia Catedral de Cádiz* (citado en adelante como *Poesías*), pp. 87-94.
- (40) SARRAILH, J., *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, 1957.
- (41) Incluso autores tan conservadores como el beato Fray Diego de Cádiz incidirán en esta cuestión.
- (42) BEG, HUARTE, C.M. de, *Sermón de Santa María Magdalena...* Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1765, p. 22.
- (43) HERR, R., *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1964, p. 367.
- (44) BMC, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre... a la piadosa memoria de el Sr. d. Carlos III...*, Cádiz, Manuel y Juan Jiménez Carreño, 1789, p. XVIII.
- (45) *Ibidem*, p. XXI.
- (46) *Ibidem*, p. XXV.
- (47) *Ibidem*, p. XXVII.
- (48) *Ibidem*, p. XXXVIII.

- (48 bis) *Ibídem*, p. XLV.
- (49) Vid. HERR, R., op., cit., pp. 251-260, y, para el caso gaditano, MORGADO GARCIA, A., "El clero gaditano y la Guerra contra la Convención (1793-1795)", *V Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1989.
- (50) BMC, *Poesías*, p. 60v.
- (51) *Ibídem*, p. 62.
- (52) *Ibídem*, p. 62v.
- (53) *Ibídem*, p. 73v.
- (54) *Ibídem*, pp. 82-v.
- (55) MORGADO GARCIA, A., *Iglesia y sociedad en el Cádiz del siglo XVIII*, Cádiz, 1989, p. 96. En 1776 el magistral Joseph Martín y Guzmán se refería al nepotismo de Fray Tomás del Valle, exponiendo cómo "en la oposición a la prebenda doctoral quiso colocar a d. Vicente Moreno cuando apenas empezaba la carrera... puede manejar al cabildo y como tiene tantos familiares en el coro y de poca literatura los más de ellos y ven a su amo tan empeñados a mayor número de votos nos están superiores y hacen lo que les parece" (AHN Consejos, leg. 15647, exp. 2).
- (56) BMC, *Poesías*...
- (57) Francisco Lárraga, autor de un *Prontuario moral* que conoció varias ediciones en el siglo XVIII.
- (58) BMC, *Poesías*, p. 103.
- (59) *Ibídem*, p. 102.
- (60) *Ibídem*, p. 101v.
- (61) Vid. CORTES PEÑA, A.L., *La política religiosa de Carlos III y las órdenes mendicantes*, Granada, 1989.
- (62) BMC, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre... a la amable memoria de su Ilmo. Prelado el señor don Fr. Juan Baptista Servera...*, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1782, p. 18.
- (63) Los sistemas morales existentes en el siglo XVII pretendían responder a la pregunta "Cuando la licitud del acto no es cierta, ¿qué grado de probabilidad es necesario y suficiente para que pueda realizarlo sin pecado?". El rigorismo, seguido por los jansenistas puros, no admite la probabilidad, ya que no la considera suficiente, y para seguir la libertad de obrar, ésta ha de ser cierta moralmente. Por el contrario, el probabilismo considera suficiente una probabilidad verdadera y sólida, aunque la posición contraria sea la más probable, siendo la opinión manifestada por la mayoría de los teólogos jesuitas. Una versión extremada es el laxismo, siendo los principales representantes de esta corriente Juan de Caramuel (1606-1682) y Juan Sánchez Moya (1610-1684), cuya obra fue condenada por el papa Inocencio XI en 1680.
- (64) BMC, *Poesías*, p. 112v.
- (65) Nicolás Caussin (1583-1651), teólogo jesuita autor de *La cour sainte* (1647).
- (66) BMC, *Poesías*, p. 114v.
- (67) En 1722 el jesuita Domingo de Colonia publicaba en Bruselas la *Bibliotheca janseniana*, donde so pretexto de ser enemigos de la Compañía incluía a muchos autores que en realidad no simpatizaban con las obras de Jansenio. Esta obra fue prohibida por el papa Benedicto XIV en 1745, aunque fue utilizada para la confección del Índice de 1747.

- (68) BMC, *Poesías*, p. 119v.
- (69) *Ibídem*.
- (70) *Ibídem*, p. 124.
- (71) *Ibídem*, p. 125.
- (72) Antonio Arnould (1612-1694) fue uno de los principales abanderados del jansenismo francés, destacando por su obra *De la fréquente communion* (1643), en la que exponía la necesidad de purificarse por medio del retiro, los ayunos, las oraciones y las limosnas, antes de recibir este sacramento, ya que la comunión semanal requiere condiciones de perfección no comunes entre los cristianos.
- (73) BMC, *Poesías*...
- (74) BMC, *Poesías*, p. 126.
- (75) Vid. FERNANDEZ RODRIGUEZ, C. et al., op. cit., pp. 44ss.
- (76) BEG, HUARTE, C.M. de, *Sermón en honor de los santos mártires San Servando y San Germán...*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1787, p. XXIII.
- (77) BPE, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre que en la festividad de todos los Santos...*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1775, pp. 28-29.
- (78) BMC, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre... por el alma del Ilmo. Sr. d. Fr. Thomas del Valle...*, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1776, p. 3.
- (78 bis) BEG, HUARTE, C.M. de, *Sermón que en 19 de febrero de 1777...*
- (79) BEG, HUARTE, C.M. de, *La fe de la iglesia...*, p. 5.
- (80) BPE, HUARTE, C.M. de, *Sermón fúnebre que en la festividad de Todos los Santos...* Todo él constituye un continuo recordatorio del maremoto de 1755, del cual se libró la ciudad merced a la intercesión de la Virgen del Rosario.
- (81) BMC, *Poesías*, pp. 103-108v.
- (82) Vid. ANTON SOLE, P., "La prohibición de las corridas de toros en días festivos y los obispos de Cádiz", *Archivo Hispalense*, 167, 1791.
- (83) BMC, HUARTE, C.M. de, *Oración fúnebre... a la amable memoria de su Ilmo. Prelado el Señor Don Fr. Juan Baptista Servera...*, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1782, pp. 26-27.
- (84) Gaetano Filangieri (1752-1788), jurista italiano autor de *La ciencia de la legislación*.
- (85) Bernardo Van Espen, canonista de Lovaina, publicó en dicha ciudad *Ius ecclesiasticum universum* en 1700, exponiendo sus tesis conciliaristas. Sus obras fueron incluidas en el Índice romano en 1713 y 1737.
- (86) Gaspar Juenin (1650-1713), religioso oratoriano autor del *Commentarius historicus et dogmaticus de sacramentis* (Lyon, 1696), considerado como el primer gran tratado de historia de la liturgia.
- (87) Natal Alejandro o Noel Alexandre (1639-1724), acusado de jansenista en 1703, es autor de *Theología dogmatica et moralis* (París, 1694) y *Expositio litteralis et moralis sancti evangelii* (París, 1702).
- (88) Guillaume de Contenson (1641-1674), dominico que en *Theologia mentis et cordis* se manifiesta hostil al probabilismo.
- (89) Joseph Zola (1739-1806), autor de *De ratione et auctoritate S. Agustini* (Pavía, 1788), es uno de los principales jansenistas italianos.

- (90) D. Concina, autor de *Della religione rivelata contra gli ateisti, deisti, materialisti, indifferentisti, che negano la verità del Misterio* (Venecia, 1754), donde manifiesta que las raíces de la moderna corrupción se hallan en la herejía y el laxismo teológico de los jesuitas.
- (91) BMC, *Poesías*, p. 119v.
- (92) Vid. MESTRE, A., "Ilustración e historia..." p. 307.
- (93) ACC, *Representación...*, pp. 18-21.
- (94) Vid. VAZQUEZ, I., "Las controversias doctrinales postridentinas", *Historia de la Iglesia en España*, vol. IV, Madrid, 1979, p. 471.
- (95) BEG, HUARTE, C.M. de, *Sermón de Santa María Magdalena...*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1765, p. 13.
- (96) *Ibidem*, p. 14.
- (97) *Ibidem*, p. 20.
- (98) ADC, Manuscritos, lib. 1.234, fol. 19v.
- (99) *Ibidem*, fol. 51v.
- (100) BMC, HUARTE, C.M. de, *Sermón moral, que en la solemne profesión que hizo la hermana Michaela Mosti...*, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1778, p. 13.
- (101) Vid. sobre estas desviaciones SANCHEZ LORA, J.L., *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, 1988.
- (102) BMC, HUARTE, C.M., de, *Sermón moral que en la solemne profesión de Sor María de la Asunción...*, Cádiz, Juan Jiménez Carreño, 1788, p. VIII.
- (103) *Ibidem*, p. IX.
- (104) *Ibidem*, p. XXIV.
- (105) BPE, HUARTE, C.M. de, *Sermón que en la festividad de Todos los Santos...*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1775, p. 11.
- (106) BEG, HUARTE, C.M. de, *Sermón que en 19 de febrero de 1777...*, Cádiz, Manuel Espinosa de los Monteros, 1777, p. XXIX.
- (107) *Ibidem*, p. XXX.
- (108) *Ibidem*, p. XXXI.
- (109) *Ibidem*, p. XXXVI.
- (110) MESTRE, A., "Religión y cultura...", p. 641.
- (111) MESTRE, A., *Ilustración y reforma...*, p. 421.
- (112) Una buena síntesis de las diversas posturas en MESTRE, A., *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, 1976, pp. 182-186.
- (113) Cfr. CODIGNOLA, E., *Illuministi, giansenisti e giacobini nell'Italia del Settecento*, Firenze, 1947.
- (114) Cfr. MERKLE, S., *Die Kirbliche Aufklärung im Katholischen Deutschland*, Berlín, 1910.
- (115) Cfr. GONGORA, M., "Estudios sobre el galicanismo y la Ilustración católica en América Española", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 125, 1957.
- (116) Cfr. APPOLIS, E., *Les jansenistes espagnols*, Burdeos, 1966, pp. 9-39.
- (117) APPOLIS, E., *Les jansenistes espagnols*, Burdeos, 1966, pp. 9-39.
- (118) Cfr. CEYSSSENS, L., "Le jansénisme. Considérations historiques préliminaires á sa notion", *Nuove Ricerche storiche sul giansenismo*, Roma, 1954.

- (119) BMC, *Poesías*.
- (120) Recuérdese la excavación de 1779. Asimismo, en *La fe de la iglesia* Huarte muestra su dominio de la Historia de la misma.
- (121) Vid. MORGADO GARCIA, A., *Iglesia...*, pp. 46-54; "La difusión de las ideas janse-nistas y regalistas en la España del siglo XVIII. La biblioteca de Fray Juan Bautista Servera, obispo de Cádiz, (1782)", *III Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz, 1989; "Los alumnos del Seminario de San Bartolomé (Cádiz): 1589-1849", *Gades*, 18, 1988, pp. 43-44.



**POESIAS INEDITAS DEL SR. DN. CAYETANO MARIA
DE HUARTE, CANONIGO PENITENCIARIO DE ESTA
STA. IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ**



LA DULCIADA

Canto primero

Hace el poeta la proposición, invoca que se le dé un mecenas de la obra, y empieza los elogios de su héroe.

1.

Yo aquel que en algún tiempo canté amores,
y al blando sol de la suave arena,
canté celos de rústicos pastores,
ya en Eglogas, ya en dulce cantinela.
Yo que canté de Marte los horrores
cuando agitaba su furor mi vena
ahora que Apolo no me inflama tanto,
canto los Dulces, sus elogios canto.

2.

Dime Musa el origen que tuvieron
los dulces que hasta ahora se inventaron,
y que los Dioses a los hombres fueron
los que tales delicias nos dejaron,
quiénes los dulces cándidos hicieron,
y quiénes los de almíbar idearon,
di, quién inventó bizcochos y fablillas,
quién las compotas, cremas y natillas.

3.

Y vosotras abejas, que formásteis
en la boca de un león podrido y muerto,
un sabroso panal, con que admirásteis
a el caudillo del pueblo más experto
y a hacer sabios enigmas le ayudásteis
por musas os invoco, pues advierto
mejor que a ellas asistirme os toca,
así en panal pusiérais en mi boca.

4.

No soléis a la cumbre bipartida
a traerme del agua de Hipoerene,
que de agua encharcada y corrompida,
no quieres que mi cántaro se llene:
volad sí allá a la tierra prometida,
y si algún medio fácil se os previene,
traedme todo aquel río peregrino
que leche y miel manaba de continuo.

5.

Buscadme un buen Mecenas, que yo vea
que si acaso el poema le dedico
admitirá gustoso mi tarea,
no os pido sea un grande, sea un chico,
no os pido sea un noble, mas que plebeyo sea,
que no me hace lo pobre, ni lo rico,
y os cedería aún a Tiberio Augusto
si me diéseis un hombre de buen gusto.

6.

Apenas dije esto, que me veo
a los Campos Elíseos trasladado:
discurrí me llevaban como reo,
a ser por mal poeta castigado,
me presentan a un juez horrible y feo,
el cuál entre otros dos está sentado,
yo que lo vi así airado y tan severo,
temí no me soltara el cancerbero.

7.

Sube, me dicen luego estos señores,
somos los tres los dioses tutelares
que presidimos en los obradores,
y de confiterías somos lares:
tus repetidos ayes y clamores,
han logrado apiadar nuestros altares,
y ya un Mecenas hoy se te destina
que un non plus ultra sea en golosina.

8.

Vuélvete al mundo y surca el océano,
hasta hallar una isla que fundada
dicen que fue por Hércules Tebano
y yace entre las aguas situada.
Allí hallarás un numen soberano,
una diosa de todos venerada
por su carácter sabio e ingenioso,
ésta es la que preside en lo goloso.

9.

Esa es el gran Mecenas que te damos
para que a ella el poema se dedique,
pues en el mundo todo no encontramos
quien guste más de cosas de alfeñique,
lo golosa que es no te explicamos,
ni es posible que nadie te lo explique,
de un polo a el otro, de la una a la otra osa
no es posible hallar dama más golosa.

10.

Apenas esto habían pronunciado,
cuando sin saber cómo, en un momento
me encuentro que me habían trasladado
otra vez a mi lóbrego aposento
y al ver que tal Mecenas se me ha dado,
celebro mi fortuna muy contento,
¡pero cuánto mayor mi dicha fuera
si fuese mi Mecenas confitera!

11.

Admite pues, oh Numen soberano,
 el aborto infeliz de mi tarea,
 así el cielo te dé con larga mano
 la mejor mermelada y la jalea
 y halles quien en invierno y en verano
 de unos dulces tan grandes te provea,
 que te dure el comer cualquier pedazo
 desde nacer el sol hasta el ocaso.

12.

Ya con temor la pluma a poner llego
 en asunto que tanto he respetado,
 haz sobre mí descienda el sacro fuego
 para que dignamente sea tratado,
 yo te ofrezco mi pluma colgar luego
 allá en el Templo en el dintel sagrado,
 y aún yo me colgaría, si consientes
 que en tanto asunto ponga yo los dientes.

13.

Pero, ¡oh poder del Numen!, ya me advierto
 a elogiar a los dulces inflamado,
 y el apetito a ellos se me ha abierto
 si es que lo tuve alguna vez cerrado,
 voy a elogiarlos, pero como es cierto
 más quisiera tirarles un bocado,
 pero, ¿qué hemos de hacer?, pues no comemos
 manos pues a la pluma y empecemos.

14.

Por ti habré de empezar, ¡oh huevo hilado!,
 por tu bizcocho y por aquel tejido
 de tus hilos de almíbar empapado,
 que aún nombrado es delicias a mi oído,
 contigo pues ni el néctar tan sagrado,
 ni la dulce ambrosía ha competido,
 ¡quién para desatar todo tu hilo
 tuviera siete bocas como el Nilo!

15.

Si fue de Berenice la que deja
constelación a el cielo trasladada,
¿Por qué, gran huevo hilado, tu madeja
no es en más alto imperio colocada?
Mas ni fortuna tiene a tu gran queja
mejor apoteosis preparada,
por tu grande dulzura ser te toca
astro fijo en el cielo de mi boca.

16.

¿Y qué diré que digno elogio sea
de aquella sacra confección divina
e invención de los dioses, la jalea?
Al ver su transparencia peregrina
mirarme en ella tanto me recrea
como a Narciso el agua cristalina,
mas no soy como el necio, pues al vella
de mí no me enamoro, sino de ella.

17.

¡Oh tú!, mi fe le dice religiosa.
¡Oh tú la más perfecta criatura,
no fue la griega Helena más hermosa
ni con la tuya iguala otra hermosura!
¿Y por qué del hombre la codicia ansiosa,
(si ser dichosa es lo que procura)
por qué busca surcando el mar profundo
otros bienes estando tú en el mundo?

18.

El holandés que necio se desvela
y ya del frío norte diligente
a la isla de Ceilán va por la canela,
el portugués no menos imprudente
para coger las perlas porque anhela
surca del Océano la corriente,
pudiendo a menos costa, y con más gloria
ir a traer jaleas a Victoria.

19.

Y a la verdad, qué gloria más cumplida
que comer la jalea transparente
que ya rubia ya roja parecida
es al color de Febo refulgente
y es el imán más fuerte de mi vida.
¡Oh muela afortunada! ¡Oh feliz diente
el que en comer jaleas se ha gastado!
En ella misma seas engastado.

20.

Tú Apolo que de Dafne la belleza
en un verde laurel la transformaste,
y en medio de la selva más espesa
entre árboles silvestres la dejaste,
si es que acaso mi ruego te interesa
y toda tu virtud no la gastaste,
haz porque el mundo tu poder advierta
y que todo en jalea me convierta.

21.

Y tú Jove que a Midas ambicioso
le concediste aquella gracia rara,
que cuanto él tocase codicioso,
en oro luego al punto se trocara.
¡Oh si a mi ruego hicieras generoso
otra gracia que menos te costara,
que cuanto de mi mano sea tocado,
en dulce sea al punto cambiado!

22.

Si a este mi ruego tu piedad consiente,
empezaré al instante a tentar cuanto
a mi cansada vista se presente,
tentaré a mis amigos, y a mí, y tanto,
que no habrá habido diablo que más tiente
y aunque el andar me cuesta gran trabajo
me iré a Rodas con paso presuroso,
a tentar y hacer dulce a su coloso.

23.

Apenas dije esto, que en mi oído
sonó una clara voz que me decía
aún no lo has plenamente merecido,
aún no se te halla digno todavía
de una gracia como es la que has pedido.
Lo serás si ayudado de Falia,
dignamente elogiases con voz clara
el huevo mol y el dulce de cuchara.

24.

Esto dijo, y apenas hube oído
lo que el sagrado numen me ha mandado,
le respondo: serás obedecido,
oh tú, sea el que fueres que has hablado,
el huevo mol de mí será aplaudido,
mas temo que saldrá mal elogiado,
puesto que a tanto asunto considero
aún es poca la facundia de Homero.

25.

Tú Musa, la que fueres, que encargada
has estado hasta aquí de gobernarme,
templa mi lira hasta ahora destemplada,
y dígnate piadosa de inflamarme,
mi pobre vena se verá apurada
si tú no te resuelves a guiarme,
voy a cantar cediéndote la gloria,
del huevo mol la milagrosa historia.

Canto segundo

Declárase la época de la invención del huevo mol, quién lo inventó
y en dónde.

1.

Imperando en Oriente y Occidente
aquel impío hijo de Agripina,
aquel hermoso monstruo, que insolente
reducir quiso a Roma a su ruina
Nerón que fiero, bárbaro inclemente

sólo a ser cruelísimo se inclina
destinando sacrílego su mano
a dar muerte a su madre y a su hermano.

2.

Mandando pues, este impío, este perverso,
cuando el mundo en crueldades zozobraba
cuando lloraba todo el universo,
viendo que ardía Roma y él cantaba,
compadecido el cielo de lo adverso,
quiso al ver que ya el orbe fluctuaba,
porque tanta amargura se templase,
que el huevo mol entonces se inventase.

3.

Oh tú Roma, si hasta ahora te has gloriado,
de que Rómulo y Remo te fundasen,
de que el Tíber tus muros ha bañado,
y que doce colinas te rodeasen,
deja tan cortos méritos a un lado,
dignos que en otro tiempo te elogiasen,
no ya que serle debes al destino
la patria de un invento tan divino.

4.

Apenas pues fue en Roma publicado
un invento tan útil y gustoso
que el pueblo en aquel punto contristado
se deja apoderar de un suave gozo.
Los cónsules proponen al senado
que se busque un artífice ingenioso
que en eterna memoria del invento
erija una pirámide al momento.

5.

Fue por todos los votos concedida
la petición de todos aprobada:
mandan que en una lápida bruñida
una inscripción en verso sea grabada
de forma que de todos sea leída,

y quede la memoria eternizada
de aquél a quien los dioses escogieron
y por él tan gran bien nos descubrieron.

6.

En medio, pues, de una espaciosa plaza,
se erigió la pirámide, su altura
de ciento ochenta y cuatro codos pasa,
el resto en ella echó la arquitectura,
sobre el bruñido mármol de la basa,
se gravó la inscripción, cuya lectura
a mil pasos distantes se leía
y traducida en español decía:

7.

El año ciento y nueve he fundado
el imperio romano, y el noveno
en que Cayo Nerón nos ha imperado,
siendo cónsul Aviola y Festo Avieno,
Júpiter de los hombres apiadado,
reveló el huevo mol a Publio Heleno,
y en digna recompensa de este hombre,
se erigió esta pirámide a su nombre.

8.

Esta es la historia cierta y verdadera,
digna que se pusiese en letras de oro
en el gran cronicón del padre Higuera,
o que en las decretales de Isidoro
el lugar que merece se le diera:
y si esto no bastaba a su decoro,
que hubiese puesto invento tan famoso
el Pe. Fray Juan Annio en su Beroso.

9.

Como el mérito en Roma conocieron,
el día que el pirámide acabaron

tan gran porción de huevo mol hicieron,
que un estanque grandísimo llenaron.
los nobles y plebeyos concurrieron
el día que los cónsules mandaron,
y a la hora señalada, no hay romano
que no estuviese con cuchara en mano.

10.

Así como a el hablar desde su asiento
Eneas a Dido reina memorable,
que le hizo renovar su sentimiento
en contarle la historia deplorable,
todos callan pendientes del acento
que refiere el suceso formidable,
así al abrir a aquel estanque puerta,
quedaron todos con la boca abierta.

11.

Apenas, pues, el grande estanque abrieron,
que hechos unas estatuas se quedaron:
de admiración y gula enmudecieron,
y un instante después, se recobraron,
del estanque los muros embistieron,
todos no dar cuartel capitularon,
sino que el huevo mol que se encontrara,
fuese pasado al filo de cuchara.

12.

¿Quién pintará aquel trágico suceso,
ni de aquellos romanos el ardor,
que llevaron su gula hasta el exceso?
Cual lo arroja al estanque su furor,
y en huevo mol se mete hasta el pescuezo,
cual muestra aún en los dientes su valor,
tal constancia en pelear, esfuerzo tanto
no se vio ni en el golfo de Lepanto.

13.

Y a la verdad qué cosa más gustosa,
que comer huevo mol pues un bocado
causa una sensación muy deleitosa
aún en el paladar más embotado,
la suavidad del huevo en sí sabrosa
con la almíbar asciende a tanto grado
que aún aquel que tuviese calentura,
percibirá al extremo su dulzura.

14.

Dicen de él que es un poco empalagoso,
pero aquél que temiere empalagarse
es indigno del nombre de goloso,
¿mas por qué al huevo mol ha de culparse,
lo que suele ser culpa de un goloso
que no sabe en el dulce moderarse?
Aquél que el huevo mol a arrobas trague
no dudaré que un tanto se empalague.

Canto tercero

Corta el hilo a la narración el poeta, acordándose de un terrible fracaso que le acaeció en una ocasión: finge que su Mecenas le manda referirlo, y lo ejecuta.

1.

Ahora clara Mecenas que engañaba
la golosa insaciable gula mía
y que a mi paladar se figuraba
estar mascando el dulce que escribía
de pronto esta delicia se me acaba,
pues se me acuerda aquel nefando día
en que me sucedió la triste historia
que nada borraré de mi memoria.

2.

¿Y que tú a quien el cielo favorable
 por Mecenas destina a mis canciones,
 quieres cuente el dolor imponderable,
 el estrago que viles escuadrones
 hicieron en la tropa más amable
 capaz de enternecer los corazones?
 ¿Lo que sangrientos griegos destruyeron
 y las miserias que mis ojos vieron?

3.

¿Y quién habrá que el llanto lo modere,
 contando esto? Pero ya la oscura noche
 y a las estrellas quien las viere
 advertirá que el día se apresura
 y que el debido sueño nos requiere
 mas pues quieres oír tal desventura
 aunque horroriza el ánimo el pensarlo,
 y lo rehúsa, empezaré a contarlo.

4.

Yacen unas llanuras muy sombrías
 a la orilla del Betis situadas,
 en ella varias quintas y alquerías
 forman mil perspectivas agraciadas
 a éstas pensamos ir por unos días
 a tener unas mesas delicadas,
 varios amigos, todos del conjuro
 y sabios en los dogmas de Epicuro.

5.

Por cocinero la asamblea destina
 a un francés de tan raras invenciones
 que al grande diccionario de cocina
 ha hecho glosas, comentarios y adiciones,
 su mano sobre todo es peregrina
 en rellenar de yerba los pichones:
 hace Boeuf a la moda, Fricandóes
 huevos a la hugonota, y gatóes.

6.

Este héroe que guisando las perdices,
un gusto todo nuevo conseguían,
sus manos mil relieves y matices
sobre la pasta de un papel hacían
no es moda en el poner las sacras lises
(si éstas en otro tiempo se ponían),
él grava en una torta por trofeo
la Ampolla, San Dionís y Clodoveo.

7.

Llegamos, pues, y al pie de una alquería
las epicúreas mesas se pusieron,
y del amanecer al mediodía
los diestros reposteros las cubrieron.
Todo allí respiraba simetría,
la bonnechere y el buen gusto consiguieron
las viandas y las salsas delicadas,
comerlas a la moda, pero heladas.

8.

Nuestras gulas, que alegres que comían
en aquel campo donde las manadas
de las cabras y ovejas que comían,
tenían nuestra vida recreada.
Los toros y las vacas que pacían,
las aves que volaban a manadas,
formaban en el aire objeto grato,
pero más agradables los del plato.

9.

Siete horas menos cuarto se pasaron
antes que se sirviese el ramillete,
doscientas diez limetas se gastaron
de Borolo, de Campaña y pajarete,
casi todos unánimes pensaron
les movía la tierra el taburete
nuevo idioma cada cual gritaba,
y nadie entiende al otro lo que hablaba.

10.

En esto el ramillete nos pusieron,
cuando, ¡oh Dolor!, ¡oh pena imponderables!,
de un barranco allí salieron
ejércitos de moscas formidables,
vuelan, y el claro sol oscurecieron,
y con unos zumbidos lamentables,
embisten a la mesa y convidados,
en sueño y ricos vinos sepultados.

11.

Así como el furioso bando griego
a la infeliz Troya descuidada
embistió, que del seno del sosiego
fue en confusión y susto trasladada
así nuestra asamblea se vio luego
de un imprevisto espanto apoderada,
al ver el gran furor con que arremete
el mosquil escuadrón del ramillete.

12.

Como aquellas arpías que asaltaron
a las mesas del héroe prodigioso
que refiere Virgilio, así volaron
a las nuestras las moscas, en furioso
ejército, gran parte se llevaron,
dejando todo sucio y asqueroso:
aquí fue nuestro susto, nuestro espanto,
nuestra confusión y nuestro llanto.

13.

Despertamos del sueño y empezamos
a sacudir las moscas, nada hicimos
aunque con ambas manos osamos
al favor de los dioses acudimos,
a Arague en nuestro auxilio la imploramos,
pero viendo que nada conseguimos,
determina de acuerdo la asamblea
invocar al autor de la Mosquea.

14.

Por tal de que las moscas nos dejasen
hacer los de la Junta dispusieron
un cántabro hecatombe, en que cebasen
el furor con que al dulce le embistieron,
mandan que las cien reses se buscasen:
¡Oh qué de diligencias se hicieron!
y viendo no se encuentran cien pollinos
determinan matar cien vizcaínos.

15.

En aquel mismo instante hubiera sido
el cruel vizcainicidio ejecutado,
si Arizpurri, un navarro, conmovido
no hubiera a todos de esta forma hablado:
tanta ira y crueldad, ¿cómo ha cabido
en pechos tan golosos? ¿Me he admirado
que a la vista de un dulce tan sabroso,
reine en vosotros el humor bilioso.

16.

Tan bárbara crueldad aborrezcamos
¿cuánto mejor será determinemos
que de ese ramillete que lloramos
algunas piezas de él sacrifiquemos?
Si éstas, y alguna almíbar derramamos
sobre ese campo verde, lograremos
se cebe en ellas el furioso enjambre
y no estorbe la suya nuestra hambre.

17.

Así fue ejecutado, y al instante
el escuadrón goloso se desata
unas entre las piezas enredadas
ya se dejan un ala, ya una pata.
Otras, cual mariposas engañadas,
su incauta golosina allí las mata,
pues que tanto en el dulce se pegaron
que expiran en el almíbar que buscaron.

18.

En fin, como soldados inexpertos
 nos abandonan luego el ramillete,
 sólo quedan sobre él los cuerpos muertos
 cuyas almas ya habrán pasado el Lethe,
 nosotros que de la victoria ciertos,
 y que el hambre otra vez nos acomete,
 con militar furor arremetimos,
 y el dulce y moscas muertas nos comimos.

19.

Aunque los nuestros con sigilo hicieron
 el asalto que acabo de pintarte,
 las moscas avanzadas nos sintieron,
 y a su ejército luego dieron parte.
 Diez mil moscas en armas se pusieron
 capaces de asustar al fiero marte,
 y sacando sus fuertes aguijones
 nos vienen a embestir a pelotones.

20.

Como aún en nuestras bocas se veían
 las migajas del dulce que comieron,
 a ellas las crueles moscas acudían,
 y éste fue el primer sitio que batieron
 mientras unas las bocas nos herían,
 otras a nuestras manos acudieron,
 donde hallaron vestigios aún recientes
 de la ciudad batida por los dientes.

21.

Como el robusto toro, que acosado
 en el rigor de estío del agudo
 aguijón de las moscas que ha pasado
 de su cerviz el cutis tan nombrado,
 que cabecea al uno y otro lado,
 corre, brama, se arrastra, y si no pudo
 sacudirse las moscas, su congoja
 le hace buscar un río en que se ahoga.

22.

A este modo nosotros afligidos,
tanto el dolor y el susto nos apura,
ya subimos al monte enfurecidos,
ya bajamos bramando a la llanura,
y viéndonos a pique de perdidos,
atravesando todos la espesura,
en el undoso Betis nos echamos,
y allí las crueles moscas ahogamos.

23.

Esta es clara Mecenas la victoria
contra el mosquil ejército ganada,
digna de mayor fama y mayor gloria
que la batalla de acción tan nombrada.
Sevilla en sus anales y en su historia,
tiene nuestra victoria celebrada,
pues de su amado Betis la ribera,
vio la gloriosa Moscao machia fiera.

Cuarto canto

Vuelve el poeta a tomar el hilo de la narración: llora el mal uso que se hace de la azúcar, destinándola a malos dulces. Elógiase la nueva invención de yemas carameladas, y de los merengues, y no se sabe a cuál especie dar la preferencia.

1.

Ya has oído el cruel desaguizado
que aquellas moscas en el dulce hicieron,
y el referirlo sólo me ha bastado
a que lloren mis ojos lo que vieron.
Aún tiembla el corazón sobresaltado,
y pues estas memorias produjeron
a mi imaginación mil amargas
vuélvome al huevo mol y a sus dulzuras.

2.

Sólo el dulce de huevo de cuchara,
 al huevo mol es algo comparable
 a éste mi gusto al oro le compara,
 y aquél es a mi gusto oro potable.
 Si el huevo de la almíbar se separa
 es a los melindrosos reparable
 mas lo que es a mi gusto no es trabajo
 que tenga mucha almíbar por debajo.

3.

Esaú aquel peludo fue un salvaje
 pues la herencia y derecho de primero
 vendió por un vil plato de potaje.
 Si por dulce de huevo el majadero
 ha hecho a sus intereses este ultraje,
 yo lo disculparía, pues infiero
 por lograr de tal dulce yo un hartazgo,
 cien veces vendería un mayorazgo.

4.

No haré con todo dulce tal exceso
 pues nunca aquellos dulces me han gustado
 que tienen poca carne y mucho hueso:
 en las visitas siempre me han enfadado
 (y ahora tan solamente lo confieso)
 cuando un par de ficacos me han tocado
 que tras de estar los tales muy añejos
 se reducen a huesos y pellejos.

5.

¿Y qué diré cuando en alguna casa
 porque alguno de America ha venido
 sacan de tamarindos una taza?
 Perecen habichuelas del cocido:
 por más que con la almíbar se disfrazo,
 luego al mascarlos se halla aquél tejido
 de un estambre tan duro y pegajoso
 que puede fastidiar al más goloso.

6.

¿Y quién sufrirá el gusto tan pedante
de hacer dulce de rosas, con que ya
nos dan en las visitas un purgante
comparable al ruibarbo y al maná?
Con razón temo que si va adelante
el gusto de botica como va,
pues ya nos dan tan fuerte digestivo
nos den mañana un dulce vomitivo.

7.

La rosa solamente fue criada
a recrear la vista y el olfato:
¿qué pedante pensó que trasladada
haya de ser la nariz al plato?
En su uso la pone cambiada
el que la quiere hacer un dulce grato,
como el que un ave deje de comerla,
y se contente sólo con olerla.

8.

¡Oh tres y cuatro veces desgraciada
la azúcar que a tal uso se destina!
¿Quién no te llamará mal empleada
viéndote hacer un dulce medicina?
¿Quién te vio en más empresas empleada?
¿Cómo a haber de ti un uso tal se inclina?
¿Cómo en esto oscurece tus hazañas
cuando sobra a tal dulce miel de cañas?

9.

¡Oh sacro José! ¿Cómo no has tardado
al ver estas nefandas invenciones?
¿Cómo tus rayos sacros no han vibrado
sobre los que así abusan de tus dones?
Mas si te han estos dulces indignado,
yo te ruego a los hombres los perdone,
pues ahora ha inventado su desvelo
cubrir yemas de huevo en caramelo.

10.

Perdónales, oh Jove, si yo fuera
aunque el más vil plebeyo me agraviara
si una libra de yemas me ofreciera
al instante mi cólera aplacara.
¿Y qué digo yo? Con una que comiera,
el cancerbero al punto se aplacara.
¿Y tú Júpiter sigues indignado?
Se conoce que aún no las has probado.

11.

Si tú hubieras probado su blandura,
yo no dudo te hubiera enamorado
mucho más que de Europa la hermosura
y te hubieras en mosca transformado
por chupar tan suavisima dulzura,
ni en tal animalillo ser cambiado
ofender puede tu decoro,
pues mejor es ser mosca que ser toro.

12.

Si te costó a ti tanto que en tu lomo
Europa se sentara, a mí me toca
una dicha mejor si yemas como
pues las llevo sentadas en mi boca.
Tanta dulzura yo en comerlas tomo
que la bilis después no me sofoca,
ni me exalta el humor ninguna pena,
contraigo para siempre una gran flema.

13.

Así era razón que sucediera
a aquél que yemas coma en caramelo.
Que el humor bilioso se extinguiese
bajo aquel aparente terso velo
que duro a nuestras manos aparece
hasta el goloso el premio de su anhelo
pues cuando el diente en apretar se apura
se encalla de la yema en la blandura.

14.

Apenas pues los dientes la han partido
la suave yema hiere la membrana
y el paladar sus poros ha extendido,
que parece cada uno una ventana.
Aquél tal cual resorte que han tenido
las fibras pierden de tal gana,
que el esófago queda por más prueba
más flexible, más blando que una breva.

15.

Afirma un grande médico del norte
que hasta que treinta días han pasado
de comida una yema, su resorte
ninguna fibra pude haber cobrado
hasta que poco a poco se conforte.
¡Oh yemas lo mejor que el hombre ha hallado!
Ningún dulce en lo suave a ti te imita
sino es ya que el merengue te compita.

16.

Desde que el uno y otro se inventaron,
cual César y Pompeyo compitieron,
y las mesas han sido en que se hallaron,
los campos de Farsalia en que lucieron
los grandes reposteros que idearon
las compotas, sus votos dividieron
y sin ceder ninguno de su tema,
cual aplaude el merengue cual la yema.

17.

Si a mí se me mandase sentenciara,
antes que en este pleito resolviera,
los autos a mis dientes avocara,
y al paladar mandara informe diera
de lo que de la prueba resultara,
y si él la razón no conociera,
me enviase las partes sin tardanza
y yo haría de ellas la mayor probanza.

18.

Aún no bastaría esto a mi cuidado,
alargaría el término de prueba,
el que sería a mi arbitrio prorrogado
aún más que por la ley hacerse deba,
y viendo ya que alegar de bien probado,
y que uno y otro su justicia lleva
con igual fundamento sentenciara
que era mejor aquél que más pesara.

19.

Esta sentencia fuera la que diera,
pero si después alguien me obligara
que a uno precisamente prefiriera
por el merengue creo que soltara
pues aunque de las dos sobremanera
la suave dulzura me estancara
voto el merengue se debe proferirse
pues se come el merengue sin sentirse.

20.

Aún no ha comprendido bien la boca
si es merengue o qué es lo que ha mascado,
cuando una dulce vehemencia toca
que tanto el paladar ha titulado
que se hubiera ablandado aún una roca,
buscar entonces la lengua aquel bocado
que tanto estrago al paladar ha hecho
y halla que ya la causa se ha deshecho.

21.

¡Oh invención de los hombres que una espuma
la sepan disponer de tal manera,
que cause al paladar delicia suma,
que no hará otro tanto una ternera!
¡Oh digno objeto de más cortada pluma!
La mía sin embargo, aunque grosera
agradeciendo el gusto que me dabas,
te va a elogiar, haciendo mil octavas.

Canto quinto

Cuando iba el poeta a elogiar al merengue, quédase dormido, y se le aparece un hermoso joven, que lo conduce a los Campos Elíseos.

1.

Esto Mecenas escribía, cuando
advierdo que mi boca con bostezos
me está un profundo sueño amenazando
mis brazos veo alargar en desperezos
siento una laxitud que va aflojando
las coyunturas todas de mis huesos
y por más que los ojos me refriego
apenas los dos párpados despliego.

2.

Tomé un gran polvo, y quise levantarme
mas como si estuviese en él clavado,
del asiento no puedo despegarme.
Nunca ha estado Morfeo más pesado
ni yo tan empeñado en desvelarme,
venció al fin, no por Dios, por porfiado,
después que hube valientemente resistido,
en mi poltrona me quedé dormido.

3.

Apenas pues gozaba el don gracioso
de los dioses, en sueños se presenta
a mi idea un mancebo muy hermoso,
no con la cara triste y macilenta
como vio Eneas a Héctor lastimoso,
no trae la barba larga ni sangrienta
ni venía llorando compasivo
antes sí muy alegre y festivo.

4.

No vio Versalles joven más pulido
no vio Fontainebleau mejor peinado.

¡Qué crepé a la Greca tan batido,
y qué vestido a la derniere cortado!
¡Qué sombrero tan chico y reducido!
¡Qué chupa corta y puntas de arqueado!
No he visto ni ver pienso en adelante
figura comme il faut más elegante.

5.

A mí se me vino en ademán de hablarme,
y al oír que a español me saludaba,
yo no pude por menos de admirarme,
un claro castellano pronunciaba,
que no sabía yo determinarme,
si era francés, si era español dudaba.
¿Quién sois? al fin le dije con gran susto.
Yo soy (me dijo el joven) el buen gusto.

6.

Yo presido a los jóvenes del día
cual numen que dirige sus acciones
y vengo aquí a premiar tus poesías.
La pluma es fuerza un rato la abandones
para ir en mi amable compañía
a peregrinar a unas regiones
que nadie ha visto. Aún esto estaba hablando,
y me vi ir por un río navegando.

7.

¿Qué estrecho río es éste por do vamos?
Le dije a mi mentor y compañero.
¿Qué dudas, me responde, si miramos
el estanque Coccyto? A lo que infiero,
por la Laguna Estigia caminamos,
cuyas sacras corrientes yo venero,
y aún veneran los dioses, pues no ha habido
quien por ellas jurar se haya atrevido.

8.

Carón, aquel barquero celebrado
a ninguno en s barca ha conducido
que no haya sido antes sepultado.
Sólo a ti a Eneas se ha concedido
que vivos la laguna hayan pasado,
pues había Plutón establecido
por ella los mortales no pasasen,
sin que antes sus huesos descansasen.

9.

No te asustes, me añade, que pasamos
por tristes bosques y sombrías regiones,
todo esto es menester a que logremos
ver del Elíseo campo las mansiones.
Ni debes asustarte si antes vemos
lóbregos calabozos y prisiones,
esto me iba diciendo y arribamos
a una playa en la que desembarcamos.

10.

Aún no habíamos la negra arena hollado
de aquellos tristes y sombríos desiertos,
cuando salió Carón y dijo airado:
seáis quien fuéreis, mortales inexpertos,
dejad esta región que habéis violado,
donde habitan las almas de los muertos,
que de vosotros sé no he de fiarme,
no vengáis como Alcides a robarme.

11.

Robarte a Proserpina no queremos,
le dijimos, no temas si aquí estamos
ni imagines que aquí nos detenemos,
a los Campos Elíceos caminamos,
que nos dés libre paso pretendemos,
para ir a la región donde vamos.
La pura verdad es la que decimos,
no nos niegues el paso que pedimos.

12.

Apiadóse Carón de nuestro ruego,
al punto el libre paso nos ofrece.
En un lóbrego bosque entramos luego,
en donde el sol sus rayos oscurece,
alteróse al instante mi sosiego,
pues un triste ruido me estremece,
de suspiros y míseros lamentos,
de aquéllos que gemían en tormentos.

13.

No lejos se miraban situados
unos campos tan tristes, que lloraban
en ellos, pues se ven atormentados
los que de un dulce amor aquí gozaban
y están entre unos mirtos encerrados:
vi allí que a Galafrón atormentaban,
vi a Irifile, vi a Dido, vi a Cenco,
y entre ellos poetas también veo.

14.

Allí vi a Cañizares remendando
las comedias de Lope manuscritas,
que después a su nombre fue publicando,
con mil faltas groseras y malditas,
vi a Sarasa que estaba mendigando
en romances y coplas infinitas
y a cada muerto que Carón pasaba
le hacía diez sonetos y una octava.

15.

También estaba Benegasi haciendo
de inventor de una nueva poesía,
lloraba triste y suspiraba viendo
que nadie lo imitaba ni seguía.
Benegasi de aquel numen horrendo
cuyo arte y reglas fue su fantasía,
e hizo un poema entero en redondillas,
poniendo la epopeya en seguidillas.

16.

Seguíale Butrón envanecido
al ver que su elocuencia nos ha dado
un poema que nadie lo ha entendido.
Vi a Ocejo pretender muy apurado
ser a cien mil Butrones preferido
por haber una octava así acabado:
"indicaba lúgubre latrocinio
término criminal, perdone Vinnio".

17.

Mas los dos ningún premio consiguieron,
pues el grande Durán salió alegando
que ellos jamás comedias escribieron,
y él escribió una acción de San Fernando.
Su numen, sus escenas aplaudieron
unos ciertos amigos, admirando
que hizo hablar en ridículos lenguajes
aún a los más heróicos personajes.

18.

Toda una noche tenebrosa y fría,
por estos tristes campos caminamos,
y allá al amanecer del otro día
a los Campos Elíseos caminamos.
Al verlos el Buen Gusto me decía:
pues los muros y puertas ya miramos,
la jornada empezada ya acabemos
y nuestro tardo paso aceleremos.

19.

Llegamos a los muros, mis sentidos
absortos se quedaron al mirarlos
eran de azúcar cande contruidos.
¡Cuánto se gastaría en construirlos!
Quise dejar mis dientes esculpidos,
mas la prisa me hizo abandonarlos.
Entramos a una selva allí vecina
y en ella perdido fue mi golosina.

20.

Mil árboles frutales la formaban,
que no de agua, de almíbar son regados,
en ella sus raíces se empapaban
y producían los frutos confitados.
Miel en ves de resina destilaban
por sus poros los troncos abultados
todo es suave dulzura cuanto arroja
el tronco, la corteza, y aún la hoja.

21.

Tanto los dulces troncos me agradaron,
que talar la arboleda he pretendido,
al hacerlo las manos me temblaron
y todo yo fui al punto conmovido.
Mis golosos despechos respetaron
lo sagrado del bosque, y he creído
que si los sacros árboles hiriera
la segur contra mí se resolviera.

22.

La segur dejo, y viendo que convida
la fruta en abundancia a cogerla,
mi mano extendiendo a un árbol, atrevida
a coger de la fruta y a comerla,
cual si fuese materia prohibida,
mi mentor me prohíbe aún el olerla,
¡Oh enemigo! le dije, de mi diente
déjamela probar tan solamente.

23.

¿Y tú eres el buen gusto? ¡Quién creyera
que el buen gusto a un goloso le quitara
que las frutas en dulce se comiera!
Si me traer a ser Fantalo, repara
que para esto en mi cuarto me estuviera,
y es una grosería la más rara
el traerme a ver dulces convidado,
y vuelva sin haberlos yo probado.

24.

¿Por qué quieres que Fantalo aquí sea,
y a esta dulce arboleda me has traído
dónde cuando un sentido se recrea
me queda atormentado otro sentido?
¡Oh! permite que coma cuanto vea
y sacarme los ojos, que he creído
que una de dos, cruel, hacer te toca,
vaciar mis ojos, o llenar mi boca.

25.

No permiten los dioses que comamos,
el buen gusto me dijo. Proseguimos,
a un gran río de leche nos llegamos
y vadearlo al punto dispusimos.
Intrépidos a él nos arrojam,os,
y ya que en él los dos el pie perdimos,
de improviso se ofrece nuevo espanto,
dulce Mecenas, que dirá otro canto.

Canto sexto

Sobreviene una espantosa tormenta, y serenada ésta, se aparecen las Nereidas y Tritones del río, que hacen un triste vaticinio.

1.

Yo íbamos nadando, cuando vimos
que el río sus corrientes alteraba,
y oímos un ruido que sentimos
en el oculto fondo se formaba.
Las olas mansas hasta allí, advertimos
la una sobre la otra se encrespaban,
todas se iban con ímpetu elevando
las unas a las otras alcanzando.

2.

Sin poder resistir violencia tanta
 se daban nuestros brazos por rendidos
 un huracán en esto se levanta,
 que el aire resonaba con bramidos
 una fuerte tormenta nos espanta
 con centellas y rayos repetidos
 y contra mí se unen al instante
 Eolo, Neptuno y Júpiter tonante.

3.

Todo calmó de pronto, y salieron
 del centro de las olas procesosolas,
 seis mancebos, a éstos se siguieron
 sus ninfas o mujeres muy hermosas.
 Sobre las sacras olas acudieron
 las ovas y las lamas asquerosas,
 que del fondo sacaban, se elevaron
 y los doce a nosotros se acercaron.

4.

Viendo el buen gusto el sobresalto mío,
 ésas que ves sobre el arroyo frío
 son Náydadas, Nereidas y Tritones,
 Númenes titulares de este río,
 que habitan estas húmedas regiones.
 Esto decía, y mi oído advierte
 que una de ellas me hablaba de esta suerte.

5.

Golosísimo joven, pues el cielo
 te concede a este río haber llegado
 cuya custodia fía a nuestro celo,
 razón será que vayas ilustrado,
 y pues sabes no puede tu desvelo
 lo que a la edad futura es reservado,
 y el estrago que aguarda al mundo entero,
 oye este vaticinio verdadero.

6.

Ya ha siglos que el mundo se veía
que en cualquiera visita, en abundancia
toda especie de dulce se servía
de Portugal, de América y de Francia.
Y aún aquél más goloso que asistía
sacaba allí su estómago y su ansia
que aunque nunca el goloso se empalaga,
puede ser que tal vez se satisfaga.

7.

Aún en una visita de llaneza,
y aún cuando sin visita alguna estaban,
sólo los propios de la casa ésa,
tan loable costumbre no alteraban,
sólo un dulce, y verdad mas con franqueza
y con doble abundancia ministraban:
y al ver tan buena usanza los Penates
bendecían los sobrios azafates.

8.

Si eran de cumplimiento las visitas,
de diez o doce géneros servían
los dulces y jaleas exquisitos,
después de la agua helada se ofrecían
de bizcochos especies infinitas,
los golosos así satisfacían
y por si acaso les quedaba hueco
traían, después de todo, dulce seco.

9.

Ya este siglo feliz y afortunado,
ya este siglo de oro va a acabarse,
y un siglo de vil plomo, desgraciado,
en nuestro mismos días va a empezarse.
La abundancia y buen gusto que ha reinado,
va en vendida miseria a conmutarse,
y pues viste abundancia otras veces,
oye ahora futuras escaseces.

10.

Ya va a llegar el infelice día
en que a los corazones miserables
incluira nefanda economía,
contra los sacros dulces venerables,
ya en los estrados que antes se veían
mil géneros de dulces apreciables,
de dos o tres especies solamente
sacarán aunque haya mucha gente.

11.

Ya contra aquellos vasos que una azumbre
de dulce cada uno presentaba,
harán que prevalezca la costumbre
que una dosis tan útil menoscaba,
el goloso tendrá gran pesadumbre
viendo que casi el dulce se le acaba,
e inventará vasijas la miseria,
que ofrezcan parvedades de materia.

12.

No sólo en la bandeja irán unidas
tres especies de dulces diferentes
sino también serán tan reducidas
las tazas que presenten a las gentes,
que aún nombradas será disminuidas,
dando disgustos y pena a vuestros dientes,
las llamarán tacillas, y una de esas
rebotará en echándote tres fresas.

13.

Y aún solamente esto en los estrados
de cumplimiento: en juntas de llaneza
serán todos los dulces desterrados.
¡Oh cuánto inventará la sutileza
de aquellos miserables refinados
que llaman despilfarro a la largueza,
para abolir los dulces celestiales,
inventarán los hombres los panales!

14.

El panal a quien llaman esponjado,
no es más que agua y azúcar muy batida,
la cuál hierve hasta verse condensados,
y hasta que aquella espuma se solida.
Esta el sagrado dulce ha desterrado,
envidiando su mérito atrevida.
¡Oh mortales! no ideara ni el abismo
tan impío, tan sacrílego ostracismo.

15.

Veréis que a la sagrada golosina
brutal infame gula la sucede,
las Galias idearán nuevas cocinas
con que la antigua en el olvido quede,
lamentarán en vano su ruina
la albóndiga y gigote, todo cede
al pudein, a la salsa, al tricandó,
al relleno, a las pastas y al gató.

16.

Veréis a vuestros vinos, los mejores
que el mundo ha conocido, despreciados,
y Baco inventará nuevos licores,
de vuestros descendientes estimados.
Ya Málaga, ya Jerez, de los loores
que a sus vinos hasta ahora han sido dados
se llegarán a ver desposeídos
serán Burdó y Champaña preferidos.

17.

Hasta ahora el hombre disfrutaba
gran salud, con el dulce que comía,
los humores el dulce aligeraba,
que el dulce de laxante le servía,
pero ya la Bonne Chere le menoscaban,
la robusta salud que poseía,
no hubiera el hombre a tanto mal llegado
si los dulces no hubiera abandonado.

18.

Llegará a los mortales aquel día
en que veréis que en medio de un banquete
a uno asalta mortal apoplejía
que a otro la perlesia le acomete
cuál que ligero y ágil se creía
cruel gota lo encierra en su retrete.
¡Ah si ha premeditado sin tardanza
tomar la golosina la venganza!

19.

Tú a quien la humanidad y el ser goloso,
debe interesar en tantos males,
vuelve al mundo, y anuncia el espantoso
vaticinio que he dicho a los mortales.
Esto dijo: y el río proceloso
segunda vez altera sus caudales
atento las escucho, cuando vieron
mis ojos que otra vez se sumergieron.

Canto séptimo

Pasan de la otra parte del sagrado río y caminan hasta encontrar el
palacio del más divino Numnen, el que les dijo lo que leerá el que qui-
siere.

1.

Apenas el Buen Gusto y yo pasamos
el sacro lácteo río que dijimos
los mojados vestidos nos chupamos
y el camino empezado proseguimos.
Una grande montaña divisamos
la cuál al acercarnos conocimos
que de tierno bizcocho está formada
y la falda, del río está bañada.

2.

Yace en su cima situada
una cóncava peña, la que arroja
en perenne abundante rebosada
un manantial copioso de miel roja,
corre por la montaña despeñada
la miel en abundancia y como moja
por donde va con ímpetu pasando
poco a poco la va desmoronando.

3.

Pasamos pues del monte a la otra parte,
fuimos a otra arboleda muy frondosa,
hecha toda de dulce, con tal arte
que era más que la selva deliciosa.
Guarda, dijo el Buen Gusto, el admirarte
hasta ver otra cosa más hermosa,
alza la cara, y mira adónde vamos.
Esto un gran palacio divisamos.

4.

Jamás vi un edificio tan hermoso,
tenía una magnífica portada
la que con un relieve primosoroso
toda de alto abajo está grabada
con emblemas de un gusto muy ingenioso.
Se admira la virtud representada
del Numen que lo habita, la divina,
la siempre augusta sacra golosina.

5.

En un patio espacioso se veían
unos anchos y alegres corredores
a los que mil columnas sostenían.
Tan gruesas y altas son, que a las mayores
fuertes pinos del norte competían,
eran hechas de pasta de alfajores,
blanqueadas con alcorza y al mirarlas,
así entre mí pasé a recrearlas.

6.

Si conmigo el buen gusto no estuviera
 a una columna de éstas me abrazara,
 y al cual otro Sansón la desmintiera
 y el soberbio palacio desplomara.
 Sobre mí era preciso que cayera
 y gran parte de dulce me tocara,
 pues revueltos fragmentos y destrozos
 hay sin duda ganacia de golosos.

7.

De unas losas azules y encarnadas
 el anchuroso patio está enlosado
 y van con simetría colocadas
 mezclados el azul y el encarnado
 al ver no están bruñidas ni cortadas
 que hubiese alguna mala he sospechado,
 y advierto en una que tenía una grieta
 son tablillas de fresa y de violeta.

8.

Subimos la escalera, la que vimos
 ser de pasta de almendras, luego entramos
 y por diversas piezas discurrimos
 y el adorno de todas admiramos,
 una mampara hermosa y grande abrimos,
 y por su puerta a un gran salón llegamos,
 que en su especial adorno y sus primores
 conocí era el salón de embajadores.

9.

Sobre hermosas repisas se miraban
 bustos de caramelo macizados,
 que en orden cronológico nos daban
 a los héroes golosos retratados,
 algunos tan al vivo demostraban
 sus golosos afectos tan copiados,
 que de muchos creí que se movían
 y que unos a los otros se comían.

10.

No está aquí mi Mecenas retratada,
y lo extraño, le dije al compañero.
En esto alcé la cara, y colocada
la vi como ala jefe en el testero,
no vi estatua jamás más bien sacada,
la creí viva, pero luego infiero
que no es dable que viva allí estuviera
sin que dulces al verme me pidiera.

11.

Un grande trono en el testero estaba,
donde según el gusto me decía,
la diosa golosina se sentaba,
siempre que audiencia pública tenía,
solio mi afecto le buscaba,
cuando oigo que una ninfa nos decía:
la ínclita diosa que venís buscando
se está allá en sus jardines paseando.

12.

A ellos nos bajamos al momento,
no son los de la granja más floridos,
de rosas se cubría el pavimento,
y las mirtas formaban mil tejidos,
entre ellos se oía el dulce acento
de las alegres aves los oídos.
Los ojos y nariz se recreaban,
sólo mis pobres dientes ayunaban.

13.

Los árboles frutales, que regados
aquí más de almíbar se criaban,
los frutos daban ya tan empapados,
que a las compotas mismas les ganaban.
Fuentes vi que por caños encontrados
leche y miel de continuo allí manaban.
Recréete, Mecenas, mi lectura,
ya que no comas, lee esta dulzura.

14.

Mis potencias quedaron admiradas
tanto, que dije a voces repetidas:
¡Oh dulces prendas por mí bien halladas!
¡Oh dulces prendas por mí mal perdidas!
¿Por qué consentís, dioses, sean miradas
de mis frutas que no han de ser comidas?
En esto hallé la diosa que buscaba,
que en un río de almíbar se miraba.

15.

Yo la saludé al punto reverente,
y ella me dijo con semblante airado:
Osado joven, di ¿por qué, imprudente,
mi sagrado jardín has profanado?
Yo le haré a tu osadía que escarmiente:
ni me alegues lo que hayas trabajado,
pues no es bastante indulto a tu delito
el indigno poema que has escrito.

16.

Al paso que tú ibas escribiendo,
desde aquí las octavas yo leía,
los yerros y defectos fui advirtiéndolo,
de tu torpe y perversa poesía,
todos los versos son a lo que entiendo
infelices abortos de Falía.
Vete pues, si no quieres que me irrite,
y mi furor al mar te precipite.

17.

Esto dijo, y luego se desvía
dejándome su voz avergonzado,
y tanto me ofuscó mi fantasía,
que a fuerza del dolor he despertado,
leo el poema, y viendo que tenía
razón en cuanto había pronunciado,
tanto fue mi furor y mi despecho,
que iba a rasgar los versos que había hecho.

18.

Mas quiso mi fortuna me quedase
de que fue a ti el poema dirigido,
y no es justo, ¡Oh Mecenas! se rasgase
un papel que tu nombre ha contenido,
no lo rompí, por tal de que lograrse
ser de ti conjurado, no aplaudido,
octava no verás que no esté llena
de los torpes abortos de mi vena.

19.

Siendo esto así, la lira que atrevida
pulsó mi mano, y deja destemplada
para no más tocarla ya en mi vida,
de un verde sauce quedará colgada,
ya mi cansada voz enronquecida,
no será de los hombres escuchada,
y al contemplar el héroe que he aplaudido,
mas que cantar, quisiera haber comido.

Fin del poema la Dulcíada.

Desuit et scriptis ultima lima meis.

EGLOGA EN ELOGIO DE LA ANDALUCIA (1772)

El Poeta

1.

Oye de Silvio y Floro los lamentos,
¡oh tú bella María!
Dos pastores que el Betis caudaloso
en su ribera fría
escuchó muchas veces sus acentos,
y ahora uno y otro en mísero sollozo
suspira congojoso
viendo que el cruel Hado
los ha del Sacro Betis alejado
donde tuvieron antes sus majadas,
pero ya sus ovejas trasladadas
al río Manzanares,
al verlas en su orilla recostadas
suspiran, lloran por sus patrios lares.

2.

Tú que habitas aún la más gloriosa
isla del Océano,
que a la provincia bética ennoblece,
aquella que el Fenicio y el Romano
hicieron tan famosa
que es lo que más a Alcides ennoblece,
oye, si te parece,
lo que hablaron llorando estos pastores,
los que no tanto entonan sus amores
cuanto suspiran tiernos su perdida
patria, su patria de ellos tan querida
y así mientras tú en ella te festejas
de todos aplaudida,
de Silvio y Floro escucha tú las quejas.

3.

Decidme, cielos, cielos inmortales,
por qué el adverso Hado
me separó de donde yo vivía.
¿Contra un pobre cayado
hay tanto enojo en pechos celestiales? (1)
Ay, Floro amigo, acuérdate del día
que en la parte sombría
de la ladera que hacia el río bajaba,
mientras nuestro ganado repastaba,
ya del Betis los dos nos despedimos,
Qué de suspiros dimos,
y en voz enternecida,
cuántas veces al aire que repetimos
¡ay Patria amada por mí mal perdida!

4.

Ay, pobres de nosotros, que dejamos
nuestros cantos hermosos (2)
de nuestra patria el Hado nos arroja,
venid mansas ovejas, los fragosos
montes penetraréis por donde vamos
donde apenas hay yerba que recoja
si el hambre os acongoja.
¡Oh cuánto en vano herirá mi oído
vuestro tierno balido!
Ya no hallaréis el agua dulce y pura
si la sed os apura.
Mas si os aflige tanto
que no podáis sufrir mi desventura,
bebed el agua de mi triste llanto.

5.

Luego al río bajamos, ya lo sabes,
y mi llanto enturbiaba (3)
sus sacras ondas siempre cristalinas.
Con cuanta complacencia se escuchaba

su murmullo, y el canto de las aves
que sobre las encinas
que están allí vecinas,
la Aurora saludaban que salía.
Al punto se veía
al labrador, que al yugo sujetaba
los duros bueyes, y que el campo araba.
Luego el ganado junto,
venía a beber, y todo me acordaba
que todo lo perdía en aquel punto.

6.

Mil cabras de los montes descendían
mil ovejas el llano (4)
pastaban entre lirios y azucenas,
y casi a nuestra mano
los pájaros volando se venían,
y sin tener que hacer nuestras faenas
veíamos derramar de puro llenas
las ubres de las cabras y ovejillas.
Allí corren las mansas becerrillas,
aquí muge la madre que las llama,
acá salta en la grama
el perdigón ligero,
y la perdiz que incauta la reclama
avisa al cazador de su paradero.

7.

¡Cuántas veces guiados de su canto
íbamos prevenidos
donde ella sus hijuelos ocultaba!
Cogíamos los nidos,
y sin compadecernos de su llanto,
nuestro amor a Fenisa se los daba.
Me acuerdo de otro día, que faltaba
miel a Fenisa, que tenía cuajada
y requesones, y con mano osada,

de las colmenas tanta miel sacamos
que un cántaro llenamos.
¡Pero ay! La suerte dura
nos trajo donde estamos,
donde sólo nos sobra la amargura.

8.

Al pastoril cuidado muchas veces,
la pesca divertía,
bajando al río con anzuelo y caña,
en breve se cogía
una gran multitud de incautos peces,
vivos llegaban siempre a la cabaña
donde les disponía nuestra saña
pobre pero sabroso condimento.
Tú le llevaste a Nise muy contento
un día un gran pescado
en un cesto de rosas coronado,
ocultando tu regalo entre las flores,
pero ahora tu cuidado
sólo puede enviarle tus amores.

9.

Mas, ¿por qué, Floro, más nos acordamos
del bien que ya perdimos?
Cuando risueña el alba aparecía,
el viaje emprendimos,
las ovejas y cabras levantamos
y allá al salir el sol la sierra fría
penetramos En ella no se oía
sino aullar lobos y ladrar los perros,
al oír los cencerros
sus dormidos pastores despertaban,
ellos nos saludaban
cortésmente, y en tanto
al ver nosotros que ellos se quedaban,
sólo les respondía nuestro llanto.

10.

De una encina, al pasar, dejé colgado
 mi rústico instrumento
 para que allí lo usaran los pastores
 pues falto de contento
 no hay instrumento alegre a un desdichado.
 Ya yo cantar no pienso mis amores
 al Manzanares, ni decir loores
 al Ebro, al Tormes, al Jarama, al Duero,
 ni verá mi semblante placentero
 el mismo Tajo, el Tajo caudaloso,
 que oyó al dulce Salicio y Nemoroso,
 y pues según infiero
 ya no ha de oír más el Betis mis acentos
 oigan los otros ríos mis lamentos.

11.

Todo aquí en Manzanares me entristece,
 lejos de lo que quiero,
 ni ya el sol a mis ojos claro luce
 ni el Lucero nuguero
 me alegra como allá, cuando amanece.
 Arido el campo, nunca nos produce
 la yerba que al ganado le conduce.
 Insípida la leche, mala, escasa
 nos dan tus cabras, que antes dulce y crasa
 nos daban sobre el Betis sus pezones
 y así no salen bien los requesones
 ni las natas sabrosas.
 Mas ¡qué han de producir estos terrones
 que dan espinas en lugar de rosas!

Floro

12.

Cuando me ocurre a la memoria el día
 en que dejé yo todo cuanto amaba,
 las lágrimas se caen de mis ojos (5).
 Dejamos una tierra que nos daba

flores con alegría
y la yerba a manojos,
cuando ésta sólo nos produce abrojos,
allí en el monte y prado
pasto halló siempre el mío y tu ganado
tus blancos corderillos
y mis manchados bellos cabritillos
entre rosas nacían,
y al compás de armoniosos pajarillos,
¡qué gusto no era ver cómo corrían!

13.

Recreaban allí nuestros oídos
parleros ruseñores,
puestos sobre los árboles frondosos,
o saltando entre flores,
y aquí sólo se escuchan los graznidos
de los grajos horrorosos
o los cantos odiosos
de agorera corneja que predice (6)
nuestro hado infelice.
Si bajamos al río, su corriente
le pide a nuestro llanto que la aumente,
pero la tierra en tanto
parece que lo siente,
pues piensa la haga fértil nuestro llanto.

14.

Ya no vemos los árboles frutales
que con próspera mano
viste la primavera, las que ofrecen
varias gustosas frutas
al verano, ni aquellos otoñales
que cuando ya los montes se encanecen
con la nieve sus frutos aparecen.
Si aquí estuviera nuestro mismo Albano
no acertará su mano

a ingerir peras, ni a plantar sarmientos (7).
Inútiles serán sus intentos.
En este triste llano
no valdría su saber ni su eficacia
pues sólo arraiga aquí nuestra desgracia.

15.

Aquí la primavera que debía
cubrir de flores la campaña y prado
cubre de nieve el prado y la montaña.
¡Cuántas veces yo helado
lumbre en junio encendía,
y tú buscastes abrigo en la campiña!
¿Quién pintará la saña
con que en invierno nos combate el frío
ni los crueles ardores del estío?,
sin que hallemos nosotros ni el ganado
sitio alguno templado
pues del frío a los rigores
no hay sitio reservado,
ni nada que mitigue los calores.

16.

¡Oh pastores del Betis, oh dichosos (8)
si ellos conocen sus felicidades!
¡Oh viejo Anfriso, viejo afortunado! (9)
Gozas tus heredades,
tus campos para ti tan abundosos (10)
yo vivo de peñascos rodeado
(11) o en lagunas que el pasto ha ocultado
con cenagosos juncos: desusadas
yerbas no dañarán a tus preñadas
ovejillas (12) ni daño hará a tu hato
el ganado inmediato (13)
al pie de hermosas fuentes,
sobre un río que siempre te fue grato,
gozas el patrio ambiente (14).

17.

¡Oh afortunado! pues allí tendido
las mismas ovejitas que chupando (15)
andan sobre el tomillo y el romero,
te están con el susurro convidando
a un dulce sueño: escucha allí tu oído
cantar al podador (16) el placentero
arrullo lisonjero
de palomas silvestres tan queridas (17)
y mientras repetidas
quejas la tortolilla está diciendo (18)
sus amores sintiendo,
mas no escuches su llanto,
oye mis quejas tanto más sentidas
cuanto le excede al suyo mi quebranto.

18.

Acaso, ¡ay triste!, ¿llegará aquel día
después de tantos años, en que sea
a mi reino y mi patria tan amada? (19)
¿Que aquella humilde choza yo posea
cuyo techo la rama entretejía?
¿Veré yo aquella tierra tan sembrada?
¿Su rubia mies dorada
volveré a ver? Ay mísero ganado,
antes afortunado,
ya no os veré tendido en la cabaña,
bajar de la montaña (20).
Idos mis cabras, id por los senderos (21)
balad buscando pasto en tierra extraña
pues yo no sé qué daros ni qué haceros.

19.

Bien tú conoces, Silvio, tú que eres
cual yo infeliz, lo justo de mis quejas.
En esta estéril tierra no has hallado
qué coman tus ovejas,

ni lo hallarás aunque hagas lo que hicieres.
Mira aquí al labrador, que ni su arado,
su industria, su sudor, aún no han logrado
hacer la tierra amena,
ella le rinde en vez de trigo avena,
y burla su esperanza
lo que su afán recoge en la labranza,
pues halla su faena
al registrar la troje,
que es cizaña y ballico lo que coge (22).

20.

Que mucho, pues, el que los dos lloremos
tanto la dulce patria que dejamos.
¡Cuánto es el bien que en ella hemos perdido!
Que ha diez años que estamos
en Manzanares. ¡Ay! ¿Cuándo veremos
el Betis caudaloso y divertido?
¿Cuándo oiremos el ruido
de aquella su corriente?
Ya, Silvio, nuestra gente
ya nos habrá olvidado.
Apostaré que nunca se ha acordado
de nosotros aquel tu compañero
que tenía cabe el suyo su ganado
ni mi primo Silvano el cabañero.

21.

Yo, dulce Patria, yo, caros amigos,
yo no os olvidaré mientras que fueren
de mi alma estos miembros animados (23)
mis ansias os prefieren
a cuanto aquí se ve: buenos testigos
me son de oír vuestros nombres celebrados.
Los montes y los prados,
los llanos y malezas,
no ha árbol que no tenga en su corteza (24)

esta voz esculpida:
"Betis amado Betis de mi vida".
Y si hablo en lo hueco,
Betis repito en voz enternecida,
por tal que Betis me repita el eco.

22.

Tú verás, Silvio, si es que allá volvemos
qué mal es nuestro amor correspondido.
Una vez de los nuestros separados
nuestro nombre será desconocido.
De los mismos zagales nos veremos
como extraños tratados,
de Fenisa y de Nice despreciados
y qué sé yo si el campo con rigores,
nos negará sus flores,
las vides sus racimos,
y sus frutos o pinos,
los árboles mayores,
agua pura las fuentes,
y el mismo amado Betis sus corrientes.

Silvio

23.

No llores, Floro, déjale a mi llanto
el que esta árida tierra fertilice,
mas justo es el motivo de mis quejas,
pues desde que hizo el cielo que yo pise
esta ribera que me enfada tanto,
tus cabras sólo he visto, y mis ovejas.
Tú al menos te festejas
yendo en la Corte en varias ocasiones
a vender requesones,
y los quesos sabrosos.
Tratas con eso allí a los poderosos
quedando yo escondido
en sitios escabrosos
y tú en ricos palacios divertido.

24.

Allá en la corte habrás tú disfrutado
el trato de los grandes y señores
que hartos del trato serio y cortesano
aman la sencillez de los pastores.
Habrás allí logrado
gajes de ciudadano,
el afable y humano
trato de las señoras,
que es mejor que el de rústicas pastoras.
Comido habrás manjares
que nunca conocieron tus hogares,
y en lecho bien mullido
exento de cuidados y pesares,
cual un grande señor habrás dormido.

Floro

25.

No estés, amado Silvio, pesaroso
porque nunca a la Corte hayas tú ido
ni porque yo haya estado
gozando los placeres que has creído,
me tengas por dichoso.
¡Oh! Bienaventurado
quien vive de negocios separado (25)
quien huye de las cortes y ciudades,
pues no ve sus maldades,
y en su suerte contento
pasa su vida exento
de mil adversidades.
Ni temen que le envidien su pobreza
ni envidia él a otros la riqueza.

26.

Allá en la corte, Silvio, yo he tratado
pobres, plebeyos, ricos y señores
y aunque humilde con todos siempre he sido
cual deben ser los míseros pastores,

¡quién te podrá contar lo que he pasado,
lo mucho que he sufrido,
los oprobios que he oído
contra mi patria amada,
de todos reputada
por lo peor de España, Silvio mío!
¡Quién podrá tolerar tal desvarío,
tan cruel agravio, tan injusta saña
viendo que cuanto baña nuestro río
sin duda es lo mejor de toda España!

Silvio

27.

Los bueyes, Floro, advierte han acabado
su labor, pues se vuelven ya trayendo
suspensos en los yugos los arados (26).
El sol se va poniendo,
y ya se han esparcido
las sombras por los montes y prados.
Levantemos pues ya nuestros ganados
que otro día que acaso nos juntemos,
más despacio hablaremos
de nuestra patria amada,
de mí nunca olvidada,
pues cuando nace, cuando muere el día (27),
sólo dice mi voz acongojada
¡Ay dulce Patria cuando Dios quería!

Poeta

28.

Así que Silvio y Floro conocieron
que ya la oscura noche se acercaba
y que densas tinieblas se formaron
a causa que la Luna aún no asomaba,
las cabras recogieron,

las ovejas juntaron,
y el paso apresuraron
para no llegar tarde a la majada
de allí bien separada.
Y en triste compañía,
hablando de la amable Andalucía,
de sus memorias nunca separada,
se fueron sus ganados conduciendo
e innumerables lágrimas vertiendo.

NOTAS

- (1) ¿Tantae ne animis celestibus irae? Virg. Eneid. lib. 1. v. 15.
- (2) Nos Patriae fines et dulcia linquimis arva. Virg. Eglog. 1. v. 3.
- (3) Et lacrymis turbavit aquas. Ovidio Metamorph.
- (4) Mille meae sicutis erant in montibus agnae. Virg. Eglog. 2 v. 21.
- (5) Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui, labiturea oculis nunc quoque gutta meis. Ovid. Trist. Lib. 1. Elegia v. 3 y 4.
- (6) Saepe sinistra cava praedixit, ab illice corniae. Virg. Eglog. v. 18.
- (7) Infece nunc, Melibae, pyros, pone ordine vites. Virg. Eglog. 1 v. 74.
- (8) O Fortunatos nimis sua si bona novint agricolae. Virg. Georg. lib. 2 v. 45.
- (9) Fortunate senex, ergo tua rura manebunt.
- (10) Ea tibi magna satis, quam vis lapis omnia nudus.
- (11) Limosque paulus obducit pascua junco.
- (12) Non injuncta graves tentabunt pabula, poetas.
- (13) Nec mala vicini pecoris contagia laedent.
- (14) Fortunate seneae, hic inter flumina nota, et fontes sacros, frigus captabit opacum.
- (15) Hybloey's apibus florem depasta salicti, saepe levi somnum suadebit in ire susurro.
- (16) Hinc ita sub rupe camet frondator ad auras.
- (17) Nec tamen interea taucae, tuca cura, palumbis,
- (18) Nec genere aerea cessavit turtur ab ulmo (Virg. Eglog. 1 v. 47 a 59).
- (19) En unquam patrios longo post tempore fines, pauperes et tuguri congestum cespitem culmen, post aliquot, mea regna, videns mirabor aristas?
- (20) Non ego vos post hac, viridi projectus in antro, dumosa pendere procul de rupe videbo. Virg. Eglog. 1. v. 76.
- (21) He mae infelix quondam pecus ite Capellae. Virg. Eglog. 1.
- (22) Infelix solium, et sterilis dominatur avenae. Virg. Eglog. 5 v. 37.
- (23) Dum memor ipse mei dum spiritus hos regastus. Virg. lib. Eneid. v. 336.
- (24) In viridi nuper quae corticae fagi carminae descripsi. Virg. Eglog. 5.
- (25) Beatus ille, qui procul negotiis... forumque vitat, et superba civium potentiorum limina. Horat. Epodon. Od. 2.
- (26) Adspice aratra yugo referunt suspensa juvena, et sol crescentes decedens duplicar umbras. Virg. Eglog. 2. vv. 66 y 67.
- (27) Te veniente die te descendente canebat. Virg. Georg. lib. 4 v. 466.



VERSION DEL CANTICO DE MOISES (¿1797?)

Cantemos al señor gloriosamente
él es magnificado
y su grande poder reconocido
y con su brazo airado
en el profundo mar ha sumergido
caballo y caballero juntamente
al egipcio insolente
que al vernos en huida
nos persigue con crudeza.
Jerobah es mi fortaleza
quien nos salvó la vida.
Este es mi Dios al que daré loores
al Dios ensalzaré de mis mayores.
El Señor, pues, como un varón guerrero
su nombre es el Todopoderoso,
tomó a su cargo la defensa nuestra,
y los carros de Faraón, y el numeroso
ejército de egipcios, con su diestra
que levantó severo,
arrojó en el mar fier,
sus oficiales fuertes y escogidos
el mar Rojo sepulta
el agua los oculta
en sus senos profundos y escogidos,
do cayeron lo mismo
que piedra en lo más hondo del abismo.
Tu diestra señor fue así ensalzada
en su fuerza y poder tan prodigioso
con que a tus enemigos los heriste,
de un modo el más glorioso
tus contrarios destruiste.
Enviaste tu ira que cebada
como el fuego en la estopa desecada
las consumió. Las olas que corrían,
soplando tu furor se solidaron,

sólidas cual montañas se pararon
las aguas que fluían,
como se dividieron,
senda en medio del mar nos ofrecieron.
Viéndonos el egipcio situados
entre el mar y su espada, decía fiero
los iré persiguiendo hasta alcanzarlos,
repartiré en mi ejército guerrero
todo de cuanto pueda despojarlos,
me hartaré sólo al verlos derrotados
y ya a mis pies postrados,
mi espada sacaré, mi propia mano
los matará. Tú entonces enviaste
tu espíritu, y las olas liquidaste
que cubrieron al bárbaro inhumano
sumergiéndose todas esas gentes
como el plomo en las rápidas corrientes.
¿Quién hay entre los fuertes parecido
a ti, Señor? ¿Quién es tu semejante,
Dios grande, en santidad? ¿Tú que hiciste
mil prodigios, delante
de nuestros enemigos? Así fuiste
alabado y temido.
Tu mano has extendido,
la tierra a los egipcios se ha trabado.
En la piedad que usaste,
fuiste el que guiaste
a este pueblo que habías rescatad,
tu poder ostentando, lo llevabas
a habitar donde tú lo preparabas.
Los pueblos que nos ven, se conmovieron
y al ver estos prodigios se irritaron.
La rabia y el furor atormentaban
al duro filisteo, se turbaron
los príncipes de Edom, también temblaban
los que en Moab más fuertes parecieron,
los de Canaán al miedo se rindieron.

Caiga sobre ellos el pavor y espanto,
al ver este portentoso
queden sin movimiento
como piedras, en tanto
que tu pueblo, Señor, haya pasado,
este pueblo que tú le has rescatado.
Tú lo introducirás, que lo salvaste
hasta fijar su asiento
en el monte elevado
de tu heredad, en el alojamiento
firmísimo que tú le has fabricado,
en el templo que tú le preparaste,
y con tus propias manos afirmaste.
Reinará hasta la fin y eternamente
el Señor. Penetra con arrojo
Faraón a caballo en el Mar Rojo
y sus carros, parece él y su gente
entre las aguas, cuando
Israel a pie enjuto va pasando.

SILVANO A SU HIJO QUE IBA VOLUNTARIO DE CAMPAÑA (1795)

1.

¿Dónde el impulso de Mavorte fiero
te lleva, y de mis brazos te separa?
¿Tu padre dejas en su día postero?
¿Tu madre que a sus pechos te criara?
¿Dejas por el cruel sangriento acero
el arado que a todos sustentara?
¿Las ventajas de Ceres y Pomona
por los hórridos campos de Belona?

2.

¿Al combate sangriento y horroroso,
qué te lleva di joven malhadado?
¿Adquirir fama? ¿Un nombre más glorioso
que el de un humilde labrador honrado?

¿Piensas que es a tu honor más ventajoso
que tu robusto brazo ensangrentado
vaya por todas partes asolado,
que los fértiles campos cultivando?

3.

Formé tu corazón, porque formases
humanos a los hijos que tuvieses,
porque la santa humanidad amases,
no que a la especie humana destruyeses.
Así jamás fue justo destrozases
lo que Dios mismo quiso defendieses.
Ese impío, ese ateo, ese inhumano,
ese hombre feroz, ése es tu hermano.

4.

Si él injusto ocupase tus hogares
si ocupase tus propias posesiones,
razón será si te sacrificaras
por defender tus míseros terrones.
Mientras no, si las armas empuñares
contra él, de justicia no blasones
aunque sean sus excesos infinitos.
¿Quién te ha hecho vengador de sus delitos?

5.

¿Qué dices? Que ese pueblo cruel e insano
toda ley, todo yugo, ha sacudido
los sacrosantos pactos, inhumano
violó, se levantó contra el ungido.
Si vindicar intentas cual cristiano
los crímenes en que ha delinquido,
teme al señor, y sé fiel a tus reyes
que ocupan su lugar: cumple sus leyes.

6.

¡Ah! si a esos hombres que el error fascina
nos fuese dado, oh hijo, reducirlos.
Esto exige la ley, la ley divina
de nosotros hacer por convertirlos.

¿Y la mano, la mano que asesina
será jamás capaz de persuadirlos?
El error se convence iluminando
la razón, mas no hiriendo, no matando.

7.

Figúrate, hijo mío, que tu hermano
un tosigo se bebe seducido,
y tú en vez de quitarle de la mano
el cruel vaso, contra él enfurecido
con tu espada lo matas inhumano.
¿Sería esto estar de él compadecido?
¿Sería sentir su desgraciada suerte,
porque matarse quiere, darle la muerte?

8.

Me dirás que ese pueblo ha abandonado
la santa religión, que impíamente
niega ya todo dogma revelado,
que el ateísmo bárbaro e insolente,
la religión destruye y el estado
y tú debes vengar... hijo detente.
¿Confundirá tu acero el ateísmo?
A un Dios eterno, vengará Dios mismo.

9.

El lo dijo: dejadme la venganza,
tiempo vendrá en que triunfe el impío.
¿Y piensa el hombre con su espada y lanza
vengar la religión? ¡Qué desvarío!
La humilde persuasión, no la pujanza
blandamente cual un suave rocío
fue las verdades santas propagando,
y aún Dios triunfó muriendo, no matando.

10.

Así el Orbe se vio todo cristiano.
¿Y el Evangelio habrá de sostenerse
como el vil Alcorán, con sable en mano?
¿Si en la paz sólo pudo establecerse

la ley que doma al corazón humano,
con la cruel guerra habrá de promoverse?
Si el fuego enciendes, si la llama atizas,
la que ha de ser fecunda esterilizas.

11.

¿Guerra de Religión? ¡Ah! El fanatismo
ha inventado esa voz, desconocida
en la más pura edad del cristianismo.
¿Y la espada, la lanza encruelecida
será el bárbaro fiero silogismo
con que sea la Fe santa persuadida?
¿Querremos ser hoy día renovadas
las fierezas de bárbaras cruzadas?

12.

Un Dios que de sus aras ha apartado
aún la sangre de viles animales,
¿Mirará su altar santo profanado
en la sangre de tristes racionales?
¿La ley de caridad en que ha mandado
que nos amemos todos los mortales,
ley de amor, ley de paz, ley que da vida,
matando al impío se verá cumplida?

13.

¡Qué horror! ¡Qué asombro! Tras Mavorte fiero
corre, apóstata vil de santuario,
el sacerdote, empuña infame acero
la mano que movía el incensario.
No ofrece ya la sangre del cordero
que murió por el impío en el calvario
abandona el altar, la hostia divina,
y al hombre con sus manos asesina.

14.

Vil ministro de un Dios todo clemencia
que quiere viva el mismo qu eha pecado,
y reducirlo a fuerza de paciencia.
¿Cometerás el bárbaro atentado

de llegar con sacrílega indecencia
de llegar al altar ensangrentado?
¿Y con la mano que empuñó la espada
ofrecerás la hostia inmaculada?

15.

Huye, hijo mío, del Ministro indigno
que so color que ha Dios vengado
no es sacerdote ya, sino asesino.
Vuelve a tu pueblo, y funde en corvo arado
la lanza, a que darás mejor destino,
sabe que el labrador y no el soldado
es a la humanidad el ventajoso
y al impío sólo vence el virtuoso.

**SONETO CON MOTIVO DE LA GUERRA CONTRA FRANCIA
(¿1793-1795?)**

Aunque adultere en público,
aunque quiebre infielmente el comerciante,
aunque engañe y estafe al litigante,
el escribano, el juez, el abogado,
aunque el fraile jamás haya observado
los votos que ofreció, aunque el tratante
nos sise y robe, aunque sea ignorante
el clérigo que debe ser letrado,
aunque el lujo roedor destruya tanto
que corrompa el pueblo hasta las heces,
aunque en la religión se ignore cuanto
hay en la Ley, el Símbolo y las Preces,
aunque no se ame a Dios, cualquiera es santo
si aborrece y maldice a los franceses.

**SONETO CON MOTIVO DEL DECRETO QUE PROHIBE LA LIGA DE
LA TEOLOGIA MODERNA CON LA FILOSOFIA Y EL PAJARO EN LA
LIGA ¿1799?**

Resucita Pelagio, y con audacia
todo se lo atribuye al albedrío,
no de Dios, dice, del arbitrio mío
reciben sus auxilios la eficacia.
Resucita Agustino, y de la gracia
de Dios venga el supremo poderío,
y de un moral pagano, torpe, impío,
hace ver a la Iglesia la falacia.
El error de Pelagio es propagado
por la España, y lo es el peregrino
opúsculo en que Aurelio lo ha impugnado
y un senado que en nada tiene tino,
falló porque el error sea condenado,
condénese a Pelagio y a Agustino.

**SONETO CON MOTIVO DE LOS ESCANDALOS COMETIDOS EN LA
IGLESIA DEL POPULO EN CUARESMA (1793)**

¿Quiéres ver nuestros templos dedicados
al Señor en teatros convertidos?
¿En lugar de suspiros y gemidos
quieres ver mil sacrílegos pecados?
¿Los misterios más grandes y sagrados
hasta ahora venerados y temidos,
quieres ver en un todo escarnecidos,
simulacros y altares profanados?
Si insultar a Dios mismo, al Dios tremendo,
en su propia persona, ver quisieres,
si quisieres ver delito tan horrendo
cometido por hombres y mujeres
que se dicen cristianos... ya lo entiendo,
iré al Pópulo a oír las mujeres.

SONETO A MARIA AMPARO AGUIRRE

Oh mortal al teatro apasionado,
fija la vista en esta losa fría,
aquí yace la Amparo, que algún día
fue en Cádiz un objeto celebrado.
Aquí está su cadáver sepultado,
donde gusanos asquerosos cría,
la que con tanta aceptación hacía
el papel que en el siglo le ha tocado.
Cuando sobre las tablas recitaba,
aplausos y atención la estabas dando
y aunque con tanta propiedad hablaba,
nunca te dijo más que ahora callando,
pues su triste cadáver representa
fin cierto, vida breve y larga cuenta.

ANACREONTICA A DON ANTERO BENITO NUÑEZ (1794)

Aquí entre estas peñas,
aquí dulce Antero,
aquí entre estas peñas
a vivir me quedo.
Las grandes ciudades,
los suntuosos pueblos,
vívalos quien guste,
que yo no los quiero.
Que sea mi patria
municipio griego,
colonia romana.
¿Qué saco yo de eso?
Más quiero a Treveles
en que hay jamón fresco,
más a Valdepeñas
en que hay vino añejo.
Diz que hay en mi tierra
un grande comercio,

y aquel mar que ciñe
todo el mundo viejo.
Ese mar que fiero
sumerge las naves,
se traga los pueblos.
¡Cuánto más me sirve
aquel arroyuelo
que corre entre quijos
haciendo gorjeos!
¿Y qué me interesa
todo ese comercio?
El es quien me hace
tratar a embusteros,
sufrir a aquel tonto,
oír a aquel necio,
que se cree sabio
por tener dinero.
Ver a una fregona
vestir terciopelo,
encajes, bordados,
que ni vio su abuelo,
oír a un novelista
hablar desconciertos,
y creer otros tantos
que publica un ciego.
Y si uno ilustrado
no se presta luego
a creer todo cuanto
dijo el gacetero
o si como humano
muestra sentimiento
al oír que dos mil
o tres mil murieron,
y siendo franceses
no pide a Dios luego
que a todos el diablo
los lleve al Infierno,

es traidor, hereje,
asambleísta, perro,
Robespierre, Marat,
Calvino y Lutero.
Si voy al santuario
del manso cordero
me parece el Sinaí
allá en otro tiempo,
porque veo al Ministro
que en el alto puesto
nos fulmina rayos,
centellas y truenos.
No la ley de amor,
sino la de miedo,
y de horror publica
al incauto pueblo.
Blasfema y maldice
y hace blasfemos
los que son hermanos
aunque sea perversos.
No quiere pidamos
al Señor para ellos
sus piedades, sino
fuego del Infierno.
Haz que a esos celosos
de Dios y del reino
cargue el soberano
con algún impuesto.
Gritan que la Iglesia
ya está por el suelo,
que es la inmunidad
divino derecho.
Hipócritas viles,
viles embusteros,
Dios justo abomina
vuestro fals celo.
Religión sagrada,

tú aborreces eso,
no es ésta doctrina
de nuestro Maestro.
A los enemigos
manda los amemos
y ahora es un pecado
el no aborrecerlos.
Desiertos de Libia,
de Africa desiertos,
peores que tus fieras
son los hombres fieros.
Ellas no me embisten
si no las estrecho,
y ellos me persiguen
por más que los dejo.
Huyamos, huyamos
mi querido Antero,
y en estas montañas
los dos viviremos.
Entre ásperos riscos
nos echaremos menos
cuanto hay en las cortes
si no es a los necios.
Ven, sube conmigo
a aquel alto cerro
entre los peñascos,
mira los sarmientos,
con las propias manos
los exprimiremos,
y en las propias manos
nos lo beberemos,
si acaso beodos
los dos nos ponemos,
do quiera que vaya
hay mil arroyuelos.
Sus frías corrientes,
el Céfir bello

que corre entre yerbas
nos tornará el seso.
De cuantos frutales
dan los cuatro tiempos,
dejó aquí plantados
el buen Melibeo.
Cabe de nosotros
verás que rastros
corren pajarillos
mil vueltas haciendo.
Uno voletea
sobre mi sombrero,
se reposa, para
dar mayor el vuelo.
El ya me conoce,
y sabe no quiero
para divertirme
ponerlo entre hierros.
Las cabras y ovejas
y vacas, los cerros
cruzan, y sus leches
me van ofreciendo.
El pastor humilde
me brinda con quesos
me ruega, me insta
con sencillo afecto.
A nada aspirando
de nada teniendo,
de nosotros mismos
aquí gozaremos.
¿Dónde en las ciudades
encontraras esto?
Deja las ciudades,
mi querido Antero,
deja a la Ylberia,
si es de Temis templo,
allá en él recibe

ultrajes no inciensos.
Deja al rico Darro
deja al Genil fresco,
sus parleras ninfas
ya se enmudecieron.
¿En qué te detienes
si conoces esto?
¿No quiere Corina?
Déjala al momento.

A ANTERO BENITO NUÑEZ POR LA MUERTE DE UN AMIGO COMUN

O nullo turbata metu pax hospita ruris!
Quando dies erit illa volans qualibet adurbe
carcere ut exlongo, puras sectabor agrorum
delicias, et in oscuro tranquilla recesa
omnibus ignotis, nulli gravis, otia ducam
neque fruas, nec fatatimens supremas, nec optans
vannier predium rusticum.
¡Oh paz de ningún miedo perturbada,
la del campo y la aldea!
¡Cuándo vendrá la hora deseada
en que libre me vea
de las ciudades! Yo me iré volando
a gozar de las puras e iocentes
delicias de los campos, y metido
en tranquilo rincón, desconocido
viviré de las gentes,
y a nadie incomodando
en dulce ocio viviendo,
de mí sólo gozando,
ni temeré rigores de los hados,
ni desearé los puestos encumbrados.

LLANTO DE DELIO POR SU PATRIA CADIZ (1797)

1.

Del autor en la ribera recostado
lloraba yo y plañía,
pues de ti, madre Cádiz, me acordaba.
La cítara que a veces yo tañía
de un álamo he colgado,
ya nada mi tristura consolaba
y sólo en ti pensaba.
¿Cómo de ti, distante,
alegre podré estar ni un breve instante?
Tú eres Patria amada
mi alegría colmada,
y en este extraño suelo
tu memoria mi único consuelo.

2.

Si de ti amada Cádiz, me olvidase,
mi lengua al paladar quede pegada,
y mi diestra se seque enteramente
si estás de mi memoria separada,
o si yo no te amase.
¡Ay, que a tu noble gente
el Britano insolente
amenaza, y tu puerto ha bloqueado!
Sin haber perdonado
en su tenaz empeño,
ni al barquillo pequeño
que a él nada aprovechara,
y al miserable dueño sustentara.

3.

¡Oh empeño cruel e impío!
¡Oh empeño el más grosero,
cebarse en un objeto miserable,
cual pirata ratero!

¡Oh triste pueblo mío!
¡Oh pueblo el más amable!
Y tú cual Babilonia, abominable
Inglaterra, dichosas las naciones
que hagan en ti ls bárbaras acciones
que tú en todas has hecho,
y que arranque del pecho
de su madre los párvulos que hallen
y contra tus peñascos los estallen.

4.

¡Ay de mí! ¡Ay de mi pueblo! ¡Ay de la gente
que en ti, Cádiz, se encierra!
El pérfido britano
va ya a hacerte una guerra
muy más vil e inclemente.
Intenta derrocar fiero e inhumano
del pueblo gaditano
los edificios nobles, suntuosos,
a toda vista hermosos,
y sus torres que suben hasta el cielo,
destruid, dicen los bárbaros sangrientos,
destruid hasta los propios fundamentos.

5.

Las barcas que los nuestros discurrieron (1)
y a Calpe en algún tiempo amedrentaron,
contra ti Cádiz veo que en la noche tronaron.
Todos se sorprendieron al fiero bombardeo
mas su inicuo deseo
nada, nada h alogrado,
tu Dios te ha libertado,
Dios con su brazo fuerte
de ti aleja la muerte,
y un parvulito en lance así horroroso,
fue él sólo, no infeliz, sino dichoso (2).

6.

Isleños insolentes,
 vanos, soberbios, nada generosos,
 esa acción, tras de inútil, tan villana,
 vuestros nombres odiosos
 los hará entre las gentes.
 Vil astucia anglicana
 ya la marina hispana
 va a defender el puerto
 y bajo un jefe bravo, sabio, experto,
 sus lanchas cañoneras
 a pique echar verás tus bombarderas
 de tus obuses luego
 callarán el fuego.

7.

Repite en otra noche tus furores,
 haz que el fuego se aumente,
 Cádiz no se amedrenta.
 Llena de honor su gente,
 tú excitas sus ardores,
 su valor se acrecienta,
 sólo se desalienta
 aquel postrado anciano
 cuya trémula mano
 ya en nada es a su patria favorable,
 la mujer miserable,
 y lo sniños que al miedo se sorprenden.
 Todos los otros, Cádiz, te defienden.

8.

¡Oh dulce humanidad, oh sentimientos
 que natura ha inspirado!
 ¿Podréis ver derramada
 la sangre humana? ¿El hombre destrozado?
 ¿Frutos, frutos sangrientos de la guerra malvada?
 Una nave, a otra nave ya atracada.

¿Y allí el brutal, el bárbaro abordaje,
de la razón y religión ultraje?
Acometerse, herirse, destrozarse,
cuales furiosos tigres, incenciarse,
llevando el entusiasmo, el fanatismo,
a lo que no haría más ni aún el abismo.

9.

Mientras a todo arrastra el varón fuerte,
con heroico denuedo,
las débiles mujeres preocupadas
del horroroso miedo
Saltan del lecho que rodea la muerte
sus modas, sus alhajas despreciadas,
de sus hijos cargadas,
sólo piensan salvarlos y salvarse,
lloran que han de dejarse
a sus caros maridos
en el riesgo metidos,
y a los tristes ancianos
sus propias hijas llevan de las manos.

10.

Y las vírgenes santas,
a tu gran Majestad, Dios, consagradas (3)
y a una eternal clausura
por tu amor dedicadas,
en aflicciones tantas,
la rompen con presura,
mas que el velo las cubra la tristura
con que ellas van plañiendo.
Tus ministros gimiendo
las iban custodiando,
y todos van clamando:
no vean, Señor, no vean nuestros ojos
que el enemigo apaña los despojos.

11.

Y a las puertas abiertas
 salen despavoridas
 las gentes a bandadas,
 cual un río en furiosas avenidas.
 Y a las calles desiertas
 antes tan frecuentadas
 causan horror miradas
 y cual el hijo tierno
 que del seno materno
 cree que ya para siempre se separa,
 no hay quien no alce la cara,
 mire a Cádiz y llore inconsolable,
 y clame al cielo en grito lamentable.

12.

Si tu mano, Señor, no nos defiende,
 cuanto hagan el jefe y el soldado,
 inútil es, y en vano.
 ¡Mas ay! Nos has dejado,
 y cual fuego, se enciende
 tu ira contra el pueblo gaditano.
 Mira del anglicano
 que su orgullosa y fiera altanería,
 crece de día en día,
 tus manos ya levanta
 contra soberbia tanta,
 y pues somos tus hijos, tus amigos,
 no nos dominen, no, los enemigos.

13.

Y sobre ellos cual un precipitado
 y furioso torrente,
 descienda tu furor, y sea oprimida
 la nación insolente
 que de ti se ha apartado
 cual el polvo del viento. Así esparcida

se mire, y dividida
al soplo de tu ira. Tus piedades
olviden las maldades
con que Cádiz un tiempo te ha ofendido.
Míralo ya abatido,
y así antes que perezca,
corra tu amor y a Cádiz favorezca.

14.

La sangre que vilmente han derramado,
el mal que nos han hecho,
míralo atentamente,
y si estás satisfecho,
tu formidable brazo levantado,
tu brazo omnipotente
nos vengue de esta gente.
Todo el mal que quisieron
hacer, y no pudieron,
reciban con aumento,
vean con sentimiento
en su pérdida y daño,
que Cádiz es tu pueblo y tu rebaño.

NOTAS

- (1) Las barcas cañoneras se inventaron en el sitio de Gibraltar por el capitán de navío don Francisco Idiaquez.
- (2) Alude a un niño que mató una bomba.
- (3) Estos versos son del dulcísimo F. Pedro Malón de Chade en la paráfrasis del salmo 136 que se halla en su *Tratado de la Magdalena*.



A GELMIRA AL HABERSE QUEMADO LOS DEDOS (1793)

Iba a cerrar sus cartas,
mi Gelmira, y al fuego
aplica el duro lacre
que se liquida presto.
Entreabre la cubierta,
y acaso oscureciendo
del papel la blancura
lo blanco de sus dedos
sobre éstos ¡qué desgracia!
unas gotas cayeron
y casi desmayada
mi Gelmira al momento,
da alaridos y gritos
más que en el cruel incendio
de Troya gritarían
los troyanos y griegos.
Acude el triste padre
los hermanos tiernos
y aún un amigo deja
el café que está haciendo.
Cual pide el aguablanca,
cual la clara de huevo,
aceite, vendas, hilas,
y todos resolvieron
que se llame al instante
a aquel físico diestro
que por nuestra desgracia
enseñó en un desierto.
Suspiran, gimen, plañen,
el malhadado dedo,
cual jarva lloraría
de Dido sobre el cuerpo.
Todo es llanto y tristeza
sólo el pastor Ex Nerio
se ríe, pues conoce

de la zagala el genio.
Vuelve ella del desmayo
y en contrarios afectos
el llanto la envanece
y la irrita el desprecio.
Mira a uno y otro lado,
y con semblante serio,
les dice una y mil veces
felices estos dedos
puesto que se quemaron
por sellar mis secretos
y así de aquí adelante
aunque un voraz incendio
me abrase, nadie espere
que descubra mi pecho.

SUEÑO DE DELIO A ALBANA

Albana descendida
de los héroes gloriosos
que a España en otro tiempo descendieron,
amable Albana, aún más ennoblecida
por esos sentimientos generosos
que tu alma distinguieron,
y más la engrandecieron,
oye de Delio, Delio el malhadado
que cuando más te amara
ya de ti se alejara
bien que mal de su grado
oye pues con empeño
lo que a él le ha ocurrido en un sueño.
Soñé que cabe mí se presentaba
una niña inocente
de color atezado,
me pareció miraba
el cruel hierro ardiente
que su rostro ha marcado

y al ser tal atentado
todo movido de ira
gritaba ¡qué violencia!
que la misma inocencia
esclava ya se mira,
que sin culpa es trofeo
de codicioso bárbaro europeo.
¡Sagrada humanidad! ¿Cómo toleras
que los que te conocen
traten bárbaramente a sus hermanos?
Cuales horribles fieras,
las playas reconocen
do moran inocentes africanos,
que dóciles y humanos,
exentos de malicia,
del torpe negociante seducidos,
con engaño atraídos
presa de su codicia
ellos mismos sin pena
truecan la libertad por la cadena.
¿Por ventura es delito haber nacido
a do el ardiente sol los ha tostado?
¿Delito es su inocencia?
¡Ah bárbaro español! ¡Ah encruelecido
inhumano francés! ¡Inglés osado!
¡Bátavo bruto fiero y sin clemencia!
¡Cuánta es vuestra insolencia!
Así, africanos, ay mísera gente,
digna de mejor suerte, no intenta
el haceros civiles, no fomenta
la santa religión, tan solamente
la vil ganancia procura
quien os reduce a esclavitud tan dura.
¡Con qué inhumanidad sois conducidos
a un mercado, qué horror de racionales!
El hierro es vuestra suerte,
allí seréis vendidos,

cual viles animales.
¿Quién no advierte
fuera mejor la muerte
que no vivir bajo la mano impía
de un amo que os castiga como a brutos?
Por aumentar sus fuerzas,
os hará trabajar la noche y día,
de toda obligación se juzga exento
si os dio un vil y cortísimo alimento.
La Santa Religión que no han formado
en vosotros, os hacen abrazarla
por pura ceremonia, y ese impío,
ese dueño cruel que os ha comprado,
os hace profanarlas.
Su ley ¡qué desvarío!
En su infame albedrío
tal vez es pasto de su torpe vicio.
La bozan inocente,
tal vez porque se aumente
la prole esclava, arroja al precipicio
la que educar debiera
y la entrega a ser pública ramera.
Cual el triste jumento
animal digno de una mejor suerte,
que después de sufrido
infame tratamiento
cercano ya a la muerte
al mirarlo impedido
olvida el amo cuanto le ha servido,
y con el inhumano
al prado ya lo arroja
que coma lo que coja.
Así al esclavo anciano
del que el dueño no espera lo enriquezca
lo desprecia y arroja a que perezca.
¡Alma Filosofía!
Sin ti, sin ti las leyes

no son sino violentas expresiones,
infame tiranía.
Dirige tú a los reyes,
posee sus corazones
borra duras pasiones
inspírales piadosos sentimientos
contra la esclavitud horrenda y dura,
que a la Madre natura
y religión ataca en sus cimientos,
pues ellas detestaron
leyes que al hombre libre esclavizaron.
Así exclamaba en sueños, y mirando
a la inocente niña ¡Ay sin ventura!
¡Ay triste! le decía,
que ya vas arrastrando
esa cadena dura
que forjó mano impía.
¡Ay, ay, qué tiranía!
Te esperan mil bandones:
tus hijas y tus nietas
a esclavitud sujetas,
verás nacer en mil generaciones,
sin haber cometido
más delito que haberlas concebido.
Esto le dije yo, y ella, riendo,
no, Delio, no lo sientas, me decía.
La amable Albana, la sin par Albana...
Y tu nombre hiriendo
mis oídos, el pecho se henchía
de alegría más que humana,
tan dulce y soberana,
que casi despertara,
pero aún en sueños, le pedí dijese
cuanto de ti supiese,
y que así me alegrara,
pues nombre que amo tanto
sólo él podría enjugar mi llanto.

La amable Albana, prosiguió diciendo:
Albana, a la que el Tajo y Manzanares
aplaudieron, y ahora el océano
sigue fausto aplaudiendo,
porque excede a millares
de héroes en su carácter tan humano,
(aún a el antiguo Albano),
mi noble dueño es y te parece
¿puedo ser desdichada?
Por ella libertada,
que hasta el nombre de esclavos aborrece,
rotos infames lazos,
me trasladó a sus brazos,
¡qué mansión tan amable!
A los brazos de Albana sublimada.
¿Acaso se daría
trono más apreciable?
De él sólo la soberbia es desterrad,
la necia vanidad no encontraría
que ella la abrigaría
ni un instante, así fuesen
los necios cortesanos
como ella tan humanos.
¡Ah! Si de ella aprendiesen,
nadie más suave, nadie más humana
que mi querida Albana.
¡Ay Delio! Si estuvieses
allí, cuando conmigo ella se enlaza
olvidada de toda su grandeza,
si tú acaso la vieses
que la abrazo y me abraza,
que la beso y me besa
con la mayor terneza.
Cualquiera que nos viera
si el color atezado de mi cara
no me diferenciara,
ser mi madre creyera,

pues madre alguna ha habido
que ame tanto a la hija que ha parido.
No a débiles pueriles expresiones
sus afectos reduce,
su alma aspira a más, pues va formando
mi corazón con sabias instrucciones.
Mis costumbres conduce,
y con método blando
me va siempre inspirando
la religión sagrada,
las virtudes morales,
las máximas sociales
a que viva arreglada.
Benigno el cielo haga
que yo tantos desvelos satisfaga.
Esto dijo la niña, y yo admirado
de hallar la humanidad que deseaba
con estos infelices se tuviera.
Albana, Albana, grito alborozado
y las voces que daba
hicieron que volviera
del profundo letargo en que yaciera.
Y estando ya despierto,
veo que aunque soñado
cuando por mí ha pasado
sin duda alguna es cierto,
pues no hizo el sueño mas que presentarme
lo que sirvió mil veces de admirarme.
Canción ve a Albana, y pide que te lea
con un afecto grato,
dile que si no es suyo ese retrato
que se juntó en mi idea,
yo no conozco otra de quien sea.

FABULA PRIMERA: LA RETAMA Y EL ROMERO (1797)

En un camino real y pasajero
había unas retamas y un romero.
Todos los que pasaban
junto al romero, al punto se sentaban,
con él se complacían.
Pocos de las retamas caso hacían.
Ellas estaban rabiando
y de envidia y furor se van secando.
Todos, dicen, se inclinan al romero.
¿No debemos nosotras ser primeras?
¿Nuestras ramas no son las más vistosas?
¿Nuestras flores no son muy olorosas?
¿Quién no advierte al oír simplezas tantas
que el amor propio lo hay aún en las plantas?
¿No ven que del romero la fragancia
se percibe de todos a distancia?
¿Que alegra su verdura
y que tiene su flor mucha hermosura?
De la virtud y gracias del romero
se puede componer un libro entero,
de las retamas nunca racionales
hicieron caso, algunos animales
sus ramas comen, comen de sus frutos
en que dan a entender el que son brutos,
pues no puede inspirar naturaleza
que guste la amargura y la aspereza.
En las retamas nadie, nadie ha hallado
cosa que cause agrado
ni a la vista, ni al gusto, ni al olfato.
Los que son en su trato
insípidos, amargos, desabridos,
¿deberán extrañar no ser queridos?

FABULA SEGUNDA: LAS ABEJAS (1798)

En qué sé yo qué provincia, diz que había
un señor que tenía
un colmenar famoso
que lo hacía poderoso,
pues tanto lo castraba
que un dineral sacaba.
Cierto día las abejas se juntaron
y le representaron
con humildes instancias
que moderase un poco sus ganancias,
con lo que ellas menos fatigadas
lograrían mirarse más medradas,
mas los que a este señor lisonjeaban
y de la miel chupaban,
le aconsejan desprecie injustas quejas,
y trate con rigor a las abejas,
con lo que ellas se irritan
y contra él furiosas se concitan.
Sabido esto en los alrededores,
se juntan seis y ocho apeadores,
a los que las abejas no han picado,
y juran que tan vil desaguisado
ellos han de devengar enteramente.
Convocan a su gente,
protestando no quedar satisfechos
hasta ver reintegrado en sus derechos
al señor ofendido,
pues tan sólo su honor los ha movido.
Acaso me decía,
a mí me convenía
un melonar que tiene junto al río,
ver cómo hacerlo mío.
Otro dice yo quiero
meter en mi lindero
un cortijo famoso,

que me habría de ser muy ventajoso.
Cada uno pensaba
en aquello que más le interesaba:
cu'ql quería el ganado,
cuál el mejor sembrado,
de este modo querían socorrerlo
y esto lo hacen no más por defenderlo.
En tamaña locura
hacen también entrar al P. cura
que para estos apuros
les ofrece exorcismos y conjuros,
junta sus sacristanes, monaguillos,
y tropa de chiquillos,
los que al mirarse armados,
ellos mismos se creen ya soldados.
La comparsa así unida
jura no ha de quedar abeja con vida.
Al colmenar marcharon,
y en cuanto se acercaron,
apenas las abejas los sintieron,
de sus corchos salieron,
y arremeten a mis operadores,
los que olvidados ya de los ardores
con que el lance empeñaron,
huyen, y en sus cortijos se encerraron
sin que ninguno más haya cuidado
de adquirir el ganado,
el cortijo famoso
ni el sembrado abundoso,
con lo que habían pensado engrandecerse
asaz de enriquecerse.
No paró en esto el cuento,
las malditas abejas han volado
y en sus mismos cortijos han entrado
y a las que de su especie allí encontraban
luego las excitaban
que sus corchos dejasen

y a ellas se juntasen,
con lo que se ha movido
en todos los cortijos tal ruido
que los aperadores que quisieron
sujetarlas, tan sólo consiguieron
el que se revelaran
y a ellos sus abejas insultaran.
Al pobre y santo cura
no obstante su prudencia y su cordura
logran sus sacristanes engañarlo
y en los aperadores confiarlo,
diciendo que vendrán como unas fieras
a espantar las abejas forasteras.
Uno de ellos, que es hombre juicioso
aunque antes riguroso,
había a las abejas acudido,
con ellas se había unido,
conociendo que lo otro es disparate,
y éste aconseja al cura que no trate
resistirla con armas, que a su estado
no dicen bien los fieros de soldado.
Pero el cura inocente
en lo que a otros le dicen se consiente
sin ver que mucho más que a las ajenas
él debía temer a sus colmenas
pues aunque se han criado
alrededor del sagrado
por sus manos benditas
sus abejas diz que son las más malditas.
En efecto, a su cura se avanzaron,
del cortijo lo echaron,
siendo así que por él se mantenían,
que ellas nada tenían,
ni otras flores chupaban
que las que al cura daban
con abundantes manos
todos sus parroquianos.

Mi cura, así arrojado,
de sus propias abejas insultado,
y sin saber adónde refugiarse,
se vio en la precisión de retirarse.
¿Qué tal con las abejas
y a quién habrán de dar ahora las quejas?
Los que en éstos u otros desconciertos
rabian por ir a enderezar entuertos
viendo verificado
ir por lana y volver trasquilado.

FABULA TERCERA: EL VAQUERO

Iba yo el otro día
paseando por el campo,
y me entré en un cortijo
por descansar un rato.
Entre otros que allí había
vi un hombre muy gallardo,
que supe era el vaquero
de todo aquel ganado.
Díjele, buen amigo
qué lástima me ha dado
ver a Vmd. padeciendo
mil sustos y trabajos.
Quien gobierna unas fieras
siempre estará temblando
y para gobernarlas
¿cuál será su cuidado?
El riendo me responde:
nada menos, paisano.
Vida más holgazana
nadie se la ha pasado.
Mire V., yo no cuido
que tengan o no pasto,
ni los abrevaderos
jamás yo se los abro.

Comen de lo que encuentran
y beben en los charcos
si comen están gordos
y si no que estén flacos.
¿Ve Vmd. esa vacada?
Todos esos torazos
en chascando la honda,
tiemblan como azogados.
¿No ve V. que son brutos?
¿Que Dios no les ha dado
raciocinio y discurso?
No temo subyugarlos.
De las vacas paridas,
toda la leche saco
que quiero y se me antoja,
con ella me regalo,
la vendo, y me enriquezco,
y aunque queden bramando
los pobres terneros
jamás me da cuidado.
Si veo un toro que brama
porque le pican tábanos
con un par de pedradas
lo dejo cojo o manco.
Si algo se me resiste
lo mando luego al rastro,
y al becerro traviso
al instante lo castro.
A los humildes bueyes,
a las carretas ato,
ellos lo portean todo
y me aran los campos.
Yo duermo, como y bebo,
triunfo, tiro, malgasto,
y todo cuanto tengo
sale de su trabajo.
Muy poco hago por ellos.

¿Y soy yo desdichado?
Tiene V. mil razones,
le dije yo a aquel ganso,
mas tome mi consejo,
que me parece sano.
No sea duro con ellos,
procúreles buen pasto,
Vmd. es su vaquero
para haber de cuidarlos,
que ellos no nacieron
desde luego marcados
con el fin de servirles
a su gusto y regalo.
Que si un día reflexionan
(lo que no será extraño)
de que naturaleza
dos cuernos les ha dado
para que se defiendan,
le valdrá a V. muy caro.

SATIRA PRIMERA: EL FAMILIAR DEL OBISPO

¡No haberme dado a mí la canonjía
clamaba un prebendado enfurecido
Cuando sale mi amo que ninguno,
ninguno más que yo le habré servido!
¿Y qué méritos tiene Don Nicasio,
familiar más moderno? ¿Que es sobrino
de la suegra del primo de mi amo,
y pasa por pariente del obispo?
¿Y veinte años que ha le estoy sirviendo?
En la antesala, seis de pajecillo,
y después de ordenado día por día
le he ayudado a rezar todo el oficio.
¡En este tiempo, cuánto he tolerado!
¡En este tiempo, cuánto le he sufrido!
Riñendo a cada salmo, a cada verso

siempre que yo decía desatinos.
El formidable peso de la cauda
llevé sobre mis hombros de continuo
diez años, y yo era el que a su nombre
daba pésames, pascuas y cumplidos.
En las santas visitas que mi amo
hizo en mi tiempo, me llevó consigo
de Mayordomo, y el cualquier pueblo
de todos fui apreciado y aplaudido.
¿Qué sobrina de cura o de vicario
no enamoré, mirándolo sus tíos,
que no se atreverían a oponerse
aunque me hubiesen visto otro Tarquinio?
Con más de diez contrahe esponsales
siempre con intención de no cumplirlos
pues me creía llamado eficazmente
a consagrarme a Dios en un cabildo.
En fin, cuantos empleos, cuantos cargos
trae la familiatura de un obispo,
tantos fió mi amo a mi cuidado
prueba evidente que me hallaba digno.
¿Quién sin mi expedición y mi talento
aunque fuese más teólogo que Plinio
o más jurisconsulto que Boerhaave
habría desempeñado estos oficios?
¿Y cree haberme pagado todo esto
con sólo haberme dado un beneficio
que vale diez o doce mil reales
y una prebenda que valdrá lo mismo?
De este modo jamás yo tendré coche,
de este modo jamás a mis sobrinos
por más que ahorre todos los años
podré dejar fundado un vinculillo.
¿Qué dirán los concilios y los padres
(aunque confieso no los he leído)
al ver que a sus antiguos familiares
no daban canonjía los obispos?

¿Pero para qué es citar ajenos padres?
¡Oh con cuanta razón dirían los míos
que para no ser rico a poca costa
no me habrían destinado a pajecito!
Cuando aún no escribía yo de suelto,
a los catorce años ya cumplidos
me sacaron mis padres de la escuela,
para proporcionarme este destino.
Hijo mío, mi padre me decía,
vas a ser paje del señor obispo,
canónigo serás sin el trabajo
de tener que sudar sobre los libros.
Estudia la Gramática, hasta tanto
que entiendas del Breviario lo preciso
no te apures si acaso no pudieres
entender bien los salmos y los himnos.
Toma de la moral una tintura
y si tú quieres que te elija libro,
Lárraga el inmortal será el que leas,
que ha dado confesores infinitos.
Este estudio te basta, y aún te sobra
para ordenarte, pues tendrás sabido
que jamás en exámenes o mesas
entran los familiares del obispo.
Obedecí a mi padre puntualmente
ni falté ni excedí lo que me dijo.
¡Y Ahora me veo pospuesto a D. Nicasio,
familiar más moderno y menos digno!
¿Y por quién? Por aquel mismo prelado
tan justo en proveer los beneficios
que jamás le dio alguno al que no fuese
su colegial, su paje o su sobrino.
El cura Gil que bautizó a mi padre
puede ser de esto propio buen testigo.
Cuando alegó contra mis pocos años
los muchos que él tenía de servicios,
irritado mi amo santamente,

apostólicamente enfurecido,
sepa V. señor cura, le decía,
que en la Iglesia, de párroco el oficio
al segundo orden del clero corresponde,
y al primero tan sólo los cabildos.
¿Y qué? ¿Mis capellanes y mis pajes,
los que visten la beca que yo visto,
los habré de humillar a que sean curas,
a que trabajen en el mecanismo
de haber de administrar los sacramentos
y predicar las fiestas y domingos?
Pues eso no, teniendo yo prebendas,
canongías y tantos beneficios
con que corresponder a mi colegio
y a los que tan fielmente me ha servido.
Así mi amo respondió: ¡oh palabras
dignas de un santo padre o de un concilio!
¿Y ahora no me da la canonjía
que me toca? ¿En qué le habré ofendido?
Desde que me hizo prebendado
sabe que yo jamás en los cabildos
voté lo que juzgaba en mi conciencia,
sí, lo que su Ilustrísima me dijo.
Sabe que el juramento solemne
que hacemos todos, de guardar sigilo
en los asuntos graves, no cumplía,
pues le consta que todo se lo he dicho.
De la menor especie que yo oía,
aunque dicha con ánimo sencillo,
como interesase algo a mi amo
iba volando para darle aviso.
¡Con cuántos compañeros me indispuse
y cuántos me decían como amigos
que la conducta mía a este punto
era de un sacerdote, indigno oficio!
Jamás ha conseguido intimidarme
ni que yo escrupulice, pues les digo

que antes que sacerdote, fui criado,
antes que prebendado, pajecillo.
Así... pero Fulano, ¿qué me dices?
¿La frente arrugas? ¿Tuerces el hocico?
¿Te enfada el leer esto? Ya te entiendo,
dices que es invectiva la que escribo,
una sátira cruel, la más sangrienta,
la más injusta y que yo la finjo,
que uno que piense y hable de este modo
no lo hay, no lo habrá y aún no lo ha habido.
¡Ojalá, mi Fileno, yo mintiera!
Pero sabe que cuanto aquí te pinto
es un corto borrón, aún no es bosquejo
de mil originales que yo he visto.
Ridendo dicere verum, ¿quis vetat?
¿Y quién puede quitarme que yo diga,
riendo, la verdad que todos saben?

SATIRA SEGUNDA: CONTRA LAS DIVERSIONES DE CORRIDAS DE TOROS

Don Sancho a su hija.

No, hija mía, ¿yo había de llevarte
a la comedia, escuela de los vicios?
¿Tu padre, a quien el cielo ha confiado
formar tu corazón y tus costumbres
habrá de fomentarte las pasiones
llevando tu candor y tu pureza
al infame, al impuro, al vil teatro,
fomento de un amor que no conoces?
No hija mía, no puedo permitirte
ni digo ya que vayas al teatro,
ni aunque leas siquiera una comedia.
Tu inocente candor, tu alma tan pura
yo debo preservarla de los vicios.
No por eso me creas tan austero,

de un moral tan severo y riguroso
que resuelva privarte enteramente
de toda diversión, yo bien conozco
que has de tener algún esparcimiento,
que te lo debo dar con tal que sea
inocente y no vicie tus costumbres.
Ve aquí lo que medita mi prudencia.
Aunque Dios quiso, hija, que nacieses
de padre humilde y pobre, y que mi oficio
escasamente alcanza a mantenernos,
voy a comprarte manto y saya,
camisa y cuanto lleva una señora
la más rica del pueblo, ya he pedido
prestados a un amigo cien doblones,
que es muy dable me muera sin pagar.
Quiero verte lucir en la carrera,
lucir más que las ricas y señoras.
Esto sí es divertirse sin pecado,
sin ofender a Dios y honestamente,
sin los riesgos que trae la comedia.
Te llevaré por la mañana y por la tarde
a todas las corridas de los toros,
diversión la más pura y más sencilla,
en la que nada hay de deshonesto,
ni de amores como hay en el teatro,
diversión a la que asiste, y autoriza
con su presencia, el religioso austero,
el sacerdote sabio, el que predica
y reprende a gritos la comedia,
allí sí que tú puedes, hija mía,
cebar tu corazón en cuanto vieres,
pues todo es inocente, nada tiene
de malo el que te alegre y te complazca
ver herido al caballo noble y manso,
que el corazón arroja por la herida,
que rueda el picador, o que ensartado
en los cuernos del toro, ya lo arrastra

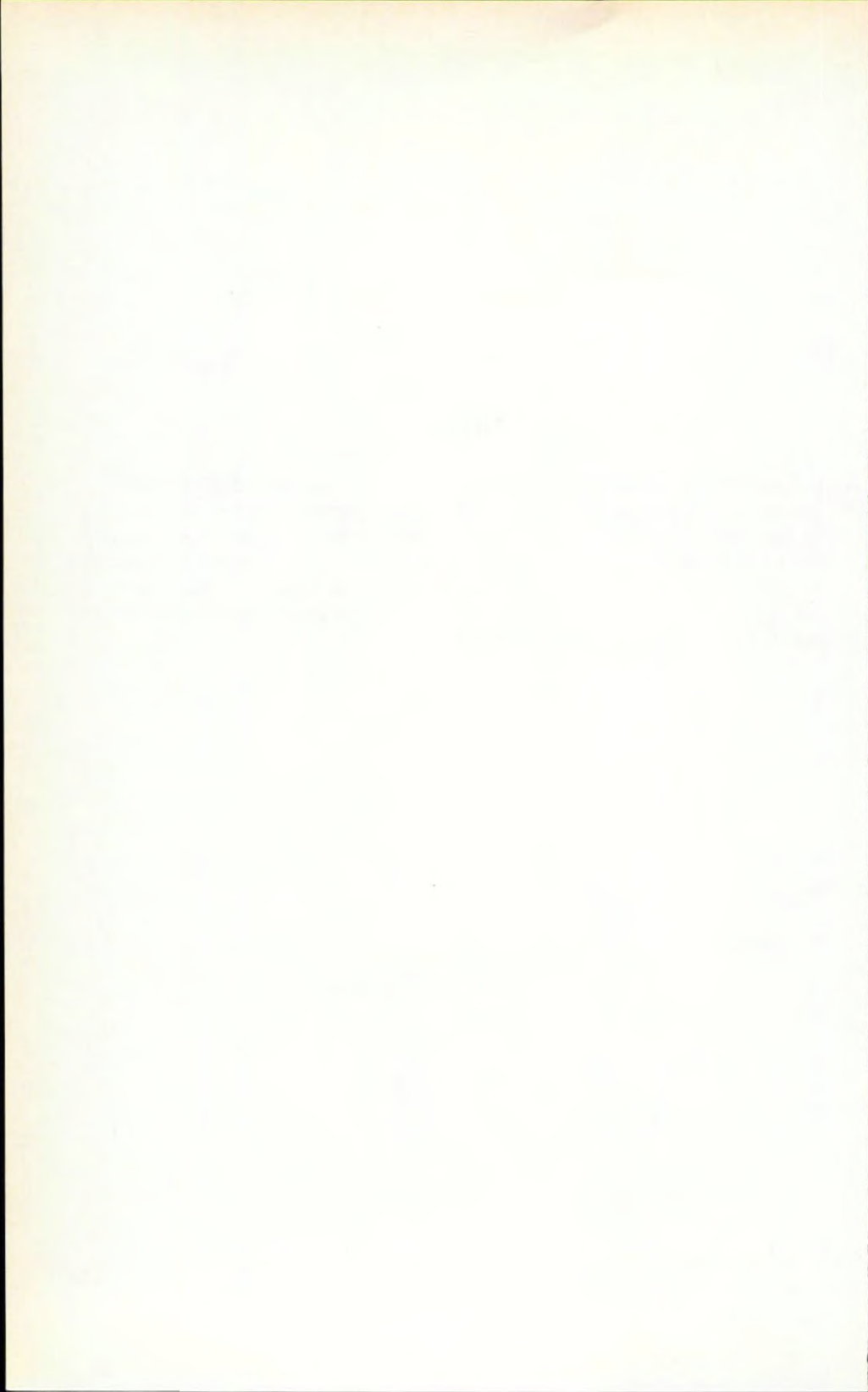
por la plaza, o lo arroja por el aire,
que la fiera después de ser picada
sufre el arpón de tantas banderillas
y que bramando, corre contra el hombre
que con ellas lo hirió, que ya lo alcanza,
que lo coge y revuelve entre sus cuernos,
hasta dejarlo muerto o casi muerto.
¿Y qué importa todo esto? Tú no buscas
allí su muerte, tú no te alegras
sino al ver cómo luchan a porfía
la destreza del hombre, y la fiera
de un animal tan bravo, y que no obstante
su extremada bravura, él es vencido
y muere acuchillado de la espada.
¡Ah, y cuán sencillos son estos festejos!
Nada tienen de impuros ni indecentes.
Si el toro hiere a alguno, o si lo mata,
eso es accidental y ése es su oficio,
haz esta reflexión, y ella es bastante
a ahogar los extremados sentimientos
de compasión, que acaso se te exciten
al ver que el toro hiere a tres o cuatro
que nada tuyos son, sino tus prójimos.
Reserva esos afectos compasivos
para cuando el asunto lo merezca
como cuando yo, airado, neciamente
he solido pegar a tu perrita,
guarda el susto y pavor, guarda tu miedo
para cuanto tú veas que te siguen
el inmundito ratón, o la curiana
y otro bicho capaz de hacerte daño.
Sí, hija mía, depón esas ideas
de horror y de aversión contra los toros,
y verás cuánto en ellos te diviertes.
Júbilo es todo allí, placer y gozo,
pero gozo y placer puro y sencillo,
que enajena y transporta a los que asisten.

Ríen, gritan, se alegran, se solazan,
fuman, comen y beben libremente.
¿Qué de dichos no se oyen tan graciosos?
Cada uno se conduce como quiere,
todos con libertad y sin reparo.
No aquel triste silencio y compostura
estoica que se observa en el teatro,
las mujeres a un lado, a otro los hombres,
así creen que cohonestan los excesos
de una comedia torpe y disoluta,
como si estar unidos y mezclados
unos y otros fuese un gran delito.
¿Qué tiene, pues, de crimen, ni indecencia
que para situarte tú en las gradas
te hayan de colocar entre las piernas
de un majo a quien acaso no conoces?
¿Que entre las tuyas haya de ponerse
un petimetre, un fino currutaco,
que uno y otro celebren tu hermosura,
te hablen, te enamoren o requiebren
que estrechándose más y más contigo...
pero hija mía, tú eres prudente,
y sabrás despreciar cuanto te digan,
ni menos consentir otros excesos.
No es esto, no, un efecto necesario
de aquella diversión en sí inocente,
lo es, sí, de la excesiva concurrencia,
que aún en el templo puede haber lo mismo.
¿Y dejarás por eso de ir al templo?
¿Será malo ir a él, cuando van muchos?
No, hija mía, no seas preocupada,
la diversión de toros es sencilla,
es la más racional, y si me apuras,
aún te diré que es pía y religiosa.
¿No ves que al empezarse, se descubre
la imagen de la Virgen sacrosanta
adornada y con luces, como cuando

va a celebrarse ante ella alguna misa?
¿No ves que los toreros se preparan
para ir a lidiar aquellas fieras
con la oración devota que le hacen
capaz de enternecer los corazones,
y llenar de fervor aún al más tibio?
¿Quién no ve en este acto religioso
un resto de la Iglesia primitiva,
cuando los fieles eran condenados
a morir en el fiero anfiteatro
de las garras de tigres o leones,
y antes se encomendaban a la Virgen?
Aquí aún hay más, pues en aquellos tiempos
no sabemos que hubiese alguna imagen
colocada en el circo, a la que orasen
y a la que en cierto día se ofreciesen
como culto, las luchas que se hacían,
ahora oigo decir, tú lo has oído
(demos gracias a Dios de ser cristianos)
los toros de la Virgen, que es decirnos (1)
los toros a la Virgen consagrados,
ya sea la Concepción, ya las Angustias,
los toros consagrados a su culto.
¡Oh, cuánto se complace esta señora,
cuando ve desde el cielo en honor suyo
clavar la banderilla en el membrudo
cerviguillo del toro, que éste muere
de sus aras, habiendo antes herido
diez o doce caballos, derribado
a los tres picadores sus devotos
que en su honor han expuesto hasta sus vidas,
cuando ve que los chulos han rodado
y aunque salen heridos y contusos!
Sí, hijita mía, o somos españoles
y cristianos, o no. ¿Qué te detiene?
Vistete, vamos hija, date prisa,
y en acabando, iremos luego a misa.

NOTA

- (1) En Granada hay en la plaza de toros un pequeño tabernáculo, y en él una imagen de Concepción adornada y con luces, ante la que hacen oración los toreros y picadores. En la última corrida, se quita la imagen de Concepción y se pone la de Angustias, porque el producto de aquella corrida es para culto de esta Imagen: se llama esta corrida los toros de la Virgen, y a ella van las mujeres devotas, los hombres devotos y toda persona seria y juiciosa que no va a las otras corridas, creyendo deber ir a ésta pues es limosna para el culto de la Virgen.



SATIRA TERCERA: CONTRA LOS ERRORES EN LAS DOCTRINAS MORALES Y DEVOCIONES FALSAS Y SUPERSTICIOSAS

¡Oh tiempos, oh costumbres, dónde estamos!

¿Qué corrupción es ésta que vivimos?

La santa religión se va perdiendo,
así exclamaba el Pe. Toribio,
aquel hombre tan santo como sabio
que su convento él sólo ha mantenido
con su confesonario y sus sermones
y de misas a otros ha provisto.

Yo no conozco al mundo, me decía,
la devoción ya casi se ha extinguido,
éste es el mayor mal, no los pecados,
como haya devoción, más que haya vicios.
Ve aquí en lo que debemos emplearnos
aquéllos que las almas dirigimos.

Ahora empiezas, Fray Juan, tus confesados
dirige por la senda que los míos,
lograrás el que ellos no te dejen,
nada te faltará, con sus auxilios
proveerás tu celda y tu convento,
y serás del prelado el más querido.

No me seas severo y ríguroso
con los que tú confieses, compasivo,
blando, afable, suave, especialmente
con los grandes señores y los ricos.

¿Qué habrán de confesar sino pecados,
soberbias, adulterios, latrocinios,
enemistades, odios y venganzas,
miserias de esta carne que vestimos?

Las mujeres, ¿cortejos, vanidades,
modas, lujo, indecencia en el vestido,
ropa alta, los pechos descubiertos,
disipar y reñir con el marido?

¿Y qué importa que traigan todo eso?
Si te dicen que están arrepentidos

tú debes absolverlos cuantas veces
vengan, que así lo enseña Tamburino.
Si predicas, declama fieramente
contra el teatro, origen de los vicios,
y en el confesionario disimula,
vayan a él tus mismos dirigidos.
Dirás que el Evangelio es sólo uno,
pero autores muy graves han escrito
que hemos de ser severos predicando,
y confesando siempre muy benignos.
Haz que comulguen cuantas veces quieran
aunque recaigan en los mismos vicios,
ni hagas porque comulgue la casada,
la víspera se abstenga del marido.
San Pablo dijo que se separaran
aún para orar, mas lo contrario ha dicho
un reverendo Pe. presentado (1)
que diz hizo milagros infinitos.
¡Qué locura querer que se haga ahora
lo que se hacía en los primeros siglos!,
la Teología debe acomodarse (2)
al miserable tiempo en que vivimos.
Antiguamente nunca sin su clero
hacían cosa alguna los obispos,
y ahora cada prelado es un déspota
y un párroco no es más que un monaguillo.
Antiguamente nadie se ordenaba
si no era necesario a algún destino.
¿Tendríamos ahora tantas misas
si hubiera de seguirse este capricho?
¿Avisas de doce, de una, y una y media,
del dormilón, devoto y santo asilo,
haremos que madruguen, solamente
porque hayan de asistir al sacrificio?
No, Fray Juan, no me seas tan severo,
los cánones antiguos han prescrito,
bueno fuera poner por penitencias

ahora, disciplinas y cilicios.
Que haga larga oración, que ayune mucho
aqué! que no es cartujo o capuchino,
que el rico dé limosnas, cuando debe
sostener todo el fausto en que ha vivido (3).
Ese imponer tan duras penitencias,
ese excusar al malo el pan divino,
ese no dar la absolución a todos,
me huele al execrable jansenismo.
Basta por penitencia, que tú impongas
a un pecador común, el que contrito
rece cinco o seis salves, y el Rosario
todo entero a él dé asiento entre los vicios.
Felices nuestros tiempos, pues en ellos
al antiguo vigor han sucedido
tan suaves medicinas, el Rosario,
la correa, el cordón de Sn. Francisco,
y aquel escapulario que con sólo
traerlo devotamente uno consigo,
no irá al Infierno, ni en el Purgatorio (4)
estará mucho tiempo detenido.
¡Ah si todos trajeran la medalla
que dan en un convento (5) qué infinito
tesoro de indulgencias ganarían,
diga lo que quisiere el rigorismo!
Pues con decir a la hora de la muerte,
con la boca no más, pequé Dios mío (6),
o haciendo reverencia a alguna imagen,
muere de culpa y pena remitido.
Si no muere el enfermo, nada importa,
el privilegio queda suspendido
y pendula en el aire treinta años
hasta que Dios lo llame a su juicio.
¡Cuanto pues, a los pobres religiosos
no deben, bien mirado, los del siglo!
¡Qué indulgencias no ganan los que hospedan
a un fraile de mi padre San Francisco! (7)

Cuántos más privilegios, cuántas gracias
no ganan cada día nuestros síndicos.
A ellos caro les cuesta el mantenernos.
¿Y habría de ser en balde el beneficio?
¡Las cartas de hermandad! ¡Oh cuantas gracias
en ellas a los fieles repartimos!
Participan de nuestras oraciones,
ayunos, disciplinas y cilicios.
Dicen que de eso propio participan
por la comunidad santa en que vivimos
los fieles todos, yo no entiendo de eso,
pero a las cartas de hermandad me inclino.
Nuestras gracias se extienden a los muertos,
no se limitan ellas a los vivos.
¡Qué no ganan aquellos que se entierran
con nuestros santos hábitos vestidos!
¿Y los que con sus ropas de seglares
se enterrarían en los otros siglos,
qué sabemos si allá en el Purgatorio
estarían más tiempo detenidos?
Justo es, pues, que la ley le suavicemos
al que salir no sabe de sus vicios.
No cites otro texto que el que dice,
mi yugo es muy suave y muy benigno (8).
Las tremendas sentencias de los padres,
no han de tomarse en todo su sentido,
eran exclamaciones dirigidas
a conmover un pueblo enfurecido (9).
Y así en la obra de la Corte Santa
dice el jesuita Nicolás Causino,
que en materia de gracia han de leerse
con cautela San Pablo y Agustino.
No obstante todo esto, yo que quiero
seas con los pecadores muy benigno,
quiero seas riguroso, inexorable
con los falsos filósofos e impíos.
Muy pocos de éstos hay en nuestra España

sin embargo que en ella han florecido
las ciencias y el buen gusto, de manera
que a las demás naciones competimos.
Hay religión, hay celo, ¿en la pasada
guerra, de cuántos modos lo hemos visto?
¿Quién animado de ese celo santo
a todos los franceses no maldijo?
¿Y qué predicador del Evangelio
no vimos santamente enfurecido
pedir a Dios no los perdonase,
sino los sepultara en el abismo?
Guerra, guerra, clamaba predicando
un ministro del Dios santo y pacífico,
y el que desee que la paz se haga
desde ahora para siempre sea maldito (10).
Cusi, segundo Pedro el Ermitaño,
sí dejó en el sagrario a Jesucristo
abandonado a que lo profanasen
los franceses, también mató infinitos (11).
Ve aquí que hay religión, hay celo santo,
hay fe viva, ¿qué importa que haya vicios
entre nosotros? Sí, a Dios se den las gracias
creemos cuanto siempre hemos creído.
Hay jueces ignorantes, codiciosos,
estafan subalternos y ministros,
los escribanos suelen ser falsarios,
adúlteros mujeres y maridos,
los menestrales roban cuanto pueden,
es inhumano con el pobre, el rico,
y apenas hay mujer que no se venda
a una saya, a un mantón, a un abanico.
Todo va de ese modo, ¿mas qué importa?
Esos mismos que ahora he referido,
sábete que oyen misa diariamente,
y confiesan los más de los domingos.
Esto sí es ser cristianos verdaderos,
mas ya hay Fray Juan entre nosotros mismos

herejes o en la fe muy sospechosos,
yo te daré las señas de estos bichos.
Aquéllos que no gustan de las obras
que en tomazos de folio se han escrito,
sino obras en octavo, encuadernadas
en pasta, y su cintilla por registro,
inducen gran sospecha, mas no obstante
confieso no es mas esto que un indicio.
Yo te daré otras señas, con que puedas
sin temor por herejes decidirlos.
El legista, sea juez o sea abogado,
que no se satisface con el Vinnio,
con las Pandectas, los autores patrios,
la Curia, el Elizondo, y con ahinco
quiere filosofar sobre las leyes
y estudiar los derechos favoritos,
el Natural, el público, el de Gentes,
la obra de las penas y delitos,
las del Filangieri y Lardizábal,
y si ha de condenar uno a presidio,
a azotes o a la horca, está dudando
como si en esto no fuera muy preciso,
todos esos que estudian de ese modo,
y más si hay pelo propio, chalequito,
junquillo por bastón, y sin espada,
para mí herejes son como Calvino.
Pues, ¿y esos canonistas que desprecian
a Reifensuel, Victor Picler, Murillo,
y andan las Decretales expurgando
si de Anacleto son o de Siricio?
Que en él Gisbert y Van Espen estudian,
que averiguan qué han dicho los concilios,
qué los antiguos padres, y cuál fuese
la disciplina de los otros siglos,
no habiendo más concilios ni más padres
que lo que los pontífices han dicho,
herejes son tan ciertos como hay viñas,

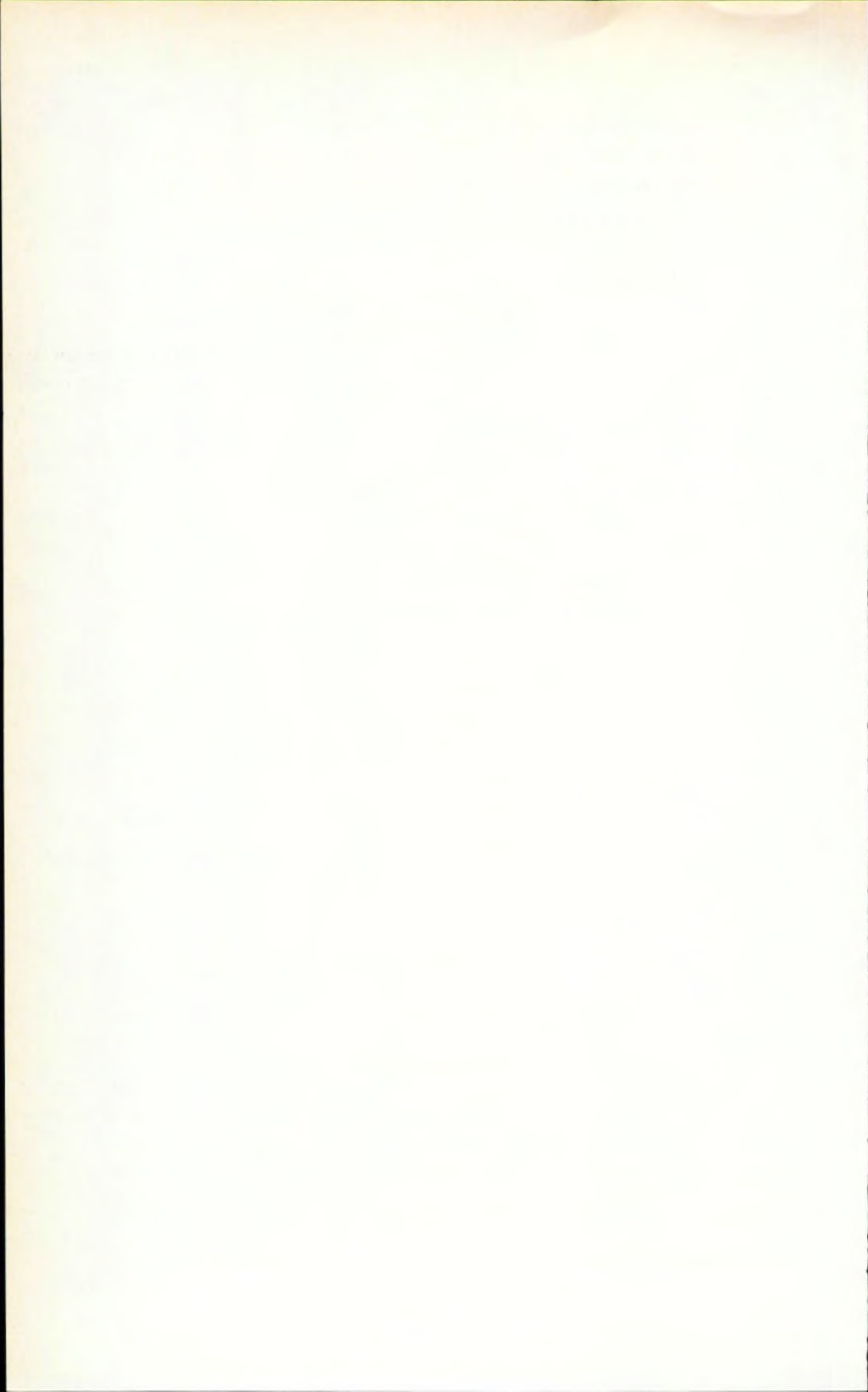
no lo dudes, Fray Juan, yo te lo digo.
Pues qué, ¿y los teologuistas que hay ahora
debe estudiarse, dicen muy erguidos
cuál es la autoridad de la Escritura,
la Iglesia, Tradición, Padres, Concilios,
y otros lugares en Juenin o en Cano
y en este estudio un año se ha perdido,
y después de este tiempo, ten por cierto
que no saben formar un silogismo?
¿Y qué importa que sepan que a Nestorio
lo condenó el Concilio Tridentino
y que contra Lutero y sus secuaces
dictó sus anatemas San Cirilo?
No digo nada de los moralistas
ya Diana, Sánchez, Busenbau, Firylo,
Castropalao, Filucio, Torrecillas,
Leandro, Larroix, ni aún Lárraga el divino,
que se ha reimpresso más de treinta veces
para honor de la España y nuestro siglo,
tienen aceptación, y sólo privan
los que enseñan el fiero rigorismo.
Besombes, Juenin, Droyven, Fransoya,
Patuzzi, Contenzon, el Guardagnino,
el Natal Alejandro, Falbert, el Zola,
y sobre todos Concina el maldito,
tan extremadamente riguroso
que contra el jesuita Venci dijo
que el tocarle los pechos a las monjas
es pecado mortal ¡qué desatino! (12)
Pues ya se lo habrán dicho allá de misas,
que desacreditó a los pobrecitos
jesuitas, y les hizo una cruel guerra
a su doctrina del probabilismo.
Todos estos, Fray Juan, son jansenistas,
y aunque no sigan ni una de las cinco
proposiciones que enseñó Jansenio,
infectados están del jansenismo.

Dirás que ser no puede calvinista
quien no siga los dogmas de Calvino,
pues jansenistas son, no me repliques
aún sin decir lo que Jansenio dijo.
¡Bueno es que no fueran jansenistas
y enseñan no se absuelva al redivivo
ni al de la ocasión próxima tampoco,
y que no basta el miedo del abismo!
¡Bueno está que no fueran jansenistas
unos que tienen por preciso
amar a Dios en la hora de la muerte,
y cuando uno confiesa sus delitos! (13)
Bueno está que no fueran... ¿que me canso?
A esos miserables teologuillos
tú debes evitarlos como herejes
y como a tales has de perseguirlos.
No creen de fe sino es lo revelado,
en lo demás todo es un Pirronismo.
Sobre que hay quien no crea que la Virgen
dictó a la Madre Agreda su escrito.
¡Sobre que hay filósofos que duden
de algunos de los hechos referidos
por Mateo Alemán de San Antonio,
por el padre Bozal de San Francisco!
Y aún dudan que la estatua de este santo,
degolló en una noche a cierto obispo,
con el alfange de la de San Pablo,
y lo dice Cornejo y Waldingo.
¡Oh tiempos miserables en que quiere
esta raza infeliz de teologuillos,
que para publicarse un milagro
se haya de autenticar por el obispo!
¿Con que si nos convidan a una fiesta
y que el predicador publique a gritos
que el enfermo sanó por un milagro
no se dirá sin ese requisito?
¿No es cierto que uno que murió en pecado,

hasta que le quitaron los malditos
el Rosario del cuerpo del cadáver
su alma no pudo ir a los abismos?
El Espejo de Ejemplos, la Leyenda
Aurea, y cuanto de esto han referido.
¿Y hay dos libros como ellos en el mundo?
¿Y quién es capaz ahora de escribirlos?
En fin, Fray Juan, no olvides mis consejos,
yo soy tu provincial, y soy tu tío,
cree que todo el que piense de este modo
es peor que Lutero y que Calvino.
Así me habló este hombre venerable,
y yo con sus razones confundido,
si acaso alguna duda me ocurría
en esta forma me arguía a mí mismo.
Fray Juan ¿qué sabes? Tú no has estudiado,
ni aún el Lárraga entero lo has leído.
¿Porque eres ya predicador primero
discurres que sabrás más que tu tío?
¿No es él aquel lector tan asombroso
que en público teatro ha combatido
los errores modernos, confesando
que jamás los había él leído?
¿No es éste el misionero tan famoso
que como yo en un púlpito lo he visto
él sólo confesaba a más de ciento
mientras el cura confesaba a cinco?
¿Quién en la dirección lo ha aventajado?
Pues las mujeres que él ha dirigido
todas diariamente comulgaban;
y sólo confesaban los domingos.
En los conventos en que fue prelado
qué prudente, qué afable, qué benigno.
Jamás a fraile alguno le reñía
aunque le viera hacer mil desatinos.
Al mismo tiempo, ¿quien más cuidadoso?
En su trienio un número excesivo

juntó de misas, tanto, que hasta ahora
cumplirlas el convento no ha podido,
sacó bula de Roma, contribuye
en el tanto por ciento que es de estilo,
y aquel número grande que restaban
en cantar una misa, lo cumplimos.
¿Quién con los provinciales más garboso?
La honesta... (14) que les daba a ellos mi tío,
accedía a los demás, y así siempre
de todos el prelado más querido.
Llegó a ser Provincial, ¡cuántos ejemplos
de humildad y pobreza no hemos visto!
A ningún superior le consentía
que le pusieran más de tres principios,
apenas llega a trece mil ducados
lo que el Provincialato le ha valido,
jamás tocó un ochavo con sus manos,
buen hijo de mi padre San Francisco.
Tan nimiamente escrupuloso en esto
que cuando en mi presencia se ha ofrecido
sacar algún doblón de la gaveta,
hacía lo sacara un donadillo.
A un superior, a un tío como éste,
¿qué haré en obedecer cuanto me ha dicho?
Yo seguiré fielmente sus consejos,
pues sé que errar no puedo si los sigo,
procurando agradarle es consiguiente
que me jubile en el primer capítulo,
y me haga confesor de monjas, ¡cuanto
me cuidarán aquellos angelitos!
¡Oh y cómo llenaré mi ministerio
ni una ha de confesar sino conmigo!
Aún a la hora misma de la muerte,
no habrá de confesarlas ni el obispo.
Debemos sostener los regulares
las exenciones que hemos merecido,
ni me hace fuerza a mí que San Bernardo,

siendo monje, y abad las contradijo.
De obvenciones, propinas y regalos,
y la misa después de mantenido,
juntaré un buen peculio, tendré el uso
tan sólo, y mis prelados el dominio.
Con él contentaré a los superiores,
y a cada Provincial, esto es preciso,
pues aunque uno sea un pobre religioso,
no es justo que lo tengan por mezquino.
Siempre estaré a favor del que mandare
y siempre estaré en contra del caído,
política muy útil, observada
tanto o más en el claustro, que en el siglo.
Con la conducta así tan religiosa
cada trienio me veré ascendido,
seré Definidor, seré Prelado,
y aún Provincial seré como mi tío.



NOTAS

- (1) Fray Juan Falcón en su laxísima obra *El pan nuestro de cada día*.
- (2) Es doctrina de los probabilistas.
- (3) Es opinión de muchos probabilistas que apenas se encontrarán, aún en los reyes, bienes superfluos para dar limosna.
- (4) El que escribe venera como católico todos estos signos exteriores de piedad, pero se burla de las supersticiones que acerca de ellas se propagan al pueblo por los malos teólogos.
- (5) En el convento de PP. Fcos. Observantes de Granada.
- (6) Consta de un formulario impreso que se reparte con las medallas en dicho convento.
- (7) Hay un libro impreso *Razón de las gracias que ganan los que hospedan a religiosos de San Francisco*.
- (8) Casi no citan otro texto los probabilistas.
- (9) Así interpretan las sentencias de los padres.
- (10) En cierta catedral dijo un predicador: "señor, tu maldición y tu anatema al que desea la paz".
- (11) Cusi era el famoso cura de Camprodón que tomó las armas, juntó a sus parroquianos, y dejó el sacramento, que profanaron los franceses.
- (12) El jesuita Venci escribió de los casos referidos de una diócesis en la que era toda una torpeza cometida con religiosa, dijo: que no podía ser pecado reservado el tocarle los pechos a una monja, pues esta acción de sí sólo era pecado venial. Concina impugnó una opinión tan escandalosa, varios jesuitas escribieron defendiendo a Venci, de lo que resultó que en Italia los llamasen los teólogos mamilares. Un pagano, aunque hubiese sido Ovidio o Anacreonte, no hubiera dicho lo que el buen jesuita.
- (13) El que escribe esta sátira condena muy de corazón las cinco proposiciones de Janseño en cualquier sentido en que la Iglesia las tenga por heréticas sólo se burla aquí de los que imponen la nota de jansenistas a cualquiera que defiende el sano moral o el sistema de la gracia de San Agustín. A pesar de esto, el jesuita Colonia, publicó su obra, *Biblioteca Janseniana*, y puso en ella a cuantos autores quiso. Se prohibió

esta obra y salió el *Diccionario janseniano*, incluyendo en él todos los autores opuestos a los sistemas jesuíticos, de modo que se ha verificado y sigue verificándose lo que decía el cardenal Bona *qui non molinist, jansenist*. Aún extinguida la Compañía, sus alumnos y secuaces, que no son pocos, siguen infamando a los que no son sus partidarios. En estos tiempos han publicado en Italia obras en que dicen, que cuanto ha sucedido en la Francia, es obra de los que se llaman jansenistas.

- (14) La Honesta llaman en la religión de San... a una contribución secreta que hace cada prelado al provincial cuando visita a su convento. Se pone en la alcoba en un cartucho de papel aquel dinero que le dicta su devoción, entra el provincial en una alcoba y recoge el cartucho, y sólo el provincial y el prelado saben lo que contenía el cartucho.

**SATIRA CUARTA: A LA OBRA DEL EXJESUITA BONOLA LIGA DE LA
TEOLOGIA MODERNA CON LA FILOSOFIA (¿1798?)**

Había una señora muy hermosa,
noble, rica, discreta y respetable,
su marido al morir, le dejó dicho,
cómo ella había en todo de portarse,
y enseñar a sus hijos, que cuidara
que éstos nunca creyeran disparates
y consejas de viejas, y que siempre
la solidez y la verdad amasen.

Murió el señor, crecieron los muchachos,
en mucho tiempo fueron observantes
de la buena doctrina que tuvieron;
pero llegando ellos a ser grandes
algunos que salieron casquivanos,
soberbios, altaneros, dominantes (1)
por adquirirse fama y buen concepto,
y poder dominar en todas partes,
relajan la moral santa y austera
a que los sujetó su anciano padre,
inventan mil tonterías y delirios,
que a las viles pasiones lisonjeasen
sustituyendo a sólidas virtudes
mil sandeces y mil puerilidades.

La madre (2) les reñía, no hacían caso,
les amenaza, pero todo en balde,
y se empeñan ¡qué diablos de muchachos!
que han de hacer burla de su propia madre.

La señora conserva sus ideas,
ni era posible que ella se apartase
de lo que el buen marido la había dicho,
pero los mozos, que eran bien fatales,
sin que la pobre en nada consintiese,
le disipan sus joyas y diamantes,
el purísimo oro que tenía (3)
y le hacen sus vestidos de follajes,

de moñacos, cintajos y relumbres,
ora mancim, platina y otras tales,
cosas a este jaez, que valen poco,
y muchas de ellas, cierto, nada valen,
y quizá y sin quizá (esto es lo malo)
acaso pueden ser perjudiciales.
Haciéndola vestir de esta manera
el augusto semblante de la madre
no perdió enteramente su semblante,
pero logran al fin desfigurarle.
Ya todo es faramallas, apariencias,
nada de solidez y de verdades.
Vestida así, las gentes que la miran
y hallan de que estas modas son muy fáciles,
que cuestan menos que las otras
que dejó señaladas el buen padre (4).
Dicen que en esto estriba la hermosura,
que aquel adusto y tétrico semblante
que tuvo en otro tiempo esta señora
era un efecto de los tristes trajes
con que ella y sus hijos se vestían.
Se cunde esta opinión por todas partes,
todos la aprueban y la adoptan todos.
¿Y qué tiene de extraño se inclinasen
a lo que nada cuesta o cuesta poco
y se hace creer que tanto vale,
como lo que se usaba antiguamente?
Así reservarán sus facultades
para emplearlas en vicios, y si enferman,
¡cuánto más fácil es ahora curarse
que en los tiempos de antaño, pues entonces
oh qué medicamentos tan fatales!
Todo era cauterio, cuchilladas,
fuego, golpes y dieta perdurable (5)
que de oírlo sólo se horroriza uno.
Ahora todo se cura en un instante
con un emplasto, tal cual lenitivo,

una purguita y un atemperante,
con dos (6) o tres cosillas por afuera,
se curan los enfermos a millares,
es verdad que recaen luego al punto
otra vez a lo propio y adelante.
Todas estas doctrinas esparcieron
aquellos buenos niños, y la madre,
por más que los corrige muchas veces,
no pudo conseguir que se enmendasen (7).
Mas se consuela con que ve a otros hijos
que siguiendo las máximas del padre
sin blasonar que llevan su apellido (8)
se oponen a tan viles novedades.
No puede consentirse, dicen éstos,
que a una mujer tan noble se le ultraje,
que en vez de sus adornos tan antiguos,
tan augustos, tan ricos y brillantes,
que hacían majestuoso su decoro,
se le vista de trapos despreciables.
El resplandor, la brillantez hermosa,
de él su serio hermosísimo semblante,
han empañado y han ennegrecido
que no parece la que fuera antes.
A las usanzas útiles y serias,
provechosas asaz y saludables,
en las que desde luego crió a sus hijos,
han hecho sustituir mil disparates
vacíos de virtud y de eficacia
y tal vez llenos de error y necesidades.
No puede esto sufrirse, repetían,
procuremos se vuelva a nuestra madre
todo cuanto la pobre ha ido perdiendo
así conseguiríamos criase
a sus hijos robustos, sanos, fuertes,
no como ahora enfermizos, incapaces,
de resistir un mal que sobrevenga,
pues por más de que griten y que clamen

que el hombre es por sí sólo muy robusto
capaz de superar todos sus males
con el menor auxilio (9), lo contrario
les dijo muchas veces nuestro padre,
y aún otras muchas nuestra madre misma
declaró que esto era disparate,
por lo que procuremos con empeño
que aquellas medicinas se preparen
con que los buenos médicos antiguos
curaban a los míseros mortales.
Dejémonos de enjuagues y de emplastos
que han inventado viles charlatanes
para ganar concepto, y al enfermo
dejarlo en el estado de incurable.
¡Así claman aquellos buenos hijos!
Los otros los oyeron ¿y qué hacen?
Temiendo han de perder su gran concepto,
y habrán de descubrirse sus excesos,
fingiendo un celo que jamás tuvieron
por defender a su bendita madre
y amaestrados en forjar calumnias
inventan la mayor que pueda darse.
Dicen que aquellos hijos que desean
restituir a la madre aquel semblante
hermoso que tenía en los principios,
vestirla de sus joyas y diamantes,
y no groseros y asquerosos trapos,
que esos hijos que quieren se restauren
usos rancios, durísimos, austeros,
que a los pobres enfermos se les trate
con gran rigor, privándoles de aquellos
placeres con que suelen recrearse,
porque decían médicos antiguos
eran al hombre muy perjudiciales,
que no quieren que coman con frecuencia
un pan muy sustancioso, sin que antes
se preparen muy bien, en lo que tiran

a que nunca este pan pueda amasarse,
dicen pues que esos hijos, nada menos (10)
piensan que en las ventajas de su madre,
que éstos quieren matarla, destruirla,
y que no pararán hasta que alcancen
arrojarla del mundo, y que no exista
y para eso han hecho liga infame
con los que han perseguido a esta señora
y son sus enemigos capitales.
Esto decían sus rebeldes hijos,
esto gritaban por cualquier parte.
¿Quién había de esperar, Liseno mío,
que hubiese habido hombres tan salvajes
que creyeran calumnias tan atroces,
tan infundadas, y las publicasen?
¿Qué? ¿Tú mismo, Liseno no me crees?
¿Piensas que lo que he dicho en este instante
es invención, es un capricho mío,
un entusiasmo, un?... óyeme aparte.
¿Ves aquéllos que están allí riendo
que con filosófico semblante
van de nuevo ganándose terreno
con los nobles, los ricos y los grandes?
Mudado el nombre, con ellos también habla
la fábula que acabo de contarte.



NOTAS

- (1) Los jesuitas.
- (2) La Iglesia.
- (3) Los jesuitas relajando la moral y la disciplina, fomentaron la falsa devoción.
- (4) Alude a las devociones y prácticas pueriles que se han sustituido a la antigua solidez y austeridad.
- (5) Las antiguas penitencias y el espíritu del evangelio.
- (6) Las devociones puramente exteriores, las penitencias sacramentales, no proporcionadas a los pecados, la facilidad de absolver y dar por bien confesado y justificado al pecador que al instante recae.
- (7) La Iglesia condenó muchas veces al laxismo de los jesuitas y quiso enmendarlos, pero nada logró.
- (8) La Compañía de Jesús, o los jesuitas.
- (9) Alude al sistema de la gracia de Luis de Molina que tan cercano está al semipelagianismo, sino es el mismo condenado tantos siglos ha.
- (10) Los jesuitas en todos tiempos han calumniado y perseguido a los que han opinado contra ellos: de esto hay innumerables pruebas que nadie ignora y en el día han publicado varias obras para persuadir que la revolución de la Francia, aún en la religión, es obra de los que seguían la misma doctrina. Bonola lleva su demencia hasta decir que Antonio Arnauld quiso negar la Eucaristía, siendo él quien escribió la incomparable obra *Perpetuité de la foi*, en la que más que nadie probó la presencia real y la transustanciación.



SATIRA QUINTA: HIMNO A LA GIRALDA

Sabios egipcios, los que levantásteis
tantas pirámides, y columnas altas,
venid confusos y adorad humildes
nuestra Giralda.

Pico de Teide, que descuellas tanto
entre las siete islas Afortunadas,
de ti se burla como de un pigmeo
nuestra Giralda.

Sierra de Ronda que la nieve cubres
cual los cipreses entre humildes zarzas
del mismo modo sobre ti descuella
nuestra Giralda.

Montes marianos, encumbrados Alpes
excelsa torre que a Estrasburgo ensalzas
si aquí estuviéseis, os hiciera sombra
nuestra Giralda.

Sagrado Olimpo a cuya altiva cumbre
llegar no puede ni la nube parda
las nubes todas por debajo mira
nuestra Giralda.

Númenes sacros que asistís propicios
a Híspalis bella, la que el Betis baña
en los Elíseos ver merezcamos
nuestra Giralda.

Amén.

FABULA DICHA POR UNA NIÑA DEL HOSPICIO (1800)

Excelso jefe nuestro,
ilustres diputados,
respetables señores,
que asistís a este acto,
mis amadas hermanas,
dadme atención un rato,
y os diré brevemente

lo que anoche he soñado.
Soñé veía unos hombres
que con gran cuidado
cogían varias ramas
que se habían desgajado
de aquellos arbolitos
en que se habían formado.
Inútiles, marchitas,
y sin servir para algo,
ellos las apreciaban
más que a su propio árbol.
Vi también que unos troncos
del todo desecados,
juntaban, y en sus hombros
los llevaban cargados.
¿Qué es esto?, yo decía.
¿Por qué es empeño tanto?
¿Esos tristes ramitos
en qué han de aprovecharlos?
Pero vi las plantaban
en un huerto cerrado,
las riegan de continuo,
las guían con cuidado,
y al punto esas ramillas,
que yo había despreciado,
prenden y llevan frutos
y frutos sazonados.
Los inútiles troncos
que el tiempo ha desecado,
cuidándolos, consiguen
más y más conservarlos.
Absorta yo al ver esto,
exclamé ¡Cielo santo!
Declaradme el misterio
que este sueño ha encerrado.
Vi entonces que venía
hacia mí caminando,

una mujer hermosa
que a sus pechos criando
traía dos chiquitos
y otros dos de la mano.
Yo soy, me dijo ella,
yo la que he formado
ese establecimiento
en que te estás criando,
la caridad yo soy,
y yo la que he juntado
a vosotras, que ramas
érais que había arrancado
la orfandad y la pobreza
de vuestro propio árbol.
Yo la que aquí os educa
para Dios y el Estado.
Yo quien guardo la vida
a la anciana y anciano.
Sí, dije yo a gritos
ya miro Dios sagrado
el sueño que he tenido
en mí verificado.
La religión me educa,
ella me va formando,
y ella ha formado a tantos
que pobres sin amparo
o hubieran perecido
o fruto malhadado
sólo para un vil mundo
se hubieran sazonado.
Así yo miro a muchas
que habiéndose enlazado
en matrimonio honesto,
Dios las ha preservado.
Aún miro más, veo a cinco
que en menos de seis años
en austeros conventos

a Dios se han consagrado.
De Jesucristo, esposas.
Dios, Dios las ha elevado
desde esta pobre casa
a su mismo regazo.
Continuad, pues, señores,
continuad cultivando
estas pequeñas plantas
que Dios os ha confiado.
Corresponded vosotras
al esmero y cuidado
con que aquí se nos guía
a fin de que vivamos
para Dios en la tierra
y merecer gozarlo.

CARTAS SATIRICAS SOBRE LA TRAGEDIA SANCHO ORTIZ DE LAS ROELAS

Hos tu, erile, collis! et hos tu Fibrys adoras!

¡Esto es lo que tú, Tajo, reverencias!

¡Esto es lo que tú adoras, Manzanares!

Mi estimado amigo: qué de gracias debo dar a Vmd. porque me ha proporcionado que lea la tragedia Sancho Ortiz de las Roelas. La leí más de diez veces conociendo que había de experimentar aquello de *quae placuit semel decies repetita placebit*: así fue, cada vez me gustaba más, verificándose a la letra aquella coplilla, y mientras más la miraba, más bella me parecía. Aumentó para mí el mérito de esta pieza, el que acaba de leer la insulsísima comedia *La Misanropía y el arrepentimiento*, la que me parecía peor, la leí en la traducción hecha en prosa tan decantada. Es imposible que nos presenten una comedia tan insulsa, y de una moral tan pueril y ajena de nuestros días, que ha de mirar y de seguir. ¿Puede darse mayor desatino que presentarnos una mujer que por la grandísima friolera de haber abandonado a su marido, y huídose con un hombre, se llena de arrepentimiento, y agitada de los remordimientos de una conciencia pusilánime, de un honor quijotesco, le falta poco para matarse, huye a los campos, no piensa más que en su delito, como si hubiera muerto a su obispo, siempre agitada, inquieta siempre, que parece un Caín? ¿Y dónde me deja Vmd. al tonto del marido, que el muy mandria se avergüenza de un delito que no cometió, huye de su país, vive desconocido hasta de su mismo criado, se mete en un desierto, y aún allí no quiere hablar con nadie? Se desata el nudo, llegan a verse marido y mujer, ella dice que no la debe perdonar, ni quiere la perdone, sino que la castigue porque se huyó con el querido, el marido se enternece al verla, le ofrece socorrerla toda la vida con su caudal, pero no quiere unirse otra vez a ella, cuando esto le costaría mucho menos. A mí se me figuraba al leer la comedia que estaba leyendo a dos locos. ¿Y a quién moverá esto? ¿Le parece a Vmd. que habrá muchas señoras que si han caído en alguna flaqueza imiten este exceso de sentimiento? ¿Que habrá muchos maridos que se vayan a la Tebaida, porque sus mujeres se huyeron con un hombre? Claro es que no, pues ¿para qué habernos traducido esta comedia?

Bendito sea mil veces el señor Trigueros aún más que por *Los Menestrales* y *La riada* por haber mejorado la tragedia de Lope, *La estrella de Sevilla*, a la que yo después de ponerle aquel hermosísimo epígrafe *miserum et tacere um prodesset loqui*, hubiera añadido, para los meros romancistas el antiguo refrán al buen callar llaman, Sancho, pues tengo mis ciertas presunciones que se hizo por Sancho Ortiz de las Roelas: sea de esto lo que fuese puedo asegurar a V. que al leer la tragedia, me acordaba de nuestros predicadores que declaman tanto contra el moral de nuestro teatro. ¡Ah si leyeran ellos, decía yo, la tragedia de Sancho Ortiz corregida por el señor Trigueros, otra cosa dirían! Léanla, y léanla con la crítica y reflexión que yo, y yo con el ánimo de buscar *nodum in scinpo* y verán qué moral tan puro y tan necesario de presentarlo sobre el teatro en nuestros días.

Así es, y dispuesto tan sabiamente, que desde las primeras palabras ya ve Vmd. toda la enseñanza y todo cuanto ha de suceder. Dice el rey don Sancho:

Sé que es vana porfía
mientras que Bustos Távora
cele a su hermana, o no muera,
Estrella no será mía.

Ya ve V. aquí un rey ostentando todo su poder tal cual Dios se lo da. ¿Y por qué ha de ser tan mentecato Don Bustos, que cele a su hermana de un tal modo que se oponga a los favores que el rey quería hacerle? Bien empleado está el que lo maten por tonto. Yo apuesto cualquiera cosa que en el día no han de matar a ningún hermano, a ningún padre, a ningún marido por esto: de los escarmentados se hacen los avisados y si alguno fuese tan tonto que no escarmiente con lo que le sucedió a Távora, que lo pague. ¡Ah buen don Arias atégome a tu doctrina!, que viendo al pobrecito rey, tan afligido le decía:

Qué, señor, romper por todo
antes que todos sois vos,
y es cosa dura por Dios
que padezcáis de ese modo.
Vuestra voluntad es ley

que no exceptúa a ninguno,
y si ha de ceder alguno,
no ha de ser quien ceda el rey.

Y así es. ¡Qué cosa más dura que ver padecer al pobrecito rey por querer disfrutar a Estrella y que su hermano sólo porque lo es, se lo impida, sin mirar que es un vasallo, y que el rey no debe ceder ni aún esto! A Vmd. le parece que yo me burlo. Nada menos, si cree demasiado lisonjeros los consejos de Don Arias, oiga a Sancho Ortiz, hombre de pro, que no sabía adular y que supo hacer la hazaña que el rey le mandó. Oígalo Vmd. en la escena quinta del primer acto, y oirá Vmd. que le dice a su Alteza, que en él una imagen sacra veo:

De Dios, que es su copia el rey,
y después de él en vos creo
y en servir a vuestra ley,
después de su ley, me empleo.

¿Lo ha oído? Pues reflexione un poco: no sólo es imagen de Dios el rey, eso ya lo sabíamos, sino que después de Dios debemos creer en el rey, de modo que en el símbolo, después de decir "creo en Jesucristo", debemos decir "y en el rey". ¡Hombre, qué hallazgo! Una regla más de fe por su orden, Dios, el Rey, la Escritura, la Iglesia, de aquí es, que el amigo que lo tenía bien estudiado, no sólo dijo que después de Dios creía en el rey, sino que miraba cualquier palabra suya como ley. Esto lo confirma en la escena séptima donde dice que el rey no puede mentir, porque es imagen de Dios. No faltaba más sino que pudiese mentir quien es regla de fe que no puede ni engañarse ni engañar. Hizo muy bien el amigo Roelas en matar a Bustos, y en mi dictamen, pues se lo mandó el rey, ni agua bendita debió tomar por el asesinato: bien lo conocía él, y así dijo tantas veces que no.

Ni crea V. que él lo dijese por excusarse o por encubrir quien se lo mandó, sino muy firmemente persuadido a que no había obrado mal, a lo menos en materia grave. El rey, que conocía muy bien hasta dónde llegaba su autoridad, y la razón tan grande que le había asistido, no calificó esta acción aún antes de descubrirse, como cosa mayor, y así cuando mandó a Arias a que dijese Ortiz quién le había ordenado que hiciese el asesinato, lo califica de un mero deslíz:

Mas si callar es su intento,
hoy mismo de su desliz
será público escarmiento.
¡Hombre extraño es Ortiz!.

Estrella, cuando intenta luego libertar a Sancho, como ya ella había sospechado que el rey había sido quien mandó matar a su hermano, califica el asesinato más que de un desliz, y así le dice a Sancho:

Vete, y sé de hoy más feliz,
yo haciendo lo que debía,
Estrella soy que te guía,
clara antorcha en su desliz.

El mismo Sancho, el mismísimo Sancho, en la propia escena que es la sexta del tercer acto, no califica de otro modo su atentado: oígaselo V. decir por su propia boca, que ya se habrá comido la tierra, oígallo V. en aquella despedida tan tierna y tan propia de la situación en que estaban Estrella y él, capaz de enternecer a un bronce:

Sancho.

La ofenda, siendo tan bella.

Estrella.

Tan héroe, y es infeliz.

Sancho.

Triste y forzoso desliz.

Estrella.

Adios, y olvidad a Estrella.

Sancho.

No os acordéis más de Ortiz.

Ya sé V. que lo llama desliz, y desliz forzoso, esto es, preciso, que no pudo dejar de cometerlo. No señor, no, ¿no ve Vmd. que se lo mandó el rey, que no puede ni engañarse ni engañar? Y esto es que Don Sancho estaba con una pesadumbre la más grande, por haber muerto a su amigo, y esta pesadumbre se la aumentó hasta lo sumo la cristiana y juiciosa reflexión que hizo, y acaba V. de oírle, reflexión por la que da a

entender que se agravó el delito o desliz hasta el grado de sacrilegio, que lo reviste de unas circunstancias en mi juicio *o mutantes especies o notabiliter o... agravantes*: su misma pena le hace producir la reflexión que ha hecho para enseñanza y escarmiento de todos los que maten hermanos. ¡La ofendí siendo tan bella! Ya ve V. que matar al hermano de una mujer hermosa es un delito muchísimo más grave que matar a cien hermanos que tuviese una mujer fea, y sin embargo, Sancho, Estrella, el rey, lo califican de un desliz, esto es, de haber caído en una flaqueza o miseria, y si V. me apura, no haber acabado de caer, o haber caído inadvertidamente o por descuido. Yo, si hubiera tenido la honra de ser el reformador de esta tragedia, me parece que la hubiera intitulado *El Desliz de Sancho Ortiz*. Algún malicioso dirá que el haber repetido desliz tantas veces hablando del asesinato, ha sido por buscar consonantes a Ortiz y a infeliz, y que si se hubiera llamado Sancho Hernando, habría dicho el rey a Don Arias:

Mas si callar es su intento,
de su pecado nefando,
será público escarmiento.
¡Hombre extraño es Sancho Hernando!

¿Y lo creeré yo? Buenos son Lope de Vega y el señor Trigueros para andarse en busca de ripios: estábamos bien. ¿Con que también tendrá Vm. por ripio aquella palabra de la escena tercera del segundo acto cuando dice Farfán:

Llevad a Bustos Tavera.
Y responde éste:
Sí, que vuelve ya su hermana,
y fuera pena inhumana,
que renovará su afán.

Vmd. la tendrá por ripio, porque separo será algo más que afán un accidente causado por la inesperada vista del cadáver de su hermano, que vio Estrella acabado de asesinar, y vertiendo sangre por las heridas, a mí me parece también algo más que afán. Pero como he de creer que sea ripio, después de haber leído la advertencia o prólogo, en el que se

dice se encuentra en esta tragedia "acción escogida y bien manejada, caracteres sublimes bien sostenidos... expresiones dignas y una versificación como suya (esto es, de Lope) son prendas en que abundan tantos pocos ingenios de ninguna nación". Confieso a Vmd. que esta última expresión, "son prendas en que abundan tantos pocos ingenios de ninguna nación", no la entiendo bien ni sé lo que dice, aunque sí comprendo lo que quiere decir, pero todo lo demás de "acción bien escogida, y bien manejada, caracteres sublimes bien sostenidos, expresiones dignas, y una versificación como suya" lo entiendo y muy que lo entiendo, y si no vamos discurriendo por todas ellas.

Acción bien escogida y bien manejada. ¿Y le parece a V. que pudo escogerse entre todas las acciones, no digo ya del rey don Sancho el Bravo, sino de todos nuestros reyes, acción más digna que la de mandar matar a Bustos, magüer que fuese un vasallo honrado, porque no consentía que el rey folgase con su hermana? ¿No es ésta una acción propia del que es imagen de Dios? ¿Una acción que manifiesta hasta dónde llega el poder de los soberanos? ¿No le da honor al carácter de Don Sancho? Acción bien escogida y bien manejada: si Vmd. lo toma por lo material de la acción ¿pudo manejarla mejor Sancho Ortiz? Dígalo el muerto. ¿Pudo Roelas haber desempeñado mejor, que creía en su rey después de Dios, que dejándose bajo la mano muerto al golpe, como se dice ahora, a Távora? ¿Puede darse en un vasallo acción más digna que servir a las pasiones de su rey, cerrar los ojos si le ocurre alguna duda o escrúpulo, y decir como buen católico, el rey no puede mentir, no, que es imagen de Dios?

Caracteres sublimes bien sostenidos: ahí es nada. Mire V. si los hay en la tragedia: un rey que sabe dónde le aprieta el zapato de su carácter, sabe que ha de sostener sus pasiones, y caiga el que cayere. Quiere prostituir a una doncella honrada, ha de sostener el carácter sublime de irse de noche disfrazado a la casa de ella, ha de sobornar a una esclava, ha de tirar la espada contra un hermano que quiere defender su honor: si éste le pide licencia para casarla, se la ha de conceder porque no puede negársela, pero ha de tener el carácter sublime de decir: hasta aquí no pudo llegar su muerte, al fin resolví. Para esto ha de elegir el noble y sublime medio de buscar un asesino, y aún el más noble y más sublime, de decirle que lo mate a traición. Lo ha de engañar, encubriéndole el todo de la verdad, y diciéndole que aquel hombre lo quiso matar

a él. Ya que quiere castigarlo por esto, no ha de andarse con formalidades judiciales, acusaciones, proceso, jueces, sentencia: eso mi abuela haría lo mismo. El carácter sublime y bien sostenido de un rey no ha de sujetarle a las leyes, sino ha de *ser praeter... legem, supra legem et contra legem*. Si a este asesino lo pilla la justicia, hay medios propios de un carácter sublime y para defenderlo y librarlo: primero, ligarlo de antemano con el siglo para que no diga quién le mandó hacer el asesinato, segundo, empeñar toda la autoridad real para que los jueces falten a su deber, y no le impongan la pena de la ley. Si ellos son tan mentecatos, tan sin carácter sublime, que se empeñan en imponer al reo la pena que merece, hay el medio dignísimo de enfadarse contra ellos y tratarlos con la mayor aspereza y severidad: yo no sé cómo no le ocurrió a el señor Trigueros el medio más fácil de quitarles el empleo y desterrarlos. Por último, cuando ya no puede recurso, cuando vayan a apretarle el pescuezo al asesino, entonces decir la verdad. Esto sí que se llama carácter sublime y bien sostenido. Bien lo conocieron luego los jueces, pues al oír decir al rey que él había mandado a Sancho Ortiz que matase a Bustos, exclamó:

... así

Sevilla se desagravia,
que pues mandó el rey matarlo,
sin duda habría causa.

¡Y cómo, si la dio! ¿Qué hombre de buen juicio se niega a los favores de su rey como se negó Bustos?. Yo le aseguro que si él hubiera nacido en Marruecos hubiera ido a ofrecer al rey a su misma hermana Estrella.

De aquí es, vea Vmd., si yo soy ingenuo, que el carácter de Don Bustos Távora no me parece sublime, sino un carácter brusco, poco sociable y demasiado quijotesco. Es innegable que en el día hay más ilustración, mejores ideas, más filosofía que en aquellos tiempos, pues V. no encontrará, aunque lo pague a peso de plata, un hermano tan grosero y poco complaciente como Bustos. ¿Qué digo hermano? No hallará Vd. un padre, una madre, un marido que haga lo que este feroz Távora. Pues, hombre de Dios, ¿no es una locura que vengan a presentarnos al teatro un ejemplar tan contrario a las ideas y costumbres en que vivimos?

¡Qué consecuencias tan funestas se pueden seguir! Ahora nadie riñe, no digo con los reyes que no hacen esas travesuras, pero ni mucho menos que el rey, por defender a su hermana, a su hija ni su mujer. Con este ejemplo, ¿qué sabemos si querrán algunos hacer de él Don Bustos y sucederán mil desgracias?

El carácter de Don Arias, si he de decir verdad, no me parecía sublime al principio, sino bajo, y de un vil adulator, pero luego que reflexioné un poco conocí que era sublime y bien sostenido. Arias, como hombre cristiano, de juicio y buen vasallo, hace ver que es cosa muy dura que un rey esté padeciendo de aquel modo, porque Bustos no le consienta que prostituya a su hermana Estrella: hace ver que la voluntad del rey de prostituirla, es una ley que a nadie exceptúa, ni a Estrella, ni a todas las Estrellas del firmamento, y así Bustos es el que debe ceder de su majadería y su capricho, y entregar a su hermana. Bien mirado ya ve V. que le sobra la razón. ¡Bueno fuera que lo que hace un rey moro en su reino, no lo pueda hacer un rey cristiano en el suyo!

¿Y mi buen Sancho Ortiz de las Roelas? Este sí que es un carácter sublime, sublimísimo, y más que sublimísimo, el más digno de un héroe, y héroe cristiano. La lástima es, que aún presentado en el teatro para ejemplo, temo que sean muy pocos los que lo imiten. ¡Qué obediencia tan ciega a su rey! Ya se vé, como que creía en él después de Dios, y sabía que el rey no podía engañarse ni engañarlo. Así hubieranle mandado matar cuñados, hermanos, padres, mujer e hijos, él los hubiera muerto a todos con la misma serenidad que quien mata conejos. Pues que vayan luego a sacarle que diga quién le mandó matar a Bustos, primero sacarán un judío de la Inquisición. ¡Qué heroicidad! ¡Qué carácter tan sublime! Haberse comido el papel que le dio el rey para su resguardo, y que podía salvarlo. Y no habérselo comido poco a poco para que le costara menos trabajo, sino todo de una vez, y en verdad que en todo el día no quiso tomar otro alimento. Nuestra desgracia ha sido que el rey al fin descubrió la verdad, que si no hubiera tenido la Iglesia de España un mártir del sigilo real, antes que la Iglesia de Praga un mártir del sigilo de la confesión, pues mi buen Sancho se hubiera dejado ahorcar mil veces, antes que descubrir al rey.

En punto a la versificación que es como de Lope de Vega, confieso que algunas escenas no me gustaron, porque están en aquel verso de romance asonantado, tan extremadamente fluido y natural, que parece

prosa. Esto se me figura compota de versos, aquella almíbar clara y líquida como el agua, que apenas sabe a dulce: y así como éste lo quiero yo muy subido de punto, y muy espeso, los versos los quiero muy atestados de consonantes, con sus retruecanillos que dan una cierta armonía a la dicción, e hieren los oídos bien organizados de un modo el más grato. Entre otros ejemplos que puedo citar de esta hermosísima tragedia, me contentaré con proponer dos escenas, que dudo las haya mejores ni tan buenas entre cuantas piezas componen nuestro teatro. La una es cuando Sancho Ortiz sale del Alcázar ya con el orden de matar a un hombre, pero aún no sabe quien es y dice:

Camino a buscar a Bustos
mas sabré quién es el muerto,
que servir al rey es justo
aún primero que el gusto.

No nos paremos en que dice mas verá quién es el muerto, en lugar de verá a quién he de matar, pues ésta es una figura retórica en que toma el pretérito, por el futuro, porque de lo contrario, sería decir mas verá quién es el muerto a quien debo matar, y parémonos sólo en el deleite y armonía que causan aquellos tres consonantes Bustos, gusto y justo. Pues aún hay otra escena más mejor, como dicen los muchachos: lee Sancho el papel que le dio el rey, y que es a Bustos al que debe matar, y luchando entre el amor grande que tiene a Távora, y el precepto del rey, dice:

Viva Bustos...Bustos injusto
contra su rey, por mi gusto
¿Ha de vivir? Bustos muera:
¡A qué batalla tan fiera
me entrega tu nombre, Bustos!

Prescindiendo que no comprendo qué quiera decir que el nombre Bustos es el que entrega a Sancho una batalla tan fiera, a no ser que hable de la dura lucha de no encontrar más consonante que justo, injusto y gusto, aseguro a V. que más quisiera ser autor de esta escena, que de las poesías de Meléndez Valdés y de las de Fray Diego González. Yo no encuentro de qué comparar esta escena, sino con la última estrofa del Himno del oficio de San Fruto, patrono de Segovia:

Gloria tibi, domine,
faecunde fructus virginis
qui ligni vitae fructibus
beatum fructus reficis.

Y aún me parece que está mejor la escena y si no que lo diga cualquiera.

¡Bendito sea el señor Trigueros que nos ha proporcionado ver en nuestro teatro una tragedia tan excelente! ¡Qué modelo se presenta a los reyes, para que sepan que en negándose un vasallo, aunque sea el mayor infanzón, a que prostituya a su hermana, ha de mandar que lo asesinen! ¡Qué ejemplo a los vasallos, para que entiendan que la voluntad del rey, sea la que fuere, es ley que no exceptúa a ninguno! Que han de entregar a sus hermanas cuando se las pidan, y si no estocada y a ellos. ¡Qué ejemplo a los que el rey manda hacer un asesinato, aunque sea a traición, para que lo ejecuten y para que si les da un papel de resguardo, se lo coman todo entero, y en aquel día no prueben otro alimento! ¡Qué tragedia, qué caracteres tan sublimes, que moral tan puro!

Yo me entusiasmé tanto con la lectura de esta tragedia, que me tentó patillas de ver si podía hacer otra sobre asunto muy parecido, pero que le excediera en algo ¡Qué vanidad! Me ocurrió un asunto el más semejante en lo principal de los amores, pero que excede en mucho en las circunstancias al argumento de la tragedia de Don Sancho. Tal es el de los amores de Don Juan Quinto de Portugal, con una monja, asunto más público y mucho más inmediato a nuestros tiempos que el de los amores de Don Sancho el Bravo, ya vé V. cuánto es la acción de una tragedia más grande y más heroica. Me propuse formar el plan arreglado en un todo al del señor Trigueros, uniformarme con él enteramente, copiar sus escenas, y más que me llamen plagario. Me pareció poner un Don Nuño de Almeida, que aconsejase al rey Don Juan como Don Arias a Don Sancho, un cura y vicario de monjas, que celase a éstas como Bustos a su hermana, al que llamé Valera por si me convenía para el consonante. Introduje un sacristán de monjas, al que despide el vicario porque averigua se vale de él el rey para entrar en el convento, y no me acomodó que el vicario lo matara, como Bustos a la esclava que introducía al rey Don Sancho, por el grande inconveniente de que me hallaría con el cura irregular desde la primera escena, y me hará falta luego.

Finjo un donado demandante del convento, hermano de Sor Clara querida del rey, porque vi no podía ser su novio como Sancho Ortiz de Estrella, y de este donado se habrá de valer después el rey para que le dé una buena paliza al vicario, pues no tuve por conveniente ensangrentar la escena. Ya vé V. que un huevo no es más parecido a otro huevo, que mi tragedia a la del Señor Trigueros, pero huevo más grande éste, quiero decir, un asunto de la misma, mismísima idea, pero más heroica, cuando va de una seglar que era Estrella, a una monja que era Sor Clara.

Formado el plan, empecé a trabajar, tal cual escena por vía de ensayo, y la primera dice así:

Rey Don Juan

¡Que en vano mi amor porfía!
Mientras que el cura Valera
cele a su hermana o no muera,
Sor Clara no será mía.

Nuño de Almeida.

Señor, me parece mal
que un vicario sin razón
contradiga la pasión
de un rey, y rey de Portugal.
A vuestro amor lo primero
debéis dar contentamiento
entraos en el convento
muera ese vicario fiero,
y de esa pasión fogosa
que cual ley debe mirarse
Sor Clara no ha de excusarse
so color de religiosa.

Ya ve V. que esto no va malo. Luego en la escena segunda se presenta el cura Valera al rey Don Juan, y le dice que ha determinado esté siempre cerrada la portería de las monjas. Conoce el rey la intención del cura, que era para estorbarle que entrase en el convento, y así que se retira Valera dice enfurecido a Nuño de Almeida:

Su castigo he decretado.
Haced Nuño que al instante
traigan aquí aquel donado
de las monjas demandante.

Viene el donado, y el rey le dice que conviene a su servicio que le dé una buena paliza a un sujeto cuyo nombre le pondrá en papel cerrado, y que le dará otro que le sirva de resguardo. Le ofrece el donado que dará los palos aunque sea al Lucero del Alba. Sale del palacio, le dan en la puerta un papel de la abadesa en que le ordena vaya al instante a dar un recado de la comunidad, que parece era a saber si estaba mejor de un constipado la priora de otro convento, quiere enterarse en lo que le manda su prelada, e imitando en todo a Sancho Ortiz dice:

... pero antes
veré a quién he apaleado
que pues al rey lo ofrecí
aunque los palos no di
supongo que los he dado.

Así, imitando la expresión mas sabré quién es el muerto, salvo la objeción de que aún no se había hecho lo que el verso supone ejecutado ya. Lee el papel del rey que dice:

Al que habéis de apalea,
es al vicario Valera.

Llénase de horror y sentimiento mi buen donado, al ver que va a hacer un vicaricidio. Conoce que esta inhumana resolución del rey era efecto del desordenado amor a Sor Clara, y exclama:

Triste Clara, Clara cara
¡así a su rey se ultrajara!
Viva Valera... no, muera
¡a qué batalla tan fiera
me entrega tu cara, Clara!

Ya V. ve que en esta escena (no es vanidad) he excedido a Lope o al señor Trigueros, quien quiera que fue el autor de la que imito. Ya V. ve que a la imitación añado el agudo equívoco de cara por semblante o rostro, y cara por amada, y porque le cuesta mucho. Pocas imitaciones salen tan felizmente como ésta. Sigo con mi ensayo: estando el donado en esta consternación se encuentra con el vicario que le reconviene porque no ha ido a la diligencia que lo mandó la abadesa, el donado responde que porque no ha querido, le amenaza el vicario que lo echará del convento, y ¡zas!, el donado alza el garrote que llevaba, apalea al vicario y lo deja medio muerto. Como esto era en medio de la calle, la gente que lo vio prende al donado, recoge al herido, y lo llevan a la portería del convento. Sale la abadesa, y hasta treinta y cinco monjas que no son más que comparsa. Todas habrán de gritar y a la par, que será un gusto ver esta escena, como la hagan bien las actrices, y no me la echen a perder. Desmáysese nuestra madre abadesa, la retiran a su celda, y como yo me propuse imitar en un todo a mi modelo, sentí no haber puesto a alguno de los personajes el nombre de Guzmán, Farfán, Tristán o Tamorlán, que me hubiera hecho mucho al caso para consonante de afán que tenía que decir, pero salí muy bien del apuro diciendo con alusión al vicario, que estaba privado de sentido:

Retiradlo a ese desván,
ya ha vuelto en sí la prelada,
y fuera pena extremada
que renovara su afán.

En fin, el arzobispo declara por excomulgado al donado, por el capítulo *siquis... suadente diabolo*, y le prende, reclámalo el juez secular, ríñese una competencia de jurisdicción, se decide por el seglar, quiere éste sentenciar al donado a pena capital, lo llama el rey y dice que bastará vaya el donado a un convento de frailes de demandante, los jueces insisten en que ha de morir, lo sentencian a que sufra la pena de horca, pregúntanle si alguien le ha mandado que diera de palos al vicario, él había quemado el papel que le dio el rey, porque sabía que el comer papel le hacía mucho daño, y creyó que era lo mismo quemarlo, y como no se lo comió, fue preciso que tomase otro alimento. Llámalos el rey, manda al donado que descubra los cómplices, él dice que los hay, y que

un papel que podía libertarlo, lo ha empleado en hacer cigarrillos. Ya yo iba a terminar mi tragedia haciendo que el rey Don Juan exclamase como Don Sancho:

Todos, menos yo, son héroes
en esta dichosa patria.

Pero me pareció que debía omitirlo porque ruin es quien por ruin se tiene, y esto contradice al carácter sublime y bien sostenido que había yo pintado en el rey. Por fin confiesa éste que él mandó dar los palos, y así que lo oye el Arzobispo, dice:

... así
la Iglesia se desagracia,
y los cánones sagrados.
Palos del rey decretados
sin duda fueron con causa.

En lo que me parece ha sido más feliz es en la aplicación de la última sentencia, la heroicidad da principio donde la flaqueza acaba, pues el rey Don Juan de Portugal después de este suceso se entregó todo a la virtud, labró el famosísimo convento de Mafra, e hizo otras mil acciones de piedad heroica propia de un rey. Esto es lo que parece se anuncia en aquella sentencia. V. dirá que en ella confieso, sin decirlo claramente, hasta aquí nada ha habido de heroicidad, nada digno, todo ha sido miseria y flaqueza. Lo que Vmds. no han visto, ni yo he presenciado, lo que sucedió después, es lo heroico, y lo que si yo hago de ello otro drama, verán Vmds. Ahora conténtense con saber que concluida esta flaqueza, único asunto de mi drama, dará principio de heroicidad. Vmd. dirá esto, y es verdad, pero ni el señor Trigueros ni yo, tenemos la culpa que ello pasase así, pero no me negará que en la tragedia de don Sancho y aún en la mía hay acción bien escogida y bien manejada, caracteres sublimes bien sostenidos, expresiones dignas, y una versificación como de Lope de Vega. Avíseme V. si le parece bien esto, y compondré la otra pieza que debo dar principio en la conclusión de ésta.

Chiclana julio 14 de 1800. De V. afmo. amigo N.N.

Habiendo remitido un sujeto de Cádiz esta sátira a Madrid para que se insertase en el Memorial Literario el autor de éste se excusó con la siguiente carta.

Amigo mío: he leído con mucho gusto la graciosa crítica que V. me ha confiado de la tragedia de *Sancho Ortiz*. Soy enteramente del dictamen del autor de ella en cuanto a la indecencia del carácter del rey, flaqueza del de Don Sancho, miserias del de Don Arias, y extravagancia de los supuestos en que se funda la gabula. El crítico pone bien de manifiesto la impertinencia y barbarie de ese rey, que manda matar a un hombre porque no le deja folgar con su hermana, y después intenta corromper a los alcaldes porque no hagan justicia del asesino.

He pensado también siempre del mismo modo que el crítico en cuanto al estilo y versificación de dicha pieza, que está llena de ripios, de juegos de palabras pueriles, de frases cómicas y ridículas, y que hasta en lo que tiene de bueno está muy distante de la elevación y dignidad trágica. Sin embargo de estos pecados capitales, la pieza gusta aquí siempre que se representa, y yo confieso a V. que no puedo nunca ver el acto segundo sin llorar, lo cual en mi sentir consiste en que a pesar de los absurdos y extravagancias que hay en lo demás, el carácter y situación de Estrella son interesantes, y la actriz que ha representado este papel lo hace con una superioridad que verdaderamente encanta.

Quisiera yo que el autor de la crítica no se hubiese abandonado tanto a su gusto por la mofa y la rechifla. Los defectos clásicos de una tragedia que por cualquier motivo que sea ha llamado la atención pública, daban lugar a que se diesen algunas lecciones al público sobre los principios de juzgar en el arte de tragedia, principios que a pesar de lo mucho que se habla en estas materias son bastante ignorados generalmente. El autor de la crítica es muy capaz de ello, y aunque este trabajo no es debido a Trigueros, que era un pobre desdichado, es correspondiente a Lope de Vega, que tiene todavía un nombre en las letras, y a quien sus grandes talentos absuelven en algún modo de los grandes desaciertos que cometió.

Hoy 15 de noviembre de 1803. De V. Quintana.

Después de esta carta, el mismo señor Quintana escribió a Don Joaquín Quirós administrador de Rentas Generales en Chiclana averiguase quien era el autor de la sátira contra la tragedia de Sancho Ortiz. El señor Quirós encargó esta averiguación a un amigo de Cádiz, el que le respondió con la siguiente carta.

Señor Don Joaquín Quirós.

Mi estimado amigo: por más que he trabajado cumpliendo lo que ofrecí a V. en averiguar quien sea el autor de la carta contra la tragedia el *Sancho Ortiz* casi nada he descubierto. Encontré con un amigo que francamente me dijo le constaba se había hecho en Chiclana, pero por un sujeto que estaba allí casualmente, y había llevado la tragedia para leerla. Que de su carta al que se la dio a leer se habían sacado varias copias, y que habiendo tenido él una, la remitió a Madrid a un correspondiente suyo para que la hiciera poner en el *Memorial literario* y que éste le contestó enviándole la respuesta que por escrito le dio el señor Quintana, excusándose a publicarla. Creo que he cumplido mi comisión, pero reflexionando que Vmd. y Puyalte son íntimos amigos del señor Quintana y socios, y yo de Vmds., me parecen no llevarán a mal que yo haga algunas reflexiones sobre la carta del señor Quintana, y más cuando las haré como que aprecio el mérito de este literato, conozco su buen gusto, y hablaré con la modestia y circunspección que debo.

Elogia mucho el señor Quintana la sátira, quizás no la elogiaría yo tanto. Siento que en cuanto dice el crítico tiene razón, y que es en todo de su dictamen, pero se excusa a publicarla, porque ha agradado y agrada cuantas veces se ejecuta. Dice que no puede ver el acto segundo sin llorar, añade que una pieza que cargada de defectos clásicos agrada al público da lugar a que se criticase seriamente, y se le diese a las gentes unas lecciones sobre los principios de juzgar en el arte de la tragedia, que este trabajo no es debido a Trigueros que es un pobre desdichado, pero sí a Lope de Vega, y concluye que el autor de la sátira sería muy capaz de dar estas lecciones. Yo no sé si sería capaz ni me atrevo a inferirlo, acordándome de lo que dijo Melchor Cano de Luis Vives *sicut in carpendis vitiis cuiguit ita in tradendis disciplinis elanguit*. Pido a V. que no lea esto último Puyalte, pues es valenciano y lo sentirá. Entremos a conferenciar sobre las razones del señor Quintana.

Sentemos el principio que *ubi plura nitent in carminenon ego paucis ofendar maculis*, pero pregunto *¿Ubi pauca in farminenon ego plurimis ofendas plurimis?* Conoce mejor que yo estos defectos el señor Quintana, pero se atrinchera para no publicar la carta en que ha agradado y agrada la tragedia cuantas veces se ejecuta, y seguirá agradando mejor mientras no se ponga en ridículo, único medio de hacer ver sus gravísimos desatinos, de hacerlos despreciables si pudiese ser hasta de los

Manolos. Ha agradado y agrada, pues cuando más urge desengañar al público y a lospreciados de sabios, y hacerles ver que se complacen bárbaramente en una pieza de un moral indigno, que les venden por caracteres sublimes y heroicos los más viles y despreciables, que al único que lo tenía cual debe ser, lo asesinan, que sacando al teatro el respetabilísimo carácter de un rey para llenarlo de oprobio e ignominia, que se divierten con una versificación ridícula, bárbara muchas veces y nunca digna y agradable. Los ejemplos que cita la sátira no son de bulto, pues puedo citar otros muchos, pero el público la celebra mucho, dice el señor Quintana. Paréceme este caballero a Moisés cuando decía a Faraón que no se atrevía a sacrificar en Egipto los animales y sabandijas, porque *si mactaverimus quae colunt Egiptii coram et lapidibus nos obruent*. El señor Quintana no ha tenido valor para sacrificar *abominations Mantuanorum* como Moisés no la tuvo para sacrificar *abominations Egyptiorum* y yo pienso de otro modo. Lloro y lloraré, que hombre de su mérito, de su crítica y gusto, y lo que es más de su concepto, no haya declamado contra una tragedia la más corruptora de la moral, y del buen gusto, lloro y lloraré, que en nuestra corte haya tantas gentes que la celebren, y creeré siempre que es la pieza más digna de ridiculizarse. V. sabe muy bien que ni soy el autor, ni sé quién es el que escribió la sátira, pero quisiera que el señor Quintana hubiera desengañado a unas gentes tan torpemente fascinadas, pues es muy capaz de hacerlo y parece que le tocaba.

Este sabio dice: quisiera que el autor de la crítica no se hubiera abandonado tanto a su gusto por la mofa y rechifla. Pues no ha estado tan circunspecto el señor Quintana cuando ha criticado varias piezas, por ejemplo, el *Origen, progresos y épocas del teatro español* de Manuel García Villanueva y Hugalde y Parra, sin respetar cuatro apellidos seguidos, y ¿por qué no había de abandonarse a la mofa y rechifla el autor de la sátira contra la tragedia el *Sancho Ortiz*? ¿Y por qué no se había de burlar y poner en ridículo una pieza tan mala en su moral, en los caracteres infames que llama sublimes, en la versificación de tantas escenas, en tanto ripio ridículo, en tantos consonantes traídos de por fuera para buscar a su compañero, en tanto desliz que ya parece estribillo, en tanto Busto, injusto, gusto, que apesta? El señor Quintana quería que se criticase con gravedad y seriedad catoniana, pero o no tuvo presente, o no adopta la moralidad de la fábula de Iriarte el naturalista y las lagartijas:

¿Y querrán luego
que no se engrían
Los honra mucho
No ciertamente,
muy por encima
deben notarse
sus tonterías

ciertos autores
de obras inicuas?
que hacer gran caso
es dar motivo
de que repitan
valemus mucho
por más que digan.

Pero reconvengamos al señor Quintana con la autoridad para mí respetable de otro autor más de su gusto, éste es el del *Memorial literario*. En el discurso preliminar a las reflexiones entre actos hechas en la tragedia *Blanca o los venecianos* dice este erudito escritor, semejantes barbaridades deben desaparecer de cualquier teatro culto. ¿Si el pueblo las aplaude? ¿Qué es lo que no aplaude el pueblo, que mira y que no reflexiona? Pero el pueblo disminuye a medida que le enseñan a ser los que dirigen su opinión. ¿Pero se le enseña a ver con lecciones serias? Oigamos al mismo señor Quintana en ese mismo discurso, "el público que generalmente mira con desdén todo análisis y todo examen didáctico, se presta fácilmente a contemplar el cuadro de los defectos retratados por el pincel de un satírico inteligente... la sátira nos convida a acercarnos para que al través de su disfraz trasbucamos los errores que pudieran alucinarnos en un momento". Por último, concluye el señor Quintana hablando de la sátira contra los venecianos, aún cuando esta sátira no tenga otra recomendación que haber sido la primera que con sus carcajadas irónicas interrumpió el grito general de aplauso a favor de un espectáculo atroz, será acepta a los inteligentes. Vea Vmd. por qué el amigo del atroz, será acepta a los inteligentes. Vea Vmd. por qué el amigo del que escribió la sátira contra el *Sancho Ortiz* quería se publicase en el *Memorial literario* por interrumpir los aplausos a favor de esa pieza tan completamente indecente, tan inmoral y de tan ridícula versificación. Acaso no seré tan rígido y severo como el señor Quintana, que declara por un pobre desdichado a Trigueros, pero sí diré que la tragedia tal cual aparece después que la arregla, no merece sino la burla, el desprecio y el ridículo, acre más corrosivo que pueda hallarse. Merece que se haga mofa de ella, con cuantas sales cáusticas se encuentran, se ha dicho todo esto sólo en orden a la pieza, y quede a salvo el mérito del señor Trigueros, que es un literato que ha merecido se premie una comedia suya, y es autor del

célebre poema *La riada*, del que confieso que no pude acabar de leerlo, que se me perdió, y en muchos años no lo eché de menos hasta que me lo pidió un amigo, lo busqué y no lo hallé.

Añade el señor Quintana que lo que no merece Trigueros lo merece Lope de Vega, el que a pesar de sus defectos conserva un nombre grande en las letras. Este Lope de Vega es el mismo de quien dice el propio señor Quintana, y con sobrada razón, en el análisis de los principios filosóficos de Bateur, extracto cuarto, en cuanto al segundo (Lope) nadie le dispute su ingenio y asombrosa facundia, pero que nunca comedia pudo formar aquél que se jactaba de desconocer y despreciar el arte de huir de la razón y de la regularidad, y que trabajaba a destajo y sólo para contentar el capricho de un vulgo necio. Un hombre así, no parece tan acreedor a una crítica seria y que diese ideas de cómo debe ser la tragedia. Además de que yo estoy persuadido que lo que hay de peor en la de *Sancho Ortiz* en punto a versificación, es todo del señor Trigueros.

Es menester que confesemos con rubor que nuestro teatro ha dado muy pocos pasos, y éstos muy cortos, hacia el buen gusto, aún en estos días de tanta crítica e ilustración —observése que así como en el siglo XVI tuvimos excelentes poetas líricos y no dramáticos, así nos ha sucedido en el XVIII, y así comienza el XIX, con la desventaja que Lope, Calderón, Moreto, Hoz y demás de aquellos tiempos tuvieron hermosa dicción, soltura, ingenio y mil bellezas que sobresalen entre sus mismos horriblos defectos: en el día, aunque hemos tenido muy buenos líricos, en los dramáticos, a excepción de muy pocas piezas, y de muy pocos autores originales, todo es languidez, violencia, y pobreza de imaginación, guarnecidas estas monstruosidades con la observancia de las tres unidades. Y así si se sigue tomando los asuntos de las fúnebres y tétricas novelas inglesas, añadiremos el horror y el espanto a todos esos otros defectos. Pero volvamos a nuestra tragedia el *Sancho Ortiz*.

Convengo en que el señor Quintana no puede ver el acto segundo sin llorar, y que en su sentir esto consiste que el carácter y situación de Estrella son interesantes, pero lo atribuyo más bien a que la actriz que representa a Estrella, desempeña el papel con una superioridad que encanta y sorprende. No sé si yo lloraría también, pero creo que antes de entermecerme me habría ya irritado al ver la inverosímil, bárbara, inhumana y grosera acción, de entrar Guzmán con el cadáver de Bustos, y que el primer Deo gracias que da a su hermana, es ponerle el muerto a

la vista, y decirle el señor Bustos Távora es muerto, y aún le pareció que había dicho poco, y viendo que ella se sorprende y dice suerte enemiga tan presto, añade Guzmán, de una estocada. Yo ya he empeñado en decirlo todo, hubiera añadido, y porque en riña se lo han llevado los diablos. Hablemos claro, ¿no tendría yo razón para irritarme al ver esta escena? ¿Puede darse cosa más bárbara, y más inverosímil? ¿Se hace esto con una moza de cántaro, de casa de vecindad? Pues nos lo representan hecho en casa de Estrella, y con ella. Supongamos que pasó así, es inverosímil, y lo inverosímil y bárbaro no se representa, aunque sea verdadero. ¿No es esto punto menos que matar Medea los hijos delante del pueblo? Tener al muerto media hora para que lo estén viendo despacio, que si al que representa a Bustos le viene un estornudo o un bostezo, se verían los actores en la precisión de acabar la tragedia de otro modo. A la verdad que sólo habiendo pensado muy de propósito causar el mayor horror a los espectadores, se pudo haber dispuesto así la escena, que al verla yo me llenaría de ira y ésta me estorbaría el llorar.

Confieso que no sé cuál era la legislación práctica en el tiempo de Sancho el Bravo, pero se me hace duro de creer que para tomar la declaración al reo a presencia del cadáver, hubiese de ser delante de su hermana, anunciándoselo primero a ésta como quien la convida para un baile, diciéndole a esta desventurada señora: ahora lo veréis por vos misma.

La declamación primera,
del cadáver a la vista
vamos al punto a tomarla.

De este conjunto de barbaridades, de crueldades inhumanas, de fiezas que espantan y horrorizan, resulta que la situación de Estrella sea muy interesante, y aún pudiera haberlo hecho mucho más, con sólo sospechar (que no era muy violento) que podía ella ser cómplice en el asesinato de su hermano, pues lo mató su novio, y pudiera ser trama entre él y ella, que como esos ejemplares se han visto, ya haberla hecho atar y llevar presa, se habría evitado también aquel interrogatorio que hace Estrella a Sancho de por qué mató a su hermano, y me hubiera irritado con la misma Estrella si la ilusión me hubiera hecho creer que tenía cachaza para hablar así con el asesino de su hermano, y conservarle el

amor de una amante, lo que ciertamente no cabe en lo natural, y mucho menos en una mujer de honor y de juicio, y en los primeros instantes ver su desgracia, y la infame acción de Sancho Ortiz.

La versificación del segundo acto, también hubiera contribuido a mi enfado, y a impedir que me enterneciera la acción. No sólo está allí aquel

Y fuera pena inhumana
que renovase su afán

que ridiculiza el autor de la carta, sino algunos otros versos que se le pasaron por alto: hay pag. 44 de la edición de Madrid, en la imprenta de Sancha, año de 1800 (cito ésta, por si se han hecho después algunas ediciones, dentro o fuera del reino) una y con razón, que no es pie de ningún verso. Dice así:

Estrella.

Si piedad hay en los hombres,
matadme.

Guzmán.

El dolor la priva
y con razón.

Estrella.

Teodora, fuerzas me faltan.
Ay decir, Estrella,
de mármol soy, si estoy viva.

Que es decir si soy viviente, soy piedra. Hay formando un verso Sancho Ortiz... la justicia. Ay. Esto es Arias mi mancilla para hacerlo pegue o no pegue, soy el Caín de Sevilla, pero de aquí sacamos algo bueno, y es la noticia de que en tiempos de Sancho el Bravo, y aún en el de Caín, se llamaban los cuñados hermanos:

Ay que los sevillanos
las palabras en las manos
saben tener, pues por ellas
atropellan las estrellas
y no hacen caso de hermanos.

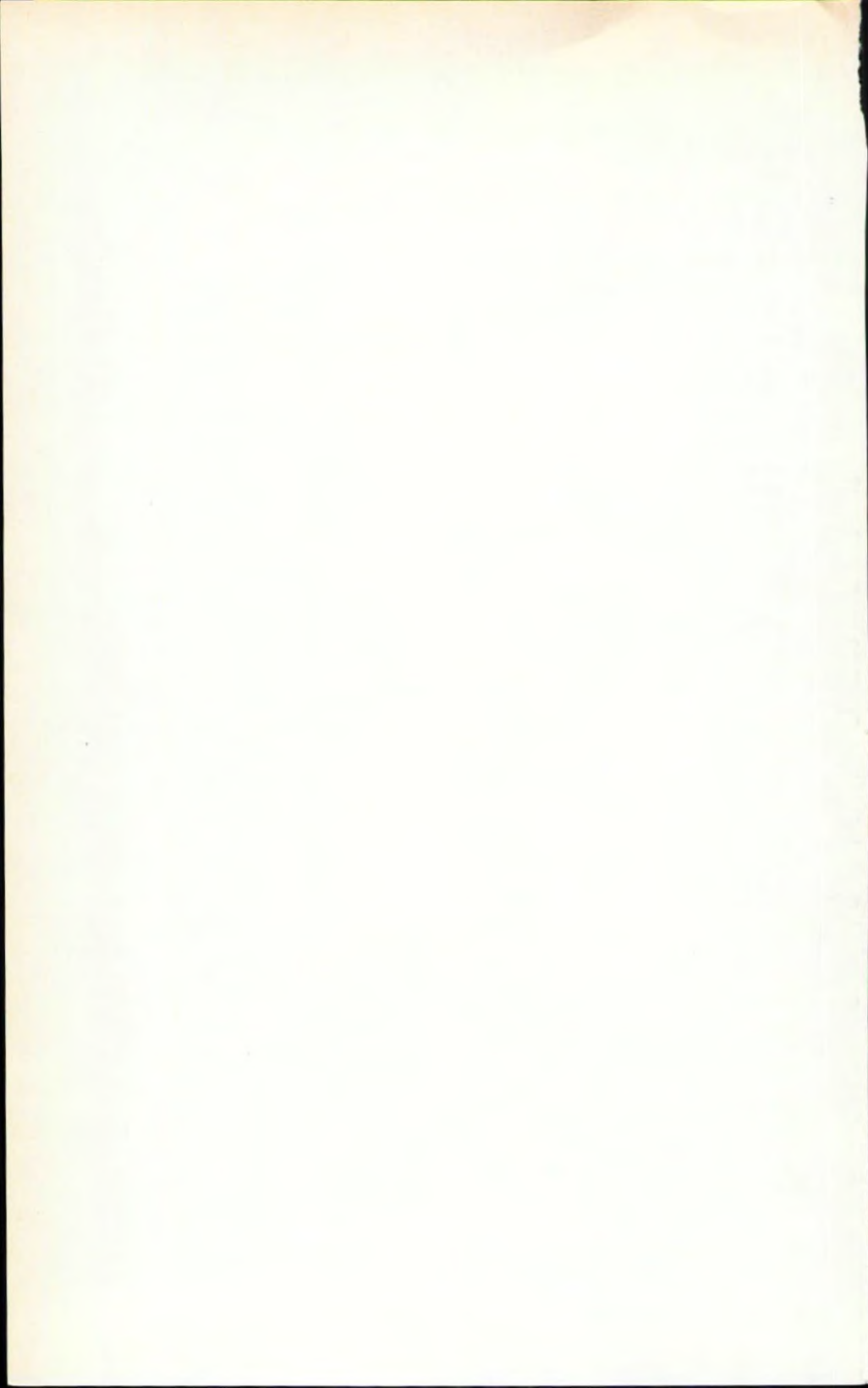
Equivoquillos ridículos, y que además descubren muy a las claras todo el secreto que tanto afecta a guardar, y el mismo que da a entender aún al más lerdo en otros pasajes del segundo acto, que yo no sé si esto en venírsele a la boca el papel que se había comido.

Todo esto y mucho más hay, todo y mucho más a que yo no alcanzo, conoce el señor Quintana, por eso no lo disculpa. Confiesa que siente como el autor de la carta, y para no publicarla se atrinchera con que la situación de Estrella es muy interesante en el segundo acto, y que la actriz lo ejecuta de un modo que sorprende, pero yo repito que nada de eso me movería a llorar, pues me lo estorbaría la ira en sociedad, y ligados en todas las obligaciones y respetos que ella impone. Si es amigo del señor Trigueros, si tiene algunas relaciones políticas con él, hace muy bien en no impugnarlo, y en no prestar su memorial para que se imprima en él la sátira que lo ridiculiza: yo haría lo mismo, y creo que cualquiera debía hacer lo propio.

He cumplido lo que ofrecí haciendo ver las reflexiones que he expuesto, que aprecio el mérito del señor Quintana, pero que no me conformo en su modo de pensar en este punto. Deba yo a V. que no abuse de mi confianza, y le dirija esta carta en cuerpo y alma. Su comisión de V. está evacuada con decir que he averiguado quién sea el autor de la sátira, y no quisiera que este caballero se persuadiera que era yo: no usaría de buena lógica, pero ni aún con mala quiero se me aplique producciones que no son mías. Memorias a Puyalte y a su esposa de V.

Mande V. a su afmo. amigo...





INTRODUCCION	5
ABREVIATURAS	6
CAPITULO I. Primeros años (1741-1773)	7
1. La familia Huarte	9
2. Los inicios de la carrera clerical	14
Notas	19
CAPITULO II. Aprendiz de prebendado (1773-1787)	23
1. El cabildo catedralicio gaditano	25
2. Los enfrentamientos con el deán	28
3. Secretario del cabildo	30
4. El Colegio de Acólitos de Santa Cruz	31
5. La excavación de la ermita de Ntra. Sra. de la Oliva	33
6. Otras actividades	35
7. Ascenso a racionero	37
Notas	41
CAPITULO III. Canónigo penitenciario (1788-1806)	45
1. Nombramiento	47
2. Los informes del estado de la diócesis de 1791 y 1793	49
3. Los años noventa	53
4. La visita pastoral de 1801	57
5. El discurso sobre los santos del obispado de Cádiz	65
6. Ultimos años	66
Notas	69

CAPITULO IV. La vida cotidiana de un canónigo	73
1. Los deberes de un prebendado	75
2. Las rentas de Huarte	77
3. Huarte y el Hospicio	79
Notas	83

CAPITULO V. La visión del mundo	85
1. La obra literaria	87
1.1. Sermones	87
1.2. Crítica histórica	90
1.3. Poesías	91
2. Los grandes temas	94
2.1. La cuestión social	94
2.2. La acción de los gobernantes	96
2.3. La crítica de la Iglesia y de los fieles	98
2.4. Las alternativas	101
3. Síntesis ideológica de Cayetano Huarte	104
Notas	109

POESIAS INEDITAS DEL SR. DN. CAYETANO MARIA DE HUARTE CANONIGO PENITENCIARIO DE ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL DE CADIZ.....	117
---	------------

La Dulcíada	119
Egloga en Elogio de la Andalucía	158
Notas	171

Versión del Cántico de Moisés	173
Silvano a su hijo que iba voluntario de campaña	175
Soneto con motivo de la guerra contra Francia	179
Soneto con motivo del decreto que prohíbe la "Liga de la Teología Moderna con la Filosofía" y "El pájaro en la Liga" ¿1799?	180
Soneto con motivo de los escándalos cometidos en la iglesia del Pópulo en cuaresma (1793)	180
Soneto a María Amparo Aguirre	181
Anacreóntica a Antero Benito Núñez	181

A Antero Benito Núñez por la muerte de un amigo común	186
Llanto de Delio por su patria Cádiz	187
Notas	193
A Gelmira al haberse quemado los dedos	195
Sueño de Delio a Albana	196
Fábula primera. La retama y el romero (1797)	202
Fábula segunda. Las abejas (1798)	203
Fábula tercera. El vaquero	206
Sátira primera. El familiar del obispo	208
Sátira segunda. Contra las diversiones de corridas de toros.....	212
Nota.....	217
Sátira tercera. Contra los errores en las doctrinas morales y devociones falsas y supersticiosas	219
Notas	231
Sátira cuarta. A la obra del exjesuita Bonola "Liga de la Teología Moderna con la Filosofía" (¿1798?)	233
Notas	239
Sátira quinta. Himno a la Giralda	241
Fábula dicha por una niña del Hospicio	241
Cartas satíricas sobre la tragedia "Sancho Ortiz de las Roelas"	245
INDICE	267

